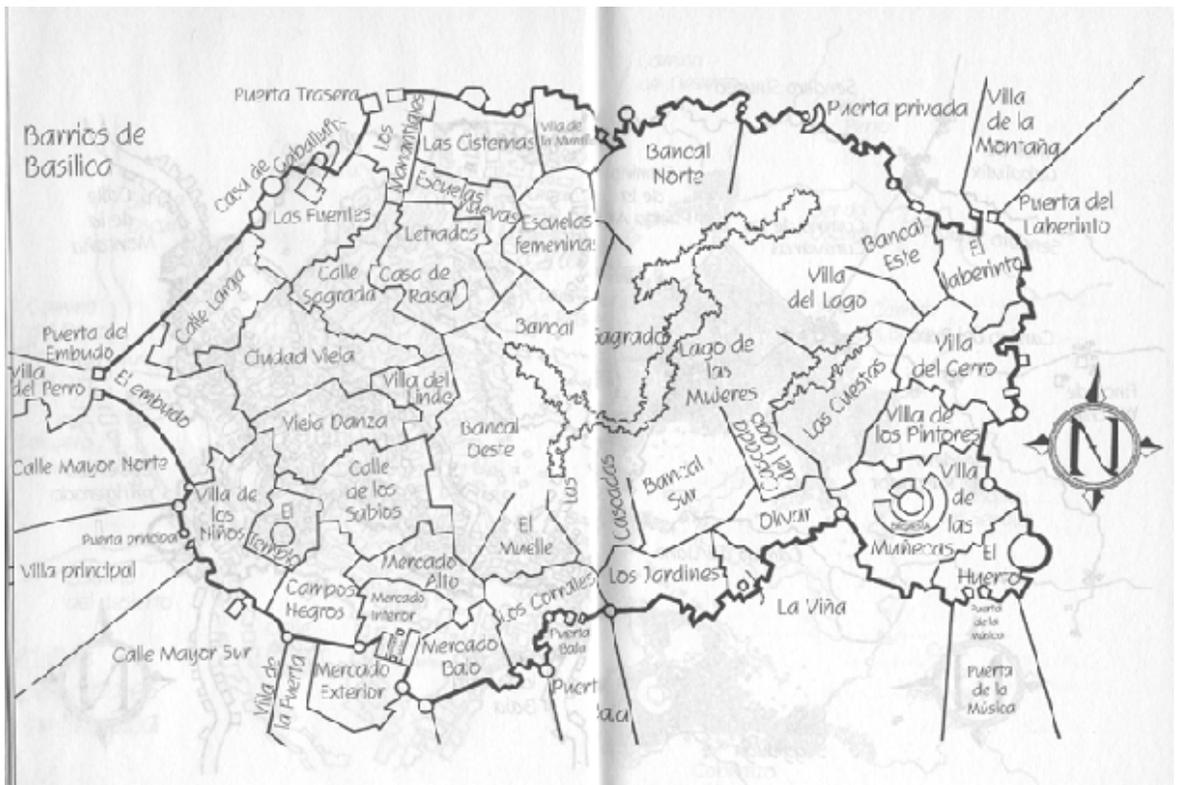
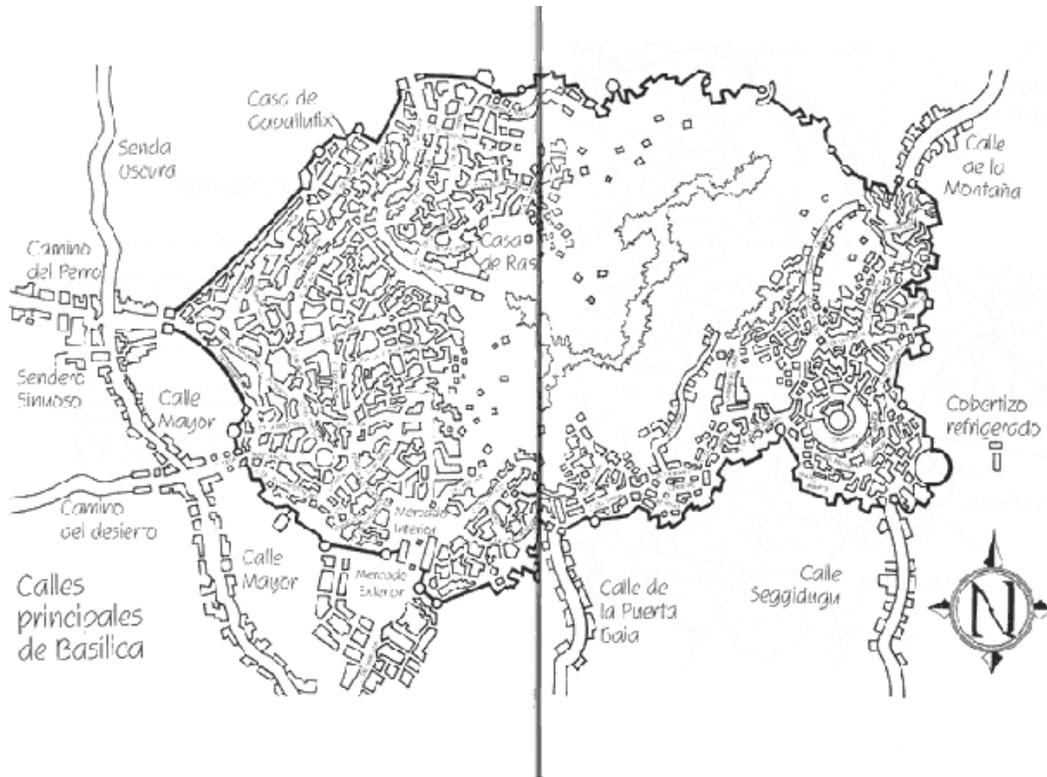
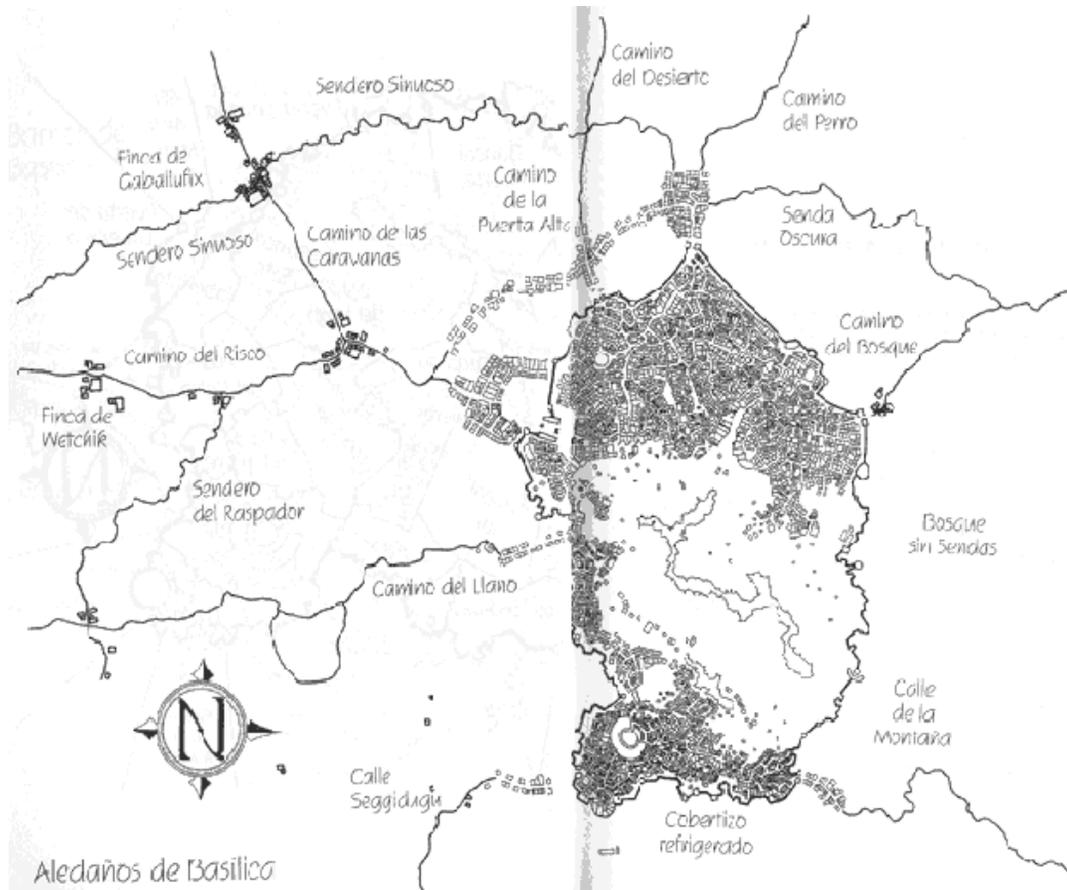


Orson Scott Card

LA MEMORIA DE LA TIERRA





Aledaños de Basilico

NOTA SOBRE PARENTESCOS

Dadas las costumbres matrimoniales de la ciudad de Basílica, las relaciones familiares pueden ser complejas. Tal vez estos gráficos contribuyan a aclarar las cosas. Los nombres femeninos están en cursiva.

FAMILIA DE WETCHIK

Volemak, el Wetchik
(de *Hosni*) Elemak
(de *Kilvishevex*) Mebbekew
(de *Rasa*) Issib y Nafai

FAMILIA DE RASA

Rasa
(de Wetchik) Issib
(de Gaballufix) *Sevet* y *Kokor*
(de Wetchik, segundo contrato) Nafai

SOBRINAS DE RASA

(sus mejores estudiantes, «adoptadas» en una relación permanente de mecenazgo)
Shedemei, *Dol*, *Eiadh* y *Hushidh* y *Luet* (hermanas)

FAMILIA DE HOSNI

Hosni
(de Zdedhnoi) Gaballufix (de *Rasa*) *Sevet* (compañera de Vas) y *Kokor* (compañera de Obring)
(otros) Psugal, *Azhy* Okhai
(de Wetchik) Elemak

APODOS

La mayoría de los nombres tienen diminutivos o formas familiares. Por ejemplo, los allegados e íntimos de Gaballufix pueden llamarlo Gabya. Aquí se enumeran otros apodos. (De nuevo, puesto que estos nombres no resultan familiares, transcribimos en cursiva los nombres femeninos):

Dhelembuvex — Dhel

Dol — Dolya

Drotik — Dorya

Eiadb — Edhya

Elemak — Elya

Hosni — Hosya

Hushidh — Shuya

Issib — Issya

Kokor — Koya

Luet — Lutya

Mebbekew — Meb

Nafai — Nyef

Obring — Briya

Rasa — (sin diminutivo)

Rashgallivak — Rash

Roptat — Rop

Sevet — Sevyá

Shedemei — Shedyá

Truzhnisha — Truzhya

Vas — Vasya

Volemak — Volya

Wetchik — (sin diminutivo; título familiar de los Volemak)

Zdorab — Zodya

PRÓLOGO

El ordenador maestro del planeta Armonía tenía miedo. No con los síntomas de un ser humano —palmas sudorosas, boca reseca, retortijones en el estómago—, porque era sólo una máquina sin partes móviles que obtenía energía del sol y datos de sus satélites, su memoria y la mente de quinientos millones de seres humanos. Pero estaba asustado, comprendía que ejercía menos control, que ya no poseía la misma capacidad para influir en el mundo.

En síntesis, sentía miedo de la muerte. No de su propia muerte, pues el ordenador maestro no tenía yo ni se preocupaba por la posibilidad de dejar de existir. Pero tenía una misión programada hacía millones de años, la misión de velar por la humanidad en ese mundo. Si el ordenador se debilitaba tanto que no podía cumplir su misión, era indudable —todas las proyecciones lo confirmaban— que al cabo de pocos milenios la humanidad se enfrentaría de nuevo al único enemigo que podía destruirla: la humanidad misma, provista con armamentos capaces de arrasar un planeta entero.

Ha llegado el momento, decidió el ordenador maestro. Debo actuar ahora, mientras aún ejerzo cierta influencia, u otro mundo morirá.

Pero el ordenador maestro ignoraba *cómo* actuar. Esa incapacidad para tomar decisiones certeras era precisamente un síntoma de su decadencia. Podía sacar conclusiones, pero no podía confiar en ellas. Necesitaba ayuda, clarificación, reprogramación. Quizá debiera ser reemplazado por una máquina más compleja, más apta para afrontar los nuevos retos que planteaba la raza humana.

El problema era que había un solo sitio al cual acudir para obtener consejos válidos. Era un sitio remoto, y el Alma Suprema tendría que ir allá para obtenerlos. En el pasado —cuarenta millones de años atrás— el Alma Suprema había sido capaz de desplazarse, pero con el correr del tiempo se había deteriorado a pesar del campo de éxtasis. El Alma Suprema no podía emprender su búsqueda a solas. Necesitaba ayuda humana.

Durante dos semanas el ordenador maestro escrutó su vasta base de datos, evaluando la utilidad potencial de cada ser humano viviente. La mayoría eran demasiado estúpidos u obtusos; entre los que aún podían recibir mensajes directos del ordenador maestro, sólo algunos estaban en condiciones de hacer lo necesario.

Así que el ordenador maestro concentró su atención en un puñado de seres humanos de la antigua ciudad de Basílica. En la oscuridad de la noche, uno de los satélites mejor conservados del ordenador maestro inició su labor. Mientras surcaba el firmamento, envió un haz de datos e instrucciones a quienes pudieran contribuir a salvar el mundo llamado Armonía.

EN CASA DE PADRE

Nafai despertó antes del alba en su estera, en casa de su padre. Ya no podía dormir en casa de su madre, pues había cumplido catorce años. Ninguna mujer respetable de Basílica habría permitido que su hija sirviera en casa de Rasa si allí residía un chico de catorce. Para colmo, desde los doce años Nafai crecía sin cesar y no daba indicios de detenerse, aunque ya se acercaba a los dos metros de altura.

El día anterior había oído que su madre comentaba el caso con su amiga Dhelembuvex.

—La gente empieza a preguntarse cuándo le buscarás una instructora —dijo Dhel.

—Es sólo un niño —respondió Madre. Dhel rió a carcajadas.

—Querida Rasa, ¿tanto temes envejecer que te niegas a admitir que tu bebé ya es un hombre?

—No es temor a la edad. Habrá tiempo suficiente para instructoras, amigas y demás monsergas cuando comience a interesarse por ello.

—Ya se interesa por ello. Sólo que aún no te lo ha dicho.

Era verdad; Nafai se había ruborizado al oírlo decir, y se ruborizaba de nuevo al recordarlo. ¿Cómo sabía Dhel, con sólo mirarlo un instante, que pensaba a menudo «en eso»? Naturalmente, Dhel no lo sabía por lo que hubiera visto en Nafai. Lo sabía porque conocía a los hombres. Sólo paso por una etapa, pensó Nafai. Todos los chicos piensan «en eso» a esta edad. Cualquiera puede señalar a un varón imberbe de dos metros de talla y decir, sin temor a equivocarse: «Ese chico está pensando en el sexo.»

Pero yo no soy como los demás, pensó Nafai. Oigo hablar a Mebbekew y sus amigos y me da asco. No me gusta pensar en las mujeres con esa crudeza, evaluándolas como yeguas para ver en qué pueden ser útiles. ¿Será animal de carga o podré montarla? ¿Caminará o podremos galopar? ¿La guardo en el establo o la muestro a mis amigos?

Nafai no pensaba así de las mujeres. Quizá porque aún estaba en la escuela y aún hablaba todos los días con las mujeres acerca de temas intelectuales. No estoy enamorado de Eiadh porque sea la joven más bella de Basílica y quizá del mundo entero. Estoy enamorado de ella porque podemos hablar, por su modo de pensar, por el sonido de su voz, por su modo de ladear la cabeza cuando no está de acuerdo, por su modo de tocarme la mano cuando intenta persuadirme.

Nafai advirtió que el cielo comenzaba a clarear mientras él se quedaba en la cama soñando con Eiadh; pero si tenía algo de seso se levantaría, iría a la ciudad y la vería en persona.

En un santiamén se levantó, se arrodilló junto a la estera, se palmeó los muslos desnudos y ofreció ese dolor al Alma Suprema, luego enrolló el jergón y lo guardó en la caja del rincón. No necesito un jergón, pensó Nafai. Si fuera un hombre de verdad podría dormir en el suelo y no me importaría. Así llegaría a ser duro y flaco como Padre. Como Elemak. Esta noche no usaré el jergón.

Salió al patio y caminó hacia el tanque de agua. Hundió las manos en el fregadero, humedeció el jabón, se frotó. El aire estaba fresco y el agua estaba más fresca aún, pero fingió que no lo notaba hasta que se hubo aseado. Supo que esa frescura no era nada en comparación con lo que vendría a continuación. Se puso bajo la ducha y tendió la mano hacia el cordel. Titubeó, preparándose para el inminente suplicio.

—Oh, tira de una vez —dijo Issib.

Nafai miró hacia la habitación de Issib, quien flotaba en el aire a poca distancia.

—Para ti es fácil decirlo —respondió Nafai.

Issib, siendo tullido, no podía usar la ducha; sus flotadores no debían mojarse. Así que un criado le sacaba los flotadores y lo bañaba todas las noches.

—Eres un flojo para el agua fría —dijo Issib.

—Recuérdame que te eche hielo por la espalda durante la cena.

—Ya que me has despertado con tus temblores y farfalleos...

—No he hecho el menor ruido.

—He decidido acompañarte a la ciudad.

—Bien, bien. Perfecto —dijo Nafai.

—¿Piensas dejar que se seque el jabón? Dará a tu cutis una blancura maravillosa, pero al cabo de unas horas empezará a picarte.

Nafai tiró del cordel.

El agua helada se precipitó desde el tanque. Nafai jadeó espasmódicamente, se agachó, dio media vuelta y giró arrojándose agua en cada recoveco del cuerpo para enjuagarse el jabón. Tenía sólo treinta segundos para limpiarse hasta que cesara la ducha, y si no terminaba en ese tiempo tendría que aguantar el jabón durante todo el día —y la comezón era espantosa, como mil mordeduras de pulga— o aguardar un par de minutos, congelándose el trasero, mientras el tanque grande llenaba el tanque de la ducha. Ninguna de ambas perspectivas resultaba atractiva, así que había aprendido a quedar limpio antes de que se cortara el agua.

—Me encanta presenciar tu pequeña danza —dijo Issib.

—¿Danza?

—Tuerces a la izquierda, te lavas la axila, tuerces a la derecha, te lavas la otra axila, te encorvas y abres las nalgas para enjuagarte el trasero, te echas hacia atrás...

—De acuerdo, entiendo.

—Hablo en serio, es un número maravilloso. Deberías mostrarlo al representante del teatro abierto. O incluso a la orquesta. Podrías ser una estrella.

—Un chico de catorce años bailando desnudo bajo una catarata de agua —rezongó Nafai—. Creo que mostrarían eso en otra clase de teatro.

—¡Pero siempre en Villa de las Muñecas! ¡Tendrías mucho éxito en Villa de las Muñecas!

Nafai ya se había secado todo menos el cabello, que aún estaba frío como la escarcha. Quería correr a su cuarto como cuando era pequeño, mascullando palabras bobas —«uga-buga luga-buga» había sido una de sus predilectas— mientras se ponía la ropa y se frotaba para entibiarse. Pero ahora ya era un hombre, y ni siquiera estaban en invierno, sólo en otoño, así que se obligó a caminar serenamente hacia la habitación. Por eso aún estaba en el patio, desnudo y helado, cuando Elemak cruzó el umbral.

—Ciento veintiocho días —bramó.

—¡Elemak! —exclamó Issib—. ¡Has regresado!

—Pues no ha sido gracias a los salteadores —dijo Elemak. Enfiló hacia la ducha quitándose la ropa—. Nos atacaron hace un par de días, cerca de Basílica. Creo que esta vez liquidamos a uno.

—¿No estás seguro? —preguntó Nafai.

—Usamos el pulsador, por supuesto. ¿Por supuesto?, pensó Nafai. ¿Usar un arma de caza contra una persona?

—Le vi caer, pero no era momento para retroceder a confirmarlo, así que quizá tropezó y cayó justo cuando disparé.

Elemak tiró del cordel antes de enjabonarse. Al sentir el contacto del agua aulló, y luego bailó su propia danza, sacudiendo la cabeza y salpicando agua por todo el patio mientras canturreaba «uga-buga luga-buga» como un niño.

Era correcto que Elemak actuara así. Ya tenía veinticuatro y acababa de traer su caravana a salvo después de comprar plantas exóticas en la ciudad selvática de Tishchetno. Era el primero de Basílica que iba allá desde hacía años, y quizás hubiera despachado a un salteador en el camino. No cabía la menor duda sobre su hombría. Nafai conocía las reglas: si un hombre actúa como un niño, es encantador y deleita a todos; si un niño actúa del mismo modo, se porta como un crío y todos le dicen que trate de ser hombre.

Elemak se estaba enjabonando. Nafai —congelándose, aunque tenía los brazos cruzados sobre el pecho— estaba a punto de ir a su habitación a buscar la ropa cuando Elemak se puso a hablar de nuevo.

—Has crecido desde que me fui, Nyef.

—Me he dedicado a eso últimamente.

—Pues te sienta bien. Buenos músculos. Te pareces al viejo en muchos sentidos. Aunque tienes el rostro de tu madre.

Nafai se sintió halagado por el tono aprobatorio, pero también humillado por estar allí, desnudo como un arrendajo, mientras su hermano lo examinaba.

Issib, como siempre, empeoró las cosas.

—Por suerte tiene el rasgo más importante de Padre —observó.

—Bien, todos lo tenemos —dijo Elemak—. Todos los hijos del viejo fueron varones... o al

menos los hijos que le conocemos —añadió riendo.

Nafai no soportaba que Elemak hablara de Padre de esa manera. Todos sabían que Padre era un hombre casto que sólo tenía relaciones sexuales con su compañera legítima. Y hacía quince años que esa compañera era Rasa, la madre de Nafai e Issib, y que el contrato se renovaba todos los años. Padre era tan fiel que las mujeres habían desistido de visitarlo para sugerirle que estarían disponibles cuando expirase el contrato. Claro que Madre se mantenía igualmente fiel y aún había muchos hombres que la adulaban con obsequios e insinuaciones. Pero así eran los hombres: la fidelidad les resultaba más estimulante que la inconstancia, como si Rasa fuera fiel a Wetchik sólo para provocarlos. Además, el vínculo con Rasa significaba compartir lo que algunos consideraban la mejor casa de Basílica, y lo que todos consideraban la mejor vista. Jamás me uniría a una mujer sólo por su casa, pensó Nafai.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Elemak.

—¿Qué? —preguntó Nafai.

—Aquí hace un frío que pela y tú te quedas tan tranquilo, mojado y con el trasero al aire.

—Sí —dijo Nafai. Pero no corrió hacia su cuarto, pues eso sería admitir que el frío le molestaba. Así que le sonrió a Elemak—. Bienvenido a casa.

—No presumas tanto, Nyef —dijo Elemak—. Sé que te mueres de frío... tus partes colgantes se están encogiendo.

Nafai fue a su habitación y se puso el pantalón y la camisa. Le fastidiaba que Elemak siempre le adivinara el pensamiento. Elemak ni se molestaba en suponer que Nafai se burlaba del frío por ser curtido y viril. No, Elemak siempre suponía que cuando Nafai se portaba como un hombre sólo estaba fingiendo. Claro que fingía y Elemak tenía razón, pero eso sólo servía para fastidiarle más. ¿Cómo lograba un hombre convertirse en un hombre, salvo actuando hasta que la actuación se volvía hábito y al fin se convertía en temperamento? Además, no era sólo simulación. Por un instante, al ver a Elemak de regreso, al oírle decir que quizás hubiera matado a un hombre en su travesía, Nafai se había olvidado del frío, se había olvidado de todo.

Había una sombra en la puerta, Issib.

—No lo tomes así, Nafai.

—¿A qué te refieres?

—No te enfurezcas tanto cuando él bromea. Nafai quedó francamente desconcertado.

—¿De qué estás hablando? No estaba furioso.

—Cuando él bromeó sobre el frío que sentías —le dijo Issib—. Temí que fueras a arrancarle la cabeza.

—Pero si yo no estaba enfadado.

—Pues entonces andas mal de la cabeza, amigo —dijo Issib—. Yo te noté enfadado. El te notó enfadado. Hasta el Alma Suprema te notó enfadado.

—El Alma Suprema sabe que no es así.

—Pues aprende a controlar tu expresión, Nyef, porque parece que muestra emociones que ni siquiera sientes. En cuanto le diste la espalda, Elemak te mandó a la mierda con un gesto. Vaya si pensaba que estabas enfadado.

Issib se alejó flotando. Nafai se puso las sandalias y se entrelazó los cordones sobre las perneras. Los jóvenes de Basílica acostumbraban usar cordones largos hasta los muslos y sujetárselos bajo la ingle, pero Nafai usaba cordones cortos y se los sujetaba a la altura de las rodillas, como un trabajador. Los jóvenes, con un grueso nudo de cuero entre las piernas, se contoneaban al andar, para evitar la fricción contra los muslos y la consiguiente irritación. Nafai no se contoneaba y detestaba esa moda incómoda.

Ese rechazo a la moda le dificultaba las relaciones con los chicos de su edad, pero Nafai no le daba la menor importancia. Disfrutaba más de la compañía de las mujeres, y las mujeres cuya opinión valoraba eran las que no se dejaban seducir por modas frívolas. Eiadh, por lo pronto, a menudo compartía sus burlas contra las sandalias de cordones altos.

—Imagínalos usando esas cosas mientras montan a caballo —comentó una vez.

—Suficiente para transformar a un toro en novillo —replicó Nafai, y Eiadh se echó a reír y repitió la broma varias veces. Si en el mundo existía semejante mujer, ¿por qué un hombre debía interesarse en modas estúpidas?

Cuando Nafai llegó a la cocina, Elemak estaba metiendo un pastel de arroz congelado en el horno. El pastel tenía tamaño suficiente para alimentarlos a todos, pero Nafai sabía por experiencia que Elemak pensaba comérselo él sólo. Hacía meses que viajaba alimentándose de comida fría, moviéndose casi siempre de noche. Elemak devoraría el pastel en seis dentelladas y luego se desplomaría en la cama para dormir hasta la mañana siguiente.

—¿Dónde está Padre? —preguntó Elemak.

—A poca distancia —dijo Issib, quien partía huevos frescos sobre la tostada, preparándolos para el horno. Lo hacía con suma destreza, teniendo en cuenta que para coger un huevo con una mano necesitaba todas sus fuerzas. Sostenía un huevo a poca distancia de la mesa, luego movía un músculo para soltar el flotador que le sostenía el brazo, haciéndolo caer, con huevo y todo, sobre la superficie. El huevo se partía por la mitad, Issib movía otro músculo, el flotador le alzaba el brazo, Issib abría el huevo con la otra mano y lo derramaba sobre la tostada. Issib se las apañaba para todo, pues los flotadores contrarrestaban los efectos de la gravedad. Pero Issib nunca podría viajar como Padre, Elemak y a veces Mebbekew. En cuanto se alejaba del campo magnético de la ciudad, Issib tenía que viajar en una silla, una máquina torpe que sólo podía desplazarse de un sitio al otro, sin ayudarle en nada. Lejos de la ciudad, limitado a su silla, Issib era un auténtico inválido.

—¿Dónde está Mebbekew? —preguntó Elemak. El pastel ya estaba cocido. Pasado, en realidad, pero Elemak siempre se tomaba el desayuno así. Lo cocinaba hasta ablandarlo tanto que no hacían falta dientes para masticarlo, tal vez porque así lo podía engullir más fácilmente.

—Ha pasado la noche en la ciudad —dijo Issib. Elemak no.

—Eso dirá cuando regrese. Pero sospecho que Meb es mucho arado y poca siembra.

Un hombre de la edad de Mebbekew sólo podía pasar la noche en Basílica si alguna mujer lo acogía en su hogar. Elemak podía burlarse diciendo que Mebbekew era un presumido, pero Nafai había visto el modo en que Meb actuaba con algunas mujeres. Mebbekew no necesitaba fingir que había pasado la noche en ciudad; tal vez incluso aceptara menos invitaciones de las que recibía.

Elemak cogió una generosa porción de pastel, gritó, abrió la boca y empinó un sorbo de vino.

—Caliente —explicó cuando recobró el habla.

—Como siempre —dijo Nafai.

Era una broma, una pequeña burla entre hermanos. Pero por algún motivo Elemak lo tomó a mal, como si Nafai lo hubiera tildado de estúpido.

—Escucha, pequeñín —dijo—, cuando has pasado dos meses y medio comiendo cosas frías y durmiendo en el polvo, te olvidas de que un pastel te puede quemar la lengua.

—Perdona. No he querido ofenderte.

—Ojo con tus bromas. A fin de cuentas, sólo eres mi hermanastro.

—No te preocupes —intervino jovialmente Issib—. Nafai surte el mismo efecto en un hermano.

Issib procuraba apaciguar los ánimos para evitar una discusión, pero Elemak parecía empeñado en continuar.

—Supongo que para ti es más difícil —dijo—. Es una suerte que seas un inválido, pues de lo contrario nuestro Nafai no hubiera sobrevivido hasta los dieciocho.

Si ese comentario hirió a Issib, no lo demostró. Pero Nafai se irritó. Issib procuraba mantener la paz y Elemak lo insultaba. Aunque antes Nafai no había tenido la menor intención de buscar pelea, ahora estaba dispuesto. Tenía un buen pretexto: Elemak había contado su edad en años de siembra y no en años de templo.

—Tengo catorce —declaró—. No dieciocho.

—Años de templo, años de siembra —dijo Elemak—. Si fueras un caballo tendrías dieciocho.

Nafai se aproximó a la silla de Elemak.

—Pero no soy un caballo —afirmó.

—Tampoco eres un hombre, todavía. Y estoy demasiado cansado para darte una tunda. Así que prepárate el desayuno y déjame comer el mío. —Se volvió hacia Issib—. ¿Padre se llevó a Rashgallivak?

Nafai se sorprendió de la pregunta. ¿Cómo podía Padre llevarse al mayordomo de la finca cuando Elemak estaba ausente? Truzhnisha se encargaría de la servidumbre, pero sin Rashgallivak, ¿quién se encargaría de los invernáculos, establos y cobertizos? No sería Mebbekew, desde luego, quien desdeñaba los quehaceres cotidianos. Y los hombres no aceptarían órdenes de Issib, a quien trataban con ternura y piedad, pero no con respeto.

—No, Padre dejó a Rash a cargo —dijo Issib—. Tal vez Rash haya dormido esta noche en el cobertizo de plantas polares. Pero sabes que Padre nunca se marcha sin cerciorarse de que todo está en orden.

Elemak miro de soslayo a Nafai.

—Sólo me preguntaba por qué algunos se han puesto tan altaneros.

Entonces Nafai comprendió: la pregunta de Elemak era en realidad un cumplido tácito. Se

preguntaba si Padre lo había dejado al mando en su ausencia. Y obviamente no le gustaba que Nafai se hiciera cargo del negocio familiar de plantas exóticas.

—No me interesa vender vegetales —dijo Nafai—, por si eso te preocupa.

—No me preocupa. ¿Y no es hora de ir a la escuela de mamá? Estará inquieta por si han asaltado y aporreado a su pequeñín.

Nafai sabía que era preferible hacer oídos sordos, no provocar a Elemak. No le interesaba enemistarse con él. Pero justamente porque lo admiraba, porque deseaba imitarlo no pudo contener una réplica. Enfilando hacia la puerta del patio, se volvió para decir:

—Tengo ambiciones más altas que merodear por ahí disparando contra salteadores, durmiendo con camellos y llevando plantas de la tundra al trópico y plantas del trópico a los glaciares. Puedes quedarte con tu jueguito.

Elemak se levantó de golpe, haciendo volar la silla, y en dos zancadas se abalanzó sobre Nafai para aplastarle el rostro contra el dintel. Dolía, pero a Nafai no le importaba el dolor ni el miedo de salir mal parado. En cambio sentía una extraña sensación de triunfo. Le he hecho perder los estribos. Ni siquiera se molesta en fingir lo contrario.

—Ese jueguito, como tú lo llamas, ha pagado todo lo que tienes y todo lo que eres. Si no fuera por el dinero que traemos Padre, Rash y yo, ¿crees que alguien te miraría en Basílica? ¿Crees que tu madre tiene tanto honor como para legarlo a los hijos varones? Si crees eso no sabes cómo funciona el mundo. Tu madre podrá brindar mucho prestigio a sus hijas, pero lo único que una mujer puede hacer por un hijo varón es convertirlo en sabio. —Escupió la palabra con desprecio—. Y créeme, pequeñín, sólo serás eso. No sé por qué el Alma Suprema se molestó en darte un miembro, nena, si cuando crezcas lo único que necesitarás en este mundo es lo que tiene una mujer.

Nafai supo nuevamente que debía guardar silencio y dejar que Elemak se quedara con la última palabra. Pero la réplica le salió por los labios en cuanto se formó en su mente.

—¿Llamarme mujer es un modo sutil de insinuarme que te gusto? Es evidente que has pasado demasiado tiempo en el desierto, si empiezas a considerarme irresistible.

Elemak lo soltó al instante. Nafai dio media vuelta, pensando que Elemak se reiría y restaría importancia a un par de bromas que se les habían ido de las manos. En cambio su hermano estaba rojo y resollaba como un animal dispuesto a embestir.

—Lárgate de esta casa —dijo Elemak—, y no regreses mientras yo esté aquí.

—No es tu casa —señaló Nafai.

—La próxima vez que te vea te mataré.

—Vamos, Elya, sabes que sólo bromeaba. Issib flotó jovialmente entre ambos y rodeó los hombros de Nafai con brazos torpes.

—Llegaremos tarde a la ciudad, Nyef. Madre se preocupará de veras.

Esta vez Nafai tuvo el buen tino de cerrar el pico. Sabía contener la lengua, aunque nunca se acordaba de hacerlo a tiempo. Ahora Elemak estaba furioso. Lo estaría durante días. ¿Dónde dormiré si no puedo ir a casa?, se preguntó Nafai. De inmediato tuvo un súbito recuerdo donde una imagen de Eiadh le susurraba: «¿Por qué no pasas la noche en mi habitación? A fin de cuentas, un día seremos compañeros. Una mujer prepara a sus sobrinas favoritas para que sean compañeras de sus hijos, ¿verdad? Lo supe desde que te conocí, Nafai. ¿Para qué aguardar más tiempo? A fin de cuentas, ¿no eres el ser humano más estúpido de Basílica?»

Nafai despertó de su ensoñación al comprender que quien le hablaba era Issib, no Eiadh.

—¿Por qué insistes en provocarlo así, sabiendo que a veces Elemak te mataría?

—Pienso cosas y las digo cuando no debo —dijo Nafai.

—Pienzas cosas estúpidas y eres tan bobo que las dices siempre.

—No siempre.

—¿Qué? ¿Quieres decir que hay cosas aún más estúpidas que te callas? ¡Qué cabeza tienes! ¡Un tesoro! —Issib flotaba llevándole la delantera. Siempre hacía lo mismo cuando subían por el camino del risco, olvidando que los demás tenían que habérselas con la gravedad.

—Elemak me cae bien —suspiró Nafai—. No entiendo por qué no le soy simpático.

—Un día le pediré que te confeccione una lista —dijo Issib—. La pegaré al final de la mía.

EN CASA DE MADRE

El camino que iba de la casa Wetchik a Basílica era largo pero ellos lo conocían bien. Hasta los ocho años, Nafai había hecho el viaje en dirección contraria, cuando Madre los llevaba a él e Issib a casa de Padre para las vacaciones. En esos días era mágico estar en una morada de hombres. Padre, con su melena blanca, les parecía casi un dios. De hecho, hasta los cinco años, Nafai había pensado que Padre era el Alma Suprema. Mebbekew, sólo seis años mayor que Nafai, siempre había sido socarrón y fastidioso, pero en esa época Elemak se mostraba amable y juguetón. Diez años mayor que Nafai, Elya ya tenía talla de adulto en los primeros recuerdos de Nafai acerca de la casa Wetchik; pero en vez del aspecto etéreo de Padre, tenía trazas de luchador, un hombre que era amable sólo porque le venía en gana, no porque rehuyera la violencia. En esos días Nafai había rogado que lo liberasen de la casa de Madre y lo dejaran vivir con Wetchik y Elemak. Soportar a Mebbekew sería el precio inevitable por vivir en la morada de los dioses.

Madre y Padre le explicaron por qué no lo liberaban de su educación.

—Los niños que van a vivir con el padre a esta edad son los menos promisorios —dijo Padre—. Los que son demasiado violentos para permanecer en una casa de estudios, demasiado irrespetuosos para vivir en una casa de mujeres.

—Y los más tontos van a vivir con el padre a los ocho años —añadió Madre—. Aparte de los rudimentos de lectura y aritmética, ¿de qué le sirve el aprendizaje a un hombre estúpido?

Aun ahora, al recordar, Nafai sentía un hormigueo de placer, pues Mebbekew se jactaba de que él, a diferencia de Nyef e Issya, y Elya en sus tiempos, había ido a casa de su padre a los ocho años. Nafai estaba seguro de que Meb cumplía todos los requisitos para ingresar tempranamente en la casa de los hombres.

Así lograron persuadir a Nafai de que le convenía quedarse con la madre. También había otras razones —hacerle compañía a Issib, el prestigio del hogar de su madre, la asociación con sus hermanas—, pero fue la ambición lo que hizo que Nafai se alegrara de quedarse. Soy un chico promisorio. Seré valioso para la tierra de Basílica, quizá para el mundo entero. Tal vez un día mis escritos sean enviados al cielo para que el Alma Suprema los comparta con gentes de otras ciudades y otros idiomas. Tal vez un día sea uno de los grandes cuyas ideas se almacenan en cristal y se guardan en un archivo, para ser leídas durante el resto de la historia humana como uno de los gigantes de Armonía.

Aun así, como había rogado tan fervientemente que le permitieran vivir con Padre, desde los ocho hasta los trece años él e Issib pasaban casi todos los fines de semana en casa de Wetchik, y se familiarizaron tanto con ella como con la casa que Rasa tenía en la ciudad. Padre les exigía que trabajaran con ahínco, experimentando lo que hace un hombre para ganarse la vida, de modo que sus fines de semana no eran festivos. «Estudias seis días, trabajando con la mente mientras tu cuerpo se toma vacaciones. Aquí trabajarás en los establos e invernáculos, trabajando con el cuerpo mientras tu mente aprende la paz que proviene del trabajo honesto.»

Así hablaba Padre, una especie de continua perorata. Madre decía que adoptaba este tono porque no sabía hablar naturalmente con los niños. Pero Nafai había oído suficientes conversaciones adultas para saber que Padre hablaba así con todos excepto con Rasa. Padre nunca estaba a sus anchas, nunca era él mismo con nadie; pero con los años Nafai también aprendió que Padre, por muy pomposo y grandilocuente que fuera, no era tonto; sus palabras nunca eran hueras, estúpidas ni ignorantes. Así hablaba un hombre, pensaba Nafai cuando era pequeño, de forma que practicaba un estilo elegante y se esmeraba por aprender el emeznetyi clásico, además del bassyat coloquial que era el idioma de las artes y el comercio de Basílica. Últimamente Nafai había comprendido que para comunicarse con la gente real tenía que hablar el idioma común, pero los ritmos y melodías del emeznetyi aún se traslucían en sus escritos y su habla. Incluso en las estúpidas bromas que provocaban la ira de Elemak.

—Acabo de comprender una cosa —dijo Nafai.

Issib no respondió. Iba tan adelante que Nafai no supo si le había oído. Pero Nafai continuó de todos modos, hablando en voz aún más baja, quizá porque sólo se lo decía a sí mismo.

—Creo que digo esas cosas que enfurecen tanto a los demás no por ganas de molestar, sino porque se me ocurre un modo ingenioso de expresarlas. Es como un arte, pensar en el modo perfecto de expresar una idea, y cuando lo piensas tienes que decirlo, porque las palabras no existen hasta que las dices.

—Un arte bastante endeble, Nyef, y te aconsejaría que lo abandones antes de que alguien te mate por su causa. Vaya, Issib sí estaba escuchando.

—Para ser un sujeto tan fuerte y robusto, tardas bastante en subir por el Camino del Risco hasta la Calle del Mercado —comentó Issib.

—Estaba pensando.

—Tendrías que aprender a pensar y caminar al mismo tiempo.

Nafai llegó a la cima, donde Issib aguardaba. De verdad estaba remoloneando, pensó. Ni siquiera me falta el aliento.

Pero como Issib se había detenido, Nafai también se demoró, volviéndose como Issib para mirar camino abajo. El Camino del Risco tenía un nombre atinado, pues cruzaba un risco que descendía hacia la vasta e irrigada llanura de la costa.

Era una mañana clara, y desde esa altura alcanzaban a ver el océano. Retazos multicolores de granjas y huertos, con costurones de carreteras y nudos de ciudades y aldeas, se extendían como una colcha entre las montañas y el mar. Por el Camino del Risco subía una larga fila de granjeros que se dirigían al mercado con largas hileras de animales de carga. Si Nafai e Issib se demoraban diez minutos más, tendrían que continuar la marcha en medio del bullicio y el hedor de caballos, asnos, musías y kurelomi, el sudor de los hombres y el cuchicheo de las mujeres. En otros tiempos habría sido placentero, pero Nafai había viajado con ellos bastantes veces para saber que el sudor y los cuchicheos eran siempre iguales. No todo lo que viene de un jardín es una rosa.

Issib se volvió hacia el oeste y Nafai lo imitó, para ver un paisaje que era todo lo contrario: la escabrosa y rocosa meseta del Besporyadok, el yermo que se extendía hacia occidente. Mil poetas cantaban que el sol se elevaba del mar, aureolado por astillas de luz que bailaban en las aguas, y se ponía en una roja llamarada en el oeste, perdiéndose en el polvo del desierto. Pero Nafai siempre pensaba que, a juzgar por el clima, el sol debía de ir en sentido contrario. No llevaba agua del océano a la tierra, sino fuego seco del desierto al mar.

Los granjeros que se dirigían al mercado se acercaban, y ya se oían los arrieros y los asnos. Los hermanos reanudaron la marcha hacia Basílica, cuya muralla de roca roja fulguraba con los primeros rayos del sol. Basílica, donde las boscosas montañas del norte se juntaban con el desierto del oeste y el fecundo litoral del este. Los poetas celebraban ese lugar: Basílica, Ciudad de las Mujeres, Puerto de las Brumas, Rojo Jardín del Alma Suprema, el refugio donde todas las aguas del mundo confluían para concebir nuevas nubes, para derramar agua fresca sobre la tierra.

O, como decía Mebbekew, la mejor ciudad del mundo para follar.

El camino que unía la Puerta del Mercado de Basílica con la casa de Wetchik no había cambiado en todos esos años: Nafai notaba hasta el cambio de una piedra. Pero cuando Nafai cumplió los trece, llegó a un punto de inflexión que alteró el significado de ese camino. A los trece años, incluso los niños más promisorios iban a vivir con el padre y abandonaban para siempre su educación. Sólo se quedaban los que se proponían rechazar los oficios viriles para transformarse en sabios. Al cumplir ocho años Nafai rogó que le dejaran vivir con su padre, pero a los trece cambió de parecer. No, no he decidido ser sabio, decía, pero tampoco he decidido lo contrario. ¿Por qué he de decidir ahora? Déjame vivir contigo, Padre, si es necesario... pero también déjame quedarme en la escuela de Madre hasta que las cosas se aclaren. No me necesitas en tu trabajo tal como necesitas a Elemak. Y no quiero ser otro Mebbekew.

Así, aunque el camino que unía la casa de Padre con la ciudad no había cambiado, ahora Nafai lo recorría en dirección contraria. Ahora el trayecto no iba desde la casa de Rasa hasta la campiña, sino desde la casa de campo de Wetchik hasta la ciudad. Aunque tenía más pertenencias en la ciudad —todos sus libros, papeles, herramientas y juguetes— y a menudo dormía allá tres o cuatro de las ocho noches de la semana, su hogar estaba en la casa de Padre.

Lo cual era inevitable. Ningún hombre podía afirmar que en Basílica algo le pertenecía: todo era obsequio de una mujer. Ni siquiera un hombre como Padre, que tenía buenas razones para sentirse seguro de su compañera de muchos años, se sentía a sus anchas en Basílica, debido

al lago. El profundo valle en el corazón de la ciudad —la razón de la existencia de la ciudad— ocupaba la mitad de la superficie de Basílica, y nadie podía visitarlo, ningún hombre podía internarse en el bosque circundante lo suficiente para vislumbrar esas aguas brillantes. Si eran brillantes. Por lo que sabía Nafai, el valle era tan profundo que el sol jamás tocaba las aguas del lago de Basílica.

Ningún lugar puede ser tu hogar si alberga un sitio donde está prohibido entrar. Ningún hombre puede ser un verdadero ciudadano de Basílica. Y yo me estoy volviendo un extraño en casa de mi madre.

En el pasado Elemak había hablado de ciudades donde los hombres poseían todo, lugares donde los hombres tenían muchas esposas y las esposas no tenían opciones en cuanto a la renovación del contrato de matrimonio, e incluso de una ciudad donde ni siquiera había matrimonio, sino que cualquier hombre podía adueñarse de cualquier mujer y ella no podía rechazarlo a menos que ya estuviera encinta. Nafai se preguntaba si estas historias eran verídicas. ¿Por qué las mujeres iban a resignarse a semejante trato? ¿Era posible que las mujeres de Basílica fueran mucho más fuertes que las de otros lugares? ¿O los hombres de este lugar eran más débiles o más tímidos que los de otras ciudades?

La pregunta cobró un carácter súbitamente apremiante.

—¿Alguna vez has dormido con una mujer, Issya? Issib no respondió.

—Sólo preguntaba —dijo Nafai. Issib guardó silencio.

—Trato de entender qué tienen de maravilloso las mujeres de Basílica para que un hombre como Elya regrese siempre aquí cuando podría vivir en uno de esos sitios donde los hombres actúan siempre a su antojo.

Sólo esta vez Issib respondió.

—En primer lugar, Nafai, no hay ningún sitio donde los hombres actúen siempre a su antojo. Hay sitios donde los hombres fingen que actúan a su antojo y las mujeres fingen que se lo permiten, así como las mujeres fingen que actúan a su antojo y los hombres fingen que se lo permiten.

Era una reflexión interesante. A Nafai nunca se le había ocurrido pensar que quizá las cosas no fueran tan claras y sencillas como parecían. Pero Issib no había concluido y Nafai quiso oír el resto.

—¿Y en segundo lugar?

—En segundo lugar, Nyef, Madre y Padre me encontraron una instructora hace varios años y, para ser franco, no es tan sensacional como dicen.

No era lo que Nafai quería oír.

—Meb opina lo contrario.

—Meb no tiene cerebro —dijo Issib—, sólo va hacia donde lo conduce su parte más protuberante. A veces eso significa que sigue a su nariz, pero habitualmente no.

—¿Cómo fue?

—Agradable. Ella era muy tierna, pero yo no la quería —comentó Issib con cierta tristeza—. Era como dejarse hacer algo, en vez de hacer algo juntos.

—¿Eso fue por...?

—¿Porque soy inválido? En parte, quizás, aunque ella me enseñó cómo brindarle placer y dijo que lo hacía asombrosamente bien. Quizá tú lo disfrutes como Meb.

—Espero que no.

—Madre dijo que los mejores hombres no gozan mucho con su instructora, porque los mejores hombres no quieren recibir el placer como una lección, sino gratuitamente, por amor. Pero también dijo que los peores hombres tampoco gozan con su instructora, porque no soportan que otra persona controle la situación.

—Yo ni siquiera quiero una instructora —dijo Nafai.

—Bien, muy inteligente de tu parte. ¿Entonces cómo aprenderás?

—Quiero aprenderlo con mi compañera.

—Eres un idiota romántico.

—Nadie enseña a las aves ni a los lagartos.

—Nafai ab Wetchik mag Rasa, el famoso amante lagarto.

—Una vez vi un par de lagartos haciéndolo durante una hora.

—¿Aprendiste alguna técnica interesante?

—Claro. Pero sólo puedes usarlas si tienes las proporciones de un lagarto.

—¿En serio?

—Lo tienen tan largo como la mitad del cuerpo. Issib rió.

—Imaginate lo que sería comprarse unos pantalones.

- ¡O atarse las sandalias!
- Tendrías que enrollártelo en la cintura.
- O colgártelo del hombro.

Continuaron con esta conversación hasta que llegaron al mercado exterior, donde la gente comenzaba a abrir sus puestos, esperando la llegada inminente de los granjeros de la planicie. Padre tenía un par de puestos en el mercado exterior, aunque ningún granjero de la planicie tenía dinero ni refinamiento suficiente para comprar una planta que requería tantos cuidados y no producía frutos aprovechables. Las únicas ventas del mercado exterior eran para tenderos de Basílica, y en ocasiones para extranjeros ricos que visitaban el mercado camino de la ciudad. Estando Padre de viaje, Rashgallivak supervisaría los escaparates, y en efecto allí estaba, preparando una exhibición de plantas polares. Lo saludaron con la mano, pero él se limitó a mirarlos adustamente. Así era Rash. Acudiría si lo necesitaban en una crisis. Pero en ese momento su tarea consistía en preparar las plantas y a eso consagraba toda su atención. No había prisa, sin embargo. Las mejores ventas se producirían por la tarde, cuando los basilicanos buscaban obsequios atractivos para sus compañeros o amantes, o para conquistar el corazón de alguien a quien cortejaban.

Meb comentaba que nadie compraba plantas exóticas para uso personal, pues mantenerlas con vida era una molestia, y que sólo las compraban para regalo porque eran caras. «Constituyen el regalo perfecto porque la planta es bella y atractiva mientras dura el idilio... por lo general una semana. Luego la planta muere, a menos que el dueño nos pague para que vayamos a cuidarla. De cualquier modo los sentimientos hacia la planta siempre congenian con los sentimientos hacia el amante que la obsequió. O bien fastidia porque aún está merodeando, o bien disgusta como un recuerdo mustio. Si un amor ha de ser duradero, los amantes deberían comprar un árbol.» Como Meb hablaba así con los clientes, Padre le había prohibido atender los puestos. Sin duda era lo que Meb pretendía.

Nafai comprendía el deseo de eludir esa responsabilidad. La pesada tarea de vender un ramillete de plantas temperamentales no era divertida.

Si termino mis estudios, pensó Nafai, tendré que trabajar todos los días en una de esas tareas infames. Y no me llevará a ninguna parte. Cuando Padre muera, Elemak será el Wetchik, y nunca me permitirá guiar mi caravana, que es la única parte interesante del trabajo. No quiero pasarme la vida en un invernáculo o un cobertizo, injertando, cultivando y multiplicando plantas que morirán en cuanto las vendan. No hay ninguna grandeza en ello.

El mercado exterior terminaba en la primera puerta, que estaba abierta, como de costumbre. Nafai se preguntó si sería posible cerrarla. No importaba. Era siempre la puerta mejor custodiada porque era la más activa. A todo el mundo le revisaban la retina y cotejaban el resultado con el censo de ciudadanos. Issib y Nafai, como hijos de ciudadanos, eran técnicamente ciudadanos, y aunque no se les permitiera tener propiedades dentro de la ciudad podrían votar cuando fueran mayores. Así que los guardias los trataron con respeto.

Entre la puerta exterior y la puerta interior, entre las altas murallas rojas y bajo la custodia de gran cantidad de guardias, la ciudad de Basílica albergaba su negocio más lucrativo: el Mercado de Oro. En realidad el oro no era la mercancía que más se compraba y vendía, aunque los prestamistas abundaban. En el Mercado del Oro se traficaba con cualquier forma de riqueza que resultara portátil y fácil de robar, títulos de propiedad, títulos de depósito, certificados de propiedad de acciones y certificados de deudas incobrables: todo se vendía aquí y cada puesto tenía un ordenador que transmitía las transacciones al registro oficial, el ordenador maestro de la ciudad. Las rutilantes proyecciones holográficas de los ordenadores causaban un extraño efecto de fluctuación, de modo que uno siempre veía un parpadeo por el rabillo del ojo. Meb decía que por eso los prestamistas y vendedores del Mercado del Oro creían que alguien los espía.

Sin duda la mayoría de los ordenadores habían reparado en Nafai e Issib en cuanto les revisaron la retina en la puerta, transmitiendo sus nombre, situación y posición financiera a la proyección holográfica. Algún día eso significaría algo, sabía Nafai, pero de momento no. Desde que Meb había contraído cuantiosas deudas el año anterior al cumplir los dieciocho, existía una fuerte restricción del crédito para la familia Wetchik, y como el crédito era el único modo en que Nafai podía contar con una buena suma de dinero, aquí nadie estaría interesado en él. Padre podría haber hecho levantar esas restricciones, pero como Padre hacía sus negocios en efectivo, sin pedir nada prestado, las restricciones no lo afectaban y además impedían que Meb contrajera más deudas. Los gemidos, gritos, protestas y sollozos se habían prolongado durante meses, hasta que Meb comprendió que Padre jamás cedería ni le daría la independencia económica. Últimamente Meb lo tomaba con más calma. Cuando aparecía con

ropa nueva, afirmaba que se la habían prestado amigos compasivos, pero Nafai no le creía. Meb gastaba dinero cuando lo tenía, y como Nafai no imaginaba a Meb trabajando en nada, su conclusión era que Meb había hallado a alguien a quien le pedía prestado a cuenta de su futura parte de la finca Wetchik.

Era típico de Meb pedir prestado a cuenta de la muerte de Padre. Pero Padre aún era un hombre sano y vigoroso, de sólo cincuenta años. En algún momento los acreedores se hartarían de esperar y Meb tendría que recurrir de nuevo a Padre, rogándole que lo ayudara a saldar sus deudas.

Hubo otro chequeo retinal en la puerta interior. Como eran ciudadanos y los ordenadores mostraban que no traían nada ni habían comprado nada en los puestos, no hubo que registrarlos en busca de lo que un eufemismo denominaba «préstamos no autorizados», así que poco después entraron en la ciudad.

Más específicamente, entraron en el Mercado Interior. Era casi tan vasto como el exterior, pero allí terminaba toda semejanza, pues en vez de vender carnes y comida, rollos de tela y trozos de madera, el Mercado Interior vendía productos manufacturados: pasteles y sorbetes, especias y hierbas, muebles y cobertores, colgaduras y tapices, finas camisas y pantalones, sandalias para los pies, guantes para las manos, anillos para los dedos y las orejas; y chucherías, animales y plantas exóticas, conseguidos con gran coste y riesgo en todos los rincones del mundo. Aquí Padre ofrecía las plantas más preciosas en sus puestos abiertos día y noche.

Pero nada de esto atraía a Nafai, después de tantos años de atravesar el mercado sin un cobre. Sólo le atraían los muchos puestos que vendían myachiks, pequeñas esferas de cristal que contenían grabaciones de música, danza, escultura, pinturas, tragedias, comedias e historias verídicas, recitadas

como poemas, representadas en escena o cantadas en óperas; las palabras de historiadores, científicos, filósofos, oradores, profetas y autores de sátiras; lecciones y demostraciones de cada arte o proceso jamás concebido, y, por supuesto, las grandes canciones de amor por las cuales Basílica era célebre en todo el mundo, que combinaban música con imágenes eróticas continuas que se repetían aleatoriamente, como esculturas autogeneradas, en las alcobas y jardines privados de cada hogar de la ciudad.

Claro que Nafai era demasiado joven para comprar estas canciones, pero había visto más de una cuando visitaba el hogar de amigos cuyas madres o maestras no eran tan discretas como Rasa. Lo fascinaban, tanto por la música y el relato como por el erotismo. Pero se pasaba las horas en el mercado buscando nuevas obras de poetas, músicos, artistas y actores basilicanos, o viejas obras que gozaban de nueva difusión, o extrañas obras de otras tierras, en traducción o en el original. Padre daba poco dinero a los hijos, pero Madre concedía a sus niños —hijos, sobrinas y meros alumnos— una generosa asignación para la compra de myachiks.

Nafai enfiló hacia un puesto donde un joven cantaba con aguda y dulce voz de tenor; la melodía parecía pertenecer a la compositora que se hacía llamar Amanecer, o al menos a sus mejores imitadoras.

—No —dijo Issib—, ya regresarás por la tarde.

—Tú puedes seguir.

—Vamos con retraso.

—Entonces puedo retrasarme un poco más.

—Date prisa, Nafai. Cada lección que pierdas tendrá que recuperarse después.

—De todos modos nunca conseguiré aprenderlo todo. Quiero oír esta canción.

—Pues escucha mientras caminas. ¿No sabes caminar y escuchar al mismo tiempo?

Nafai se dejó arrastrar fuera del mercado. La canción pronto se perdió en medio de la música de otros puestos y el parloteo del mercado. Al contrario del Mercado Exterior, el Mercado Interior no aguardaba a los granjeros de la planicie, así que nunca cerraba; la mitad de esa gente había pasado la noche en vela y compraba pasteles y té para desayunar antes de regresar a casa para acostarse. Quizá Meb estuviera entre ellos. Por un instante Nafai le envidió esa libertad. Si alguna vez llegó a ser un gran científico o historiador, ¿dispondré de tanta libertad? Levantarse por la tarde, escribir hasta el ocaso y luego aventurarse en la noche de Basílica para ver las danzas y los dramas, oír los conciertos o quizá recitar pasajes del trabajo que preparé ese día ante un público culto que se marchará discutiendo, elogiando y criticando mi obra. ¿Cómo podían compararse los sucios y fatigosos viajes de Elemak con semejante vida? Y luego regresar al alba a la casa de Eiadh, y hacer el amor mientras susurramos y reímos recordando las peripecias y triunfos de esa noche.

Sólo faltaban algunos detalles para concretar semejante sueño. Por lo pronto, Eiadh aún no tenía casa, y aunque estaba conquistando cierta reputación como cantante y rapsoda, saltaba a la vista que no tendría una carrera deslumbrante; no era un prodigio, así que su casa sería modesta por muchos años. No importa, le ayudaré a comprar una vivienda mejor de la que ella podría costearse, aunque cuando un hombre ayuda a una mujer a comprar propiedades en Basílica el dinero sólo puede entregarse como obsequio. Eiadh es demasiado leal como para revocar mi contrato y negarme el ingreso en la casa que le ayude a comprar.

El otro detalle que faltaba para concretar el sueño era que Nafai nunca había escrito nada descollante. Claro que aún no había escogido su especialidad, y por tanto aún se estaba ejercitando, picoteando aquí y allá. Pronto se decidiría por una especialidad en la que tuviera talento, y habría myachiks de sus obras en los puestos del Mercado Interno.

Una procesión se dirigía al valle por el Camino Sagrado, así que ellos, siendo hombres, tuvieron que sortearlo. Aun así, pronto llegaron a la casa de Madre. Issib lo abandonó de inmediato y ascendió flotando a la sala de ordenadores, donde últimamente pasaba todo el tiempo. Un curso de pequeños ya había iniciado sus actividades en la curva sur del porche con columnas, por donde ya asomaba la luz oblicua del sol.

Estaban practicando las devociones: los niños se abofeteaban con fuerza, las niñas tarareaban. Su curso estaría haciendo lo mismo en otra parte, y Nafai no tenía prisa por llegar, pues se consideraba vagamente impío interrumpir una devoción.

Caminó despacio, sorteando la clase del porche, deteniéndose tras una columna para escuchar la agradable música de las niñas que tarareaban, hallando acordes fugaces que se perdían apenas descubiertos, y el tamborileo quebrado de los niños que se palmeaban las piernas, los brazos, el pecho y las mejillas.

Una niña de la clase apareció de pronto junto a él. Nafai la conocía del gimnasio. Era esa brújula llamada Luet, de quien se rumoreaba que tenía visiones tan notables que algunas damas del Bancal ya la llamaban vidente. Nafai no daba crédito a esas historias mágicas. Ni siquiera el Alma Suprema podía conocer el futuro, y en lo concerniente a las visiones, la gente sólo recordaba las que por puro azar coincidían hasta cierto punto con la realidad.

—Tú eres el que está cubierto de fuego —dijo ella. ¿De qué cuernos hablaba? ¿Cómo responder a semejante cosa?

—No, soy Nafai.

—En realidad no es fuego. Chispas diamantinas que se transforman en relámpagos cuando te enfureces.

—Tengo que entrar.

Ella le tocó la manga, reteniéndolo con tanta firmeza como si le hubiera cogido el brazo.

—Ella nunca será tu compañera.

—¿Quién?

—Eiadh. Ella se ofrecerá, pero tú la rechazarás.

Esto era humillante. ¿Cómo conocía esa niña, una mocosa de doce años, sus sentimientos por Eiadh? ¿Acaso su amor era tan evidente para todos? Bien, que así fuera. No tenía nada que ocultar. Consideraba un honor que se supiera que amaba a semejante mujer. Y en cuanto a las cualidades de vidente de la jovencita, no parecían muy convincentes, pues afirmaba que Eiadh se le ofrecería y que él la rechazaría. Me arrancaría un dedo a mordiscos antes que rechazar a la mujer más perfecta de Basílica.

—Perdona —dijo Nafai, apartando el brazo.

No le gustaba que esa niña lo tocara. Decían que su madre era una agreste, una de esas mugrientas y solitarias mujeres desnudas que llegaban a Basílica desde el desierto; supuestamente eran mujeres sagradas, pero Nafai sabía que se acostaban en plena calle con cualquier hombre que se lo pidiera, y estaba permitido que cualquier hombre las poseyera, aunque estuviera desposado con una compañera bajo contrato. Los hombres decentes y de abolengo no lo hacían, desde luego. Ni siquiera Meb había alardeado de «adorar el desierto» ni de practicar «juergas polvorientas», como la jerga vulgar llamaba a los acoplamientos con agrestes. Nafai no veía nada de sagrado en ese asunto, y consideraba a Luet una bastarda, concebida por una demente y un hombre bestial en un apareamiento que se parecía más a una violación que al amor. Era imposible que el Alma Suprema tuviera nada que ver con eso.

—El bastardo eres tú —espetó la niña, y se marchó.

Los demás habían terminado sus devociones, o quizá las habían interrumpido para escuchar a Luet. Lo cual significaba que el rumor se propagaría por toda la casa a la hora del almuerzo y por toda Basílica antes de la cena, y sin duda Issib se burlaría de él cuando regresaran a casa y Elemak y Mebbekew nunca le permitirían olvidar el asunto. Nafai lamentó

que las mujeres de Basílica no encerraran bajo llave a locas como Luet, en vez de tomar en serio las bobadas que decían.

FUEGO

Enfiló hacia la sala de la fuente, donde su curso se reuniría durante todo el otoño. Desde la cocina llegaba el aroma de la comida, y con un retortijón Nafai recordó que por culpa de la discusión con Elemak se había olvidado de desayunar. Hasta ese momento no había sentido hambre, pero ahora comprendió que estaba famélico. Incluso sintió un mareo. Debería sentarse. La sala de la fuente estaba a poca distancia; su malestar justificaría su retraso. Nadie se enfadaría. Nadie pensaría que era un tonto remolón si se encontraba mal. No tenían por qué enterarse de que se había mareado de hambre.

Entró en la sala arrastrando los pies, exagerando su debilidad, apoyándose en la pared. Notó que se volvían hacia él, pero no miró; sospechaba que la gente enferma no miraba a los demás. Esperaba que la maestra del día le dijera algo. ¿Qué pasa, Nafai? ¿No te encuentras bien?

En cambio se hizo un silencio y tuvo que deslizarse por la pared hasta sentarse en el piso de madera.

—Iremos a buscar una comitiva fúnebre, Nafai, por si mueres de repente.

¡Oh, no! No era una maestra, una de esas jóvenes crédulas a quienes les impresionaba que Nafai fuera hijo de Rasa. Era Madre. Nafai enfrentó su mirada. Madre le sonreía con malicia, sin dejarse engañar por su pantomima.

—Te estaba esperando. Issib ya está en mi pórtico. Omitió mencionarme que estabas agonizando.

No quedaba más remedio que tomarlo con buen humor. Nafai suspiró y se puso en pie.

—Madre, tu resistencia a suspender la incredulidad retrasará en varios años mi carrera de actor.

—Mejor así, querido Nafai. Tu carrera de actor retrasaría en siglos el teatro basilicano.

Los demás estudiantes rieron. Nafai sonrió, pero también estudió al grupo para ver quién disfrutaba más. Allá estaba Eiadh, sentada cerca de la fuente. Unas gotas de agua le habían salpicado el cabello y ahora reflejaban la luz como gemas. Ella no se reía. Le sonreía afablemente y le guiñó el ojo. Nafai le sonrió a su vez —como un payaso tonto, sin duda— y casi tropezó con el escalón que conducía a la puerta del corredor trasero. Estallaron más risas, así que Nafai dio media vuelta para hacer una profunda reverencia. Luego se marchó airoosamente, tropezando adrede con el dintel para conquistar otra carcajada antes de salir de la sala.

—¿De qué se trata? —le preguntó a Madre, apresurándose para alcanzarla.

—Asuntos de familia —dijo ella.

Atravesaron la puerta que conducía al pórtico de Madre. Como de costumbre, se quedarían en el recinto cubierto. Más allá del biombo, cerca de la balaustrada, el pórtico ofrecía una bella vista del Valle de la Grieta, así que los hombres tenían prohibido el ingreso. Esa prohibición a menudo se ignoraba en las casas particulares. Nafai conocía a varios chicos que hablaban del Valle de la Grieta, asegurando que no era nada especial, sólo un abrupto y escabroso barranco con árboles y matorrales cubierto por una capa brumosa o nubosa que impedía ver el centro, donde presuntamente se hallaba el lago. Pero en casa de Madre se respetaba el decoro y Nafai estaba seguro de que ni siquiera Padre había transpuesto el biombo.

Una vez que los ojos se le acostumbraron al interior, Nafai distinguió quién más estaba en el pórtico. Issib, por supuesto, pero, para su sorpresa, también Padre, que había regresado del viaje. ¿Por qué había ido a la casa de Rasa en la ciudad en vez de ir primero a su granja? Padre se levantó para abrazarlo.

—Elemak está en casa, Padre.

—Eso me ha dicho Issya.

Padre parecía muy serio y distante. Estaba preocupado por algo; nada bueno, sin duda.

—Ahora que Nafai ha llegado —dijo Madre—, quizá podamos analizar de qué se trata.

Sólo al sentarse a la sombra Nafai comprendió que había dos niñas con ellos. Al principio, encandilado por la luz del sol, había pensado que eran sus hermanas Sevet y Kokor, hijas de Rasa. En ese contexto, una reunión de Rasa con sus hijos, la presencia de Padre era sorprendente, pues él sólo era padre de Issib y Nafai, no de las niñas. Pero en vez de Sevet y Kokor, descubrió que eran dos niñas de la escuela: Hushidh, otra sobrina de Madre, de la misma edad que Eiadh, y esa brújula que había encontrado en el porche, Luet. La miró consternado. ¿Cómo había llegado allí tan pronto? Claro que él no se había dado prisa. Madre debía de haber enviado a buscarla aun antes de saber que Nafai ya estaba en la casa.

—¿Qué hacían Luet y Hushidh en una conferencia sobre asuntos de familia?

—Mi querido compañero Wetchik tiene algo que contarnos. Esperábamos que pudierais... bien, al menos que Luet o Hushidh pudieran...

—¿Por qué no empiezo ya? —sugirió Padre. Madre sonrió y elevó las manos en un gesto grácil y elegante.

—Esta mañana he visto algo perturbador —comenzó Padre—. Antes del amanecer, en realidad. Regresaba por el Camino del Desierto (ayer fui al desierto para meditar y consultar conmigo y con el Alma Suprema) cuando de pronto sentí el fuerte deseo, la necesidad de abandonar el sendero, aunque es una imprudencia hacerlo en ese momento oscuro entre la puesta de la luna y el amanecer. No fui lejos. Sólo tuve que rodear una gran roca y comprendí por qué me habían guiado a ese lugar. Pues frente a mí estaba Basílica. Pero no la Basílica que hubiera esperado, cuajada de luces de celebración en Villa de las Muñecas o los mercados interiores. Lo que vi fue Basílica ardiendo.

—¿En llamas? —preguntó Issib.

—Una visión, naturalmente. Aunque al principio no lo entendí y eché a andar deprisa hacia la ciudad, para comprobar si estabas bien, querida...

—No esperaría menos de ti —dijo Madre.

—Luego la ciudad se desvaneció tan repentinamente como había aparecido. Sólo quedaba el fuego, elevándose para formar una columna en la roca. Esa columna de fuego permaneció largo tiempo. Irradiaba calor, como si fuera real. Sentí que me quemaba, aunque por supuesto no tengo marcas en la ropa. Y luego la columna de llamas se elevó, despacio al principio, luego cada vez más rápido hasta transformarse en una estrella que surcaba el cielo, y al fin desapareció.

—Estabas cansado, Padre —dijo Issib.

—Muchas veces he estado cansado, pero nunca había visto columnas de fuego. Ni ciudades en llamas. Madre habló de nuevo.

—Tu padre vino a mí, Issya, esperando que yo le ayudara a comprender el significado de todo esto. Si es un mensaje del Alma Suprema o sólo una ensoñación alocada.

—Yo voto por la ensoñación —dijo Issib.

—Incluso la locura puede provenir del Alma Suprema —intervino Hushidh.

Todos la miraron. Era una niña feúcha y callada. Ahora que Nafai la veía junto a Luet, comprendió que se parecían mucho. ¿Eran hermanas? Más aún, ¿qué hacía allí Hushidh, y con qué derecho opinaba sobre asuntos de familia?

—Puede provenir del Alma Suprema —convino Padre—. ¿Pero es así? Y en tal caso, ¿qué significa?

Nafai advirtió que Padre no interpellaba a Rasa, ni siquiera a Hushidh, sino a Luet. No era posible que él se creyera lo que decían de ella las mujeres, ¿o sí? ¿Una mera visión transformaba a un racional hombre de negocios en un peregrino supersticioso que buscaba símbolos en todo lo que veía?

—No sé decirte qué significa tu sueño —dijo Luet.

—Oh —exclamó Padre—. No es que yo pensara...

—Si el Alma Suprema envió el sueño, y si ella quería que lo entendieras, también envió la interpretación.

—No hubo interpretación.

—¿No? —preguntó Luet—. Es la primera vez que tienes semejante sueño, ¿verdad?

—Claro. No tengo el hábito de ver visiones mientras camino de noche.

—Así que no estás habituado a reconocer los significados que acompañan a una visión.

—Supongo que no.

—Sin embargo recibiste mensajes.

—¿En serio?

—Antes de ver el fuego, supiste que debías apartarte del camino.

—Pues sí.

—¿Cómo crees que es la voz del Alma Suprema? ¿Crees que habla basyat o pone letreros?

Ese tono desdefioso no era apropiado ante un hombre del prestigio de Wetchik. Sin embargo él no parecía ofendido y captaba la reconvención como si esa niña tuviera todo el derecho a reprenderlo.

—El Alma Suprema pone conocimiento puro en nuestra mente, sin mezcla con lenguaje humano —explicó Luet—. Recibimos mucho más de lo que podemos comprender, y comprendemos mucho más de lo que lograríamos expresar en palabras.

La voz de Luet era potente en su sencillez. No era la salmodia que las brujas y profetas del Mercado Interno usaban para atraer clientes. Hablaba como si supiera, como si no tuviera la menor sombra de duda.

—Déjame preguntarte una cosa. Cuando viste la ciudad en llamas, ¿cómo supiste que era Basílica?

—La he visto mil veces, desde ese mismo sitio, al llegar del desierto.

—¿Pero viste la forma de la ciudad y la reconociste por eso, o primero supiste que era Basílica en llamas y luego tu mente invocó la imagen de la ciudad que ya estaba en tu memoria?

—No sé... ¿cómo puedo saberlo?

—Recuerda. ¿El conocimiento existía antes de la visión, o primero vino la visión?

En vez de ordenar a la niña que se marchara, Padre cerró los ojos e intentó recordar.

—Ahora que lo dices, creo... que lo supe antes de mirar en esa dirección. Creo que no la vi hasta que me lancé hacia ella. Vi las llamas, pero no la ciudad ardiendo. Y ahora que preguntas, también supe que Rasa y mis hijos corrían gran peligro. Eso fue lo primero que supe al rodear la roca... por eso sentía tanto apremio. Supe que si abandonaba el camino e iba a ese lugar, podría salvarlos del peligro. Sólo entonces comprendí cuál era el peligro; luego vi las llamas y la ciudad.

—Es una verdadera visión —declaró Luet.

¿Sólo con eso? ¿Le bastaba con conocer el orden de las cosas? Quizás hubiera dicho lo mismo sin importar lo que recordara Padre. Y quizá Padre sólo recordaba así porque Luet lo guiaba con sus sugerencias. Nafai se impacientaba al ver que Padre aceptaba dócilmente las impertinencias de aquella mocosa de doce años que lo trataba con las ínfulas de un profesional eminente ante un aprendiz.

—Pero no era verdadera —dijo Padre—. Cuando llegué aquí, no había peligro.

—No, no creí que lo hubiera —aseguró Luet—. Cuando sentiste que tu compañera y tus hijos corrían peligro, ¿qué decidiste hacer?

—Salvarlos, desde luego.

—¿Pero cómo?

De nuevo él cerró los ojos.

—No rescatarlos de un edificio en llamas. Eso sólo se me ocurrió después, cuando regresaba a la ciudad. En el momento quería gritar que la ciudad estaba ardiendo, que teníamos que...

—¿Qué?

—Que teníamos que salir de la ciudad. Pero eso no fue lo que quise decir al principio. Cuando todo comenzó, tuve la urgencia de venir a la ciudad para avisar de que habría un incendio.

—¿Y que todos debían marcharse?

—Supongo. Sí, ¿qué otra cosa? Luet calló, pero lo miró fijamente.

—No —dijo Padre con voz sorprendida—. No era eso. No iba a advertirles de que se marcharan.

Luet se inclinó hacia adelante, con expresión intensa, menos analítica.

—Hace un momento, cuando decías que querías avisarles que se marcharan de la ciudad...

—Pero no era eso lo que iba a hacer.

—Pero cuando pensaste eso por un instante, cuando supiste que ibas a avisarles que se fueran de la ciudad... ¿qué sensación tuviste? Cuando nos dijiste eso, ¿por qué supiste que estaba mal?

—No sé. Tuve la sensación de que... estaba mal.

—Esto es muy importante. ¿Cómo es esa sensación? De nuevo Padre cerró los ojos.

—No estoy acostumbrado a reflexionar sobre mi modo de pensar. Y ahora trato de recordar qué sentí al pensar que recordé algo que en realidad no recordé...

—No hables —le aconsejó Luet.

Padre guardó silencio.

Nafai sintió ganas de gritar. ¿Qué era eso de escuchar a esa chiquilla fea y estúpida, de consentir que le ordenara a Padre —el Wetchik, por si lo habían olvidado— que cerrara la boca?

Pero todos los demás estaban tan alerta que Nafai también guardó silencio. Issib se enorgullecería de él por haberse abstenido de decir algo que había pensado.

—No sentí nada —dijo Padre, cabeceando despacio—. Cuando hiciste la pregunta y yo respondí... Claro, tú te quedaste mirando y yo no tenía nada en la cabeza.

—Estúpido —dijo ella.

Padre enarcó una ceja. Para alivio de Nafai, al fin estaba notando que Luet era irrespetuosa.

—Te sentiste estúpido —repitió ella—. Así supiste que lo que habías dicho estaba mal.

—Sí, supongo que sí.

—¿Qué es esto? —dijo Issib—. ¿Analizar tu análisis del análisis de una alucinación totalmente objetiva?

Bien hecho Issya, dijo Nafai para sus adentros. Me has quitado las palabras de la boca.

—Podemos seguir con esto toda la mañana, pero sólo acumuláis sentidos encima de una experiencia absurda. Los sueños son sólo imágenes aleatorias de recuerdos, que el cerebro luego interpreta para inventar conexiones causales, elaborando historias a partir de nada.

Padre miró a Issib un instante, sacudió la cabeza.

—Tienes razón, desde luego —convino—. Aunque yo estaba despierto y jamás he sufrido una alucinación, sólo fue la activación aleatoria de las sinapsis de mi cerebro.

Nafai supo, al igual que Issib y Madre, que Padre estaba siendo irónico, que le estaba diciendo a Issib que su visión del fuego en la roca era mucho más que un mero sueño. Pero Luet no conocía a Padre, así que ella pensó que se estaba retractando de su misticismo para replegarse hacia la realidad.

—Te equivocas —dijo—. Era una verdadera visión, porque se te presentó del modo correcto. La comprensión precedió a la visión... por eso te hice esas preguntas. El sentido es intrínseco, y luego tu cerebro aporta las imágenes para permitir que lo comprendas. Así es como nos habla el Alma Suprema.

—Como les habla a los locos, querrás decir —objetó Nafai.

Se arrepintió de inmediato, pero ya era demasiado tarde.

—¿Locos como yo? —preguntó Padre.

—Y te aseguro que Luet es tan cuerda como tú —añadió Madre.

Issib no pudo perderse la oportunidad de disparar un dardo verbal.

—¿Cuerda como Nyef? Entonces está en apuros. Padre interrumpió las bromas de Issib.

—Hace un instante tú opinabas lo mismo.

—No dije que nadie fuera loco —replicó Issib.

—No, no tenías la... acerada elocuencia de Nafai.

Nafai sabía que podía salvarse si cerraba el pico y dejaba que Issib recibiera el impacto. Pero era escéptico y la contención no era su fuerte.

—Esa chica —prosiguió—. ¿No ves que ella guiaba tus palabras, Padre? Ella te hace una pregunta, pero no te dice de antemano la respuesta... así que digas lo que digas, puede afirmar que es una visión verdadera, la voz del Alma Suprema.

Padre no respondió de inmediato. Nafai se volvió triunfalmente hacia Luet, ansiando verla temblar. Pero Luet no temblaba. Lo observaba con calma. Había perdido su fervor y estaba serena. La fijeza de su mirada le resultaba molesta.

—¿Qué miras? —preguntó Nafai.

—A un necio —respondió Luet. Nafai se levantó de un brinco.

—No toleraré que me llames...

—¡Siéntate! —rugió Padre. Nafai se sentó, hirviendo de rabia.

—Tú acabas de tildarla de farsante —dijo Padre—. Aprecio que mis hijos estén cumpliendo el propósito para el cual los llamé, el de contar con un público escéptico para mi historia. Tú analizaste el proceso con inteligencia y tu versión de las cosas explica todo lo que sabes al respecto, tanto como la versión de Luet.

Nafai intervino para ayudarlo a llegar a la conclusión correcta:

—Entonces la regla de la simplicidad requiere que tú...

—La regla de tu padre requiere que tú contengas la lengua, Nafai. Ambos olvidáis que existe una diferencia fundamental entre vosotros y yo.

Padre se inclinó hacia Nafai.

—Yo vi el fuego.

Se irguió nuevamente.

—Luet no me dijo qué pensar ni qué sentir en ese momento. Y sus preguntas me ayudaron a recordar cómo sucedió todo. Pues yo lo estaba desfigurando para adaptarlo a mis prejuicios. Ella sabía que sería extraño... del modo exacto en que lo fue. Por supuesto, no puedo convencerte a ti.

—No —convino Nafai—. Sólo puedes convencerte a ti mismo.

—Al fin y al cabo, Nafai, uno sólo puede convencerse a sí mismo.

La batalla estaba perdida si Padre ya estaba elaborando aforismos. Nafai se dispuso a aguardar el final. Se consoló pensando que a fin de cuentas todo había sido un sueño. No era algo que le cambiaría la vida.

Padre aún no había concluido.

—¿Sabes lo que quería hacer, cuando sentí la urgencia de venir a la ciudad? Quería advertir a la gente... prevenirle que siguiera las viejas tradiciones, que regresara a las leyes del Alma Suprema o este lugar ardería.

—¿Qué lugar? —preguntó Luet con renovada intensidad.

—Este lugar. Basílica. La ciudad. Es lo que vi arder. De nuevo Padre guardó silencio, mirándole los ojos ardientes.

—No la ciudad —dijo al fin—. La ciudad fue sólo la imagen que aportó mi mente, ¿verdad? No la ciudad. El mundo entero. Toda Armonía, en llamas.

—La Tierra —jadeó Rasa.

—Oh, por favor —bufó Nafai. Ahora Madre iba a asociar la visión de Padre con esa vieja monserga de que el Alma Suprema había incinerado el planeta originario para castigar a la humanidad por algún fallo contra el cual el narrador deseaba predicar. El mito coercitivo multiuso: Si no hacéis lo que yo digo (es decir, lo que dice el *Alma Suprema*) el mundo entero arderá.

—Yo no vi el fuego —dijo Luet, ignorando a Nafai—. Quizá no hayamos visto lo mismo.

—¿Qué has visto? —preguntó Padre.

Nafai se irritó al ver que la trataba con tanto respeto.

—Vi el Lago Hondo de Basílica, cubierto de sangre y ceniza.

Nafai aguardó a que ella terminara. Pero la niña no dijo más.

—¿Eso es todo? ¿Nada más? —Nafai se levantó, dispuesto a marcharse—. Es magnífico veros comparar visiones. Yo vi una ciudad en llamas. Vaya, pues yo vi un lago cubierto de porquerías.

Luet se levantó para observarlo. No, para erguirse sobre él. Lo cual era ridículo, pues Nafai le llevaba casi medio metro.

—Sólo te opones a mí porque no quieres creer lo que te dije acerca de Eiadh —dijo acaloradamente.

—Eso es ridículo —respondió Nafai.

—¿Tuviste una visión con Eiadh? —preguntó Rasa.

—¿Qué tiene que ver Eiadh con Nyef? —preguntó Issib. Nafai odiaba a la niña por haber mencionado ese asunto ante la familia.

—Puedes inventar lo que quieras acerca de los demás, pero te aconsejo que no me incluyas.

—Ya basta —dijo Padre—. Hemos terminado. Rasa lo miró sorprendida.

—¿Me das órdenes en mi propia casa?

—Doy órdenes a mis hijos.

—Tienes autoridad sobre tus hijos, naturalmente —dijo Madre sonriendo, aunque por el tono de voz era evidente que estaba irritada—. Sin embargo, en mi casa sólo veo a mis alumnos.

Padre asintió, aceptando la reconvención, y se levantó para irse.

—Entonces me marcharé... Espero que eso me esté permitido.

—Puedes marcharte, mi adorado compañero, siempre que prometas regresar.

Por toda respuesta, él le besó la mejilla.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó ella.

—Lo que el Alma Suprema me pidió que hiciera.

—¿Es decir...?

—Advertir a la gente que regrese a las leyes del Alma Suprema o el mundo arderá. Issib estaba anonadado.

—Es una locura, Padre.

—Estoy harto de oír esa palabra de labios de mis hijos.

—Pero... los profetas del Alma Suprema no dicen esas cosas. Son como los poetas, aunque

sus metáforas contienen una lección moral o celebran al Alma Suprema o ...

—Issya —dijo Wetchik—, toda mi vida he escuchado esas presuntas profecías, así como los salmos, parábolas y sermones de los sacerdotes, y siempre pensé que si eso era todo lo que Alma Suprema tenía que decir, no valía la pena escuchar. ¿Por qué se molestaba en hablar si eso era todo lo que tenía en mente?

—Entonces, ¿por qué nos enseñaste a hablar con el Alma Suprema? —preguntó Issib.

—Porque creía en las antiguas leyes. Y yo hablaba con Alma Suprema, aunque más para aclararme las ideas que porque creyera que me estaba escuchando. Pero anoche, o esta mañana, tuve una experiencia que jamás había imaginado. Ni siquiera supe qué era hasta que hablé con Luet. Ahora sé qué se siente cuando la voz del Alma Suprema resuena en tu interior. No es nada parecido a las peroratas de esos poetas, soñadores y farsantes que anotan sus ocurrencias y luego las venden como profecías. Lo que estaba en mí no era yo mismo, y Luet me ha mostrado que ella oye la misma voz en su interior. Significa que el Alma Suprema es real y vive.

—Quizá —replicó Issib—. Pero eso no nos indica qué es.

—Es el custodio del mundo —dijo Wetchik—. Me pidió que ayudara. Me ordenó que ayudara. Y lo haré.

—Eso es jerigonza de los sacerdotes —protestó Issib—. Tú no sabes nada de eso. Tú cultivas plantas exóticas. Padre desechó las objeciones de Issib con un gesto.

—Si el Alma Suprema necesita que yo sepa algo, me lo dirá.

Padre enfiló hacia la puerta. Nafai lo siguió a pocos pasos.

—Padre —dijo.

Padre esperó.

El problema era que Nafai no sabía qué decir. Sólo que tenía que decirlo. Que había una pregunta muy importante cuya respuesta necesitaba. Pero ignoraba cuál era la pregunta.

—Padre —repitió.

—¿Sí?

Y como Nafai no pudo expresar la pregunta verdadera, la pregunta profunda, la pregunta importante, hizo la única pregunta que se le ocurrió.

—¿Qué debo hacer?

—Observar las antiguas tradiciones del Alma Suprema —respondió Padre.

—¿Qué significa eso?

—O el mundo arderá.

Y Padre se marchó. Nafai se quedó mirando la puerta y al fin se volvió hacia los demás. Todos lo miraban a él, como si esperaran que hiciera algo.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Nada —dijo Madre. Se levantó del asiento que ocupaba a la sombra del árbol kaplya—. Todos volveremos a nuestras labores.

—¿Eso es todo? —preguntó Issib—. Nuestro padre, tu compañero, acaba de decirnos que el Alma Suprema le habla, ¿y nosotros debemos regresar a los estudios?

—No entendéis, ¿verdad? —dijo Madre—. Habéis vivido todos estos años como hijos míos, como alumnos míos, pero sólo sois un par de mozuelos que merodean por las calles de Basílica buscando una mujer complaciente y una cama donde pasar la noche.

—¿Cómo que no entendemos? —preguntó Nafai—. El hecho de que las mujeres toméis en serio a esta brújula no significa que...

—Yo estuve en las aguas profundas —dijo Madre con voz metálica—. Los hombres podéis fingir que el Alma Suprema está distraída o durmiendo, o que es sólo una máquina que compila nuestras transmisiones y las envía a las bibliotecas de las ciudades. Sea cual fuere vuestra teoría, no cambiará la verdad. Para mí, y para casi todas las mujeres de esta ciudad, el Alma Suprema está viva. Al menos como guardiana de los recuerdos de este mundo. Todos recibimos esos recuerdos cuando bajamos al agua. A veces parecen caprichosos, a veces recibimos exactamente el recuerdo que necesitamos. El Alma Suprema mantiene la historia del mundo tal como fue vista por los ojos de otros. Sólo unas pocas, como Luet y Hushidh, reciben sabiduría del agua, y aún menos reciben visiones de cosas reales que todavía no han sucedido. Desde que murió la gran Izumina, Luet es la única vidente que conozco en Basílica. Así que, en efecto, la tomamos muy en serio.

¿Las mujeres bajan al agua y reciben visiones? Era la primera vez que Nafai oía describir una parte del culto del lago. Siempre había supuesto que el culto de las mujeres era como el de los hombres: un modo físico, ascético, doloroso y desapasionado de descargar las emociones. En cambio todas eran místicas. Lo que para un hombre era leyenda o locura ocupaba el centro

de la vida de una mujer. Nafai tuvo la sensación de que las mujeres pertenecían a otra especie. La pregunta era quiénes eran los humanos: las mujeres o los hombres. ¿Los hombres, racionales pero brutales? ¿O las mujeres, irracionales pero tiernas?

—Hay una sola cosa más rara que una muchacha como Luet —dijo Madre—, y es un hombre que oiga la voz del Alma Suprema. Ahora sabemos que tu padre oye, pues Luet lo ha confirmado. No sé qué desea el Alma Suprema, ni por qué ha hablado a tu padre, pero tengo sabiduría suficiente para comprender que es importante.

Cogió la oreja de Nafai con firmeza, aunque sin causarle dolor.

—En cuanto al mítico incendio de la Tierra, querido niño, yo misma lo he presenciado. Ocurrió hace muchísimo tiempo... calculamos que han transcurrido por lo menos treinta millones de años de historia humana en este mundo que bautizamos Armonía. Pero vi volar los proyectiles, estallar las bombas y el mundo ardiendo en llamas. El humo cubría el cielo y tapaba el sol, y debajo de ese manto de tinieblas los océanos se congelaban y el mundo se recubría de hielo y sólo algunos seres humanos sobrevivían, para levantarse de la negrura mientras el mundo perecía, llevando sus gentes, sus arrepentimientos y sus genes a otros planetas, con la esperanza de volver a empezar. Lo hicieron. Estamos aquí. Ahora el Alma Suprema ha advertido a tu padre que nuestro nuevo comienzo puede conducir al mismo final.

Nafai había visto el semblante de Madre en público: juguetón, brillante, analítico, grácil. También había visto el semblante de Madre en familia: franco pero amable, pronto para la furia pero más pronto para el perdón. Suponía que el semblante que presentaba a la familia era el verdadero, el que no ocultaba nada. Pero detrás de esos dos semblantes ocultaba otro: su amarga visión del final de la Tierra.

—Nunca nos lo habías contado —susurró Nafai.

—Claro que sí lo hice —dijo Rasa—. No es culpa mía que creyeráis que os contaba un mito. Le solté la oreja y regresó a la casa.

Issib pasó flotando junto a Nafai, mascullando que un día te levantabas y descubrirías que habías vivido siempre en un manicomio. Hushidh también pasó a su lado sin mirarlo; Nafai imaginó el chisme que propagaría en su clase durante todo el día.

Quedó a solas con Luet.

—No debí hablar antes contigo —dijo ella.

—Y no deberías hablarme nunca más —sugirió Nafai.

—Algunos oyen una mentira cuando les dicen la verdad. Te enorgulleces de ser el hijo de Rasa y Wetchik, pero es evidente que los genes que has heredado de tus padres no son los mejores.

—En cambio, yo estoy seguro de que tú has recibido lo mejor que tus padres podían ofrecer.

Ella lo miró con manifiesto desprecio y se marchó.

—Será un día maravilloso —dijo Nafai cuando estuvo a solas—. Toda mi familia me detesta. —Caviló un instante—. Ni siquiera sé si quiero su afecto.

Por un peligroso momento, a solas en el pórtico, tuvo la tentación de dirigirse al borde para asomarse a mirar el prohibido paisaje del Valle de las Mujeres Sagradas, al que todos llamaban el Valle de la Grieta (y algunas lenguas vulgares apodaban el Barranco de las Arpías). Veré y apuesto a que ni siquiera quedaré ciego.

Pero no lo hizo, aunque se quedó rumiando largo rato. Le pareció que cuando estaba a punto de caminar hacia el borde su mente divagó y él titubeó confundido, olvidando por un instante su propósito. Al fin perdió todo interés y regresó al interior de la casa.

Tenía que regresar a clase, era lo que correspondía. Pero no tenía ánimos. Enfiló hacia la puerta y salió al porche y a las calles de Basílica. Quizá Madre se enfadara, pero le daba igual.

Sin duda miraba por dónde iba, pues no tropezó con nada, pero no recordó lo que veía ni dónde había estado. Terminó en el barrio de la Fuente, a poca distancia del vecindario de la casa de Rasa, aunque mentalmente había recorrido una y otra vez los mismos pensamientos, para terminar cerca de donde había comenzado.

Pero sabía una cosa: no podía descartar todo aquello como mera locura. Padre no estaba loco, por nuevo y extraño que pareciera; y en cuanto a Madre, si su visión del incendio de la Tierra era locura, entonces estaba loca desde antes de que él naciera. Conque había algo que ponía ideas, deseos y visiones en la mente de sus padres, y también en la de Luet. La gente lo llamaba el Alma Suprema, pero eso era sólo un nombre, una etiqueta. ¿Qué era y qué quería? ¿Qué hacía? Si podía hablar con algunas personas, ¿por qué no se comunicaba con todos?

Nafai se detuvo enfrente de lo que quizá fuera la casa más grande de Basílica. La conocía bien, pues el jefe del clan Palwashantu era compañero de la mujer que residía allí; Nafai no

recordaba el nombre de ella. No era una mujer importante, y todos sabían que había adquirido esa antigua casa con el dinero de su compañero, y si ella no renovaba el contrato no sería nadie a pesar de la casa, y en cambio él era Gaballufix. Había cierto parentesco. La madre de Gaballufix era Hosni, quien después fue instructora de Wetchik y madre de Elemak. Puesto que existía esa consanguinidad, y dado que Padre era segundo en prestigio en el clan Palwashantu, habían visitado esa casa un par de veces por año desde que Nafai tenía memoria.

Mientras miraba ausente el frente de aquel prestigioso edificio, se despabiló de golpe, pues reconoció a alguien que se acercaba por la calle. Elemak debía estar en casa durmiendo, pues había viajado toda la noche. Pero allí estaba, en mitad de la tarde. Por un instante de pánico Nafai se preguntó si Elya lo buscaba a él. ¿Era posible que Madre se hubiera alarmado y hubiera enviado a toda la familia, quizás incluso a los empleados de Padre, a buscarlo por toda la ciudad?

Pero no, Elemak no buscaba a nadie. Caminaba con despreocupación. No miraba hacia ningún lado.

Y luego desapareció.

No, había doblado en el hueco que separaba la casa de Gaballufix del edificio vecino. De forma que se dirigía a algún lugar concreto.

Nafai sintió curiosidad. Echó a trotar para tener una buena vista del estrecho callejón. Llegó a tiempo para ver que Elemak entraba en la casa de Gaballufix por una portezuela.

Nafai ignoraba qué asunto tenía Elya con Gaballufix, algo tan urgente como para ir a la casa el mismo día en que regresaba de una larga travesía. Claro que Gaballufix era técnicamente el hermanastro de Elya, pero había dieciséis años de diferencia entre ambos y Gaballufix nunca lo había reconocido como hermano. Eso no significaba que ahora no pudieran comenzar a tratarse como parientes, pero era raro que Elemak nunca lo hubiera mencionado y ahora pareciera ocultarlo.

Raro o no, Nafai sabía que sería pésima idea preguntarle a Elemak directamente. Cuando Elya quisiera dar a conocer lo que hacía con Gaballufix, lo revelaría. Entretanto, el secreto quedaría bien guardado en su cabeza.

Un secreto guardado en la cabeza.

Luet sabía que Nafai estaba enamorado de Eiyadh. Bien, eso no era tan secreto. Luet pudo haberlo adivinado por el modo en que él la miraba. Pero en el porche de la casa de Madre, Luet había dicho «El bastardo eres tú», como si le replicara por llamarla bastarda a ella. Sin embargo, él no había dicho nada. Sólo lo había pensado. Y jamás había expresado esa opinión. Se le había ocurrido en aquel momento, porque estaba molesto con Luet. Pero ella lo había sabido.

¿Eso también era el Alma Suprema? ¿No sólo ponía ideas en la cabeza de la gente, sino que las sacaba para comunicarlas a otros? El Alma Suprema no sólo transmitía extraños sueños, sino que se dedicaba a figonear y chismorrear.

Nafai sintió miedo al pensar no sólo que el Alma Suprema era real, sino que podía leer sus pensamientos más íntimos y fugaces y revelarlos a alguien. Y nada menos que a una persona tan repulsiva como aquella brújula bastarda.

Sintió miedo como esa primera vez que había ido solo al mar. Padre los había llevado de vacaciones a la playa. La primera tarde que fue al mar, rodeado por su padre y sus hermanos—excepto Issib, quien miraba desde su silla en la playa—, Nafai sintió que las aguas jugaban con él, que las olas lo empujaban de aquí para allá. Era divertido, estimulante. Incluso se atrevió a nadar hasta donde sus pies no tocaban el fondo, jugando entretanto con Meb, Elya y Padre. Un buen día, un día espléndido, cuando sus hermanos mayores aún le tenían afecto. Pero a la mañana siguiente se levantó temprano, salió de la tienda y fue al agua solo. Podía nadar como un pez; no corría peligro. Sin embargo se internó en el agua con inexplicable inquietud. El agua tironeaba y empujaba; Nafai estaba a pocos metros de la costa, pero al no haber nadie más en el agua se sentía desorientado, como si el mar pudiera arrastrarlo, como si estuviera en poder de algo tan vasto que podía devorarlo.

Sintió pánico. Corrió hacia la costa, forcejando, convencido de que el mar no lo soltaría, que lo arrastraría hasta succionarlo. Y cuando llegó a la arena, a la arena seca, cayó de rodillas y lloró porque estaba a salvo.

Pero durante esos instantes había experimentado el terror de saber lo pequeño e indefenso que era, cuánto poder existía en el mundo y lo frágil que era en manos de ese poder.

Ahora sentía el mismo temor. No tan fuerte ni concreto como el día de la playa, pero él ya no tenía cinco años y había aprendido a enfrentar el miedo. El Alma Suprema no era una vieja

leyenda. Estaba viva y podía introducir visiones en la mente de sus padres y hurgar en la mente de Nafai en busca de secretos para revelarlos a otros, a gente que Nafai odiaba y que odiaba a Nafai.

Lo peor era saber que Luet no le tenía afecto, quizá porque el Alma Suprema le había revelado sus secretos. Sus pensamientos más íntimos expuestos ante ese monstruito antipático. ¿Qué más? ¿La próxima visión de Padre sería acerca de las fantasías de Nafai con Eiadh? Peor aún, ¿Madre las vería?

En la playa había podido correr hacia la costa. ¿Adonde correría para librarse del Alma Suprema?

Imposible. No había lugar donde ocultarse. ¿Cómo disfrazar los pensamientos para que ni siquiera tú supieras lo que pensabas?

La única opción era tratar de averiguar qué era el Alma Suprema, tratar de comprender qué quería, qué pretendía hacerle a él y su familia. Tenía que comprender al Alma Suprema y, a ser posible, conseguir que lo dejara en paz.

MÁSCARAS

No tenía sentido regresar a casa de Madre a horas tan tardías. Explicarse le llevaría el escaso tiempo que quedaba de escuela. Y para excusarse podía esperar hasta el día siguiente.

O quizá no regresara nunca. No era mala idea. A fin de cuentas, Mebbekew no iba a la escuela. En realidad no hacía nada, ni siquiera regresaba a casa si no le venía en gana.

¿Cuándo había empezado eso? ¿Ya lo hacía a los catorce años? En cualquier caso Nafai podía comenzar ahora. ¿Quién iba a detenerle? Era alto como un hombre y ya tenía edad para un oficio de hombre. Aunque no el oficio de Padre, nunca la venta de plantas. Si practicabas ese oficio durante mucho tiempo, terminabas viendo visiones en la oscuridad junto a los caminos del desierto.

Pero había otros oficios. Quizá Nafai pudiera ser aprendiz de un artista. Un poeta o un cantante. La voz de Nafai era joven, pero sabía seguir una melodía y con el ejercicio quizá resultara buena. O quizá fuera bailarín o actor, a pesar de la broma que Madre había hecho esa mañana. Para esas artes no se necesitaba ir a la escuela. Si iba a seguir esa actividad, quedarse con Madre era una pérdida de tiempo.

La idea lo absorbió toda la tarde y primero lo llevó hacia el sur, al Mercado Interior, donde habría canciones y poemas, quizás un nuevo myachik para comprar y escuchar en casa. Desde luego, si dejaba de asistir a la escuela, Madre le cortaría su asignación para myachiks. Pero como aprendiz quizá ganara algún dinero. ¿Y qué importaba si no era así? El mismo estaría creando arte. Pronto ya no querría grabaciones artísticas en pequeñas bolas de cristal.

Cuando llegó al Mercado Interior, se había persuadido de que no debía interesarse en las grabaciones, ahora que iba a hacer carrera como artista. Enfiló hacia el este, por los barrios llamados Corrales, Jardines y Olivar, unas callejas estrechas con casas que se apiñaban entre la muralla de la ciudad y el borde del valle adonde los hombres no podían ir. Por último llegó al lugar más angosto, un callejón con una alta muralla blanca detrás de las casas, de modo que un hombre de pie en la muralla roja de la ciudad no podía ver el valle. Había ido allí pocas veces y nunca solo.

Nunca solo, porque Villa de las Muñecas era un sitio para gozar de la compañía y la camaradería, para sentarse en medio de un público apiñado y mirar danzas y representaciones, o escuchar poemas y conciertos. Pero ahora Nafai llegaba a Villa de las Muñecas como artista, no como parte del público. No buscaba camaradería, sino su vocación.

El sol aún estaba alto, así que las calles aún no estaban atestadas. Con el crepúsculo saldrían los retozones aprendices, y el anochecer convocaría a los amantes, los sibaritas y los juerguistas. Pero aun ahora, por la tarde, algunos teatros estaban abiertos, y las galerías hacían buenos negocios a plena luz del día.

Nafai se detuvo en varias galerías, más porque estaban abiertas que porque pensara seriamente en iniciarse como aprendiz de pintor o escultor. No era hábil para el dibujo, y cuando en la infancia probó suerte con la escultura sus proyectos necesitaban títulos para que la gente entendiera qué eran. Mientras paseaba por las galerías, Nafai procuró adoptar un aspecto grave y circunspecto, pero los vendedores no se dejaban engañar. Nafai sería alto como un hombre pero aún era demasiado joven para ser un cliente de consideración. Así que no se le acercaban a hablarle como cuando entraba un adulto. Tuvo que obtener información de oídas. Los precios lo azoraban. Claro que el coste de los originales era inaccesible, pero incluso las copias holográficas de alta resolución le resultaban demasiado caras. Lo peor era que las pinturas y esculturas que le gustaban más eran siempre las más caras. Tal vez eso significase que tenía un gusto refinado. O quizá que los artistas que sabían impresionar a los ignorantes eran los que ganaban más dinero.

Aburrido de las galerías y resuelto a averiguar qué arte sería el cauce de su futuro, Nafai enfiló hacia el Teatro Abierto, una serie de escenarios diminutos que salpicaban el parque cerca de la muralla. Estaban ensayando algunas obras. Como aún no había público, las

burbujas sónicas estaban apagadas, y mientras Nafai caminaba de escenario en escenario los sonidos de las diversas obras se confundían. Al cabo de un rato, sin embargo, Nafai descubrió que si se detenía a mirar un ensayo durante un buen rato y lograba interesarse, dejaba de reparar en los demás ruidos.

Lo que más le atrajo fue la representación de una sátira. La sátira le interesaba porque los guiones siempre eran tan nuevos como los chismes más recientes. Y tal como había imaginado, allí estaba el autor, garrapateando sus versos en papel —*en papel*— y entregando las hojas a un ayudante que las llevaba al escenario para entregarlas al actor a quien estaban destinadas. Los actores que no estaban en escena aguardaban en el césped, paseándose o en cuclillas, repitiendo sus diálogos para memorizarlos. Por eso las sátiras siempre eran chapuceras y dislocadas, con súbitos silencios y gran abundancia de incoherencias. Pero nadie esperaba que una sátira fuera buena. Sólo tenía que ser divertida, punzante y nueva.

Esta trataba sobre un viejo que vendía pociones de amor. El enmascarado que representaba al viejo no aparentaba más de veinte años, y no era muy hábil imitando una voz mayor. Pero eso formaba parte de la diversión: los enmascarados solían ser aprendices que aún no habían obtenido un papel en una compañía de actores. Sostenían que usaban máscaras en vez de maquillaje para protegerse de las represalias de las airadas víctimas de la sátira, pero al observarlos Nafai sospechó que la máscara también servía para proteger al joven actor de las befas de sus padres.

Era una tarde calurosa y algunos actores se habían quitado la camisa; los de tez clara no parecían tener en cuenta que se estaban poniendo rojos como tomates. Nafai rió en silencio al pensar que los enmascarados debían de ser los únicos de Basílica que podían tostarse todo el cuerpo salvo el rostro.

El ayudante entregó unos versos a un actor que estaba acucillado en la hierba. El joven les echó un vistazo, se levantó y se aproximó al autor.

—No puedo decir esto —declaró.

El autor estaba de espaldas a Nafai, quien no pudo oír la respuesta.

—¿Qué? ¿Mi papel es tan irrelevante que mis líneas no tienen rima?

El autor respondió con voz tan estentórea que Nafai captó algunas frases, que terminaron con un hiriente «¡escribelo tú mismo!».

El joven se quitó la máscara con enfado.

—¡No podría escribir nada peor que esto! El autor soltó una carcajada.

—Supongo que no. Vamos, inténtalo. No tengo tiempo para ser brillante en cada escena.

Aplacado, el joven se puso la máscara. Pero Nafai había visto lo suficiente. Pues el joven enmascarado que exigía que sus líneas rimaran era nada menos que su hermano Mebbekew.

Conque ésta era su fuente de ingresos. No pedía dinero prestado. La idea que para Nafai parecía tan ingeniosa y fresca —hacerse aprendiz de artista para independizarse— se le había ocurrido a Mebbekew tiempo atrás y la había puesto en práctica. En cierto modo era alentador. Si Mebbekew puede, ¿por qué yo no? Pero también era desalentador pensar que entre toda la gente había elegido a Mebbekew para emular. Meb, el hermano que lo había odiado toda la vida en vez de empezar a odiarlo recientemente, como Elya. ¿Para esto he nacido? ¿Para ser un segundo Mebbekew?

Luego se le ocurrió el pensamiento más insidioso. ¿No sería cómico que yo me iniciara como actor, años después de Meb, y una compañía me contratara de inmediato? Sería deliciosamente humillante; Meb querría suicidarse.

Bien, tal vez no. Era más probable que Meb quisiera asesinarlo.

Nafai despertó de su despechada ensoñación para presenciar la escena. El vendedor de pociones trataba de persuadir a una joven reacia de que le comprara unas hierbas.

Pon las hojas en su té, pon las flores en tu lecho y cuando toquen las tres sin duda ya estará muerto... muerto de amor, por cierto

La trama comenzaba a cobrar sentido. El viejo quería envenenar al amante de la muchacha persuadiéndola de que la hierba fatal era una poción de amor. Al parecer ella no había comprendido sus intenciones (los personajes de las sátiras eran increíblemente estúpidos), pero se negaba a comprar por otras razones.

Me moriría de amores antes de usar tus flores. Fuera de aquí, lisonjero. Quiero un amor verdadero.

De pronto el viejo entonó una canción operística. Su voz no era mala, a pesar de la exageración destinada al efecto cómico.

¡El sueño del amor es esplendoroso!

En ese momento el enmascarado Mebbekew brincó al escenario e interpeló al público.

¡Escuchad a ese viejo asqueroso!

Continuaron en un extraño duelo donde el vendedor de pociones cantaba una línea y el joven personaje de Mebbekew respondía con un comentario hablado dirigido al público:

¡Mas el amor viste muchos atuendos! (Hace días que le vengo siguiendo.) ¡Hay quien acude al instante! (Sé que trama matar al amante.) ¡Hay quien demora la acción! (¡Oídle rebuznar su canción!) ¡Ay, no cometas un error! (Daré una visión a este impostor.) ¡Cuando puedo brindarte dicha extrema! (Pensará que es del Alma Suprema.) Nada limita los amorosos juegos. (Una visión con un poco de fuego...) No importa la ocasión, si late el corazón, lograrás despertar la pasión.

Una visión del Alma Suprema. Fuego. A Nafai no le gustó el cariz que tomaban las cosas. No le gustaba que la máscara del viejo vendedor de pociones tuviera una desgrefiada melena de cabello blanco y una abundante barba. ¿Era posible que el rumor se hubiera difundido tan pronto? Algunos autores de sátiras eran famosos por escuchar los chismes antes que los demás (a menudo la gente presenciaba las sátiras sólo para enterarse de las novedades) y muchos espectadores se marchaban preguntándose de qué se trataba.

Mebbekew estaba tocando una caja del escenario. El autor le dijo:

—Olvida el efecto del fuego. Fingiremos que funciona.

—Hay que probarlo alguna vez —respondió Mebbekew.

—Ahora no.

—¿Cuándo?

El autor se levantó, caminó hacia el escenario, hizo bocina con las manos y bramó:

—¡Probaremos... el... efecto... después!

—Bien —asintió Meb.

Cuando el autor regresó a su sitio, añadió:

—Además, tú no activarás el efecto.

—Perdón —dijo Meb.

Regresó detrás de la caja que presuntamente debía lanzar una columna de fuego esa noche. Los otros enmascarados volvieron a sus puestos.

—Fin de la canción —prosiguió Meb—. Efecto de fuego. El vendedor de pociones y la muchacha alzaron las manos remedando sorpresa.

—¡Una columna de fuego! —exclamó el vendedor de pociones.

—¿Cómo pudo aparecer fuego en una desnuda roca del desierto? —exclamó la muchacha—. ¡Es un milagro! El vendedor de pociones se volvió hacia ella.

—¡No sabes de qué hablas, zorra! ¡Yo soy el único que puede verlo! ¡Es una visión!

—¡No! —gritó Mebbekew con voz profunda—. ¡Es un efecto especial!

—¡Un efecto especial! —exclamó el vendedor—. Entonces tú has de ser...

—En efecto.

—¡Ese viejo farsante, el Alma Suprema!

—¡Me enorgullecen tus imposturas! ¡Engañas a esa tonta con galanura!

—Engañarla cuesta poco, pues eres mi gran maestro.

—¡No! —tronó el autor—. ¡No *gran* maestro, idiota, sino maestro *loco*, para que rime convoco!

—Claro, claro —dijo el joven enmascarado que hacía de vendedor de pociones—. Así perdemos el sentido, pero al menos rima.

—No importa que perdamos el sentido, mozalbeta arrogante. Lo importante es que no perdamos dinero.

Todos rieron, aunque era evidente que los actores no le tenían gran simpatía al autor. Reanudaron la escena y poco después Meb y el vendedor de pociones se lanzaron a cantar y balar celebrando su ingenio para estafar a la gente, que en general era muy crédula, sobre todo las mujeres. Cada dístico de la canción parecía destinado a agraviar a un sector del público, y la canción continuó hasta que cada ciudadano de Basilica fue víctima de sus escarnios.

Mientras ellos cantaban y bailaban, la muchacha fingía asar una comida en las llamas.

Meb recordaba la letra mejor que el otro enmascarado, y aunque Nafai sabía que la escena estaba destinada a humillar a Padre, no pudo dejar de notar que Meb era bastante bueno en el canto y que pronunciaba cada palabra con gran claridad. Yo también podría hacerlo, pensó Nafai.

La canción regresaba una y otra vez al estribillo:

Bailo y canto junto al fuego con este gran mentiroso, sumamente peligroso cuando practica sus juegos.

Cuando terminó la canción el Alma Suprema —Meb— había persuadido al vendedor de pociones de que el mejor modo de engatusar a las mujeres de Basílica era convencerlas de que él recibía visiones del Alma Suprema.

—Son niñas tan candorosas —dijo Meb— que se tragan cualquier cosa.

La escena concluyó cuando el vendedor se llevó a la muchacha del escenario diciéndole que había tenido una visión de la ciudad de Basílica en llamas. El autor había optado por aliteraciones en vez de rimas, y el verso resultaba más natural pero menos divertido.

—¿Por qué prefieres perder tiempo con un pequeñín lampiño y ñoño? Mejor fuera follar sin freno con un vejete feo y fogoso, y así asimilar su Alma Suprema.

—De acuerdo —intervino el autor—. Funcionará. Ahora veamos la escena de la calle.

Otro grupo de enmascarados subió al escenario. Nafai cruzó el parque para acercarse a Mebbekew, quien, con la máscara puesta, ya estaba garabateando nuevos diálogos en un papel.

—Meb.

Meb se volvió sorprendido, tratando de ver mejor a través de los pequeños orificios de la máscara.

—¿Cómo me has llamado? —Entonces vio que era Nafai. Se levantó de un brinco y trató de alejarse—. Aléjate de mí, mequetrefe.

—Meb, tengo que hablar contigo. Mebbekew siguió caminando.

—¡Antes de que actúes esta noche en la obra! —gritó Nafai. Meb se volvió bruscamente.

—No es una obra, es una sátira. No soy un actor, soy un enmascarado. Y tú no eres mi hermano, eres un torpe. La furia de Meb lo desconcertó.

—¿Qué te he hecho? —preguntó Nafai.

—Te conozco, Nyef. Siempre terminas contándoselo todo a Padre.

Como si Padre al fin no fuera a averiguar que su hijo participaba en una sátira destinada a ridiculizarlo ante toda la ciudad.

—Lo que me saca de quicio —dijo Nafai— es que sólo te importan tus problemas. No tienes la menor lealtad hacia la familia.

—Esto no perjudica a mi familia. Las máscaras son un buen modo de iniciarse como actor, me permiten ganarme la vida y de vez en cuando me procuran un poco de respeto y placer, mucho más de lo que jamás obtuve trabajando para Padre.

¿De qué hablaba Meb?

—No me molesta que seas enmascarado. Más aún, me parece magnífico. Hoy he venido aquí porque yo también pensaba intentarlo.

Meb se quitó la máscara y lo miró de arriba abajo.

—Tu cuerpo puede funcionar en el escenario. Pero aún tienes voz de chiquillo.

—Mebbekew, eso no importa ahora. No importan las máscaras. ¡Pero no puedes hacerle esto a Padre!

—¡No le hago nada a Padre! Hago esto por mí. Hablar con Mebbekew siempre conducía a lo mismo. Nunca seguía la ilación de un razonamiento.

—De acuerdo, sé enmascarado —dijo Nafai—. ¡Pero ni siquiera tú puedes rebajarte a ridiculizar a Padre! Meb lo miró sin entender.

—¿Ridiculizar a mi padre?

—No me digas que no lo sabes.

—¿En qué lo ridiculiza esta sátira?

—La escena que acabas de terminar, Meb.

—Padre no es la única persona de Basílica que cree en el Alma Suprema. De hecho, pienso que él no cree seriamente.

—¡La visión, Meb! ¡El fuego en el desierto, la profecía sobre el fin del mundo! ¿De quién crees que habla?

—No lo sé. El viejo Drotik no nos cuenta de qué son estas cosas. No importa que no hayamos oído el chisme. Decimos las líneas y listo. —De pronto Meb puso cara de sorpresa—. ¿Qué tiene que ver con Padre este asunto del Alma Suprema?

—Tuvo una visión. En el Camino del Desierto, esta mañana antes del alba, cuando regresaba del viaje. Vio una columna de fuego en una roca, y Basílica en llamas, y cree que significa la destrucción del mundo, como la Tierra de la vieja leyenda. Madre le cree y él ya debe de haber comenzado a hablar con los demás sobre el asunto. De lo contrario el autor no incluiría esta parte en su sátira.

—Es lo más descabellado que he oído nunca.

—No lo estoy inventando —dijo Nafai—. Esta mañana estuve en el pórtico de Madre y...

—¡La escena del pórtico! Ésa es... Él describe que el boticario... ¿Se supone que ése es Padre?

—¿Qué crees que te estoy diciendo?

—Bastardo —susurró Meb—. Ese bastardo. Y me puso en el papel de Alma Suprema.

Meb enfiló hacia el enmascarado que hacía el papel de boticario. Se detuvo un instante a examinar la máscara y el disfraz.

—Es tan evidente. Debo de tener cerebro de mosquito... ¡Pero una visión!

—¿De qué hablas? —preguntó el enmascarado.

—Dame esa máscara —dijo Mebbekew—. ¡Dámela!

—Claro, aquí tienes.

Meb se la arrancó de las manos y corrió colina arriba hacia el autor. Nafai lo siguió. Meb agitaba la máscara frente al autor.

—¡Cómo te atreves, Drotik, viejo repulsivo!

—Oh, no finjas que no lo sabías, muchacho.

—¿Cómo iba a saberlo? He estado durmiendo hasta la hora de los ensayos. Me pusiste en escena ridiculizando a mi padre y es mera coincidencia que no conocieras ese detalle. Sí, vaya si te creo.

—Oye, esto atrae al público.

—¿Qué pensabas hacer, decir a la gente quién soy, cuando has prometido que protegerías mi anonimato? ¿Y qué significan estas máscaras? —Meb se volvió hacia los demás, que estaban desconcertados por la situación—. Escuchadme. ¿Sabéis qué pensaba hacer este viejo infecto? Iba a ridiculizar a mi padre y revelar al público que yo hacía el papel de Alma Suprema. ¡Iba a desenmascararme!

El autor estaba inquieto por este giro de los acontecimientos. Aunque la mayoría de los enmascarados aún ocultaba el rostro, sin duda se enfurecería ante la idea de que un autor expusiera la identidad de sus enmascarados. Así que Drotik procuró dominar la situación.

—No perdáis tiempo en estas tonterías —dijo a los demás—. Acabo de despedirlo porque ha tenido el descaro de rescribir mis líneas, y ahora quiere estropear el espectáculo.

Los enmascarados se relajaron visiblemente.

Meb comprendió que había perdido la discusión. Los enmascarados querían creer al autor, pues de lo contrario perderían el empleo.

—Mi padre no es el mentiroso, sino tú —dijo Meb.

—La sátira es maravillosa, ¿verdad? —preguntó Drotik—. Hasta que uno es víctima de las befas.

Meb alzó la máscara de melena blanca como si fuera a golpear al autor. Drotik alzó un brazo para defenderse. Pero Meb no pretendía golpearlo. Partió la máscara sobre la rodilla y arrojó los fragmentos sobre el regazo de Drotik.

Drotik bajó el brazo y enfrentó la mirada de Mebbekew.

—Mi artesano tardará diez minutos en ponerle barba a otra máscara. ¿O se trata de una amenaza metafórica?

—No lo sé —dijo Meb—. ¿Tú tratabas de que yo asesinara metafóricamente a mi padre?

Drotik movió la cabeza en un ademán incrédulo.

—Es una parodia, hijo. Meras palabras. Algunas carcajadas.

—Algunos billetes más.

—Eso te pagaba el sueldo.

—Eso te ha hecho rico.

Meb giró sobre los talones y se marchó, seguido por Nafai. Drotik pidió al ayudante que fuera a la muralla en busca de enmascarados que pudieran aprender un papel en tres horas.

Mebbekew no permitió que Nafai lo alcanzara. Apretaba el paso cada vez más, hasta que al fin echaron a correr por las calles, subiendo y bajando las lomas. Pero Mebbekew no tenía

resistencia para superar a Nafai, y al fin se apoyó en la esquina de una casa, jadeando.

Nafai no sabía qué decir. No quería perseguir a Meb, sólo decirle lo que pensaba: que había estado sensacional al poner al autor en cintura, al llamarlo mentiroso sin rodeos y pulverizar cada argumento con que Drotik se defendía. Cuando partiste la máscara, quise aplaudirte. Eso quería decirle.

Pero cuando se le acercó, comprendió que Meb no sólo jadeaba para recobrar el aliento. Estaba llorando, no de pesar, sino de rabia, y golpeaba la pared con el puño.

—¿Cómo pudo hacerlo? —repetía—. ¡Ese estúpido y egoísta hijo de puta!

—No te preocupes —dijo Nafai para consolarlo—. Drotik no vale la pena.

—¡No Drotik, imbécil! —respondió Meb—. Drotik es exactamente como yo pensaba, excepto que ahora he perdido el empleo y nunca tendré otro. Drotik dirá a todo el mundo que lo dejé plantado tres horas antes de una función.

—¿Entonces con quién estás enojado?

—¡Con Padre! ¿Con quién crees? Una visión... No puedo creerlo. ¡Pensé que Drotik respondería que no se burlaba de Padre, sino de otra persona, que de dónde sacaba la idea de que el personaje era Wetchik, que sólo un tonto cometería la idiotez de pensar que el honorable Wetchik recibía visiones del Alma Suprema!

—Madre lo cree.

—Madre ha renovado su contrato todos los años desde el año en que fuiste concebido. Obviamente no es muy objetiva cuando se trata de juzgarlo a él. ¿Tú le crees? ¿Le cree alguien que no haya dormido con él?

—No lo sé. Ni siquiera sé quién se ha enterado.

—Te diré una cosa. Dentro de seis horas toda Basilica estará al corriente. ¡Mataría a ese viejo pedorro...!

—Cálmate, no hablas en serio...

—¿No? ¿Crees que no me gustaría asestarle este puño en la jeta? —Meb gritó su próxima frase a un peatón—. ¡Yo te haré ver visiones, charlatán, mercader de plantas!

La gente se detuvo en la calle.

—Ya. Conque Padre te avergüenza a *tí*.

—Yo no te he pedido que me siguieras. Tú me viniste detrás, y si no te gusta estar conmigo puedes ahogarte en tu propio moco, no me opongo.

—Vamos a casa —dijo Nafai, pues no sabía qué otra cosa decir.

RUEDAS

Pero esa noche Nafai hubiera preferido no estar en casa. Tenía esperanzas de que Padre estuviera en otra parte y Meb pudiera calmarse antes de que hablaran. Pero no, claro que no. Padre quería hablar con Meb. Ya había pasado una hora hablando con Elemak —Nafai no lamentaba haberse perdido esa escena— y ahora parecía tener la ilusión de que quizá pudiera persuadir a Meb de creer en su visión.

Los gritos comenzaron en cuanto Mebbekeew localizó a Padre en su estudio. Nafai conocía esas discusiones, así que se retiró sin demora a su habitación. Al pasar por el patio vio a Issib asomado en la puerta. Otro refugiado, pensó Nafai.

Durante una hora sólo se oyó el murmullo de la voz de Padre, quizá tratando de explicar su visión, interrumpido en ocasiones por el penetrante alarido de Mebbekeew, con comentarios que oscilaban entre la acusación y la burla. Luego estallaron los reproches: Mebbekeew quejándose de que Padre humillaba a la familia, Padre alegando que Meb deshonraba a la familia trabajando de enmascarado. Padre empezó a gritar y Mebbekeew a explicarse, lo cual prolongó la riña una hora más, hasta que Meb se marchó de la casa hecho una furia y Padre fue a los establos a cuidar los animales hasta que consiguió calmarse.

Sólo entonces Nafai se atrevió a ir a la cocina para comer su primera comida del día, pues desfallecía de hambre. Para su asombro, encontró allí a Elemak e Issib.

—Elya, no sabía que estabas aquí —afirmó Nafai. Elemak lo miró sin entender; luego recordó.

—Olvídalo —dijo—. Esta mañana estaba enfadado, pero no es nada. Olvídalo.

Nafai se había olvidado, con todo lo que había ocurrido, que Elemak le había advertido que no regresara a casa.

—Supongo que ya lo olvidé —dijo.

Elemak lo miró de mal talante y siguió comiendo.

—¿Qué he dicho?

—No importa —dijo Issib—. Estamos pensando qué hacer.

Nafai fue hasta la nevera y revisó la comida que Truzhnisha guardaba allí para estas ocasiones. Desfallecía de hambre pero nada le apetecía.

—¿No hay nada más?

—No, tengo el resto escondido en los pantalones —contestó Issib.

Nafai escogió algo que en un tiempo le gustaba, aunque esta noche no le atraía. Mientras lo calentaba, se volvió hacia los otros dos.

—¿Y qué hemos decidido? Elemak no lo miró.

—No *hemos* decidido nada —respondió Issib.

—¿Qué? ¿De pronto soy el único chiquillo de la casa, mientras los hombres toman las decisiones?

—En efecto, sí —dijo Issib.

—¿Y qué decisiones tomaréis? ¿Quién puede tomar decisiones, aparte de Padre? Es su casa, su negocio y su dinero, y es su nombre el que provoca risas en toda Basílica.

Elemak sacudió la cabeza.

—No en toda Basílica.

—¿Quieres decir que hay alguien que no se ha enterado?

—Quiero decir que no todos se ríen.

—Pues se reirán si esa sátira dura mucho tiempo. Vi un ensayo, Meb actuaba bastante bien. Claro que se marchó porque hablaba de Padre, pero creo que tiene talento. ¿Sabías que cantaba?

Elemak lo miró con desprecio.

—¿De veras eras tan frívolo, Nyef?

—Sí —dijo Nafai—, soy tan frívolo que no le doy importancia a nuestro bochorno, si Padre

tuvo una visión.

—Sabemos que Padre tuvo una visión. El problema es lo que piensa hacer.

—Bien, el Alma Suprema le envía una visión advirtiéndole acerca de la destrucción del mundo. ¿Esperas que la mantenga en secreto?

—Come y calla —contestó Elemak.

—Anda diciendo a la gente que el Alma Suprema quiere que regresemos a las leyes tradicionales —comentó Issib.

—¿Cuáles?

—Todas ellas.

—Pregunto cuáles son las que ya no respetamos. Elemak decidió ir al grano.

—Fue al consejo del clan y habló contra nuestra decisión de colaborar con Potokgavan en su guerra con los cabeza mojada.

—¿Quiénes?

—Los gorayni. Los cabeza mojada.

Les habían dado ese apodo por su costumbre de llevar el cabello largo, en bucles que goteaban aceite perfumado. También eran famosos como guerreros crueles que despachaban a los prisioneros que no demostraban su valor sufriendo graves heridas antes de rendirse.

—Pero están cientos de kilómetros al norte de aquí —dijo Nafai—, y los potoku están al sureste. ¿Por qué han de pelear?

—¿Qué te enseñan en tu escuelita? —dijo Elemak—. Los potoku han extendido su protección sobre toda la planicie costera, hasta el río Mochai.

—Claro. ¿Protección de qué?

—De los gorayni, Nafai. Nosotros estamos en el medio. Eso se llama geografía.

—Conozco la geografía. Pero no entiendo por qué debería haber guerra entre los gorayni y los potoku, y si la hubiera, no sé cómo la librarían. Potokgavan tiene una flota, esa gente vive en barcos, pero Goraynivat no tiene litoral marítimo...

—No tenía. Han conquistado Usluvat.

—Supongo que sabía eso.

—Oh, sin duda —dijo Elemak—. Tienen carros con caballos. ¿Los has oído nombrar?

—Ruedas —dijo Nafai—. Caballos que arrastran cajas con hombres armados para la batalla.

—Y transportan vituallas para alimentar un ejército en una larga marcha. Una muy larga marcha. Los carros lo están cambiando todo. —De pronto Elemak hablaba con entusiasmo. Hacía años que Nafai no lo veía tan excitado—. Imagino que un día ensancharemos el Camino del Risco y el Camino de la Planicie y la Calle del Mercado para que los granjeros puedan llevar sus productos en carros. La misma cantidad de caballos puede llevar diez veces más carga. Un hombre, dos caballos y un carro pueden llevar lo que cargan doce hombres y veinte caballos. El precio de la comida baja. El coste de transportar nuestros productos baja aún más... eso representa dinero. Imagino caminos de cientos de kilómetros, cruzando el desierto... menos animales en las caravanas, menos vituallas para cargar, y no es necesario hallar tanta agua en el viaje. El mundo se está haciendo pequeño y Padre intenta detenerlo.

—¿Todo esto tiene algo que ver con la visión?

—Las viejas leyes del Alma Suprema. Están prohibidas las ruedas, excepto para engranajes o juguetes. Sacrilegio. Abominación. ¿Comprendes que hace miles de años que se conoce el carro y nadie construyó ninguno jamás?

—Hasta ahora—dijo Issib.

—Tal vez había una buena razón —observó Nafai.

—La razón era mera superstición —dijo Elemak—, pero ahora tenemos la oportunidad de construir doscientos carros. Potokgavan los pagará y nos brindará el diseño, y el precio que ha negociado Gaballufix es tan alto que podemos construir doscientos más para nosotros.

—¿Y por qué los potoku no se construyen sus propios carros?

—Vendrán aquí en barco. En vez de construir los carros en Potokgavan y luego trasladarlos por agua, enviarán aquí sus soldados, donde los carros los esperarán.

—¿Por qué aquí?

—Porque aquí es donde trazarán el límite. Los gorayni no deben avanzar más, o tendrán que enfrentarse a la ira de los potoku. No intentes entenderlo, Nafai. Es cosa de hombres.

—Me parece que Padre tiene razón en oponerse. Si averiguan que construimos carros para los potoku, los gorayni también enviarán un ejército para detenernos.

—No se enterarán hasta que ya sea demasiado tarde.

—¿Por qué no? ¿Basílica es tan hábil para guardar secretos?

—Aunque lo averigüen, Nyef, los potoku estarán aquí para impedir que nos castiguen.
—Pero si los potoku no vinieran y si no fabricáramos carretas para ellos, los gorayni no tendrían motivos para castigarnos.

Elemak agachó la cabeza, dando a entender que era imposible explicarle nada a Nafai.

—El mundo está cambiando —dijo Issib—. Estamos habituados a que las guerras sean reyertas locales. Pero los gorayni han alterado la situación. Están conquistando países que nunca les causaron daño.

Elemak continuó la explicación.

—Algún día avanzarán contra nosotros, contemos o no con la protección de los potoku. Personalmente, prefiero que los potoku se encarguen de pelear.

—No puedo creer que todo esto esté sucediendo y nadie lo mencione en la ciudad —dijo Nafai—. No tengo lodo en los oídos y no he oído decir que construyéramos carros para Potokgavan.

Elemak sacudió la cabeza.

—Es un secreto. O lo era, hasta que Padre lo expuso ante el consejo del clan.

—¿Quieres decir que alguien hacía esto y el consejo lo ignoraba?

—Era un secreto. ¿Cuántas veces tendré que repetirlo?

—¿Conque alguien hacía esto en nombre de Basílica y del clan Palwashantu sin consultar a ningún miembro del consejo del clan ni del consejo de la ciudad?

Issib se echó a reír.

—Cuando lo dices de ese modo, suena bastante raro, ¿eh?

—No suena raro —dijo Elemak—. Veo que ya estás con el partido de Roptat.

—¿Quién es Roptat?

—Es un Palwashantu de la edad de Elya —respondió Issib—, que ha usado esta charla sobre la guerra para granjearse cierta reputación como profeta. No es como Padre. No tiene visiones del Alma Suprema sino que escribe profecías que suenan como si un tiburón te arrancara la pierna. Y dice lo mismo que tú acabas de decir.

—¿Quieres decir que este plan secreto es tan conocido que ya existe un partido encabezado por Roptat para impedir que se cumpla?

—No era tan secreto —dijo Elemak—. No es una confabulación. Sólo se trata de buenas personas que procuran hacer algo en favor de los intereses vitales de Basílica, y de algunos traidores que se empeñan en detenerlas.

Elemak tenía una visión parcial de las cosas. Nafai aportó otro punto de vista.

—O quizás hay mercachifles codiciosos que ponen nuestra ciudad en gran peligro para enriquecerse, y buenas personas que tratan de salvar la ciudad. Sólo lo sugiero como posibilidad alternativa.

Elemak se enfureció.

—La gente que trabaja en este proyecto es tan rica que no necesita más dinero —espetó—. Y no entiendo por qué un sabio de catorce años que jamás hizo trabajos de hombre de pronto tiene opiniones acerca de cuestiones políticas cuya existencia ignoraba hace diez minutos.

—Sólo hacía una pregunta —dijo Nafai—. No te acusaba de nada.

—Por supuesto que no me acusabas —replicó Elemak—. Yo no formo parte del proyecto.

—Claro que no —dijo Nafai—. Es un proyecto secreto.

—Esta mañana debí arrancarte los dientes a puñetazos —masculló Elemak.

¿Por qué siempre terminaban amenazándose?

—¿Arrancas los dientes a puñetazos a todos los que te hacen preguntas para las que no tienes buenas respuestas?

—Nunca lo he hecho —rezongó Elemak, levantándose—. Pero ahora compensaré todas las oportunidades perdidas.

—¡Basta! —exclamó Issib—. ¿No tenemos suficientes problemas?

Elemak titubeó, se sentó.

—No sé por qué dejo que me enfurezca. Nafai respiró de nuevo. Ni siquiera había notado que había contenido el aliento.

—Él es un mocoso. ¿Qué puede saber? —suspiró Elemak—. Pero Padre debería saber cómo portarse. Está irritando a mucha gente. A gente muy peligrosa.

—¿Quieres decir que lo están amenazando? —preguntó Nafai.

—Nadie amenaza —dijo Elemak—. Eso sería grosero. Sólo están... preocupados por Padre.

—Pero si todos se ríen de Padre, ¿a qué preocuparse por lo que él diga? Parece que más bien deberían preocuparse por el tal Roptat.

—Es el asunto de la visión. El Alma Suprema. La mayoría de los hombres no lo toman en

serio, pero las mujeres... el consejo de la ciudad... Tu madre no ayuda mucho.

—O ayuda mucho, según de qué lado estés.

—Muy bien —dijo Elemak. Se levantó de la mesa, pero esta vez sin amenazas—. Ya veo de qué lado estás, Nyef, y te advierto que si Padre se sale con la suya terminaremos engrillados en cadenas gorayni.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó Nafai—. ¿Acaso el Alma Suprema te ha presentado una visión?

—Estoy seguro, amiguito, porque entiendo la cosas. Cuando crezcas, tal vez llegues a saber qué significa eso. Pero lo dudo.

Elemak se marchó de la cocina. Issib suspiró.

—¿Alguien quiere a alguien en esta familia?

La comida de Nafai se había cocido en exceso, pero no le importó. Temblaba tan violentamente que apenas podía llevar la bandeja a la mesa.

—¿Por qué tiemblos?

—No sé. Quizá tenga miedo.

—¿De Elemak?

—¿Por qué iba a temerle? ¿Sólo porque me puede romper la crisma de un codazo?

—¿Pues por qué insistes en provocarlo?

—Quizá también tenga miedo por él.

—¿Por qué?

—¿Te parece gracioso, Issib? Elya nos cuenta que Padre corre peligro porque irrita a gente peligrosa... y su solución no consiste en denunciar a esa gente, sino en tratar de silenciar a Padre.

—Nadie actúa racionalmente.

—Algo entiendo de política. Estudio historia continuamente. Superé hace años a los de mi curso. Sé algo acerca de cómo comienzan las guerras y quién las gana. Y este plan es el colmo de la estupidez. Potokgavan no tiene oportunidad de defender esta zona ni razones de peso para intentarlo. ¿Sabes qué ocurrirá? Enviarán un ejército, provocarán un ataque de los gorayni, comprenderán que no pueden vencer y regresarán a sus llanuras, donde los cabeza mojada no pueden tocarlos. Y nosotros sufriremos la ira gorayni. Construir carros de guerra para ellos es un modo tan evidente de invitar al desastre que sólo una persona cegada por la codicia accedería a ello. Y si el Alma Suprema dice a Padre que se oponga a la construcción de carros, el Alma Suprema tiene razón.

—Sin duda el Alma Suprema se sentirá aliviada de contar con tu aprobación.

—Haré lo que sea para ayudar.

—Nafai, tienes catorce años.

—¿Y?

—Elemak no quiere que le hables así.

—Y tú tampoco, ¿verdad?

—Estoy cansado. Ha sido un largo día.

Issib se fue de la cocina y Nafai se puso a comer. Notó exasperado que no le apetecía, aunque aún tenía hambre. Debo comer pero no puedo. Olvídalo. Arrojó la comida y puso el plato en la limpiadora.

Salió al patio y fue a su habitación. El aire de la noche estaba helado. Vivían tan cerca del desierto que la temperatura descendía abruptamente cuando se ponía el sol. Aún estaba temblando, no sabía por qué. No era por la visión de Padre acerca de la destrucción del mundo ni por la guerra que quizás asolará Basílica si continuaban con esa necia alianza con Potokgavan. Ésos eran peligros reales, sí, pero distantes. Tampoco era por las amenazas de Elemak, pues las había soportado toda la vida.

Sólo cuando se acostó en su estera, aún temblando a pesar de que no hacía frío en su habitación, comprendió qué le molestaba. Elemak había mencionado que Gaballufix había negociado un precio con los potoku. Obviamente el plan contaba con el apoyo de Gaballufix. ¿Quién salvo el jefe del clan comprometería a los Palwashantu en un plan tan peligroso sin consultar al consejo siquiera? Así que era lógico pensar que Elya se refería a Gaballufix al aludir a esos peligrosos enemigos de Padre.

Gaballufix, cuya casa Elemak había visitado en secreto.

¿Dónde estaba la lealtad de Elemak? ¿Con Padre? ¿O con su hermanastro Gaballufix? Era obvio que Elya formaba parte del plan. ¿Y de qué más? Esa gente peligrosa no se dedicaba a amenazar, eso había dicho. ¿A qué se dedicaba entonces? ¿A conspirar? ¿Elya estaba involucrado en una conspiración para perjudicar a Padre, y sus insinuaciones eran un intento

de disuadirlo?

Aquel mismo día Mebbekew había hablado de parricidio metafórico.

No, pensó Nafai. Estoy irritado porque todo esto ha sucedido de golpe, en un día. Padre tiene una visión, y de pronto se mete en política, como si el Alma Suprema le hubiera enviado esta visión a causa del estúpido proyecto de Gaballufix, porque se requería una acción inmediata.

¿Por qué? ¿Por qué el Alma Suprema se preocupaba por el destino de Basílica? Un sinfín de ciudades y naciones habían surgido y caído durante siglos y milenios de historia humana. Quizá durante millones de años. El Alma Suprema no había levantado un dedo. No le preocupaba la guerra, y desde luego no impedía el sufrimiento humano. ¿Por qué el Alma Suprema se entrometía ahora? ¿Cuál era la urgencia? ¿Valía la pena desbaratar una familia? Y en tal caso, ¿quién lo decidía? Nadie le había pedido esto al Alma Suprema. Si los tenía a mal traer como parte de un plan maestro, el Alma Suprema bien podía tener la amabilidad de aclararles qué se proponía.

Nafai se quedó tendido, temblando.

Luego recordó. Esa noche no iba a dormir en una estera. Trataría de ser más hombre.

Contuvo una carcajada. ¿Dormir en el suelo me haría más hombre? Qué idiota soy. Qué necio.

Riéndose de sí mismo, logró dormirse.

ENEMIGOS

—¿Dónde estuviste ayer?

Nafai no quería entablar esa conversación, pero no podía eludirla. Madre no consentía que sus alumnos desaparecieran un día entero sin explicaciones.

—Anduve caminando.

Como esperaba, Madre no se conformó con esta explicación.

—Ya me imagino que no echaste a volar. Aunque me sorprende que no te echaras a dormir en alguna parte. ¿Adonde fuiste?

—A sitios muy educativos —dijo Nafai, pensando en la casa de Gaballufix y el Teatro Abierto, pero como de costumbre Madre interpretaría sus palabras a su antojo.

—¿Villa de las Muñecas? —preguntó.

—No hay mucha actividad allí durante el día, Madre.

—Y tú no deberías ir allí. ¿O crees saberlo todo acerca de todo, de modo que ya no necesitas escuela?

—Hay temas que tú no me enseñas, Madre. —De nuevo: la verdad, pero no toda la verdad.

—Ah. Dhelembuvex tenía razón sobre ti. Oh, sí, maravilloso. Hora de conseguir una instructora para el pequeño.

—Debí darme cuenta. Tu cuerpo crece deprisa... demasiado deprisa, me temo, superando tu madurez en otros aspectos.

Esto era demasiado. Nafai había planeado escuchar con calma todo lo que dijera, dejar que sacara sus propias conclusiones y volver a clase dando el asunto por concluido. Pero que ella pensara que sus gónadas le dirigían la vida cuando, en todo caso, su mente era más madura que su cuerpo...

—¿Hasta allí llega tu inteligencia, Madre?

Ella enarcó las cejas.

Nafai sabía que se estaba extralimitando, pero ya había comenzado y tenía las palabras en la mente, así que las pronunció.

—Ves que sucede algo inexplicable y si el protagonista es un chico supones de inmediato que tiene que ver con sus deseos sexuales.

Ella sonrió a medias.

—Conozco un poco a los hombres, Nafai, y la idea de que la conducta de un chico de catorce años esté vinculada con sus deseos sexuales tiene ciertos fundamentos.

—Pero yo soy tu hijo y tú no me conoces en absoluto.

—¿Conque no fuiste a Villa de las Muñecas?

—Fui, pero no por las razones que tú imaginas.

—Ah. Puedo imaginar muchas razones. Pero ninguna de las razones para que hayas ido a Villa de las Muñecas sugiere que actúes con buen criterio.

—Ah, así que tú eres experta en buen criterio. El sarcasmo no funcionó muy bien.

—Creo que olvidas que soy tu madre y maestra.

—Fuiste tú, Madre, quien invitó a esas dos chicas a nuestra reunión familiar de ayer.

—¿Y eso demostró mal criterio de mi parte?

—Pésimo. Cuando llegué al Teatro Abierto faltaban horas para el anochecer, y ya circulaban rumores acerca de la visión de Padre.

—No me sorprende. Padre fue directamente al consejo del clan. Era un secreto a voces.

—No sólo la visión, Madre. Estaban ensayando una sátira, nada menos que de Drotik, que incluía una fascinante escena en un pórtico. Como las únicas personas presentes que no eran de la familia eran esas dos brujas...

—¡Contén la lengua!

Nafai calló de inmediato, pero con una inequívoca sensación de victoria. Sí, Madre estaba enfadada, pero él se había anotado un tanto al enfurecerla.

—Es extremadamente ofensivo que las describas con esa palabra *masculina* —dijo Madre, con voz más serena. Estaba realmente furiosa—. Luet es vidente y Hushidh es descifradora. Además, ambas han sido muy discretas y no mencionaron nada a nadie.

—Oh, las observaste a cada instante desde...

—Dije que contuvieras la lengua. —La voz de Madre era como el hielo—. Para tu información, mi inteligente, sabio y maduro niño, la razón por la que había una escena con pórtico en la sátira de Drotik, la cual vi, de paso, y está tan mal hecha que ni me preocupa... la razón de la escena del pórtico es que mientras tu padre iba al consejo del clan yo estuve en el consejo de la ciudad, y cuando conté la historia incluí lo sucedido en este pórtico. ¿Por qué?, pregunta mi brillante hijo con expresión deliciosamente estúpida. Porque lo único que instó al consejo a tomar en serio la visión de tu padre es que Luet lo creyó y consideró que las visiones de ambos congeniaban.

Madre lo había contado. Madre había expuesto la familia al ridículo y la ruina. Increíble.

—Ah —dijo Nafai.

—Pensé que verías las cosas de otro modo.

—Veo que no fue un error incluir a Luet y Hushidh en la reunión familiar. Eras tú quien debía ser excluida.

Ella le abofeteó el rostro. Si apuntaba a la mejilla, erró, quizá porque él echó la cabeza hacia atrás por reflejo. La uña arañó la mejilla, rasgando la piel, que le empezó a arder y sangrar.

—Olvidas tu lugar —dijo Madre.

No tanto como tú olvidas el tuyo, quiso responder Nafai. E incluso había empezado a decirlo, pero en medio de la frase cayó en la cuenta de lo ocurrido. La sorpresa, el dolor y la humillación de ese bofetón le arrancaron lágrimas.

—Lo lamento —dijo Nafai. Aunque en realidad quería decirle que no tenía derecho a pegarle, que él ya era mayor, que la odiaba. Pero no podía decir frases hirientes cuando lloraba como un bebé. Nafai aborrecía su facilidad para el llanto.

—Quizá la próxima vez me hablarás con el debido respeto —dijo Madre, aunque tampoco ella pudo mantener su tono severo e incluso mientras hablaba lo rodeó con el brazo, se sentó junto a él y lo consoló.

Madre no entendía que ese abrazo sólo agudizaba la humillación y confirmaba su decisión de considerarla una enemiga. Si Madre tenía poder para hacerle llorar porque él la amaba, entonces sólo existía una solución: dejar de amarla. Sería la última vez que ella le hacía esto.

—Estás sangrando —observó Madre.

—No es nada —dijo él.

—Déjame curarte... con un pañuelo limpio, no con ese horrible trapo que llevas en el bolsillo, chiquillo absurdo.

Conque eso seré siempre en esta casa, ¿verdad? Un chiquillo absurdo. Se apartó de ella, negándose a permitir que el pañuelo le tocara la mejilla. Pero ella insistió, le enjugó la herida y la tela blanca quedó manchada de sangre. Nafai la cogió y se la apretó contra la herida.

—Creo que es profunda —murmuró.

—Si no hubieras movido la cabeza, mis uñas no te habrían lastimado la mejilla.

Si no hubieras pegado, tus uñas se habrían quedado en tu regazo. Pero contuvo la lengua.

—Veo que te preocupas por la situación familiar, Nafai, pero tus valores están algo trastocados. ¿Qué importa esa sátira? Todos saben que las grandes figuras de la historia de Basílica han sido ridiculizadas en un momento u otro, y habitualmente por las razones que les dieron grandeza. Podemos soportarlo. Lo que importa es que la visión de Padre fue una clarísima advertencia del Alma Suprema, con implicaciones inmediatas para las decisiones de nuestra ciudad. El bochorno pasará. Y entre las mujeres eminentes de esta ciudad, Padre es un hombre notable. Lo respetan cada vez más. Así que no te sientas avergonzado de que tu padre sea centro de atención.

Los adolescentes son extremadamente sensibles a la vergüenza, pero con el tiempo aprenderás que la crítica y el ridículo no siempre son malos. Ganarse la enemistad de gentes malignas puede hablar muy bien de ti.

No podía creer que ella lo subestimara tanto como para endilgarle ese sermón. ¿De verdad creía que temía la vergüenza? Si ella hubiera escuchado en vez de sermonearlo, Nafai le habría hablado sobre la advertencia de Elemak acerca del peligro que corría Padre, sobre su visita secreta a la casa de Gaballufix. Pero para ella sólo era un niño. No tomaría su advertencia en serio. Quizá le soltara otro sermón diciéndole que no se dejara abrumar por temores ni preocupaciones, sino que se concentrara en sus estudios y dejara que los adultos se preocuparan por los problemas reales del mundo.

Para ella aún tengo seis años, siempre los tendré.

—Lo siento, Madre. No volveré a hablarte así. —Más aún, creo que jamás en mi vida te hablaré de asuntos serios o importantes mientras viva.

—Acepto tus disculpas, Nafai, y espero que aceptes la mía por haberte pegado en mi furia.

—Desde luego, Madre. —Aceptaré tu disculpa... cuando me la des y cuando yo crea que hablas en serio. Sin embargo, querida y amada progenitora, en ningún momento te has disculpado sinceramente. Sólo has expresado tu esperanza de que yo acepte una disculpa que no has llegado a pronunciar.

—Espero, Nafai, que reanudes tus estudios y no permitas que estos acontecimientos alteren tu vida normal. Tienes una mente aguda, y no hay razones para que permitas que estas cosas te impidan aguzarlas, aún más.

Gracias por tu cuota de alabanza, Madre. Me has dicho que soy pueril, que soy esclavo de mi lascivia y que mis opiniones merecen ser silenciadas, no escuchadas. Escuchas cada palabra de esa bruja, pero no valores en nada mis opiniones.

—Sí, Madre. Pero prefiero no regresar ahora a clase, si no te importa.

—Claro que no. Lo entiendo perfectamente. Querida Alma Suprema, impide que me ría.

—No puedo consentir que andes merodeando por las calles, Nafai. Supongo que lo entiendes. La visión de Padre ha llamado tanto la atención que alguien dirá algo que te enfurecerá, y no quiero que pelees.

Conque te preocupa que yo me pelee, Madre. Por favor, recuerda quién golpeó a quién.

—¿Por qué no pasas el día en la biblioteca, con Issib? El ejercerá una sana influencia sobre ti... siempre es tan sosegado.

¿Issib, siempre sosegado? Pobre Madre, no sabes nada de tus hijos. Las mujeres nunca entienden a los hombres. Desde luego, los hombres tampoco entienden a las mujeres, pero al menos tampoco pretenden entenderlas.

—Sí, Madre. La biblioteca está bien. Ella se levantó.

—Entonces ve allá ahora. Quédate el pañuelo.

Se marchó del pórtico, sin esperar a ver si él obedecía.

Nafai se levantó, rodeó el biombo, enfiló hacia la balaustrada y miró el Valle de la Grieta.

No se veía el lago. Una densa nube cubría las zonas más bajas del valle, pero las paredes eran tan abruptas que quizás el lago fuera invisible desde allí, aun sin la niebla.

Nafai sólo veía la nube blanca y el verdor exuberante del bosque que orillaba el valle. Aquí y allá brotaba humo de una chimenea, pues había mujeres que vivían en las laderas. El ama de llaves de Padre, Truzhnisha, era una de ellas. Tenía una casa en Bancal Oeste, uno de los doce barrios de Basílica donde sólo podían vivir o entrar mujeres. Los Distritos de Mujeres estaban menos poblados que los veinticuatro distritos donde los hombres podían vivir (aunque no poseer propiedades), pero en el consejo de la ciudad gozaban de gran poder, porque sus representantes siempre votaban en bloque. Conservadoras, religiosas: sin duda ésas eran las consejeras más impresionadas por la confirmación de Luet. Si estaban de acuerdo con Padre en el tema de los carros de guerra, se requerían los votos de otras seis consejeras para empatar, y siete votos para actuar contra los planes de Gaballufix.

Las consejeras de los Barrios de Mujeres, durante miles de años, habían rehusado permitir una subdivisión de los densamente poblados Barrios Abiertos, otorgar votos a los barrios de allende las murallas, o cualquier otra cosa que pudiese diluir o debilitar el dominio de las mujeres en Basílica. Ahora, al mirar ese valle secreto, Nafai, enfurecido con su madre, no veía la belleza de ese lugar rebosante de misterio y vitalidad, sólo veía que había muy pocas casas.

¿Cómo dividen esto en una docena de barrios? Debe de haber algunos distritos donde las tres mujeres que lo habitan se turnan para ser consejeras.

Y fuera de la ciudad, en los diminutos pero costosos cubículos donde debían vivir los hombres sin compañera ni familia, no había recursos legales para exigir un trato más equitativo, para promover leyes que protegieran a los solteros de las propietarias, o de las mujeres cuyas promesas se esfumaban en cuanto perdían interés en un hombre, o incluso de la violencia mutua. Por un instante, mientras contemplaba el indómito verdor del valle, Nafai comprendió que un sujeto como Gaballufix tuviera poder para convocar a otros hombres y luchara para conquistar poder en una ciudad donde las mujeres castraban a los hombres a cada instante.

El viento del valle desplazó la nube y se vio un parpadeo de luz. La superficie de un lago, no en el centro de la parte más honda de la grieta, sino a mayor altura, más lejos. Sin pensarlo, Nafai desvió la mirada. Una cosa era ir a la balaustrada desobedeciendo a su madre, y otra era mirar el lago sagrado adonde las mujeres iban a adorar. Si algo se estaba aclarando en este

asunto era que el Alma Suprema podía ser real. Era absurdo atraer su ira por una tontería, como la de mirar un lago desde el pórtico de Madre.

Nafai se alejó de la balaustrada y regresó deprimido al otro lado del biombo, sintiéndose estúpido. ¿Y si me pillan? Bien, ¿y qué? No, no, el riesgo no valía la pena. Tenía cosas más prácticas que hacer. Si Madre no quería escuchar sus advertencias sobre el peligro que corría Padre, Nafai tendría que actuar por su cuenta. Pero antes necesitaba saber más: acerca de Gaballufix, acerca del Alma Suprema, acerca de todo.

Por un instante pensó en ver a Luet para hacerle preguntas. Ella sabía muchas cosas del Alma Suprema, ¿o no? Veía visiones continuamente, no una sola vez, como Padre. Sin duda podría despejar sus dudas.

Pero Luet era mujer y en ese momento Nafai sabía que no obtendría ayuda de las mujeres. Al contrario. Las mujeres de Basílica aprendían desde niñas a oprimir a los hombres y hacerlos sentir indignos. Luet se reiría de él e iría a contarle sus preguntas a Madre.

Si podía confiar en alguien, debía ser hombre. Y en pocos hombres, pues el peligro que corría su padre estaba encarnado en la facción de Gaballufix. Quizá pudiera obtener la ayuda de ese Roptat de quien Elya había hablado. O averiguar qué se proponía el Alma Suprema.

Issib no se alegró de verlo.

—Estoy ocupado y no necesito interrupciones.

—Ésta es la biblioteca de la casa —dijo Nafai—. Aquí venimos siempre a investigar.

—¿Ves? Ya estás interrumpiendo.

—Oye, no he dicho nada. Sólo he entrado aquí y tú has comenzado a provocarme en cuanto me has visto aparecer por la puerta.

—Esperaba que la cruzaras de nuevo. Para irte.

—No puedo. Madre me ha enviado aquí.

Nafai se puso a espaldas de Issib, quien flotaba cómodamente en el aire frente a su ordenador. La proyección presentaba un cúmulo de treinta páginas, pero cada página tenía pocas palabras, así que podía verlo todo de un vistazo. Como un juego de solitario, en el cual Issib sólo movía fragmentos de un sitio al otro.

Los fragmentos eran palabras en idiomas extraños. Los que Nafai reconoció eran muy antiguos.

—¿Qué idioma es ése? —preguntó, señalando. Issib suspiró.

—¡Cómo me alegro de que no me interrumpas!

—¿Qué es? ¿Una forma antigua del vijati?

—Muy bien. Es slucajan, que proviene del obilazati, la forma original del vijati. Ahora es una lengua muerta.

—Yo leo vijati.

—Pues yo no.

—¿Conque te especializas en lenguas antiguas y oscuras que nadie habla, incluyéndote a ti?

—No estoy aprendiendo estos idiomas, sólo investigo palabras perdidas.

—Si es una lengua muerta, todas las palabras se han perdido.

—Palabras que antes tenían significado, pero que murieron o sólo sobrevivieron en giros idiomáticos. Como «oso bailarín». ¿Sabes qué es un oso?

—No sé. Siempre creí que era una especie de ave.

—Te equivocas. Es un antiguo mamífero. Conocido sólo en la Tierra, creo. No lo trajeron aquí, o se extinguió pronto. Era más grande que un hombre, muy fuerte. Un depredador.

—¿Y bailaba?

—La expresión aludía a alguien muy torpe. Como un perro caminando sobre las patas traseras.

—Y ahora significa lo contrario. Qué raro. ¿Cómo pudo cambiar?

—Porque no existen osos. El significado era obvio porque todos sabían qué era un oso y lo torpe que era para bailar. Pero cuando desaparecieron los osos, el significado pudo tomar cualquier rumbo. Ahora lo usamos para aludir a una persona muy hábil para salir de una situación social conflictiva. Es el único caso en que usamos la palabra oso. Y muchos se equivocan al escribirla.

—Vaya. ¿Estás haciendo un proyecto en lingüística?

—No.

—¿Y para qué es esto?

—Para mí.

—Sólo juntas giros antiguos.
—Palabras perdidas.
—¿Como oso? La palabra no se ha perdido, Issya. Son los osos los que desaparecieron.
—Muy bien, Nyef. Felicidades. Ya puedes irte.
—No estás buscando palabras perdidas. Estás buscando palabras que han perdido el significado porque la cosa a que se refieren ya no existe.
Issya se volvió lentamente hacia Nafai.
—Vaya, no me digas que ahora tienes cerebro. Nafai señaló la pantalla.
—*Kolesnisha*. Es una palabra kunic. Ahí tienes el significado: «carro de guerra». Hace diez millones de años que no se habla kunic. Ahora es sólo un idioma escrito. Sin embargo, tenían la palabra para carro de guerra. Algo que acaba de inventarse. Lo cual significa que hubo carros de guerra hace mucho tiempo.
Issib se echó a reír.
—¿Qué? ¿Me equivoco?
—Es para morir de risa, nada más. Todo muy evidente. Hasta tú puedes acercarte a un ordenador y verlo al instante. ¿Entonces por qué nadie lo ha notado? ¿Por qué nadie notó que ya existía la palabra «carro», y que todos conocíamos el significado, y sin embargo es como si nunca hubiera habido carros en el mundo?
—Es raro, ¿verdad?
—No sólo raro, es escalofriante. Mira lo que están haciendo los cabeza mojada con sus carros de guerra, sus *kolesnishety*. Les da una ventaja vital en la guerra. Están construyendo un imperio, no sólo un sistema de alianzas, sino que ejercen control sobre naciones que están a seis días de viaje de su ciudad. Pues bien, si los carros de guerra pueden lograr eso y la gente los tenía hace millones de años, ¿cómo hemos olvidado lo que eran?
Nafai reflexionó un instante.
—Habría que ser muy estúpido —dijo—. La gente no se olvida así de las cosas. Aunque tuvieras paz durante mil años, aún conservarías imágenes en la biblioteca.
—No hay imágenes de carros de guerra —dijo Issib.
—Eso es lo estúpido.
—Y esta palabra.
—*Zrakoplov* —dijo Nafai—. Esa palabra es obilizati.
—Correcto.
—¿Qué significa? «Aire» y algo más.
—Dividida y traducida por aproximación, sí, significa «nadador del aire».
Nafai pensó un instante. Vio una imagen con la mente; un pez brincando por el aire.
—¿Un pez volador?
—Es una máquina —explicó Issib.
—¿Un barco muy veloz?
—Escúchate, Nafai. Debería ser evidente. Y sin embargo te resistes a aceptar el significado llano de la palabra.
—¿Un barco submarino?
—¿Entonces por qué lo llamarían «nadador del aire», Nyef?
—No sé. —Nafai se sintió ridículo—. Me olvidé de lo del aire.
—Lo olvidaste... y sin embargo reconociste que decía «aire» de inmediato, sin ayuda. Sabías que *zraky* era la raíz obilizati que significa «aire», y sin embargo te olvidaste «de lo del aire».
—Entonces soy realmente obtuso.
—Pero no lo eres, Nyef. Eres realmente listo, y sin embargo te quedas mirando esa palabra mientras te explico todo esto y aún no deduces el significado.
—¿Y qué es esta palabra? —dijo Nafai, señalando *puscani prah*—. No reconozco el idioma. Issib movió la cabeza.
—Si no lo viera con mis propios ojos, no lo creería.
—¿Qué?
—¿Ni siquiera sientes curiosidad por saber qué es un *zrakoplovt*
—Me lo has dicho. Nadador del aire.
—Una máquina que se llama nadador del aire.
—Claro. Muy bien. ¿Y qué es *unpitscaniprah*? Issib se volvió lentamente hacia Nafai.
—Siéntate, mi querido, amado, inteligente y estúpido hermano, verdadero servidor del Alma Suprema. Quiero decirte una cosa acerca de las máquinas que nadan por el aire.
—Creo que te estoy molestando —dijo Nafai.

—Quiero hablar contigo. No es una interrupción. Sólo quiero explicarte la idea del vuelo...

—Será mejor que me vaya.

—¿Por qué? ¿Por qué tienes tantas ganas de irte?

—No sé. —Nafai caminó hacia la puerta—. Necesito aire. Me estoy sofocando.

Salió de la sala. De inmediato se sintió mejor. Ya no sufría mareos. ¿Qué demonios pasaba? La biblioteca... Asfixiante. Abarrotada. Demasiada gente.

—¿Por qué te has ido? —preguntó Issib.

Nafai se volvió bruscamente. Issib lo seguía flotando. Nafai sintió de inmediato la misma claustrofobia que lo había obligado a salir.

—Demasiada gente ahí dentro —dijo—. Necesito estar solo.

—Yo era la única persona que había dentro —señaló Issib.

—¿En serio? —Nafai trató de recordar—. Quiero salir. Déjame salir.

—Piensa —dijo Issib—. ¿Recuerdas la conversación de ayer entre Luet y Padre?

Nafai se relajó. Ya no sentía claustrofobia.

—Claro.

—Y Luet interrogaba a Padre... acerca de sus recuerdos. Cuando el recuerdo distorsionaba la visión se sentía estúpido, ¿verdad?

—Eso dijo.

—Estúpido. Desconectado. Sólo miraba el vacío.

—Supongo.

—Como tú —dijo Issib—. Cuando te insistí sobre el significado de *zrakoplov*.

Nafai sintió que le faltaba el aire en los pulmones.

—Tengo que salir.

—Eres realmente sensible a esto —dijo Issib—. Aún más que Padre y Madre cuando traté de explicárselo.

—Deja de seguirme —exclamó Nafai.

Pero Issib lo siguió por el pasillo, escalera abajo, hasta la calle. Allí Issib se adelantó fácilmente y se interpuso en su camino, como si tratara de obligarle a regresar.

—¡Basta! —protestó Nafai. Pero no podía escapar. Nunca había sentido tanto pánico. Al volverse, tropezó y cayó de rodillas.

—Está bien —murmuró Issib—. No es nada. Cálmate.

Nafai respiraba con mayor soltura. La voz de Issib era tranquilizadora. El pánico se aplacó. Nafai irguió la cabeza y miró alrededor.

—¿Qué hacemos en la calle? Madre me matará.

—Tú saliste corriendo, Nafai.

—¿En serio?

—Es el Alma Suprema, Nafai.

—¿Qué es el Alma Suprema?

—La fuerza que te envió afuera para que no me escucharas hablar de... de esa cosa que el Alma Suprema prefiere que la gente ignore.

—Qué estupidez —dijo Nafai—. El Alma Suprema difunde información, no la oculta. Nosotros presentamos nuestros escritos, nuestra música, todo, y el Alma Suprema lo transmite de ciudad en ciudad, de biblioteca en biblioteca, por todo el mundo.

—Tu reacción fue mucho más intensa que la de Padre —observó Issib—. Claro que también fui más insistente contigo.

—¿A qué te refieres?

—El Alma Suprema está en tu cabeza, Nafai. En la cabeza de todos. Pero algunos son más sensibles que otros. Está ahí, observando nuestros pensamientos. Sé que es difícil de creer.

Pero Nafai recordaba que Luet sabía lo que él tenía en mente.

—No, Issya. Ya sabía eso.

—¿De veras? Pues bien. En cuanto el Alma Suprema supo que te aproximabas a un tema prohibido, comenzó a atontarte.

—¿Qué tema prohibido?

—Si te lo recuerdo, comenzarás de nuevo —dijo Issib.

—¿Cuándo me puse estúpido?

—Créeme, te pusiste muy estúpido. Tratabas de cambiar de tema sin darte cuenta siquiera. Por lo general eres muy perceptivo, Nafai. Muy listo. Captas las cosas. Pero esta vez te quedaste en la biblioteca como un idiota, con la verdad ante las narices, y no la reconociste. Cuando yo te la recordé, cuando insistí, empezaste a sentir claustrofobia. No podías respirar, tuviste que irte de la sala. Te seguí, insistí de nuevo, y aquí estamos.

Nafai trató de recordar lo sucedido. Issib tenía razón en cuanto al orden de los hechos. Sólo que Nafai no asociaba su necesidad de salir de la casa con nada que hubiera dicho Issib. Ni siquiera recordaba de qué le había hablado Issib.

—¿Insististe?

—Te comprendo —dijo Issib—. Yo sentí lo mismo cuando comencé a indagar este asunto hace un par de años. Estaba jugando con palabras perdidas, como el oso bailarín. Confeccionando listas. Tenía una larga lista de términos de este tipo, con definiciones y explicaciones, junto con mis conjeturas acerca del significado de cada palabra perdida. Y un día miraba una lista que creía completa y advertí que había una veintena de palabras que no tenían significado. Es estúpido, pensé. Eso echa a perder la lista. Así que borré esas palabras.

—¿Las borraste? —preguntó Nafai azorado—. ¿En vez de investigarlas?

—¿Entiendes hasta qué punto te puede idiotizar? Y en cuanto terminé de borrarlas, comprendí lo que estaba haciendo. Así que busqué el comando «restaurar texto borrado», anulé la memoria de borrado y luego guardé el archivo encima del viejo.

—Es demasiado complicado para ser una equivocación.

—Exacto. Supe que borrarlas era un error, pero en vez de corregir el error y recobrar las palabras, las anulé, las eliminé del sistema.

—¿Y piensas que fue obra del Alma Suprema?

—Nafai, ¿nunca te has preguntado qué es el Alma Suprema? ¿Qué hace?

—Claro.

—Yo también. Ahora lo sé.

—¿Por esas palabras?

—No las recobré todas, pero rastree mi investigación hasta donde pude y obtuve una lista de ocho palabras. No sabes lo difícil que resultó, porque ya era sensible a ellas. Antes simplemente debía pasarlas por alto, idiotizarme al verlas... tal como Padre cuando se equivocaba en cuanto a la visión del Alma Suprema. Así fue como llegaron a mi primera lista, pero sin definiciones... sólo me idiotizaba cuando pensaba en ellas. Pero ahora, al verlas, tenía esa sensación de claustrofobia. Necesitaba aire. Tenía que salir de la biblioteca. Pero me obligué a regresar. Nunca me había esforzado tanto. Me obligué a quedarme y a pensar lo impensable. Albergar en la mente conceptos que el Alma Suprema no quiere que recordemos. Conceptos que antaño fueron tan comunes que todos los idiomas del mundo tienen palabras para ellos. Palabras antiguas. Palabras perdidas.

—¿El Alma Suprema nos oculta cosas?

—Sí.

—¿Como qué?

—Si te lo digo, Nafai, empezarás de nuevo.

—No, no lo haré.

—Lo harás. ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no he librado mi propia batalla este último año? Así que te imaginarás mi sorpresa cuando anoche, en la cocina, Elemak se puso a hablar de una de esas cosas prohibidas. Carros de guerra.

—¿Prohibidas? ¿Cómo puede ser prohibida? Ni siquiera es antigua.

—¿Ves? Ya lo has olvidado. La palabra *kolesnisha*.

—Oh, sí. Es verdad. No, recuerdo eso.

—Pero no lo recordaste hasta que yo lo dije. Es verdad, pensó Nafai. Una laguna.

—Anoche tú y Elemak hablabais de carros de guerra, aunque yo tardé meses en estudiar la palabra *kolesnisha* sin jadear todo el tiempo.

—Pero no dijimos *kolesnisha*.

—Lo que estoy diciendo, Nafai, es que el Alma Suprema se está debilitando.

—Esa es una vieja teoría.

—Pero es cierta —dijo Issib—. El Alma Suprema protege ciertos conceptos, impidiendo que los seres humanos piensen en ellos. Sólo en los últimos años los cabeza mojada han sido capaces de pensar uno de ellos. Al igual que los potoku. Y nosotros. Y anoche, mientras Elemak hablaba de eso, no sentí la menor punzada de pánico.

—Pero aun así me hizo olvidar la palabra. *Kolesnisha*.

—Un efecto residual. La recordaste esta vez, ¿verdad? Nafai, el Alma Suprema ha desistido de impedirnos pensar en el concepto de carro de guerra. Al cabo de millones de años, ya no lo intenta.

—¿Qué más? —preguntó Nafai—. ¿Cuáles son los otros conceptos?

—Aún no ha desistido de ocultarnos esos otros. Y tú pareces ser muy sensible al Alma Suprema, Nyef. No sé si puedo contártelos, o si los recordaría más de cinco minutos.

—Es decir que puedo saber que el Alma Suprema nos impide conocer cosas, pero no puedo saber cuáles porque el Alma Suprema aún impide que las sepa.

—En efecto.

—Entonces, ¿por qué el Alma Suprema no impide que la gente piense en matar? ¿Por qué el Alma Suprema no impide que la gente piense en luchar, violar y robar? Si puede hacerme esto, ¿por qué no hace algo útil?

Issib sacudió la cabeza.

—No parece correcto. Pero estuve pensando en ello (recuerda que tuve un año) y he aquí la mejor idea que se me ocurrió. El Alma Suprema no quiere impedirnos que seamos humanos. Y eso incluye el daño que nos infligimos unos a otros. Sólo trata de reducir la escala del daño. Todas las cosas que están prohibidas... ¿Cómo contarte esto sin que reacciones de nuevo...? Si tuviéramos las máquinas a que aluden las palabras prohibidas, todo lo que hiciéramos tendría mayores consecuencias, y cada arma causaría más estragos, y todo sucedería más pronto.

—¿El tiempo se aceleraría?

—No —dijo Issib, escogiendo las palabras con cuidado—. Imagina que los gorayni pudieran traer un ejército de cinco mil hombres desde Yabrev a Basílica en un día.

—No me hagas reír.

—Imagina que pudieran.

—Estaríamos indefensos, por supuesto.

—¿Por qué?

—Bien, no tendríamos tiempo para organizar un ejército.

—Entonces, si supiéramos que otras naciones pueden hacerlo, tendríamos que mantener un ejército permanente, por si alguien nos atacara.

—Supongo que sí.

—Pues bien, sabiendo eso, supongamos que los gorayni hallaran el modo de trasladar cincuenta mil soldados, no cinco mil, y no en un día, sino en seis horas.

—Imposible.

—¿Y si te digo que ya se ha hecho?

—Quien pudiera lograrlo dominaría el mundo entero.

—Exacto, Nyef, a menos que todos los demás también pudieran hacerlo. ¿Pero qué mundo sería? Sería como si el mundo se hubiese empequeñecido, y todos fueran vecinos de los demás. Una nación cruel, prepotente y dominante como los gorayni podría poner sus ejércitos en el umbral de cualquier país. Las demás naciones del mundo tendrían que aliarse para detenerlos. Y en vez de morir unos pocos miles de personas, morirían un millón o diez millones de personas en una guerra.

—Por eso el Alma Suprema nos impide pensar en... modos rápidos... de trasladar muchas tropas de un lugar al otro.

—Te ha costado decirlo, ¿verdad?

—Yo... mi mente divagaba.

—Es difícil retener este concepto en la mente, a pesar de que ni siquiera pensabas en algo concreto.

—Odio esta situación —dijo Nafai—. Ni siquiera puedes decirme cómo podría lograrse semejante cosa. Y aun así apenas consigo retener el concepto en la mente. Odio esta situación.

—No creas que el Alma Suprema está habituada a que alguien lo note. Opino que el mismo hecho de que puedas pensar en el concepto de conceptos impensables significa que el Alma Suprema está perdiendo el control.

—Issya, jamás me había sentido tan desamparado y estúpido.

—Y no es sólo guerras y ejércitos —dijo Issib—. ¿Recuerdas la historia de Klati?

—¿El descuartizador?

—El hombre que entraba por las ventanas de las mujeres por la noche y las destripaba como reses.

—¿Por qué el Alma Suprema no lo idiotizaba cuando él pensaba en hacer eso?

—Porque la tarea del Alma Suprema no consiste en volvernos perfectos. Pero imagina si Klati hubiera podido abordar un... si hubiera podido viajar rápidamente para llegar a otra ciudad en seis horas.

—Habrían sabido que era un forastero y le vigilarían tanto que no hubiera podido hacer nada.

—No lo comprendes... imagina que miles, millones de personas hacen lo mismo a diario...

—¿Descuartizar mujeres?

—Volar de una ciudad a otra.

—Esto es una locura —exclamó Nafai. Se levantó de un brinco y enfiló hacia la casa.

—Regresa —dijo Issib—. Tú no piensas eso. Te lo hacen pensar.

Nafai se apoyó en una de las columnas del porche. Issib tenía razón. Se sentía bien, pero de pronto Issib decía algo y él tenía que irse, alejarse, y ahora jadeaba apoyado en la columna. El corazón le palpitaba con tal fuerza que se debía de oír a un metro de distancia. ¿Era posible que el Alma Suprema pudiera inspirarle tanto temor y estupidez? En tal caso, el Alma Suprema era su enemigo. Nafai no quería rendirse. Él podía pensar en ciertas cosas, a despecho del Alma Suprema. Podía pensar en lo que Issib había dicho sin necesidad de echar a correr.

Nafai procuró recordar los últimos momentos de su conversación con Issib. Acerca de Klati. Viajar de una ciudad a otra en pocas horas. Otras ciudades se fijarían en él, naturalmente... pero luego Issib dijo que si miles de personas... estuvieran... volando.

La imagen que Nafai vio con la mente era ridícula. Imaginar gentes en el aire, como pájaros, remontándose, aleteando. Resultaba cómico... y sin embargo se le formaba un nudo en la garganta. Sentía una cerrazón en la cabeza. En el cuello le nacía un dolor agudo que le acuchillaba la nuca. Pero podía pensar en ello: gente volando. Y a partir de este punto pudo redondear el pensamiento de Issib. Gente volando de ciudad en ciudad, miles de personas, de modo que las autoridades de cada ciudad no tendrían modo de rastrear a una persona.

—Klati pudo haber matado una vez en cada ciudad y nadie lo habría descubierto —dijo Nafai.

Issib se le acercó y le apoyó la mano en el hombro.

—Sí —dijo.

—¿Pero qué significaría ser ciudadano de un lugar? —preguntó Nafai—. Si mil personas... volaran aquí... a Basílica... hoy...

—Está bien. No tienes por qué decirlo.

—Sí, debo hacerlo. Puedo pensar cualquier cosa. No puede detenerme.

—Yo sólo trataba de explicarte que el Alma Suprema no detiene el mal en el mundo, sólo impide que se des controle. Pone coto al daño. Pero las cosas buenas... piénsalo, Nafai... Damos nuestro arte, nuestra música y nuestros relatos al Alma Suprema, y los ofrece a todas las demás naciones. Las cosas buenas se propagan. Así que hace del mundo un lugar mejor.

—No —dijo Nafai—. Mejor en algunos sentidos, sí, ¿pero cómo evitar que sea bueno vivir en un mundo donde la gente... donde nosotros... pudiéramos... volar?

La palabra lo asfixiaba, pero la pronunció, y aunque apenas soportaba quedarse en el mismo sitio, pues el aire era irrespirable, logró permanecer ahí.

—Eres bueno —dijo Issib—. Me impresionas. Pero Nafai no sentía ganas de impresionar. Sentía asco y rabia, se sentía traicionado.

—El Alma Suprema no tiene ningún derecho a privarnos de todo esto —jadeó.

—¿Qué? ¿Ejércitos que aparecerían de improviso a nuestras puertas? Me alegro de que nos prive de eso. Nafai sacudió la cabeza.

—Está decidiendo lo que puedo pensar.

—Nyef, conozco la sensación. Pasé por todo esto hace meses, y sé que enfurece y asusta. Pero también sé que puedes superarlo. Ayer, cuando Madre habló de su visión... Un planeta en llamas. Hay una palabra para... bien, sé que no podrías oírla ahora... Pero el Alma Suprema nos ha protegido de eso. Durante treinta o cuarenta millones de años... ¿Comprendes que es mucho tiempo? Más historia de la que podemos imaginar. Está almacenada en alguna parte, pero a lo sumo podemos vislumbrar esquemáticamente lo que aconteció en el mundo en los últimos diez millones de años... y se requieren años de estudio para abarcar ese período. Hay reinos e idiomas de los que nunca hemos oído hablar ni siquiera en el último millón de años, y sin embargo nada está perdido del todo. Cuando me puse a investigar en la biblioteca encontré referencias a obras de otras bibliotecas y logré abrirme paso hasta leer una tosca traducción de un libro escrito hace treinta y dos millones de años. ¿Y sabes qué decía? Incluso entonces el autor afirmaba que la historia ya era demasiado larga, demasiado rica para que la mente humana la captara. Que si toda la historia humana se condensara en un volumen de mil páginas, la historia de la humanidad en la Tierra sería de una sola página. Y eso sucedió hace treinta y dos millones de años.

—Conque hemos estado aquí largo tiempo.

—Si tomo literalmente las cuentas de ese autor, significaría que la historia humana en la Tierra duró sólo ocho mil años. Hasta que el planeta... ardió.

Nafai comprendió. El Alma Suprema había impedido que los seres humanos aumentaran la

magnitud de la destrucción, y así la humanidad había durado cinco mil veces más en el planeta Armonía que en la Tierra.

—¿Y por qué el Alma Suprema no impidió que la Tierra fuera destruida?

—No lo sé —dijo Issib—. Pero tengo una sospecha.

—¿Y cuál es?

—No sé si te permitirá pensar en ello.

—Probemos.

—El Alma Suprema se fabricó después de que la gente llegara a Armonía. El nombre del planeta significa lo mismo en todos los idiomas. Sklad. Endrakt. Soglassye. Tal vez cuando llegaron aquí, tras dejar las cenizas de la Tierra, decidieron no permitir que sucediera de nuevo. Tal vez fue entonces cuando se activó el Alma Suprema... para impedir que alguna vez tuviéramos un poder tan tremendo.

—Entonces el Alma Suprema sería... un artefacto.

—Sí —convino Issib—. ¿Te cuesta pensar en esto?

—No. Es fácil. No es un pensamiento tan inusitado. La gente ya ha dicho otras veces que el Alma Suprema es una máquina.

—A mí me resultó difícil, quizá porque llegué a esta idea por otro camino. A través de un par de sendas impensables. Alteración genética del cerebro humano para que pudiera recibir y transmitir pensamientos de satélites de comunicaciones en órbita planetaria.

Nafai oyó las palabras, pero no significaban nada para él.

—No has entendido eso, ¿verdad? —preguntó Issib.

—No.

—Lo imaginaba.

—Issya, ¿qué nos hace el Alma Suprema?

—He estado trabajando en eso. Tratando de examinar las palabras perdidas, hallar el patrón, averiguar por qué Padre recibió esa visión de un mundo en llamas. Y Madre. Y el suelo de sangre y cenizas de Luet.

—Significa que somos títeres.

—No, Nafai. No te dejes llevar por el odio al Alma Suprema. Eso no servirá de nada... ahora lo sé. Tenemos que comprender lo que está haciendo. Porque el mundo corre mucho peligro si el Alma Suprema está perdiendo el control. Y lo está perdiendo. Ha permitido descubrir los carros de guerra... ¿Qué vendrá a continuación? ¿Qué imperio será el siguiente en irse de las manos? ¿Cuál descubrirá el *puscani prah*, la palabra que viste antes? Es un polvo que estalla cuando lo enciendes. Explota como un globo, pero con muchísima más fuerza. Suficiente para matar gente.

—Basta, por favor —susurró Nafai. No soportaba el pánico que sentía al oír esas palabras.

—El Alma Suprema no es nuestro enemigo. En realidad, creo que recurrió a Padre porque necesita ayuda.

—¿Por qué nunca has dicho nada acerca de esto?

—Intenté hablar con Padre, con Madre, con algunas maestras, con otros estudiantes, con otros sabios. Incluso escribí un artículo, pero nadie recuerda haberlo recibido, nunca lo encuentran. Llegué a enviarlo cuatro veces a la misma persona. Al final desistí.

—Pero me lo has contado a mí.

—Entraste en la biblioteca —dijo Issib—. Pensé... ¿por qué no?

—*Zrakoplov* —dijo Nafai.

—No puedo creer que recuerdes las palabras.

—Una máquina. La gente no sólo... vuela. Usa una máquina.

—No insistas. Te marearás. Ya te duele la cabeza, ¿verdad?

—Pero tengo razón, ¿no?

—Sospecho que era una máquina hueca, como una casa, y la gente se metía dentro para volar. Como un barco, pero surcaba el aire. Con alas. Y creo que las tuvimos aquí. ¿Conoces el barrio de los Campos Negros?

—Claro, al oeste del mercado.

—El nombre antiguo era Puerto del Cielo. El nombre duró hasta hace veinte millones de años. Puerto del Cielo. Cuando lo alteraron, nadie recordaba qué significaba.

—No puedo pensar más en esto —suspiró Nafai.

—¿Pero quieres recordarlo? —preguntó Issib.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Pues lo olvidarás. Si yo no te lo recuerdo. Todos los días. ¿Quieres que te lo recuerde? Sentirás este malestar en cada oportunidad. ¿Quieres olvidar o quieres que te lo recuerde?

—¿Quién te lo recordó a ti?
—Me dejaba notas. En los ordenadores de la biblioteca. Recordatorios. ¿Por qué crees que tardé un año en llegar hasta aquí?
—Quiero recordar —decidió Nafai.
—Te enfurecerás conmigo.
—Recuérdame que no me enfurezca.
—Sentirás mareos.
—Pues me desmayaré. —Nafai se deslizó por la columna y se sentó en el porche, mirando hacia la calle—. ¿Por qué nadie se ha fijado en nosotros? No estábamos susurrando.
Issib rió.
—Oh, se han fijado. Madre salió una vez y también un par de maestras. Nos oyeron hablar un instante y olvidaron a qué habían salido.
—Esto es sensacional. Si queremos que nos dejen en paz, sólo tenemos que hablar de los *zrakoplovs*.
—Bien, eso sólo funciona con gente que está estrechamente ligada al Alma Suprema.
—¿Quién no lo está?
—Pues quien haya pensado en los carros de guerra, por ejemplo.
—Me dijiste que el Alma Suprema había desistido de vigilarlos.
—Claro, recientemente. Pero había gente en Basílica que planeaba construir carros de guerra, gente que negoció el asunto con los potoku durante mucho tiempo. Más de un año. Ellos no tuvieron problemas con el Alma Suprema. Es como si fueran sordos. Pero la mayoría no lo es... Por eso Gaballufix y sus hombres pudieron guardar el secreto tanto tiempo. Casi todos los que oían hablar de carros de guerra lo olvidaban. Más aún, es posible que el Alma Suprema haya dejado de prohibir esa idea en los últimos tiempos, precisamente porque tenía que haber un debate abierto sobre los carros de guerra para detener su construcción.
—De forma que hay gente sorda al Alma Suprema... y el Alma Suprema tiene que dejar de controlarnos a los demás para poder detenerla.
—Es un vínculo doble —asintió Issib—. Para vencer, el Alma Suprema tiene que ceder. Yo diría que el Alma Suprema está en un verdadero aprieto.
Todo tenía sentido para Nafai, excepto por un detalle.
—¿Pero por qué comenzó hablando con Padre?
—Eso es lo que debemos averiguar. Eso y qué hará Padre a continuación.
—Oye, dejemos que el Alma Suprema nos reserve algunas sorpresas —rió Nafai, aunque no lo encontraba gracioso. Tampoco Issib.
—Aunque creamos en la causa del Alma Suprema, Nafai, quizá descubramos que el Alma Suprema causa más perjuicios que beneficios. ¿Qué haremos entonces?
—Oye, Issya, últimamente no trabaja muy bien, pero eso no significa que estaríamos mejor sin su presencia.
—Supongo que nunca lo sabremos, ¿verdad?

PLEGARIA

Durante una semana Nafai trabajó con Issib todos los días. Dormían en casa de Madre. No pidieron permiso, pero Madre no los echó. Fueron momentos agobiantes, no sólo por las dificultades del trabajo sino porque la interferencia del Alma Suprema era muy dolorosa. Sin embargo, Issib tenía razón. Podía superarse; y aunque el rechazo de Nafai era más intenso que el de Issib, logró superarlo más pronto, quizá porque Issib estaba allí para ayudarlo, para asegurarle que valía la pena, para recordarle de qué se trataba.

Confeccionaron una lista de lo que habían tenido los humanos en el pasado y lo que el Alma Suprema les había impedido reinventar.

Un sistema de comunicaciones gracias al cual una persona podía hablar instantánea y directamente con otra persona de cualquier ciudad del mundo.

Máquinas que podían recibir gráficos, obras dramáticas y relatos a través del aire, no sólo de biblioteca a biblioteca, sino en el hogar de la gente.

Máquinas que se desplazaban rápidamente por el suelo, sin caballos.

Máquinas que volaban, no sólo por el aire, sino también por el espacio.

—Claro que tuvieron que existir máquinas que viajaran por el espacio; de lo contrario no hubiéramos llegado a Armonía desde la Tierra —comentó Nafai. Pero nunca había podido concebir semejante idea antes de superar el rechazo.

Y armas bélicas. Explosivos. Armas de proyectiles. Algunos tan pequeños que se podían coger con la mano. Otros tan terribles que podían devastar ciudades enteras, y arrasarse un planeta si se usaban centenares al mismo tiempo. Enfermedades mutantes. Gases venenosos. Disruptores sísmicos. Misiles. Plataformas de lanzamiento orbital. Virus que destruían los genes.

La imagen que surgió era tan bella como espantosa.

—Entiendo por qué el Alma Suprema nos hace esto —dijo Nafai—. Para salvarnos de estas armas. Pero el precio es enorme, Issya. Renunciamos a la libertad.

Issib asintió.

—Al menos el Alma Suprema nos dejó algo. La capacidad para extraer energía del sol. Ordenadores. Bibliotecas. Refrigeración. Los enseres de cocina, los invernáculos. El campo magnético que hace funcionar mis flotadores. Y tenemos armas de mano bastante sofisticadas. Espadas energéticas. Y pulsadores. Así los fuertes no aventajan a los débiles y pequeños. El Alma Suprema pudo habernos privado de todo. Herramientas de piedra y metal. Objetos con partes móviles. Tendríamos que quemar árboles para calentarnos.

—Entonces ni siquiera seríamos humanos.

—Ser humanos es una cosa —dijo Issib—. Pero ser civilizados. Éste es el gran regalo del Alma Suprema. Civilización sin autodestrucción.

Una vez intentaron explicárselo a Madre, pero no sirvió de nada. Ella no logró comprender de qué hablaban, y se marchó comentando jovialmente que era agradable que fueran amigos y compartieran esos juegos a pesar de la diferencia de edad. Resultó imposible hablar con Padre.

Pero hubo alguien que se interesó por ellos.

—¿Por qué has dejado de venir a clase? —preguntó Hushidh.

Estaba sentada en la escalinata del porche junto a Nafai, y masticaba pan con queso. Una buena dentellada, no los delicados mordiscos de Eiadh. Madre enseñaba a sus alumnas a usar la boca para comer, en vez de ingerir pequeños bocados como estaba en boga entre las jóvenes de Basílica. Pero Nafai no tenía por qué encontrar atractiva la obediencia de Hushidh a Madre.

—Trabajo en un proyecto con Issib.

—Los otros estudiantes dicen que te escondes —dijo Hushidh.

Esconderte. Porque Padre era tan notorio y controvertido.

—No me avergüenzo de mi padre.
—Claro que no —dijo Hushidh—. Ellos dicen que te escondes. No yo.
—¿Y tú qué crees que estoy haciendo? ¿O el Alma Suprema ya te lo ha contado?
—Soy descifradora, no vidente.
—Claro. Lo olvidé. —Como si le interesara recordar qué clase de bruja era.
—El Alma Suprema no tiene que contarme que te estás conectando con el mundo.
—Porque puedes verlo. Hushidh asintió.
—Y eres muy valiente. Nafai la miró consternado.
—Trabajo en la biblioteca con Issib.
—Te estás conectando con la más débil de las facciones enfrentadas de Basílica, que sin embargo es la mejor. La que debería ganar, aunque nadie imagina cómo.
—No formo parte de ninguna facción. Ella asintió.
—Si no quieres oír la verdad, me callaré.
Como si fuera una fuente de irresistible sabiduría.
—Escucharé el pedorreo de un puerco, siempre que sea la verdad —espetó Nafai.
Ella se levantó y se marchó.
Nafai se maldijo por su estupidez. Ella sólo trata de ayudar y tú haces una broma estúpida.
Se levantó para seguirla.
—Lo siento —dijo. Ella intentó alejarse.
—Siempre digo tonterías —se excusó Nafai—. Es una mala costumbre, pero no hablaba en serio. A fin de cuentas, ahora sé que el Alma Suprema es real.
—Sé lo que sabes —replicó ella con frialdad—. Pero salta a la vista que saber que el Alma Suprema existe no significa que automáticamente obtengas inteligencia, amabilidad o siquiera decencia.
—Puedes insultarme. Me lo merezco. —Nafai se plantó ante ella. Esta vez Hushidh no lo rehuyó.
—Veo patrones —dijo ella—. Veo cómo encajan las cosas. Veo dónde comienzas a encajar tú. Tú e Issib.
—No he seguido la situación en la ciudad. Estoy atareado con ese proyecto. No sé qué está ocurriendo.
—Eso te ha agotado.
—Sí, supongo que sí.
—Gaballufix es el centro de un partido. Es el más fuerte, por diversas razones. Ya no se trata sólo de los carros de guerra, ni de la alianza con Potokgavan. Se trata de los hombres. Sobre todo los extranjeros. Así que cuenta con mucho respaldo y además es fuerte porque sus hombres se imponen recurriendo a la violencia.
Nafai recordó las conversaciones que había oído en las comidas. Sobre los tolchocks, hombres que aporreaban a las mujeres en las calles sin razón alguna.
—¿Sus hombres son los tolchocks?
—El lo niega. Más aún, sostiene que enviará sus soldados a las calles de Basílica para proteger a las mujeres de los tolchocks.
—¿Soldados?
—Oficialmente son la milicia del clan Palwashantu. Pero todos responden a Gaballufix y el consejo del clan no ha podido reunirse para deliberar sobre el empleo de la milicia. Tú eres Palwashantu, ¿verdad?
—Aún soy muy joven para la milicia.
—En realidad ya no es una milicia, son mercenarios. Hombres de fuera de las murallas, hombres desesperados, y muy pocos son Palwashantu. Gaballufix les paga. Y también pagó a los tolchocks.
—¿Cómo lo sabes?
—Fui maltratada. He visto a los soldados. Sé cómo encajan.
Más brujería. ¿Pero cómo podía dudarlo? ¿No había sentido la influencia del Alma Suprema cada vez que pensaba en palabras prohibidas? Sudaba de sólo pensar en las que había pasado la semana anterior. ¿Por qué Hushidh no podía mirar a un soldado y un tolchock y saber cosas acerca de ellos? ¿Por qué no volaban los camellos? Cualquier cosa era posible.
Pero la influencia del Alma Suprema se estaba debilitando. ¿Acaso él e Issib no habían superado las vallas que impedían pensar en conceptos prohibidos?
—Y sabes que no soy uno de ellos.
—Pero tus hermanos sí.
—¿Tolchocks?

—Están con Gaballufix. Issib no, por supuesto. Elemak y Mebbekew.

—¿Cómo los conoces? Nunca vienen aquí... no son hijos de Madre.

—Elemak ha venido aquí varias veces esta semana. ¿No lo sabías?

—¿A qué vino?

Pero Nafai lo supo de inmediato. Sin poder pensarlo por su cuenta, supo exactamente el motivo de Elemak para visitar la casa de Rasa. Madre gozaba de gran reputación en la ciudad; sus sobrinas eran cortejadas por muchos, y Elemak ya estaba en edad para entablar una relación estable y tener un heredero.

Nafai miró el patio, donde muchas niñas y algunos niños estaban cenando. Todos los estudiantes externos se habían marchado, y los pequeños comían más temprano. Así que la mayoría de esas muchachas eran elegibles como compañeras, incluidas sus sobrinas, si Rasa las liberaba. ¿A cuál de ellas cortejaría Elemak?

—Eiadh —susurró.

—Podemos suponerlo —dijo Hushidh—. Sé que no soy yo.

Nafai la miró sorprendido. Claro que no era ella. Entonces se sintió confundido. ¿Y si ella notaba que le había parecido ridículo pensar que su hermano la deseara?

Pero Hushidh continuó como si no hubiera reparado en su callado insulto. Sin duda no tenía en cuenta que la idea de que Elya cortejara a Eiadh podía lastimar a Nafai.

—Cuando tu hermano vino, supe de inmediato que andaba en buenos tratos con Gaballufix. Estoy segura de que está causando gran pesar a Tía Rasa, porque ella sabe que Eiadh le dirá que sí. Tu hermano tiene mucho prestigio.

—¿A pesar del escándalo que han causado las visiones de Padre?

—Él está con Gaballufix. Entre los del Partido de los Hombres, los que apoyan a Gaballufix, la simpatía por Elemak crece a medida que disminuye el prestigio de tu padre. Porque si algo le sucediera a tu padre, Elemak sería un hombre muy rico y poderoso.

Esas palabras reavivaron los temores de Nafai acerca de su hermano. Pero era un pensamiento monstruoso, insoportable.

—Gaballufix quiere que Elya influya sobre Padre, eso es todo.

Hushidh movió la cabeza. ¿Pero era un cabeceo de asentimiento o sólo lo silenciaba para continuar?

—El otro partido fuerte es el de Roptat. Ahora lo llaman el Partido de las Mujeres, aunque su dirigente es un hombre. Quieren aliarse con los gorayni. Y también quieren quitar el voto a todos los hombres excepto a los que ahora son compañeros de una ciudadana, y exigen que todos los solteros abandonen la ciudad por la noche, y que no regresen hasta el alba. Es la solución que proponen para el problema de los tolchocks... y el de Gaballufix. Tienen muchos seguidores, entre hombres y mujeres casados.

—¿Mi padre está con ese grupo?

—Todos lo creen así en el Partido de los Hombres, pero la gente de Roptat conoce mejor la situación.

—¿Cuál es pues el tercer grupo?

—Se denomina Partido de la Ciudad, pero en realidad es el Partido del Alma Suprema. Rehúsa aliarse con cualquier nación agresora. Quieren regresar a la tradición para la protección del Lago, lograr que esta ciudad se mantenga al margen de la política y los conflictos, deshacerse de la gran riqueza de la ciudad y vivir con sencillez, para que ninguna otra nación desee dominarnos.

—Nadie aceptará eso.

—Te equivocas. Muchos lo aceptan. Tu padre y Tía Rasa han conquistado a casi todas las mujeres de los Barrios Lacustres.

—Pero eso no suma mucha gente. Sólo un puñado de personas viven en el Valle de la Grieta.

—Tienen un tercio de los votos del consejo. Nafai reflexionó.

—Creo que es muy peligroso para ellas —dijo.

—¿Por qué lo crees?

—Porque sólo cuentan con el respaldo de la tradición. Cuanto más se oponga Gaballufix a la tradición, cuanto más pánico provoquen sus tolchocks y soldados, más gente exigirá que se actúe. Padre y Madre sólo imposibilitan que nadie obtenga una mayoría en el consejo. Impiden que Roptat detenga a Gaballufix.

Hushidh sonrió.

—Eres muy perspicaz.

—El estudio de la política es mi fuerte.

—Has visto el peligro. Pero no me has dicho cómo nos libraremos de él.

—¿Nos?

—Nosotros. Basílica.

—No. Según has dicho, tú sabes con qué partido estoy yo.

—Estás con el Alma Suprema, claro.

—No lo sabes. Ni siquiera yo lo sé. No sé si me gusta el modo en que el Alma Suprema nos manipula. Hushidh movió la cabeza.

—Quizá tardes unos días en tomar la decisión con la mente, pero ya la has tomado en tu corazón. Rechazas a Gaballufix y te atrae el Alma Suprema.

—Te equivocas —dijo Nafai—. Sí, me atrae el Alma Suprema. Issib tomó esa decisión hace tiempo y por buenas razones. A pesar de esa secreta manipulación de las mentes, rechazar el Alma Suprema es aún más peligroso. Pero eso no significa que esté dispuesto a entregar el futuro de Basílica a una minoría de fanáticas religiosas que viven en el Valle de la Grieta y tienen visiones continuamente.

—Somos las que están cerca del Alma Suprema.

—El mundo entero tiene al Alma Suprema en el cerebro —replicó Nafai—. No se puede estar más cerca.

—Somos las que escogen al Alma Suprema —insistió ella—. Y no todos la tiene en el cerebro, pues de lo contrario no habrían comenzado a llevar la guerra a naciones lejanas.

Por un instante Nafai se preguntó si también ella habría descubierto que el Alma Suprema había bloqueado el conocimiento de los carros de guerra hasta hacía poco tiempo. Luego comprendió que ella pensaba en el séptimo codicilo: «No tendrás reyerta con la vecina de la vecina de tu vecina; cuando ella riña, quédate en casa y cierra la ventana.» Se había interpretado que esto prohibía enzarzarse en conflictos y alianzas cuyas consecuencias no tenían importancia para uno. Nafai e Issib conocían el propósito y el origen de dicha ley, y el modo en que el Alma Suprema la había impuesto en la mente de las personas. Para Hushidh, en cambio, la ley misma había impedido las guerras de agresión imperial durante milenios. No importaba que muchas naciones hubieran tratado de crear imperios y que la falta de medios de transporte y comunicación eficaces hubiera sido el único impedimento.

—No estoy contigo —dijo Nafai—. No puedo retrasar el reloj.

—En tal caso —replicó ella—, puedes darte por destruido.

—Quizá. Si Roptat gana, cuando llegue la flota potoku, subirán la montaña y nos destruirán antes de que los cabeza mojada lleguen aquí. Y si gana Gaballufix, entonces los cabeza mojada llegarán, destruirán primero a los potoku y luego subirán por las montañas y nos destruirán como represalia.

—Bien. Como ves, sí estás con nosotros.

—No. Porque si el Partido de la Ciudad mantiene este empate, Gaballufix o Roptat perderán los estribos y empezará a morir gente. Entonces no necesitaremos que vengan extranjeros a destruirnos. Nosotros mismos lo haremos. ¿Cuánto tiempo crees que continuarán gobernando la ciudad las mujeres si estalla una guerra civil entre dos hombres poderosos?

Hushidh escrutó el vacío.

—¿Eso crees?

—Quizá no sea un descifrador —dijo Nafai—, pero he leído historia.

—Durante siglos ésta ha sido una ciudad de mujeres, un sitio de paz.

—Nunca debisteis entregar el voto a los hombres.

—Han tenido el voto durante un millón de años. Nafai asintió.

—Lo sé —dijo—. Lo que sucede ahora... es el Alma Suprema.

Nafai notó que Hushidh escrutaba el vacío porque tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Está muriendo, ¿verdad?

Nafai no había pensado que alguien pudiera tomarlo de forma tan personal. Como si el Alma Suprema fuera un ser querido, un pariente. Pero para alguien como Hushidh quizá fuera así. Además, era hija de una agreste, una mujer sagrada. Aunque todos sabían que los hijos de las agrestes eran habitualmente fruto de la violación o de una cópula casual en las calles de la ciudad, aún los llamaban «hijos del Alma Suprema». Tal vez Hushidh consideraba que el Alma Suprema era su padre. Aunque no... las mujeres consideraban femenina al Alma Suprema. Y Hushidh sabía que su madre era una agreste.

Aun así, Hushidh apenas podía contener las lágrimas.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Nafai—. No sé qué hace el Alma Suprema. Tu hermana... como has dicho, ella es vidente.

—El Alma Suprema no ha hablado en toda la semana. Ni a ella ni a nadie.

Nafai quedó sorprendido.
—¿Ni siquiera en el lago?
—Supe que tú e Issib estabais muy estrechamente conectados con el Alma Suprema durante esta semana. Ella os estaba agotando, tal como hace con Luty... y a veces conmigo. Las mujeres se han internado en el agua, cada vez más, pero no traen nada o sólo sueños tontos. Eso las asusta. Pero yo les dije: Escuchad, Nafai e Issib están en contacto con el Alma Suprema. Así que ella no ha muerto. Y me pidieron... que te preguntara.
—¿Qué debías preguntarme?
Al fin brotaron las lágrimas, humedeciéndole las mejillas.
—No sé —dijo la afligida Hushidh—. Qué hacer. Qué espera el Alma Suprema de nosotros. Nafai le tocó el hombro para consolarla, sin saber qué hacer.
—No sé. Pero tienes razón en una cosa: el Alma Suprema se está desgastando. Aun así, me sorprende que deje de enviar visiones. Tal vez esté distraída... Tal vez...
—¿Qué?
Nafai movió la cabeza.
—Déjame hablar con Issib.
Ella asintió, ladeando la cabeza para enjugarse las lágrimas.
—Sí, por favor. Yo no podría... hablar con él.
¿Por qué no? Pero Nafai no llegó a preguntarlo. Estaba demasiado confundido. Issib y él creían que su investigación era secreta, y Hushidh contaba a todas las mujeres de Basílica que estaban en contacto con el Alma Suprema. Pero al mismo tiempo las mujeres parecían tremendamente ignorantes. ¿Cómo podían Issib y él saber por qué las visiones habían cesado?
Nafai fue a la biblioteca y refirió a Issib todo lo que recordaba de su conversación con Hushidh.
—Se me ha ocurrido una idea. ¿Y si el Alma Suprema no es tan poderosa? ¿Y si las visiones han cesado porque el Alma Suprema no puede tratar con nosotros y transmitir visiones al mismo tiempo?
Issib rió.
—Vamos, Nyef. No somos el centro del mundo.
—Hablo en serio. ¿Cuánta capacidad necesitaría el Alma Suprema? La mayoría de las personas son tan ignorantes, estúpidas o débiles que aunque pensarán en estos temas prohibidos no podrán hacer nada al respecto. ¿Para qué observarlas? Eso significa que el Alma Suprema tiene que controlar a una cantidad relativamente escasa de personas. Si las examina de vez en cuando, tiene tiempo de sobra para apartarlas de proyectos peligrosos. Pero ahora, al debilitarse el Alma Suprema, tú pudiste desensibilizarte. Hubo una competencia entre el Alma Suprema y tú, Issib, y venciste. Tal vez durante ese forcejeo, el Alma Suprema estaba totalmente centrada en ti, y no transmitía visiones ni controlaba a nadie más. Pero tú andabas despacio y aún le sobraba tiempo.
—Pero al trabajar los dos juntos... —intervino Issib—. Tuvo que concentrarse continuamente en nosotros. Y además está perdiendo... debilitándose cada vez más.
—Sospecho, Issib, que no estamos ayudando, sino estorbando.
Issib rió de nuevo.
—No es posible —declaró—. Estamos hablando del Alma Suprema, no de una maestra con un par de alumnos díscolos.
—El Alma Suprema ha fracasado antes. De lo contrario no habría carros de guerra.
—¿Y qué debemos hacer?
—Detenemos —determinó Nafai—. Por un día. No tocar los temas prohibidos. Ver si la gente comienza a recibir visiones nuevamente.
—¿De verdad crees que hemos ocupado tanto tiempo del Alma Suprema que no puede comunicar visiones a la gente? ¿Y el tiempo en que dormimos y comemos? Hay muchas interrupciones.
—Tal vez la hemos confundido. Tal vez está asustada porque no sabe qué hacer con nosotros.
—De acuerdo. Pues no nos limitemos a renunciar. Demos algunos consejos al Alma Suprema, ¿por qué no?
—¿Por qué no? Es un artefacto fabricado por seres humanos, ¿verdad?
—Eso creemos. Quizá.
—Pues digámosle que deje de preocuparse por bloquearnos. Es una misión sin cometido y debe dejar de perder el tiempo ahora, porque aunque nosotros podamos pensar en todos los

temas prohibidos del mundo, no lo revelaremos a nadie ni intentaremos construir nada, ¿o sí?

—Claro que no.

—Pues júralo, Issib. Yo juraré también. Lo juro ahora mismo. ¿Escuchas, Alma Suprema? No somos tus enemigos, así que no pierdas un segundo más en controlarnos. Vuelve a comunicar visiones a las mujeres y dedica el tiempo a bloquear a los sujetos peligrosos. Los cabeza mojada, por ejemplo, Gaballufix. Y tal vez Roptat, también. Y si no puedes bloquearlos, entonces al menos haznos saber qué debemos hacer para que los bloqueemos nosotros.

—¿Con quién estás hablando?

—Con el Alma Suprema.

—Esto parece muy estúpido —rió Issib.

—Esa cosa nos ha dicho siempre qué pensar. ¿Qué hay de estúpido en darle una sugerencia de vez en cuando? Presta el juramento, Issya.

—Sí, lo prometo. Lo juro solemnemente. ¿Estás escuchando, Alma Suprema?

—Está escuchando. Eso lo sabemos.

—Ya. ¿Y crees que nos hará caso?

—No sé. Pero sí sé una cosa... no averiguaremos nada más con pasar el resto del día en la biblioteca. Salgamos de aquí. Pasemos la noche en casa de Padre. Tal vez se nos ocurra una buena idea. O quizá Padre tenga una visión... O cualquier otra cosa.

Sólo esa tarde, al irse de casa de Madre, Nafai recordó que Elemak cortejaba a Eiadh. Claro que Nafai no tenía derecho a odiarlo por eso. Jamás le había comentado a nadie sus sentimientos por la muchacha. Y a los catorce años era demasiado joven para que alguien lo tomara en serio como candidato a compañero legítimo. Era natural que Eiadh deseara a Elemak. Eso lo explicaba todo: por qué se mostraba tan amable con Nafai y sin embargo nunca se le acercaba. Quería granjearse su buena disposición por si él ejercía alguna influencia sobre Elemak. Pero nunca habría pensado en aceptar un contrato con Nafai. A fin de cuentas, sólo era un niño.

Luego recordó lo que Hushidh había dicho de Issib. No podía hablar con él. ¿Porque era un tullido? Improbable. No, Hushidh era tímida con Issib porque lo consideraba un posible compañero. Hasta yo sé lo suficiente acerca de las mujeres para adivinarlo, pensó Nafai.

Hushidh tiene mi edad, y se fija en mi hermano mayor cuando piensa en un compañero. En una chica de mi edad ejerzo tanta atracción sexual como un árbol o un ladrillo. Y Eiadh es mayor que yo, una de las mayores del curso, mientras que yo soy de los menores. ¿Cómo se me ocurrió pensar...?

Sintió un fuerte rubor en las mejillas, aunque sólo él conocía su humillación.

Caminando por las calles de Basílica, Nafai comprendió que no había salido de la casa de Madre desde que se había puesto a investigar con Issib, excepto por algún paseo por la Calle de la Lluvia. ¿Había menos gente en las calles? Tal vez. Pero lo que había cambiado era el modo de caminar. La gente de Basílica caminaba con determinación, pero eso no le impedía gozar de su entorno. Incluso los que llevaban prisa solían detenerse un instante, o al menos sonreían, cuando pasaban frente a un músico callejero, un malabarista o un cómico que recitaba sus coplas. Y muchos observaban con auténtico placer, conversando con sus acompañantes, pero también interpelando a extraños, como si todos los basilicanos fueran vecinos o parientes.

Esa tarde era diferente. Mientras el sol aureolaba los tejados del oeste proyectando oblicuas franjas de negrura en las calles, la gente parecía eludir la luz como si les quemara la piel. Nadie se fijaba en nadie ni prestaba atención a los músicos callejeros, cuyas melodías parecían más tímidas, como si estuvieran dispuestos a interrumpir la canción al primer indicio de disgusto de un viandante. Las calles eran más silenciosas porque casi nadie hablaba.

Pronto fue evidente la razón. Un contingente de ocho hombres avanzó calle arriba, con pulsadores en la mano y espadas energéticas en la cintura. Soldados, pensó Nafai. Hombres de Gaballufix. Aunque oficialmente eran milicianos de los Palwashantu, pero Nafai no sentía ningún parentesco con ellos.

No miraban a los costados, como si avanzaran con un rumbo determinado. Pero Nafai e Issib advirtieron que las calles se vaciaban con el paso de los soldados. ¿Adonde habían ido los peatones? No estaban escondidos, pero sólo reaparecieron cuando los soldados pasaron. Se habían metido en tiendas, fingiendo que compraban algo. Algunos habían cogido por calles laterales. Y otros se habían quedado en la misma calle pero, al igual que Nafai e Issib, se habían parado en seco, de modo que por unos instantes formaron parte de la arquitectura, no de la vida del lugar.

La gente no parecía creer que los soldados le brindaran seguridad. En cambio, se sentía

intimidada.

—Basílica está en problemas —dijo Nafai.

—Basílica está muerta —replicó Issib—. Todavía hay gente, pero esta ciudad ya no es Basílica.

Afortunadamente, no fue tan malo cuando avanzaron por la Calle del Ala. Los soldados habían pasado por donde Ala cruzaba la Calle del Trigo, a pocas manzanas de la casa de Gaballufix. Cuando llegaron a la Ciudad Vieja, había más vida en las calles. Pero aún se notaban cambios.

Por ejemplo, la Calle del Manantial estaba despejada. Primavera era una de las arterias principales de Basílica y constituía el camino más directo desde la Puerta del Embudo hasta el linde del Valle de la Grieta, a través de la Ciudad Vieja. Pero como a menudo ocurría en Basílica, una constructora emprendedora había decidido que era una lástima desperdiciar tanto espacio vacío en medio de la calle, cuando allí podía vivir gente. En una larga manzana entre Ala y Templo, la constructora había levantado seis edificios.

Cuando una constructora basilicana comenzaba a levantar una estructura que bloqueaba la calle, podían ocurrir varias cosas. Si no había mucha actividad en la calle, pocas personas se oponían. Gritaban, maldecían e incluso arrojaban piedras a las constructoras, pero como los peones eran sujetos robustos, la resistencia era escasa. El edificio acababa construyéndose y la gente buscaba nuevos caminos. Los más perjudicados eran quienes poseían viviendas o tiendas cuyo frente daba sobre la calle ahora bloqueada. Tenían que regatear con las vecinas para obtener derechos sobre pasillos que les dieran acceso a la calle, o conquistar esos derechos, si la vecina era débil. A veces tenían que resignarse a abandonar la propiedad. De un modo u otro, los nuevos pasillos o la propiedad abandonada pronto se transformaban en nuevos caminos. Con el tiempo una persona emprendedora compraba un par de casas abandonadas o derruidas cuyos pasillos se usaban para el tráfico, derrumbaba una parte y así nacía una nueva calle. El consejo no se inmiscuía en este proceso. De esta forma la ciudad evolucionaba y cambiaba a través del tiempo, y era absurdo tratar de contener la marea del tiempo y de la historia en una ciudad de decenas de millones de años.

Era muy distinto cuando alguien comenzaba a construir en una arteria tan frecuentada como la Calle del Manantial. Allí los peatones se envalentonaban porque eran muchos y no se resignaban a perder un camino que usaban con frecuencia. Así que saboteaban la construcción al pasar, estropeando la mampostería y llevándose piedras. Si la constructora era poderosa y obstinada, y disponía de muchos peones fuertes, estallaba una trifulca, pero esto terminaba en una querrela en un juzgado, donde la constructora invariablemente resultaba culpable, pues se consideraba que construir en una calle equivalía a provocar abiertamente un ataque legítimo.

La constructora de la Calle del Manantial, sin embargo, había sido astuta. Había diseñado sus seis edificios sobre arcadas, de modo que no cerraban el paso. Las casas comenzaban en el primer piso, encima de la calle. Aunque los peatones se fastidiaran, no era una provocación tan grave como para instigarlos al sabotaje. Los edificios, pues, se habían completado a principios del verano, y algunas personas adineradas ya residían allí.

Inevitablemente, sin embargo, las arcadas se abarrotaban de buhoneros y restauradores, algo que la constructora sin duda había previsto. El tráfico avanzaba despacio, y otras constructoras comenzaban a instalar tiendas y puestos permanentes. Desde hacía unas semanas era imposible ir desde Templo hasta Ala por Primavera, pues los pequeños edificios bloqueaban el camino. Otra calle acababa de morir en Basílica, sólo que esta vez era una arteria importante y causaba graves inconvenientes a mucha gente. Sólo la constructora original y los emprendedores tenderos se beneficiaban; las gentes que habían comprado los edificios internos tenían crecientes dificultades para llegar a las escaleras que conducían a sus casas y había quien se disponía a abandonar viejas estructuras que ya no daban a la calle.

Esta vez, al pasar por Primavera, Nafai y Issib advirtieron que alguien había arrasado los edificios pequeños del tramo bloqueado. Los edificios nuevos aún estaban en pie, arqueándose sobre la calle, pero el pasaje permanecía abierto. Significativamente, un par de soldados custodiaban cada extremo de la calle. El mensaje era claro: no se tolerarían nuevos edificios.

—Gaballufix no es tonto —observó Issib.

Nafai sabía a qué se refería. La gente no quería ver soldados trotando por las calles, pues eso implicaba la amenaza de violencia y pérdida de la libertad. Pero ver la Calle del Manantial abierta permitiría considerar a los soldados como un mal necesario que quizá valiera la pena tolerar.

La Calle del Ala desembocó en la Calle del Templo, y ambos la siguieron hasta llegar al gran círculo que rodeaba el Templo. Éste era el único reducto de la religión de los hombres en

esta ciudad de mujeres, el único lugar donde se pensaba que el Alma Suprema era un ser masculino, y donde el líquido sagrado era la sangre y no el agua. Impulsivamente, aunque no había entrado allí desde los ocho años, cuando su prepucio quedó bañado en su propia sangre, Nafai se detuvo ante las puertas del norte.

—Entremos —sugirió.

—Odio este lugar —protestó Issib con un escalofrío.

—Si usaran anestesia, el culto sería más popular entre los niños.

Issib sonrió.

—Un culto indoloro. Buena idea. Tal vez un culto seco tendría éxito entre las mujeres, también.

Atravesaron la puerta para entrar en la perfumada y penumbrosa cámara externa, que no tenía ventanas.

Aunque el templo era redondo, las habitaciones interiores estaban diseñadas para evocar las cavidades del corazón: Aurícula Entrante, Ventrículo del Aire, Aurícula Inhaladora y Ventrículo Saliente. Los sinuosos pasillos y las diminutas salas tenían nombre de venas y arterias. Antes de la circuncisión los niños tenían que aprender el nombre de todas las salas, pero lo hacían memorizando una canción que no tenía mayor sentido para la mayoría. Así que los nombres escritos en los dinteles y dovelas no resultaban familiares, y ambos hermanos pronto se extraviaron.

No importaba. Todos los corredores desembocaban al fin en el patio central, el único espacio brillante del templo, abierto al cielo. Como faltaba poco para el ocaso, no había luz directa en el piso de piedra del patio, pero después de tanta penumbra incluso la luz refleja deslumbraba.

Un sacerdote los detuvo en la puerta.

—¿Plegaria o meditación? —les preguntó. Issib tiritó. En él era un movimiento espasmódico, pues los flotadores exageraban cada vibración de sus músculos.

—Creo que aguardaré en la Aurícula Inhaladora.

—No seas tiquismiquis —dijo Nafai—. Un poco de meditación no te hará daño.

—¿Quieres decir que tú vas a rezar?

—Eso creo.

A decir verdad, Nafai no sabía por qué ni para qué. Sólo sabía que su relación con el Alma Suprema se estaba volviendo cada vez más complicada; entendía al Alma Suprema mejor que antes, y el Alma Suprema ahora se inmiscuía en su vida, así que resultaba importante comunicarse clara y directamente en vez de avanzar a tientas. No bastaba con interrumpir la investigación de palabras prohibidas con la esperanza de que el Alma Suprema comprendiera la señal. Tenía que hacer algo más.

Los sacerdotes pincharon el dedo de Issib y pasaron la diminuta herida por la hematites. Issib no se quejó. No tenía miedo y había soportado tanto dolor en la vida que nada le hacía un pinchazo. Sólo que no le interesaban los ritos del culto de los hombres. Los llamaba «deportes sangrientos» y los comparaba con las peleas de tiburones, que siempre comenzaban haciendo sangrar a cada tiburón de la piscina. En cuanto untó la tosca piedra con su sangre, enfiló hacia el alto banco de la pared soleada, donde restaba media hora de luz. El banco estaba repleto, pero Issib siempre podía flotar por encima.

—Date prisa —le murmuró a Nafai.

Como Nafai iba allí a orar, el sacerdote no lo pinchó. En cambio le hizo meter la mano en el cuenco dorado de los anillos de plegaria. El cuenco estaba lleno de un potente desinfectante que surtía el doble efecto de impedir que los afilados anillos contagiaran enfermedades y de prolongar el ardor de cada punzada durante largos segundos. Nafai habitualmente cogía sólo dos anillos, uno para el dedo medio de cada mano, pero esta vez pensó que necesitaba más. Aunque ignoraba cuál sería su plegaria, quería cerciorarse de que el Alma Suprema entendiera que hablaba en serio. Cogió anillos para todos los dedos de ambas manos.

—No puede ser tan serio —comentó el sacerdote.

—No estoy rezando para pedir perdón —dijo Nafai.

—No quiero que te desmayes. Hoy tenemos poco personal.

—No me desmayaré.

Nafai se dirigió al centro del patio, cerca de la fuente. El agua de la fuente no tenía su habitual color rosado, sino rojo oscuro. Nafai recordaba su escalofrío la primera vez que comprendió el origen del color del agua. Padre había dicho que cuando Basilica estaba en gran necesidad —durante una sequía, por ejemplo, o cuando un enemigo la amenazaba— la fuente rebosaba de sangre casi pura. Era una sensación extraña y poderosa, quitarse las sandalias y

la ropa y arrodillarse en la taza sabiendo que el tibio líquido que le llegaba a la cintura estaba teñido con las apasionadas y sangrientas plegarias de otros hombres.

Extendió las manos largo tiempo, serenándose, preparándose para conversar con el Alma Suprema. Luego se palmeó vigorosamente los brazos, como en las plegarias matinales; esta vez los afilados anillos le mordieron la carne provocándole un ardor profundo. Era un comienzo bueno y vigoroso, y oyó que varios meditadores suspiraban o cuchicheaban. Sabía que habían oído la vibrante palmada y visto su penitencia mientras él procuraba no jadear de dolor, y respetaban esa plegaria por su fuerza y virtud.

Alma Suprema, dijo en silencio. Tú has comenzado todo esto. Débil como estás, decidiste invadir la vida de mi familia. Espero que tengas un plan preparado. En ese caso, es hora de que nos reveles cuál es.

Se dio otra palmada, esta vez en la sensible piel del pecho. Cuando el ardor se disipó, sintió el cosquilleo de la sangre en el vello invisible que le crecía allí. Te ofrezco este sacrificio, Alma Suprema, ofrezco mi dolor si lo necesitas. Haré lo que desees, pero a cambio quiero una promesa tuya. Quiero que protejas a mi padre. Espero que tengas un propósito definido, y que se lo reveles a Padre. Espero que impidas que mis hermanos se involucren en un terrible crimen contra la ciudad y en un crimen contra mi padre. Si proteges a Padre y nos permites saber qué ocurre, haré todo lo posible para contribuir a la consecución de tu plan, porque sé que el propósito que está programado en ti desde el principio es impedir que la humanidad se autodestruya, y haré todo lo que pueda para servir a ese propósito. Soy tuyo, mientras nos trates con justicia.

Se palmeó el vientre, sufriendo un dolor más agudo, y oyó que varios meditadores comentaban en voz alta. El sacerdote se le acercó. No me interrumpas, pensó Nafai. No sé si el Alma Suprema oye esto, pero si está escuchando quiero que sepa que hablo en serio. Tan en serio como para cortarme en pedazos si es necesario. No porque crea que hay un propósito sagrado en este derramamiento de sangre, sino porque demuestra mi voluntad de hacer lo que me pide, incluso a un alto precio personal. Haré lo que desees, Alma Suprema, pero debes ser leal.

—Joven —susurró el sacerdote.

—Lárgate —replicó Nafai en otro susurro. El sacerdote se fue arrastrando las sandalias. Nafai pasó las manos sobre los hombros y se arañó la espalda. Ya no eran meras punzadas y las heridas no serían superficiales. ¿Ves esto, Alma Suprema? Estás en mi cabeza, sabes lo que estoy pensando y sintiendo. Issib y yo hemos decidido dejarte en paz para que puedas comunicar más visiones. Pon manos a la obra y controla esta situación. Haré lo que desees. Lo haré. Si puedo soportar este dolor, sabes que podré soportar lo que me impongas. Y, sabiendo cuánto duele, puedo hacerlo de nuevo.

Se arañó otra vez. Esta vez el dolor le arrancó lágrimas cuando las nuevas heridas se cruzaron con las anteriores, pero ni una queja afloró a sus labios.

Suficiente. Si el Alma Suprema estaba atenta, habría oído.

Se arqueó en el agua sanguinolenta, los ojos aún cerrados. El agua le cubrió la cabeza, y por un instante quedó totalmente sumergido. Luego el agua lo hizo subir, y sintió el fresco aire del atardecer en la espalda y las nalgas mientras flotaba en la superficie.

Un momento más. Contén el aliento un momento más. Unos segundos. Sólo unos segundos. Guarda la voz del Alma Suprema. Escucha en el silencio del agua.

Pero no recibió ninguna respuesta. Sólo el intenso dolor de las heridas de la espalda y los hombros.

Se puso en pie, goteando, y enfiló hacia el borde de la fuente, abriendo los ojos por primera vez desde que había entrado en el agua. Alguien le tendió una toalla. Varias manos lo ayudaron a salir. Cuando se secó los ojos, vio que varios meditadores se habían alejado de la pared y se reunían en torno ofreciéndole toallas, la ropa.

—Una potente plegaria —susurraban—. Ojalá el Alma Suprema te escuche.

No le permitieron secarse ni vestirse a solas.

—Cuánta virtud en alguien tan joven. Manos ajenas le secaban suavemente la espalda lacerada, le frotaban vigorosamente los muslos.

—Basílica se honra de tener semejante plegaria en este templo.

Manos ajenas le pusieron la camisa y los pantalones.

—Un joven que se inclina con piedad mas se yergue con coraje es el orgullo de un padre.

Le sujetaron las sandalias a las piernas, y cuando vieron que las correas terminaban debajo de la rodilla, asintieron y murmuraron.

—No es un petimetre preocupado por la moda.

—Sandalias de trabajador.

Y mientras Nafai seguía a Issib alejándose de la fuente, oyó que los murmullos continuaban.

—El Alma Suprema ha estado hoy con nosotros.

En la puerta que conducía al Ventrículo Saliente, Nafai tropezó con alguien que entraba. Como llevaba la cabeza gacha, sólo le vio los pies. Teniendo la camisa manchada con la sangre de su plegaria, esperaba que el hombre le cediera el paso, pero el otro no se apartaba.

—Meb —dijo Issib.

Nafai irguió la cabeza. Era Mebbekew. En un instante de hiriente claridad, creyó ver a su hermano entero. Ya no vestía esa indumentaria llamativa que lo caracterizaba. Meb ahora vestía como hombre de negocios, con prendas caras. A Nafai no le importaba la ropa ni el misterio del origen del dinero, pues no había tal misterio. Al observar el rostro de Mebbekew, Nafai supo —sin palabras, sin razonamientos— que Mebbekew era hombre de Gaballufix. Tal vez era su expresión. Meb siempre solía esbozar una sonrisa nerviosa, con un destello socarrón en los ojos, y ahora parecía grave, pomposo y temeroso de... ¿De qué? De sí mismo. Del hombre en quien se estaba convirtiendo.

Del hombre que era su dueño. No había nada en su semblante ni en su indumentaria que lo señalara como perteneciente a Gaballufix, y sin embargo Nafai lo sabía. Así ha de ser cómo Hushidh, pensó, capta las conexiones entre las personas. Sin razonamiento, pero sin dudas.

—¿Por qué rezabas? —preguntó Mebbekew.

—Por ti —respondió Nafai.

Lágrimas inexplicables humedecieron los ojos de Mebbekew, pero el rostro y la voz se negaron a admitir los sentimientos que las provocaban.

—Reza por ti —dijo Mebbekew—, y por esta ciudad.

—Y por Padre —añadió Nafai.

Mebbekew dilató los ojos, apenas un poco, pero Nafai supo que había dado en el blanco.

—Apártate —murmuró una voz queda pero colérica a sus espaldas. Uno de los meditadores, quizá. Un extraño, de cualquier modo—. Cede el paso al joven de potente plegaria.

Mebbekew retrocedió hacia las oscuras sombras del interior del templo. Nafai pasó por su lado y se reunió con Issib, quien aguardaba en el corredor.

—¿Qué hace Meb aquí? —preguntó Issib cuando se alejaron.

—Tal vez haya ciertas cosas que no puede hacer sin hablar primero con el Alma Suprema.

—O tal vez considere conveniente que lo vean en público como un hombre piadoso.

ADVERTENCIA

Cuando Nafai e Issib llegaron a casa, Truzhnisha aún estaba allí. Había pasado el día cocinando, reponiendo la comida del refrigerador. Pero no había nada caliente y recién preparado para la cena. Padre no permitía que el ama de llaves mimara a sus hijos.

Truzhnisha notó que Nafai estaba defraudado.

—¿Cómo iba a saber que esta noche vendríais a cenar a casa?

—A veces lo hacemos.

—Pues yo uso el dinero de tu padre, compro comida y la preparo para servirla caliente, y luego nadie viene. Sucede con frecuencia, y la comida se desperdicia porque yo la preparo de otro modo para congelarla.

—Sí, siempre la cueces más de la cuenta —protestó Issib.

—Para que quede tierna para tus débiles mandíbulas.

Issib le gruñó como un perro. Era como un juego. Sólo Truzhya podía jugar con él exagerando su debilidad; sólo con Truzhya Issib gruñía, remedando una fuerza viril que siempre estaría fuera de su alcance.

—Tu comida congelada es sabrosa, de todos modos —dijo Nafai.

—Oh, gracias. —El tono exagerado indicaba que Truzhnisha se había ofendido, pero Nafai lo había dicho con franqueza, como un cumplido. ¿Por qué todos creían que era mordaz o hiriente cuando sólo pretendía ser amable? Alguna vez tendría que aprender cuáles eran las señales que detectaba la gente, atribuyéndole siempre la intención de ser ofensivo.

—Vuestro padre está en los establos, pero quiere hablar con ambos.

—¿Por separado? —preguntó Issib.

—¿Pues cómo saberlo? ¿Debo ponerlos en fila frente a la puerta?

—Claro que sí —dijo Issib. Luego cerró las mandíbulas como un perro que diera una dentellada—. Si no fueras una cabra vieja e inútil.

—Pues mira quién fue a llamarme inútil —rió Truzhnisha.

Nafai miró azorado. Issib decía cosas realmente insultantes y ella las tomaba a risa. Nafai la felicitaba por su comida y ella lo tomaba como un insulto. Debería irme al desierto y convertirme en agreste, pensó Nafai. Claro que sólo las mujeres podían ser agrestes, protegidas de todo daño por la costumbre y la ley. En el desierto una agreste recibía mejor trato que en la ciudad: las gentes del desierto no tocaban a las mujeres sagradas y les ofrecían agua y comida. Pero un hombre que viviera solo en el desierto sería asaltado y asesinado en menos de un día. Además, pensó Nafai, no tengo la menor idea de cómo sobrevivir en el desierto. Padre y Elemak saben, pero necesitan llevar muchas provisiones. En el desierto, sin provisiones, morirían tan pronto como yo. La diferencia es que se sorprenderían de morir, porque se creen expertos en supervivencia.

—¿Estás despierto, Nafai? —preguntó Issib.

—¿Quién? Sí, claro.

—¿Y piensas guardarte esa comida de recuerdo? Nafai bajó los ojos y vio que Truzhya le había servido un plato abundante.

—Gracias —dijo.

—Darte comida a ti es como dejarla en la tumba de los antepasados —dijo Truzhya.

—Ellos no dan las gracias —replicó Nafai.

—Vaya, Nafai ha dicho «gracias» —rezongó ella.

—¿Pues qué debería decir?

—Come y calla —dijo Issib.

—Quiero saber por qué está mal que te dé las gracias.

—Ella bromeaba contigo. Estaba jugando. No tienes sentido del humor, Nyef.

Nafai mordió un bocado y masticó con furia. Conque ella bromeaba. ¿Cómo iba él a saberlo?

El portón se abrió. Un susurro de sandalias y luego una puerta que se abría y cerraba. Era Padre, el único de la familia que podía llegar a su habitación sin pasar frente a la puerta de la cocina. Nafai quiso levantarse para ir a verlo.

—Primero termina la cena —dijo Issib.

—El no dijo que fuera una emergencia —observó Truzhnisha.

—Tampoco dijo que no lo fuera —respondió Nafai. Y se marchó de la habitación.

—Dile que iré en seguida —dijo Issib a sus espaldas.

Nafai salió al patio, pasó frente al portón y entró en la sala pública de Padre. No estaba allí, sino en la biblioteca, leyendo en el ordenador un libro que Nafai reconoció al instante como el Testamento del Alma Suprema, quizá la más antigua de las escrituras sagradas, de una época tan remota que, según las leyendas, la religión de hombres y mujeres era la misma.

—Ella acude en las sombras del sueño —dijo Nafai, leyendo la primera línea de la pantalla.

—Ella susurra cuando teme tu corazón —le respondió Padre.

—En la brillante conciencia de tus ojos y en el oscuro sopor de tu ignorancia, allí está su sabiduría —continuó Nafai.

—Sólo en su silencio hay soledad. Sólo en su silencio hay angustia. Sólo en su silencio hay desesperación. —Padre suspiró—. Todo está aquí, ¿verdad, Nafai?

—El Alma Suprema no es hombre ni mujer —dijo Nafai.

—Oh, vaya, ahora resulta que tú sabes perfectamente qué es el Alma Suprema.

Padre hablaba con voz tan fatigada que Nafai decidió no discutir sobre teología esa noche.

—Querías verme.

—A ti y a Issib.

—Vendrá enseguida.

Como si le hubiera oído, Issib traspuso la puerta, comiendo todavía pan de queso.

—Gracias por traer las migajas hasta mi biblioteca —dijo Padre.

—Perdón —se disculpó Issib. Invirtió el rumbo y enfiló hacia la puerta.

—Vuelve —ordenó Padre—. No me molestan las migajas. Issib regresó.

—Hablan de vosotros en toda Basílica. Nafai e Issib se miraron.

—Sólo estuvimos investigando en la biblioteca.

—Las mujeres sostienen que Alma Suprema sólo os habla a vosotros.

—Pues no recibimos mensajes muy claros —suspiró profundamente Nafai.

—La hemos monopolizado al estimular sus reflejos de rechazo —explicó Issib.

—Mmm —dijo Padre.

—Pero hemos decidido interrumpir —añadió Issib—. Por eso hemos venido a casa.

—No queríamos estorbar —dijo Nafai.

—Pero Nafai oró cuando regresábamos —dijo Issib—. Todo un espectáculo. Padre suspiró.

—Oh, Nafai, si algo has aprendido de mí, ¿no pudiste aprender que lacerarte y derramar sangre nada tiene que ver con las plegarias para el Alma Suprema?

—Qué bien —protestó Nafai—. Y quien me dice esto es el hombre que regresa a casa con su visión de la columna de fuego. Pensé que habías cambiado de parecer.

—Recibí mi visión sin desangrarme —alegó Padre—. Pero no importa. Esperaba que ambos hubierais recibido del Alma Suprema algo que me ayudara.

Nafai sacudió la cabeza.

—No —respondió Issib—. El Alma Suprema sólo nos obsequió ese sopor del pensamiento. Trataba de impedir que pensáramos cosas prohibidas.

—Pues entonces todo ha terminado —dijo Padre—. Estoy solo.

—¿Solo con qué? —preguntó Issib.

—Hoy Gaballufix me envió un mensaje a través de Elemak. Parece que Gaballufix está tan descontento como yo con la situación de Basílica. Si hubiera sabido que el asunto de los carros de guerra causaría tantas controversias no lo habría iniciado. Me pidió que organizara una reunión entre él y Roptat. Sólo busca un modo de retractarse sin quedar en ridículo... sólo necesita que Roptat también se retracte, para que no establezcamos alianzas con nadie.

—¿Y has organizado una reunión con Roptat?

—Sí. Al alba, en el cobertizo de las plantas polares, al este de la Puerta del Mercado.

—Por lo visto —dijo Nafai—, Gaballufix ha adoptado las ideas del Partido de la Ciudad.

—Eso parece.

—Pero tú no lo crees —dijo Issib.

—No lo sé. Su posición es la única razonable e inteligente. ¿Pero desde cuándo Gaballufix es razonable e inteligente? Lo conozco desde hace muchos años, e incluso cuando era joven, antes de obtener el liderazgo del clan con sus tejemanejes, nunca hizo nada que no estuviera

destinado a ganar predominio sobre otros. Hay dos modos de lograrlo: o asciendes o derribas a tus rivales. En todos estos años he visto que Gaballufix tiene una marcada preferencia por lo segundo.

—Así pues, tú crees que te está usando —dijo Nafai—. Para atacar a Roptat.

—Se las apañará para traicionar a Roptat y destruirlo. Y al final comprenderé que me usó para ayudarlo a conseguirlo. No sería la primera vez.

—Entonces, ¿por qué le ayudas?

—Porque hay una posibilidad, ¿verdad? Una posibilidad de que sea sincero. Si me niego a mediar entre ellos, las cosas empeoran aún más en Basílica, será culpa mía. Así que debo creer en su palabra, ¿o no?

—Sólo puedes hacer todo lo que puedas —observó Nafai, repitiendo una de las máximas favoritas de Padre.

—Mantén los ojos abiertos —aconsejó Issib, repitiendo otro epigrama de Padre.

—Sí, eso haré. Issib asintió.

—Padre —dijo Nafai—, ¿puedo ir contigo mañana? Padre negó con la cabeza.

—Quiero acompañarte. Quizá vea algo que tú pases por alto. Mientras hablas, yo observaré a los demás y veré sus reacciones. Podría ayudarte.

—No. No seré un mediador creíble si llevo compañía. Pero Nafai sabía que eso no era cierto.

—Creo que temes que ocurra algo desagradable y no quieres que esté allí.

Padre se encogió de hombros.

—Tengo mis temores. Por algo soy padre.

—Pero yo no tengo miedo, Padre.

—Entonces eres más tonto de lo que me temía. A la cama, los dos.

—Es muy temprano para eso —observó Issib.

—Pues no os acostéis.

Padre se volvió hacia la pantalla del ordenador. Era una clara señal de despedida, pero Nafai no podía evitar hacerle preguntas.

—Si el Alma Suprema no te habla directamente, Padre, ¿por qué esperas encontrar alguna ayuda en sus palabras antiguas y muertas?

Padre suspiró sin decir nada.

—Nafai —intervino Issib—, deja que Padre contemple en paz.

Nafai salió de la biblioteca tras Issib.

—¿Por qué nadie responde a mis preguntas?

—Porque nunca dejas de hacerlas, y sobre todo porque insistes en hacerlas cuando salta a la vista que nadie conoce las respuestas.

—¿Y cómo sé que no conocen las respuestas si no lo pregunto?

—Ve a tu habitación y fantasea con mujeres —dijo Issib—. ¿Por qué no actúas como un adolescente normal?

—Claro. Yo tengo que ser el normal de la familia.

—Alguien tiene que serlo.

—¿Por qué crees que Meb fue al templo?

—A rezar para que te salgan hemorroides cada vez que hagas una pregunta.

—No, tú fuiste al templo para eso. ¿Te imaginas a Meb rezando?

—¿Y lastimándose ese hermoso cuerpo? —rió Issib.

Estaban en el patio, frente a la habitación de Issib. Oyeron pasos y se volvieron. Mebbekew estaba frente a la puerta de la cocina. La estancia estaba a oscuras y ambos habían pensado que Truzhnisha se había ido y no había nadie dentro. Meb debía de haber oído la conversación.

Nafai no supo qué decir. Pero eso no significaba que fuera a contener la lengua.

—Parece que no te has quedado mucho tiempo en el templo, ¿verdad, Meb?

—No, pero recé, por si querías saberlo. Nafai sintió vergüenza.

—Lo siento.

Issib no lo lamentaba.

—Oh, vamos. Muéstrame una costra, entonces.

—Antes tengo una pregunta para ti, Issya.

—Claro.

—¿Tienes un flotador atado a la polla para levantarla cuando orinas? ¿O sólo goteas como una mujer?

Estaba oscuro y Nafai no pudo ver si Issib se ruborizaba. Pero Issib guardó silencio y se

marchó a su habitación.

—Bravo —dijo Nafai—. Burlarse de un inválido.

—Me ha llamado mentiroso —dijo Meb—. ¿Querías que le diera un beso?

—Sólo era una broma.

—Pues no me hizo ninguna gracia. —Mebbekew regresó a la cocina.

Nafai fue a su habitación, pero no tenía ganas de acostarse. Se sentía pegajoso, aunque la noche era fresca. Le ardía la piel, por el residuo de sangre y desinfectante de la fuente del templo. No le agradaba la idea de lavarse las heridas, pero esa viscosa irritación resultaría intolerable, así que se desnudó y fue a la ducha. Esta vez se enjuagó primero, aterido de frío a pesar de que el agua se había calentado durante el día. Y era muy doloroso enjabonarse, quizá peor que infligirse las heridas, aunque sabía que esto podía ser subjetivo. El dolor del momento es siempre el peor, sentenciaba Padre.

Mientras se enjabonaba en el oscuro silencio vio llegar a Elemak. Fue directamente a los aposentos de Padre y salió poco después para cerrar el portón con llave. Y no sólo el portón externo, sino el de dentro. Esto no era habitual. Nafai no recordaba la última vez en que había visto el portón de dentro cerrado con llave. Una vez había sido por una tormenta. Otra vez estaban adiestrando un perro y lo guardaban de noche entre ambas puertas. Pero ahora no había tormenta ni perro.

Elemak fue a su habitación. Nafai tiró del cordel y se bañó nuevamente con agua helada, frotándose las heridas para sacar el jabón antes de que cesara el agua. ¡Al cuerno con Padre y su absurda insistencia en curtir a los hijos y transformarlos en hombres! ¡Sólo los pobres tenían que bañarse en una cascada de agua fría!

Esta vez tuvo que enjabonarse dos veces, con una larga espera en la brisa helada mientras se llenaba el tanque de la ducha. Cuando regresó a la habitación, Nafai tiritaba de frío y le castañeteaban los dientes. No logró calentarse ni siquiera cuando estuvo seco y vestido. Pensó en cerrar la puerta de la habitación, lo cual hubiera activado el sistema de calefacción, pero él y sus hermanos siempre competían para ver quién era el último en cerrar la puerta en invierno, y esa noche no quería perder la batalla, confesando que una pequeña plegaria lo había debilitado tanto. Sacó toda la ropa del baúl y se la apiló encima.

No había una posición cómoda para dormir, pero yacer de costado era lo menos doloroso. La furia, el dolor y la preocupación le dificultaron el sueño; tenía la sensación de que no podría dormir mientras escuchaba los ruidos de los otros que se disponían a acostarse, y luego el incesante silencio del patio. En ocasiones oía el canto de un pájaro, o un perro salvaje en las cocinas, o el resoplido de los caballos del establo o los animales de carga de la cuadra.

Luego debió de dormirse, pues de lo contrario no habría podido despertar con un súbito sobresalto. ¿Lo despertó un ruido? ¿O un sueño? ¿Y con qué soñaba? Algo oscuro y temible. Estaba temblando, pero no hacía frío. Incluso sudaba bajo el montón de ropa.

Se levantó y guardó la ropa en el baúl. Trató de no hacer ruido al abrirlo y cerrarlo, pues no quería despertar a nadie. Cada movimiento era desgarrador. Debía de tener fiebre, a juzgar por los músculos tensos y la ropa caliente. Pero tenía la mente despejada, los sentidos alerta. En cualquier caso era una fiebre extraña, pues nunca se había sentido tan lúcido y vital. A pesar —o a causa— del dolor tenía la sensación de que podría oír el correteo de un ratón en una viga del establo.

Salió al patio y se quedó allí en silencio. La luna aún no había despuntado, pero la clara noche estaba cuajada de abundantes estrellas. El portón aún estaba cerrado con llave. ¿Pero por qué le llamaba la atención? ¿De qué tenía miedo? ¿Qué había visto en el sueño?

Meb y Elya tenían la puerta cerrada. Qué absurdo, aquí estoy yo, lastimado y dolorido, y dejo la puerta abierta, mientras que ellos dos cierran la puerta como unos chiquillos.

O quizá sólo los chiquillos se preocupan por estas tontas competencias de virilidad.

Fuera hacía más frío que nunca y la sensación febril que lo había instado a levantarse se había aplacado. Pero aún titubeaba en regresar a su habitación. Al fin comprendió que, aunque varias veces había decidido regresar, en cada ocasión su mente había divagado disuadiéndolo de dar un paso.

El Alma Suprema, pensó. El Alma Suprema quiere que esté levantado. Quizá desea que haga algo. ¿Pero qué?

A estas alturas del mes, faltaban tres horas para el alba si la luna aún no había despuntado. Dos horas, pues, para que Padre se levantara y acudiera a su cita en el cobertizo donde cultivaban las plantas del helado norte.

¿Por qué debía celebrarse allí la reunión?

Nafai experimentó el inexplicable deseo de salir y mirar hacia el noreste, más allá del Valle

del Tsvet, hacia las altas colinas del otro lado, donde la Puerta de la Música indicaba el linde sureste de Basílica. Era una tontería y el chirrido de los portones podría despertar a alguien. Pero Nafai sabía que el Alma Suprema estaba presente, tratando de impedir que regresara a la cama. Tal vez el impulso de salir también proviniera del Alma Suprema. Nafai había rezado, así que ésta podía ser una respuesta. ¿No era posible que su deseo de salir fuera similar al impulso que había sentido Padre, el que lo había alejado del Camino del Desierto y lo condujo al lugar donde tuvo la visión del fuego ?

¿No era posible que también Nafai estuviera a punto de recibir una visión del Alma Suprema?

Caminó quedamente hacia el portón, alzó el pesado aldabón. Ningún ruido; sus sentidos y reflejos estaban tan alerta que podía moverse en absoluto silencio. El portón crujió ligeramente, pero no era preciso abrirlo de par en par para salir.

El portón de fuera se usaba con mayor frecuencia y estaba mejor cuidado, así que se abrió sin un chirrido. Nafai salió cuando la luna trazaba un arco sobre la cima de las montañas Seggidugu hacia el este. Rodeó la casa y distinguió el cobertizo, pero antes de ir allí oyó un ruido procedente del cuarto de los viajeros.

Como era costumbre en todas las fincas de aquella parte del mundo, cada casa tenía una habitación cuya puerta se abría desde fuera y nunca se cerraba con llave, un sitio acogedor donde un viajero podía refugiarse de las inclemencias y recobrase de la fatiga. Padre tomaba su obligación de hospitalidad ante los forasteros con más seriedad que la mayoría y no sólo brindaba una habitación, sino también una cama y sábanas limpias, y un gabinete provisto con alimentos. Nafai ignoraba quién era el sirviente responsable de la habitación, pero sabía que se usaba con frecuencia y se reabastecía a menudo. No le sorprendió que estuviera ocupada.

Aun así, supo que debía detenerse en la puerta y echar una ojeada.

La rendija de la puerta arrojó una luz tenue en el cuarto.

Nafai la abrió un poco más, y la luz se derramó en la cama. Nafai enfrentó los anchos ojos de Luet.

—Tú —susurró.

—Tú —respondió ella con alivio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Nafai—. ¿Quién está contigo?

—Estoy sola. No sabía adonde había venido. Nunca he salido de la ciudad.

—¿Cuándo llegaste?

—Acabo de venir. El Alma Suprema me guió. Naturalmente.

—¿Con qué propósito?

—No sé. Para contar mi sueño, creo. Me despertó.

Nafai pensó en su propio sueño, pero no podía recordarlo.

—Me alegró mucho de que el Alma Suprema hablara de nuevo. Pero el sueño fue espantoso.

—¿Qué era?

—¿Eres tú a quien debo contárselo?

—¿Cómo he de saberlo? Pero estoy aquí.

—¿El Alma Suprema te trajo aquí?

Nafai no pudo eludir esa pregunta tan directa.

—Sí, eso creo. Ella asintió.

—Entonces te lo contaré. En realidad tiene sentido que sea tu familia. Porque hay mucha gente que odia a tu padre por su visión y por haber tenido el valor de proclamarla.

—Sí —admitió Nafai. Y luego sugirió—: El sueño.

—Vi a un hombre solo caminando en línea recta. Caminaba en la nieve. Sólo que yo sabía que era esta noche, aunque no hay un solo copo de nieve. ¿Entiendes que puedo saber algo, aunque sea diferente de lo que el sueño me muestra?

Recordando la conversación que habían entablado una semana atrás en el pórtico, Nafai asintió.

—Así que había nieve, pero era esta noche. Había despuntado la luna. Supe que se acercaba el alba. Y mientras el hombre caminaba, dos hombres encapuchados le salían al paso empuñando espadas energéticas. Él parecía reconocerlos a pesar de las capuchas. Entonces decía: «Aquí tenéis mi garganta.

No voy armado. Pudisteis haberme matado en cualquier momento, aunque yo sabía que erais mis enemigos. ¿Para qué necesitabais hacerme confiar en vosotros? ¿Temíais que la muerte me molestara menos si no me sentía traicionado?»

Nafai ya había hecho la asociación entre el sueño y la reunión que Padre debía celebrar al

cabo de pocas horas.

—Gaballufix —murmuró. Luet asintió.

—Sí, ahora lo entiendo... pero no lo entendí hasta comprender que esta casa era de tu padre.

—No... Gaballufix organizó una reunión con Padre y Roptat esta mañana, en el cobertizo refrigerado.

—La nieve.

—Sí. Siempre hay escarcha en los rincones.

—Y Roptat —susurró Luet—. Eso explica la próxima parte del sueño.

—Cuéntame.

—Un hombre encapuchado descubría el rostro del compañero. Por un instante me pareció que sonreía, pero luego mi visión se aclaró y comprendí que la sonrisa no estaba en el rostro. Era su garganta, cortada hasta la nuca. Su cabeza caía hacia atrás y la herida de la garganta se abría por completo, como si fuera una boca tratando de gritar. Y el hombre, el que era yo en el sueño...

—Entiendo. Padre.

—Sí. Pero yo no sabía.

—De acuerdo —dijo Nafai con impaciencia, urgiéndola a continuar.

—Tu padre, si era tu padre, dijo: «Supongo que dirás que yo le maté.» Y el encapuchado respondía: «Y en verdad lo hiciste, querido pariente.»

—Gaballufix diría eso. Conque Roptat también está condenado a morir.

—Aún no he concluido —lo interrumpió Luet—. Mejor dicho, el sueño no había concluido. Porque el hombre, tu padre, dijo: «¿Y a quién se culpará de mi muerte?» Y el encapuchado replicó: «Desde luego, no a mí. Yo jamás alzaría la mano contra ti, pues te amo entrañablemente. Simplemente hallaré tu cuerpo aquí y a tus desalmados asesinos junto al cadáver.» Se echaba a reír y desaparecía en las sombras.

—Conque él no matará a Padre.

—No. Tu padre se giraba y veía a otros dos encapuchados a sus espaldas. Y aunque ellos no hablaban ni se descubrían, él los reconocía. Sentí una agobiante tristeza. «No podías esperar», le decía a uno. «Y tú no podías perdonarme», le decía al otro. Y ambos lo atacaban con sus espadas y lo mataban.

—No, por el Alma Suprema —dijo Nafai—. Ellos no lo harían.

—¿Quiénes? ¿Lo sabes?

—No cuentes a nadie la última parte del sueño. Júralo con toda solemnidad.

—No haré tal cosa.

—Mis hermanos están en casa, no al acecho de Padre.

—¿Ellos son los encapuchados, pues? ¿Tus hermanos?

—¡No! Jamás. Ella asintió.

—No te ofreceré ningún juramento, sólo mi promesa. Si tu padre se salva de la muerte gracias a mi presencia en esta casa, entonces no contaré a nadie esta parte del sueño.

—Ni siquiera a Hushidh.

—Pero te haré otra promesa. Si tu padre muere, sabré que no le avisaste y que tú te contabas entre los encapuchados del sueño, porque conocer la confabulación y negarse a advertirle es como empuñar la espada energética con tus propias manos.

—¿Crees que no lo sé? —dijo Nafai. Por un instante le enfureció que ella procurase explicarle la ética de la situación. Pero pronto abandonó este pensamiento, pues la advertencia de Luet aclaraba otros sucesos de ese día—. Por eso Meb fue a orar, y por eso Elya echó llave al portón de dentro. Sabían o sospechaban algo, y tenían miedo de decirlo. Eso significaba el sueño... no que alzarían la mano contra Padre, sino que estaban enterados y tenían miedo de advertirle.

Ella asintió.

—A menudo acontece así en los sueños. Eso sería un significado verdadero, y no se me vacía la cabeza cuando concibo este pensamiento.

—Quizás hasta el Alma Suprema lo ignore.

Ella le palmeó la mano, haciéndolo sentir como un chiquillo, aunque ella era menor y más menuda que él. Nafai lo tomó a mal.

—El Alma Suprema lo sabe —dijo ella.

—No lo sabe todo.

—Todo lo que se puede saber —replicó Luet. Caminó hacia la puerta de la habitación—. No digas a nadie que he venido aquí.

—Excepto a Padre.
—¿No puedes decir que fue un sueño tuyo?
—¿Por qué? Él creería en tu sueño, no en el mío.
—Subestimas a tu padre. Y también al Alma Suprema, creo. Y a ti mismo. —Enfiló hacia el patio del frente de la casa, bañado por la luna. Iba a doblar a la derecha para encaminarse al Camino del Risco.
—No —susurró Nafai, cogiéndole el menudo brazo, reparando en la fragilidad de aquella niña de huesos pequeños—. No pases frente al portón.
Ella lo miró inquisitivamente, la luna reflejada en los ojos.
—Tal vez desperté a alguien cuando lo abrí —explicó Nafai.
Ella asintió.
—Rodearé la casa por el otro lado.
—Luet.
—¿Sí?
—¿Estarás a salvo al regresar?
—La luna ha despuntado. Y el guardia de la Puerta del Embudo no me causará problemas. El Alma Suprema le hizo dormir cuando pasé antes.
—Luet —repitió Nafai.
Ella se detuvo una vez más, aguardando sus palabras.
—Gracias —dijo Nafai. Las palabras no eran nada en comparación con lo que sentía en el corazón. Luet había salvado la vida de su padre y había demostrado gran valor al recorrer un camino que desconocía a la luz de las estrellas, guiada sólo por un sueño.
Luet se encogió de hombros.
—El Alma Suprema me envió. Dale las gracias a ella.
Y se marchó.
Nafai regresó al portón y esta vez hizo ruido adrede al entrar y asegurarlo. Si uno de sus hermanos estaba escuchando u observando, no quería que su regreso lo sorprendiera. Que oiga y vuelva a su habitación antes de que yo atravesara el portón de dentro.
Como había esperado, el patio estaba vacío. Fue a la habitación de Padre, atravesando la sala pública y la biblioteca para llegar a la alcoba donde dormía a solas. Estaba tendido en el suelo, sin estera, la barba blanca derramada sobre la piedra. Nafai titubeó un instante, imaginando la garganta cortada y la barba manchada de rojo por el borbotón de sangre.
Entonces reparó que los ojos de Padre brillaban. Estaba despierto.
—¿Eres tú quien lo hará? —susurró Padre...
—¿A qué te refieres?
Padre se incorporó fatigosamente.
—He tenido un sueño. No fue nada... sólo mi temor.
—Alguien más tuvo un sueño esta noche. Acabo de hablar con ella en el cuarto de los viajeros. Pero será mejor que no cuentes a nadie que estuvo aquí.
—¿Quién?
—Luet. Y el sueño era para prevenirte sobre esa reunión. La muerte te acecha si vas.
Padre se levantó y encendió la luz. Nafai parpadeó, deslumbrado.
—Entonces lo mío no fue sólo un sueño.
—Empiezo a creer que no hay sueños vanos. Yo también soñé, me desperté, y el Alma Suprema me guió afuera para hablar con Luet.
—La muerte me acecha. Puedo adivinar el resto. Gaballufix también asesinará a Roptat y presentará las cosas como si uno de nosotros hubiera matado al otro y otra persona hubiera matado al asesino, y sólo entonces llegará Gaballufix, probablemente con varios testigos creíbles que podrán jurar que los asesinatos ocurrieron antes de la llegada de Gabya. Declararán que quedó atónito ante la sangrienta escena. ¿Por qué no me di cuenta? ¿De qué otro modo hubiera logrado que Roptat y yo estuviéramos en el mismo sitio al mismo tiempo, sin simpatizantes ni testigos?
—Entonces no irás.
—Sí —resolvió Padre—. Iré, sí.
—¡No!
—Pero no al cobertizo refrigerado. Porque mi sueño me mostró algo más.
—¿Qué?
—Tiendas. Mis tiendas, montadas bajo el sol del desierto. Si nos quedamos, Gaballufix lo intentará de nuevo de otra forma. Y hay otras razones para marcharse. Debo sacar a mis hijos de esta ciudad antes de que él los destruya.

Nafai supo que el sueño de Padre debía de haber sido espantoso. ¿Le mostraba que uno de sus hijos lo mataría? Eso explicaría las primeras palabras de Padre: *¿Eres tú quien lo hará?*

—Así, ¿iremos al desierto?

—Sí —respondió Padre.

—¿Cuándo?

—Ahora, por supuesto.

—¿Ahora? ¿Hoy?

—Ahora, esta noche. Antes del alba, para cruzar el risco antes de que sus hombres nos vean.

—¿Pero no pasaremos junto a la finca de Gaballufix, allá donde el Sendero Sinuoso cruza el Camino del Desierto?

—Hay otro camino. No es lo mejor para los camellos, pero no queda más remedio. Nos dejará en el Camino del Desierto mucho más allá de la casa de Gabya. Ahora ven, ayúdame a despertar a tus hermanos.

—No —dijo Nafai.

Padre se volvió tan desconcertado que vaciló en enfadarse ante la desobediencia.

—Luet pidió que no contáramos a nadie que fue ella. Y tenía razón. Y tampoco deben saber nada acerca de mí. Debe ser tu sueño.

—¿Por qué? —preguntó Padre—. Que tres personas en una noche tengan contacto con el Alma Suprema...

—Porque si es tu sueño se preguntarán cuánto sabes, qué viste. Pero si hay otros, pensarán que te estamos engañando y manipulando. Discutirán. Se opondrán. Y tienes que llevártelos contigo, Padre.

Padre asintió.

—Eres muy perspicaz para ser un niño de catorce años.

Pero Nafai sabía que no era perspicaz. Sólo tenía la ventaja de conocer el resto del sueño de Luet. Si Meb y Elya se quedaban, serían totalmente absorbidos por las maquinaciones de Gaballufix. Perderían la poca decencia que les quedaba. Y debían de tener algo de bondad. Tal vez incluso planeaban prevenir a Padre. Tal vez por eso Elya había cerrado el portón de dentro, para que el ruido lo despertara cuando saliera Padre, y así podría avisarle de que no fuera.

O quizá sólo quería seguir a Padre para estar cerca cuando él descubriera el cadáver de Roptat en el cobertizo.

¡No!, exclamó Nafai para sus adentros. No Elemak. Es monstruoso pensar que podría hacer semejante cosa. Mis hermanos no son asesinos.

—Ve a tu habitación —ordenó Padre—. O, mejor aún, al retrete. Y al salir ofrece un ejemplo de callada obediencia. No a mí, sino a Elya. El sabe prepararse para estos viajes.

—Sí, Padre.

Abandonó la alcoba, atravesó la biblioteca y la sala pública y salió al patio. Las puertas de Elemak y Mebbekew aún estaban cerradas. Nafai fue a la letrina, cuyas dos paredes la dejaban abierta al patio. Acababa de entrar cuando oyó que Padre golpeaba la puerta de Mebbekew.

—Despierta, pero en silencio —dijo Padre. Luego llamó a Elemak.

—Sal al patio.

Todos salieron, incluso Issib, aunque nadie lo había llamado.

—¿Dónde está Nyef? —preguntó Issib.

—En la letrina —dijo Padre.

—Qué bien —dijo Meb.

—Tú puedes esperar —replicó Padre.

Nafai salió del excusado, dejando que el inodoro se lavara automáticamente. Al menos Padre no los obligaba a vivir en un primitivismo total.

—Lo siento —se disculpó Nafai—. No quise haceros esperar.

Meb lo miró de mal talante, pero con ojos demasiado legañosos como para temer una pelea.

—Nos vamos al desierto —dijo Padre.

—¿Todos? —preguntó Issib.

—Lo siento, sí. Tú usarás la silla. Sé que no es igual que los flotadores, pero es algo.

—¿Por qué? —preguntó Elemak.

—El Alma Suprema me hizo una advertencia en sueños. Meb cloqueó desdeñosamente y regresó a su habitación.

—Será mejor que me escuches —advirtió Padre—, pues si te quedas aquí no será como

hijo mío.

Meb se detuvo donde estaba, dándole la espalda.

—Hay un complot para matarme. Esta mañana yo debía asistir a una reunión con Gaballufix y Roptat, y allí iba a morir.

—Gabya me dio su palabra —intervino Elemak—. Nadie va a salir herido.

Conque Elemak llamaba a Gaballufix por su diminutivo.

—El Alma Suprema conoce su corazón mejor que él mismo. Si voy, moriré. Y si no voy, será sólo cuestión de tiempo. Ahora que Gaballufix ha resuelto matarme, mi vida vale poco aquí. Me quedaría en la ciudad si supiera que mi muerte cumple algún propósito... no le temo. Pero el Alma Suprema me ha pedido que me fuera.

—En un sueño —objetó Elemak.

—No necesito un sueño para saber que Gaballufix es peligroso cuando está irritado, y tampoco tú. Cuando no me presente en el cobertizo esta mañana, quién sabe cómo reaccionará. Debo estar en el desierto cuando él lo descubra. Tomaremos la Senda de Hematites.

—Los camellos no podrán resistirlo —alegó Elemak.

—Podrán porque deben hacerlo —dijo Padre—. Llevaremos provisiones para un año.

—Esto es monstruoso —protestó Mebbekew—. No lo haré.

—¿Qué haremos al cabo de un año? —preguntó Elemak.

—El Alma Suprema me mostrará algo para entonces.

—Quizá las cosas ya se hayan calmado en Basílica —sugirió Issib.

—Si nos vamos, Gabya pensará que lo has traicionado, Padre —señaló Elemak.

—¿Ah, sí? Pues si me quedo, él me traicionará a mí.

—Según lo que dice un sueño.

—Según lo que dice mi sueño. Te necesito. Quédate si quieres, pero no como hijo mío.

—No me fue bien como hijo tuyo —observó Mebbekew.

—No —dijo Elemak—. Te fue bien fingiendo que no eras hijo suyo. Pero todos lo sabían.

—Vivía de mi talento.

—Vivías de la esperanza de la gente de la farándula, que aspiraba a que tu padre invirtiera en sus espectáculos... o tú, en el futuro, cuando heredaras.

Mebekew reaccionó como si lo abofetearan.

—¿Tú también, Elya?

—Hablaré contigo más tarde —dijo Elemak—. Si Padre dice que nos vamos, pues nos vamos... y no hay tiempo que perder. —Se volvió hacia Padre—. No porque hayas amenazado con desheredarme, anciano. Sino porque eres mi padre y no permitiré que vayas al desierto sin más ayuda que la de éstos.

—Yo te enseñé todo lo que sabes, Elya —dijo Padre.

—Cuando eras más joven. Y siempre tuvimos sirvientes. Supongo que los dejaremos a todos.

—Excepto a los criados de la casa. Mientras preparas los animales y las vituallas, Elya, daré instrucciones a Rashgallivak.

Durante la hora siguiente, Nafai trabajó con más prisa de la que habría creído posible. Todos tenían una tarea que cumplir, incluido Issib, y Nafai admiró nuevamente a Elemak por su destreza. Siempre sabía qué hacer y quién debía hacerlo, y cuánto tardaría; también sabía cómo lograr que Nafai se sintiera idiota por no aprender sus faenas con mayor celeridad, aunque él sabía que no lo hacía tan mal por ser la primera vez.

Al fin estuvieron preparados: una verdadera caravana del desierto, formada sólo por camellos, aunque eran los animales de carga más temperamentales y los más incómodos para montar. La silla de Issib iba amarrada al flanco de un camello, con sacos de agua en polvo al otro lado. El agua serviría luego para emergencias; Padre y Elemak conocían todos los pozos del primer tramo del viaje, y las lluvias otoñales del desierto les aumentarían la provisión. Pero en verano estaría más seco y sería demasiado tarde para regresar a Basílica en busca del precioso polvo. ¿Y si los perseguían obligándolos a internarse en parajes apartados del desierto? Entonces quizá necesitaran verter parte del polvo en una sartén, encenderlo y observar cómo la llama lo transformaba en agua al absorber el oxígeno del aire. Nafai la había probado una vez: era repelente, con ese sabor metálico que le daban los agentes químicos que permitían transformar el hidrógeno en polvo. Pero la beberían con gusto si alguna vez la necesitaban.

La silla de Issib sería la mayor incomodidad. Nafai sabía que Issya realizaría el mayor sacrificio, privado de sus flotadores y amarrado a la silla. Los flotadores le daban la sensación

de tener un cuerpo ágil y fuerte; en la silla sentía la presión de la gravedad y necesitaba todas sus fuerzas para operar los controles. Al cabo de un día en la silla Issya quedaba exhausto. ¿Cómo podría afrontarlo día tras día, semana tras semana, mes tras mes? Quizá se fortaleciera, quizá se debilitara, quizá muriera; quizás el Alma Suprema lo ayudara.

Quizá descendieran ángeles para llevarlos a la luna.

Aún faltaba una hora para el alba cuando se pusieron en marcha.

Habían actuado con tanto sigilo que no habían despertado a los criados. O quizá los hubieran despertado, pero como nadie les pidió ayuda y los empleados no querían ofrecerse para ninguna faena a esa hora de la noche, habían decidido seguir durmiendo.

La Senda de Hematites era muy traicionera, pero el claro de luna y las instrucciones de Elemak les permitieron cruzarla. Nafai sintió renovada admiración por su hermano mayor. ¿Nada era imposible para Elya? ¿Nafai llegaría a ser tan fuerte y competente?

Al fin cruzaron el Sendero Sinuoso en la cresta del risco más alto; abajo se extendía el desierto. Las primeras luces del alba ya despuntaban en el este, pero habían marchado a buena velocidad. Ahora seguirían cuesta abajo, todavía con dificultad, pero faltaba poco para la gran meseta del desierto occidental. No sería fácil seguirlos hasta allí, y menos para gente de la ciudad. Elemak repartió pulsadores entre todos y los hizo practicar, señalando piedras hacia las que disparaban ese haz de luz fulgurante. Issib era bastante torpe —no podía empuñar el pulsador con firmeza—, pero Nafai se enorgulleció al comprobar que tenía mejor puntería que Padre.

Claro que ignoraba si tendría agallas para matar a un salteador. Sin duda no sería necesario. Cumplían una misión del Alma Suprema, ¿verdad? El Alma Suprema alejaría a los salteadores. Y el Alma Suprema los guiaría hacia el agua y la comida cuando se les acabaran las provisiones.

Pero Nafai recordó que todo eso había comenzado porque el Alma Suprema no era tan competente como antes. ¿Cómo sabía si el Alma Suprema podía hacer esas cosas? ¿O si tenía un plan? Sí, había enviado a Luet a avisarles y había despertado a Nafai para que oyera la advertencia, y también había enviado un sueño a Padre. Pero eso no significaba que el Alma Suprema tuviera la intención de protegerlos o de conducirlos a alguna parte. ¿Quién sabía cuáles eran sus planes? Tal vez sólo necesitaba liberarse de Wetchik y su familia.

Con ese sombrío pensamiento, Nafai oteó el desierto, la pierna enganchada en el pomo de la silla de montar, en busca de salteadores, perseguidores, cosas extrañas, señales del Alma Suprema. La única música eran las quejas de Mebbekew, las órdenes de Elemak y el ruido blando que hacían los camellos al vaciar las tripas. La bestia de Nafai, sin más preocupación que fijarse dónde pisaba, continuó su marcha bamboleante hacia el calor del día.

MENTIRAS Y DISFRACES

A la luz del claro de luna Luet pudo regresar a la ciudad con menos dificultades de las que había tenido para ir a casa de Wetchik. Además, ahora conocía su destino; siempre es más fácil regresar a casa que encontrar un lugar extraño.

Extrañamente, sin embargo, no temió ningún peligro hasta que se encontró de regreso en la ciudad. El guardia de la Puerta del Embudo estaba lejos de su puesto. Quizá lo habían pillado durmiendo o quizás el Alma Suprema le había creado una súbita necesidad. Luet sonrió ante la idea de que el Alma Suprema se molestara en inducir a un hombre a descargar la vejiga para salvaguardar a su mensajera.

Pero dentro de la ciudad la Luna le ayudaba menos. Como aún no estaba en lo alto, proyectaba profundas sombras y las calles norte-sur aún estaban sumidas en una profunda negrura. Cualquiera podía merodear a esas horas. Los tolchocks circulaban a horas más tempranas, cuando aún circulaban muchas mujeres por las calles, pero a esa hora solitaria, poco antes del alba, podía haber personajes más peligrosos que los tolchocks.

—Qué bonita.

La voz la sobresaltó, pero era una mujer, una mujer de voz sedosa. Luet tardó un instante en localizarla en las sombras.

—No soy bonita —dijo—. En la oscuridad tus ojos te han engañado.

Tenía que ser una mujer sagrada para estar en la calle a esas horas. Cuando salió de la oscura esquina donde se había refugiado de la brisa nocturna, su piel mugrienta parecía más pálida que las sombras circundantes. Estaba desnuda de pies a cabeza. Al verla, Luet sintió el frío de la noche otoñal. Mientras caminaba, el ejercicio le calentaba el cuerpo. Ahora se preguntaba cómo podía vivir así esa mujer, sin obstáculos entre su piel y el aire cortante excepto la suciedad del cuerpo.

Madre era una agreste, pensó Luet. Nací de una mujer como ésta. Dormía en el desierto cuando me llevaba en el vientre, y tan desnuda como ella vino a la ciudad para ponerme en manos de Tía Rasa. Pero no es ésta. Mi madre, sea quien fuere, ya no es una mujer sagrada. Al año de mi nacimiento abandonó al Alma Suprema para seguir a un hombre, un granjero, y vivir una vida de subsistencia en el rocoso suelo del valle de Chalvasankhara. Eso, al menos, dijo Tía Rasa.

—Bellos son los ojos de la niña sagrada —salmodió la mujer— que ve en la oscuridad y arde con fuego radiante en la escarchada noche.

Luet permitió que la mujer le tocara el rostro, pero las frías manos comenzaron a tirarle de la ropa y Luet intentó protegerse.

—Por favor —dijo—, no soy sagrada y el Alma Suprema no me protege del frío.

—Ni de los ojos fisgones —dijo la mujer santa—. El Alma Suprema cala en tus honduras, y eres sagrada, claro que sí.

¿De quién eran los ojos fisgones? ¿Del Alma Suprema? ¿Los ojos de los hombres que medían a las mujeres como si fueran caballos? ¿Los ojos de los chismosos? ¿O los de aquella mujer? Y en cuanto a ser sagrada, Luet sabía que no era así. El Alma Suprema la había escogido, pero no por su virtud. En todo caso era un castigo, estar siempre rodeada de gentes que la veían como un oráculo y no como una niña. Hushidh, su hermana, le había dicho una vez: «Ojalá yo tuviera tu don; tu lo ves todo claro.» Yo no veo nada claro, quiso replicar Luet. El Alma Suprema no me confía secretos; sólo me usa para transmitir mensajes que ni siquiera entiendo. Y tampoco entiendo qué quiere esta mujer sagrada, ni por qué el Alma Suprema me la ha enviado, siempre que sea ella la mensajera.

—No temas llevarlo al lado del agua —dijo la mujer sagrada.

—¿A quién? —preguntó Luet.

—El Alma Suprema quiere que lo salves, sea cual fuere el peligro. No hay sacrilegio en obedecer al Alma Suprema.

—¿A quién? —insistió Luet. Esa confusión, el espanto de descifrar el acertijo de esas palabras o de sufrir una terrible pérdida... ¿Así se sentían los demás cuando les refería sus visiones?

—Crees que tú deberías recibir todas las visiones —dijo la mujer sagrada—. Pero algunas cosas son tan claras que ni tú misma las ves. ¿Eh?

Nada de eso, mujer sagrada. Nunca pedí visiones y a menudo deseo que las reciba otra gente. Pero si insistes en darme un mensaje, ten la amabilidad de hacerlo inteligible. Es lo que yo procuro hacer.

Luet trató de excluir el rencor de su voz, pero no pudo resistirse a exigir una respuesta clarificadora.

—¿De quién hablas?

La mujer le abofeteó la cara, arrancándole lágrimas de vergüenza y dolor.

—¿Qué he hecho?

—Te castigo ahora por la ofensa que cometerás —dijo la mujer sagrada—. Has pagado, y nadie puede exigir que pagues más.

Luet no se atrevió a formular más preguntas; la respuesta no le apetecía. Estudió a la mujer, tratando de encontrar comprensión en sus ojos. ¿O acaso sólo hallaría locura? ¿Tenía que ser la verdadera voz del Alma Suprema? Si era locura, todo sería más fácil.

La anciana extendió la mano hacia la mejilla de Luet, quien retrocedió. Pero esta vez la mujer la tocó con dulzura y le enjugó una lágrima.

—No tengas miedo de la sangre de sus manos. Como el agua de la visión, el Alma Suprema la recibirá como una plegaria.

La mujer santa de pronto puso cara de fatiga. La luz de sus ojos se apagó.

—Hace frío —dijo.

—Sí.

—Estoy demasiado vieja.

Ni siquiera tenía el cabello cano, pero Luet pensó: sí, eres muy vieja.

—Nada ha de durar —sugirió la mujer santa—. Sea dorado o plateado. Sea comprado o robado.

Era una rimadora. Muchos creían que cuando una mujer sagrada se ponía a rimar, significaba que el Alma Suprema hablaba por su boca. Pero no era así: las rimas eran una especie de música, la voz del trance que mantenía a algunas mujeres sagradas distanciadas de su vida sórdida y terrible. Sólo decían cosas coherentes cuando dejaban de rimar.

La mujer sagrada echó a andar como si se hubiera olvidado de Luet. Como no parecía recordar dónde estaba su refugio, Luet le cogió la mano y la condujo hasta allí, la ayudó a sentarse y acurrucarse contra la pared que la protegía del viento.

—Lejos del viento —susurró la mujer—. Los pecados lamento.

Luet la dejó allí y reanudó la marcha. La luna estaba más alta, pero la mejor luz no logró animarla. Aunque la mujer sagrada era inofensiva, había recordado a Luet cuántas personas podían ocultarse en las sombras y lo vulnerable que era ella. Se hablaba de hombres que trataban a las ciudadanas tal como la ley les permitía tratar a las mujeres sagradas. Pero eso no era lo peor.

Hay muerte en la ciudad, pensó Luet. Muerte, no santidad, y Gaballufix fue quien pensó primero en ello. De no haber sido por la visión y la advertencia que me comunicó el Alma Suprema, buenos hombres habrían perecido. Tiritó al recordar la garganta cortada de su visión.

Al fin llegó al punto donde el Camino Sagrado se ensanchaba para descender hacia el valle y se transformaba en un barranco con antiguos escalones tallados en la roca, que conducían directamente al lugar donde el lago humeaba con un color sulfuroso. Las que adoraban allí conservaban el olor durante días. Quizá fuera sagrado, pero Luet lo encontraba sumamente desagradable y nunca adoraba allí. Prefería el sitio donde las aguas calientes se mezclaban con las frías creando esa densa niebla, donde podía flotar dejándose acariciar por corrientes de temperaturas cambiantes. Allí su cuerpo bailaba en el agua sin voluntad propia y ella podía entregarse plenamente al Alma Suprema.

¿De quién hablaba la mujer sagrada? Un hombre con sangre en las manos, un hombre que ella podía llevar a las aguas. ¿Las aguas del lago?

No, imposible. Esa mujer sagrada estaba loca y decía frases descabelladas.

El único hombre con sangre en las manos en quien podía pensar era Gaballufix. ¿Cómo podía el Alma Suprema permitir que semejante hombre se aproximara al lago sagrado? ¿Llegaría el momento en que debería salvar la vida de Gaballufix? ¿Cómo era posible que semejante posibilidad concordara con los propósitos del Alma Suprema?

Giró a la izquierda en la Calle de la Torre, a la derecha en la Calle de la Lluvia, que la condujo hasta la casa de Rasa. De regreso, sana y salva. Desde luego. El Alma Suprema la había protegido. El mensaje que acababa de entregar no era el único propósito que el Alma Suprema le reservaba; Luet viviría para cumplir otras misiones. Era un gran alivio. Su propia madre le había dicho a Tía Rasa, el día en que la dejó en brazos de Rasa: «Esta vivirá sólo mientras sirva a la Madre de las Madres.» La Madre de las Madres la había preservado otra noche más.

Luet esperaba entrar en casa de Tía Rasa sin despertar a nadie, pero no había tenido en cuenta que el clima de temor que reinaba en la ciudad también había alterado las costumbres de la dama más renombrada de Basílica. La puerta delantera estaba cerrada con llave. Con esperanzas de pasar inadvertida, buscó una ventana por donde pudiera trepar. Sólo ahora comprendía que las ventanas de la calle apenas permitían el paso del aire y la luz: tajos verticales en la pared, con exquisitas tallas y esculturas, pero sin anchura suficiente para la cabeza y los hombros de una niña.

No es la primera vez que cunde el temor en Basílica, pensó. Esta casa está diseñada para evitar que alguien entre subrepticamente de noche. Protección contra los ladrones, sí, pero quizás esas ventanas estaban diseñadas para evitar que pretendientes rechazados y ex compañeros regresaran por la fuerza a una casa que habían terminado por considerar suya.

Las medidas que impedían el ingreso de un hombre también detenían a Luet, a pesar de su escasa talla. Sabía que no había modo de rodear los flancos de la casa, pues las estructuras vecinas se apoyaban contra las macizas paredes de piedra de la casa de Rasa.

¿Por qué no había pensado que entrar sería mucho más difícil que salir? Se había marchado después del anochecer, pero antes de que cesaran las actividades de la casa; Hushidh sabía que se iba y se encargaría de impedir que los demás descubrieran su ausencia. Pero ninguna de las dos había pensado en facilitar la entrada.

Tía Rasa nunca cerraba con llave la puerta principal. Y una vez que el Alma Suprema hizo dormir al guardia durante la salida y lo mantuvo alejado de la puerta a su regreso, Luet dio por sentado que el Alma Suprema le allanaba el camino.

Luet pensó en pasar la noche en el porche, pero hacía frío. Mientras caminaba había logrado entrar en calor, pero dormirse ahora sería peligroso. Las mujeres distinguidas de la ciudad no tenían ropa adecuada para dormir a la intemperie. Si imitaba a las mujeres sagradas caería enferma.

Sin embargo, quizás hubiera otro modo. ¿El pórtico de Tía Rasa, en el lado de la casa que daba al valle, no estaba totalmente abierto? Tal vez hubiera un modo de trepar desde el valle. La zona que estaba al este del pórtico de Rasa era el paraje más silvestre y desierto del Bancal. Ni siquiera formaba parte de un barrio, y aunque allí desembocaba la Calle Agría, no había camino; las mujeres nunca tomaban por allí para llegar al lago.

Pero debía ir por allí si deseaba regresar a casa de Tía Rasa.

El Alma Suprema la estaba guiando de nuevo. La guiaba, pero no le decía nada.

¿Por qué no?, preguntó Luet por milésima vez. ¿Por qué no puedes indicarme tu propósito? Si me hubieras dicho que me dirigía a la casa de Wetchik, no habría tenido tanto miedo. ¿Acaso mi temor y mi ignorancia te servían de algo? ¿Y ahora por qué me mandas a ese paraje silvestre al oriente de la casa de Tía Rasa? ¿Con qué fin? ¿Te complace jugar conmigo? ¿O soy demasiado tonta para entender tu propósito? Soy tu paloma mensajera: transmito tus recados pero no soy digna de entenderlos.

Pero a pesar de su resentimiento, a los pocos minutos abandonaba los últimos adoquines de la Calle Agría para internarse en la hierba y en los bosques sin senderos del Bancal.

El terreno era escabroso y las hendiduras de los matorrales parecían conducir hacia abajo, alejándola del pórtico de Rasa para conducirla hacia los peñascos que se erguían sobre la barranca del Camino Sagrado. Con razón ni siquiera las mujeres del Bancal construían allí. Pero Luet rehusó dejarse desorientar por los senderos fáciles, sabiendo que desaparecerían en cuanto empezara a seguirlos. Se abrió paso a través de los matorrales. Las espinas de zarosel la arañaban y le dejarían cardenales que arderían durante días incluso bajo una capa del bálsamo de Tía Rasa. Para colmo, estaba cansada, tenía frío y sueño, y a veces creía despertar de golpe aunque no se había dormido. Pero se había fijado un rumbo y pensaba seguirlo.

Llegó a un pequeño claro donde un brillante claro de luna se filtraba por la techumbre de hojas. Al cabo de un mes las hojas caerían y esas matas no parecerían tan amenazadoras. Pero ahora un retazo de luz era como un milagro, y Luet parpadeó.

En ese parpadeo, el claro cambió. Había una mujer allí.

—Tía Rasa —susurró Luet. ¿Cómo supo que debía venir aquí a buscarme? ¿El Alma Suprema ha vuelto a hablar con otros?

Pero no era Tía Rasa, sino Hushidh. ¿Cómo podía haber cometido semejante error?

No. No era un error. Pues Hushidh cambiaba de nuevo. Ahora era Eiadh, la bella muchacha de la clase de Hushidh, la muchacha de quien el pobre Nafai estaba enamorado. Y de nuevo se transformó, esta vez en la actriz Dol, quien había sido tan famosa en su juventud; era una sobrina de Tía Rasa y últimamente había herido muchos corazones, pero ahora tenía más de veinte años y los rasgos que en su infancia despertaban el afecto maternal de las mujeres y deslumbraban a los hombres no eran tan asombrosos en una mujer. Sin embargo, Luet hubiera dado la mitad de su vida si en la otra mitad hubiera podido tener la dulce y exquisita belleza de Dol.

¿Por qué el Alma Suprema me muestra a estas mujeres?

Dol se transformó en Shedemei, otra sobrina de Tía Rasa. Pero Shedy a era lo contrario de Dol y Eiadh. A los veintiséis años aún vivía en casa de Tía Rasa, ayudando a enseñar ciencias a los estudiantes mayores a medida que crecía su reputación de genetista. La mayoría de las noches dormía en su laboratorio, a muchas calles de distancia, y no en su habitación de la casa de Rasa, pero aún era una presencia vigorosa y serena allí. Shedemei carecía de belleza; no era tan fea como para sobresaltar a quien la mirase, pero su rostro resultaba menos atractivo cuanto más se lo estudiaba. Su mente, empero, era un imán atraído por la verdad; en cuanto la hallaba, se le adhería con fuerza. Entre las sobrinas de Rasa, era la que Luet más admiraba; pero Luet sabía que tenía tan pocas luces para emular a Shedemei como belleza para seguir la carrera de Dol. El Alma Suprema había escogido para sus visiones a alguien que no tenía otra utilidad en el mundo.

La mujer se esfumó. Luet quedó a solas en el claro y de nuevo tuvo la sensación de haber despertado.

¿Era sólo un sueño, como los que se tienen cuando ni siquiera sabemos que estamos dormidos?

Detrás del sitio donde se habían presentado las apariciones, una luz brillaba en la penumbra de la madrugada. Tenía que ser el pórtico de Tía Rasa. No podía haber otra luz en esa dirección. Quizá la visión hubiera sido acertada. Tía Rasa estaba despierta, esperándola.

Se internó en el matorral. Las ramillas la azotaban, las espinas le rasgaban las ropas y la piel, y el suelo irregular la confundía, haciéndole tropezar y caer. Pero esa luz la guiaba siempre, atrayéndola hasta que se perdió de vista cuando Luet quedó debajo del pórtico.

Formaba una abrupta pared vertical que se erguía desde la base hasta la balaustrada sin ningún peldaño. Y eran por lo menos cuatro metros de altura. Aunque Tía Rasa estuviera esperando, no había manera de subir sin llamar a la servidumbre. Y si iba a causar un alboroto en la casa, bien podía haber tirado del cordel de la campanilla en la puerta principal.

Tras dar tantas vueltas por el tosco terreno del bosque, Luet se había aproximado a la casa de Rasa desde el sur. Casi todo el frente del pórtico estaba oculto para ella. Era posible que la casa dispusiera de alguna comunicación entre el pórtico y el bosque. Sin duda las constructoras habían planeado algo más que una mera vista del Valle de la Grieta. Y aunque no hubiera un acceso concreto, tenía que haber un sitio por donde fuera posible escalar.

Tras rodear la curva superficie de piedra, Luet al fin halló lo que buscaba: un sitio donde el escabroso terreno se elevaba más en relación con el pórtico. Ahora la cima de la balaustrada estaba a un brazo de distancia. Y, al estirar las manos para tratar de aferrar una fisura, Luet vio el rostro de Tía Rasa, bienvenido como el amanecer, y sus brazos abiertos hacia ella.

Si Luet hubiera sido más corpulenta, Tía Rasa quizá no habría podido alzarla; pero si hubiera sido más corpulenta podría haber trepado sin ayuda.

Cuando al fin se sentó en el banco, acurrucándose contra Tía Rasa, a punto de llorar de alivio y agotamiento, Tía Rasa le hizo la pregunta obvia:

—¿Qué hacías ahí en vez de llamar a la puerta principal como cualquier estudiante que regresa fuera de hora? ¿Tanto temías una reprimenda que preferiste arriesgar el pellejo en el bosque?

Luet sacudió la *cabeza*..

—En el bosque tuve una visión. Pero quizá la hubiera visto de todos modos, así que haber elegido ese camino puede haber sido una tontería.

Al fin Luet contó a Tía Rasa lo que había ocurrido: la visión que había referido a Nafai, la advertencia sobre la conspiración para asesinar a Wetchik, las palabras de la mujer sagrada en la oscura calle y la visión de Rasa y sus sobrinas.

—No entiendo qué significa esa visión —dijo Rasa—. Si el Alma Suprema no te lo reveló a

ti, ¿cómo he de saberlo yo?

—No me interesa interpretarla. No quiero más visiones ni charlas sobre visiones. Tengo todo el cuerpo dolorido y quiero acostarme.

—Claro que sí, claro que sí. Puedes dormir y dejar que Wetchik y yo pensemos qué decisión debemos tomar ahora. A menos que él cometiera la tontería de pensar que el honor le exigía mantener esa traicionera cita en el cobertizo refrigerado.

Un pensamiento sobrecogió a Luet.

—¿Y si Nafai no le advirtió? Tía Rasa la miró severamente.

—¿Que Nafai no advirtiera a su padre de una conspiración contra su vida? Estás hablando de mi hijo.

¿Qué podía significar eso para Luet, que no conocía a su madre y cuyo padre podía ser cualquier hombre de la ciudad, siendo los más bestiales los candidatos más probables? Madre e hijo: era un vínculo que no revestía ninguna autoridad para ella. En un mundo de promesas incumplidas, cualquier cosa era posible.

No, era su fatiga la que la inducía a no fiarse de nadie. Estaba dudando del juicio de Tía Rasa, no sólo de la lealtad de Nafai. Obviamente su mente no funcionaba con claridad. Se dejó llevar escalera arriba hasta la habitación de Rasa, quien la acostó en el mullido lecho de la señora de la casa, donde Luet se durmió casi antes de comprender dónde estaba.

—Toda la noche fuera —espetó Hushidh.

Luet abrió un ojo. La luz que entraba por la ventana era muy brillante, pero el aire estaba fresco. Pleno día, y Luet acababa de despertar.

—Y ni siquiera tuviste el buen tino de entrar por la puerta principal.

—No siempre me dejo guiar por el buen tino.

—Ya me he dado cuenta —dijo Hushidh—. Debiste llevarme contigo.

—Dos personas siempre llaman más la atención que una sola.

—¡A la casa de Wetchik! ¿No pensaste que quizá yo conociera el camino?

—Ignoraba adonde iba.

—Sola de noche. Pudo haber ocurrido cualquier cosa. Y con ese tonto juramento me comprometiste a no decir nada a nadie. Tía Rasa casi me despelleja viva y me cuelga en el porche cuando comprendió que yo sabía adonde habías ido y no se lo había contado.

—No te enfades conmigo, Hushidh.

—La ciudad entera está conmocionada. Un súbito temor la apuñaló.

—No, Hushidh... no me digas que se ha cometido el asesinato a pesar de todo.

—¿Asesinato? En absoluto. Pero Wetchik y sus hijos han huido, y Gaballufix afirma que se debe a que él descubrió el complot de Wetchik para asesinarlo a él y a Roptat en una reunión secreta que Wetchik había organizado en su cobertizo, cerca de la Puerta de la Música.

—Eso no es verdad.

—Nunca pensé que lo fuera —dijo Hushidh—. Sólo te repito lo que dice la gente de Gaballufix. Sus soldados ocupan las calles.

—Estoy tan cansada, Hushidh, y no puedo hacer nada acerca de esto.

—Tía Rasa cree que puedes hacer algo. Por eso me envió a despertarte.

—¿Sí?

—Bien, ya la conoces. Me mandó dos veces «para ver si la pobre Luet aún está descansando como debe». La tercera vez comprendí que esperaba que yo te despertase pero no tenía corazón para ordenarme que lo hiciera.

—Qué considerada has sido al leer entre líneas, mi espléndida hermana mayor.

—Puedes dormir después, mi dulce hermana menor.

Luet tardó poco en lavarse y vestirse, pues como era pequeña Tía Rasa no la obligaba a arreglarse el cabello y la indumentaria para parecer grácil y esbelta antes de presentarse en público. Dada su corta edad, podía tener un aspecto desgarbado y desmañado, lo cual exigía menos esfuerzo. Cuando Luet bajó, Tía Rasa estaba en su salón con un hombre, un desconocido a quien presentó de inmediato.

—Él es Rashgallivak, querida Luet. Es fidelísimo y muy digno de confianza, o al menos eso dice mi amado compañero.

—He servido toda mi vida a la finca Wetchik —dijo Rashgallivak—, y así lo haré hasta que muera. Quizá yo no pertenezca a las grandes casas pero soy un auténtico Palwashantu.

Tía Rasa asintió. Luet se preguntó si debía escuchar a ese hombre con credulidad o ironía. Pero Rasa parecía confiar en él, así que Luet decidió imitarla.

—Entiendo que fuiste tú quien llevó la advertencia —dijo Rashgallivak. ¿Luet miró

sorprendida a Tía Rasa.

—Él ha jurado no revelarlo a nadie más —dijo Tía Rasa—4 No queremos implicarte en un intento de asesinato, querida. Pero Rash tenía que saberlo, para no creer que mi Wetchik había perdido el juicio. Wetchik le dejó órdenes detalladas para hacer algo totalmente descabellado.

—Cerrar todo —dijo Rashgallivak—. Despedir a todos los empleados que fuera posible, vender todos los animales de carga y liquidar las acciones. Sólo he de retener la tierra, los edificios y los activos líquidos, en cuentas intocables. Muy sospechoso, si mi señor es inocente. Eso dirían algunos. Eso dicen algunos.

—Hacía apenas media hora que se conocía la ausencia de Wetchik cuando Gaballufix fue a su casa, exigiendo, como jefe del clan Palwashantu, que se le entregaran todas las propiedades de la familia Wetchik. Tuvo el descaro de llamar a mi compañero por su nombre de natalicio, Volemak, como si hubiera renunciado a su derecho al título familiar.

—Si mi amo ha dejado Basílica para siempre —dijo Rashgallivak—, Gaballufix está en su derecho. La propiedad no se puede vender ni donar a nadie que no pertenezca al clan.

—Y yo trato de convencer a Rashgallivak de que fue tu advertencia de peligro inmediato lo que puso a Wetchik en fuga, no una confabulación para abandonar la ciudad y llevarse la fortuna familiar.

Luet comprendió cuál era su deber en esta conversación.

—Hablé con Nafai —le dijo a Rashgallivak—. Le advertí que Gaballufix se proponía matar a Wetchik y Roptat. Al menos eso sugería mi sueño.

Rashgallivak asintió lentamente.

—Claro que esto no bastará para presentar una acusación contra Gaballufix. En Basílica ni siquiera los hombres son juzgados por actos que planearon pero no llegaron a realizar. Pero bastará para convencerme de que debo impedir que Gaballufix se adueñe de la propiedad.

—Una vez fui su compañera —observó Rasa—. Conozco muy bien a Gabya. Sugiero que tomes medidas extraordinarias para proteger la fortuna... sobre todo los activos líquidos.

—Nadie los tendrá salvo el jefe de la casa de Wetchik —dijo Rashgallivak—. Señora, te doy las gracias. Y también a ti, niña sabia.

Se marchó sin decir otra palabra. Era muy distinto de los hombres atildados —artistas, científicos, gente del gobierno y las finanzas— que Luet había conocido en el salón de Tía Rasa. Esos hombres siempre se demoraban hasta que Tía Rasa los obligaba a partir fingiendo fatiga o aduciendo que tenía deberes urgentes en la escuela, como si su personal docente no fuera capaz de apañárselas sin una supervisión directa. Pero Rashgallivak, por su clase social, no podía aspirar razonablemente a ser compañero de una persona como Tía Rasa, ni de sus sobrinas.

—Lamento que no hayas podido dormir más —dijo Tía Rasa—, pero me alegro de que te despertaras en un momento tan oportuno.

Luet asintió.

—Anoche pasé tanto tiempo creyendo que caminaba en sueños que quizás esta mañana sólo necesitaba la mitad del reposo.

—Te enviaría a dormir de inmediato, pero antes debo hacerte una pregunta.

—A menos que sea algo que hemos estudiado recientemente en clase, no conocerá la respuesta, mi señora.

—No finjas que no sabes de qué hablo.

—No imagines que realmente comprendo al Alma Suprema.

Luet supo de inmediato que se había extralimitado. Tía Rasa enarcó las cejas y frunció la nariz, pero contuvo su enfado y habló con serenidad.

—A veces, querida mía, olvidas tu lugar. Finges que te comportas con modestia aunque el Alma Suprema te haya hecho vidente, pero me hablas con una impertinencia en la que no incurriría ninguna mujer de esta ciudad, joven o anciana. ¿En qué debo creer? ¿En tus humildes palabras o en tus soberbios modales?

Luet inclinó la cabeza.

—En mis palabras, señora. Mis modales trasuntan la brusquedad natural de una chiquilla. Tía Rasa se echó a reír.

—Esas palabras son las más difíciles de creer. Pues bien, te ahorraré mis preguntas. Ahora ve a acostarte, aunque esta vez en tu propia cama... Prometo que nadie te molestará.

Luet estaba en la puerta del salón cuando ésta se abrió y una joven irrumpió, obligándola a retroceder.

—¡Madre, esto es abominable!

—Sevet, me encanta que vengas al cabo de tantos meses... y sin el menor anuncio, ni

siquiera la cortesía de aguardar a que se te invite a entrar.

Sevet, la hija mayor de Tía Rasa, Luet la había visto una sola vez. Siguiendo la costumbre, Rasa no enseñaba a sus propias hijas, sino que había confiado su *crianza* a su querida amiga Dhelembuvex. Esta hija era compañera de un joven sabio de cierto renombre —¿Vas?—, pero eso no había entorpecido su carrera de cantante, con una creciente reputación por su singular estilo para las canciones pichalny, las melancólicas canciones de muerte y pérdida que constituían una antigua tradición en Basílica. Pero ahora no había en ella nada de pichalny. Estaba irritada y furiosa, al igual que su madre. Luet decidió marcharse antes de oír otra palabra, pero Tía Rasa no lo consintió.

—Quédate, Luet. Creo que será educativo para ti ver qué poco ha aprendido esta hija mía de su madre y su Tía Dhel. Sevet fulminó a Luet con la mirada.

—¿Qué es esto? ¿Ahora te dedicas a la beneficencia?

—Su madre era una mujer sagrada, Sevyá. Tal vez hayas oído hablar de Luet. Sevet se ruborizó.

—Te ruego que me perdones —dijo.

Luet no sabía cómo responder, pues a fin de cuentas la habían acogido allí por caridad y no debía mostrarse ofendida por la hiriente frase de Sevet.

Tía Rasa la salvó de tener que pensar una respuesta apropiada.

—Consideraré que el perdón se ha solicitado y concedido, y ahora podemos iniciar nuestra conversación en un tono más civilizado.

—Por supuesto —dijo Sevet—. Comprenderás que he venido aquí directamente de casa de Padre.

—Por tus modales bruscos y ofensivos, he llegado a sospechar que habías pasado por lo menos una hora con él.

—El pobre hombre está hecho una furia. ¿Y cómo podría ser de otro modo cuando su propia compañera difunde terribles mentiras sobre él?

—Pobre hombre. Me sorprende que esa nulidad que tiene por compañera haya tenido agallas para hablar contra él... y cerebro para inventar una mentira. ¿Qué está diciendo?

—Me refería a ti, Madre, no a su compañera actual. Nadie piensa en ella.

—Pero como cancelé el contrato de mi querido Gabya hace quince años, no creerá que yo tengo el deber de abstenerme de decir la verdad acerca de él.

—Madre, no seas imposible.

—Nunca soy imposible. A lo sumo me concedo el capricho de ser un poquitín improbable.

—Eres la madre de las dos hijas de Padre, y ambas somos famosas... las más famosas de tus vástagos, y por razones honorables, aunque es verdad que la carrera de la pequeña Koya está apenas en sus comienzos, y ni siquiera tiene su propio myachik...

—Ten la bondad de ahorrarme tus alusiones a tu rivalidad con tu hermana.

—Es sólo una rivalidad desde su punto de vista, Madre... a mí ni siquiera me importa que su carrera de cantante sea un poco más lenta. Siempre es más difícil adquirir notoriedad para una soprano lírica... Hay tantas que apenas puedes discernirlas, a menos que esa soprano sea tu amada y leal hermana.

—Sí, yo siempre te pongo ante mis niñas como ejemplo de lealtad.

Sevet sonrió un instante, pero comprendió que su madre se estaba burlando de ella y frunció el ceño.

—Eres muy desagradable conmigo.

—Si tu padre te ha enviado para hacerme retractar de mis comentarios acerca de los acontecimientos de esta mañana, puedes decirle que sé lo que estaba planeando gracias a una fuente incuestionable, y que si no deja de proclamar que Wetchik pretendía asesinarlo, presentaré mis pruebas ante el consejo para enviarlo al destierro.

—¡No puedo decirle semejante cosa a Padre!

—Pues no lo hagas. Que se entere cuando yo lo haga.

—¿Desterrarlo? ¿Desterrar a Padre?

—Si hubieras estudiado más historia (y pensándolo bien, dudo que Dhelya te haya enseñado mucha), sabrías que cuanto más poderoso y célebre es un hombre, más probabilidades tiene de ser desterrado de Basílica. Se ha hecho antes y se hará de nuevo. A fin de cuentas, es Gabya, no Wetchik ni Roptat, quien manda a sus soldados a patrullar las calles, fingiendo que nos protege de los matones que quizás él mismo ha contratado. La gente se alegrará de que se vaya... y eso significa que estará dispuesta a creer en cada prueba que yo presente.

Sevet adoptó una expresión grave.

—Padre puede ser irascible y un poco escurridizo en sus negocios, Madre, pero no es un homicida.

—Claro que no. Wetchik se marchó de Basílica y Gabya no se atrevería a matar a Roptat sin que Wetchik esté aquí para cargar con la culpa. Aunque sospecho que si Gabya hubiera sabido que Wetchik había huido, habría matado a Roptat al instante para usar la apresurada partida de Wetchik como prueba de que mi querido compañero era el asesino.

—Hablas de Padre como si fuera un monstruo. ¿Por qué lo aceptaste como compañero?

—Porque quería tener una hija con una extraordinaria voz para el canto y sin el menor discernimiento moral. Funcionó tan bien que renové el contrato por un segundo año y tuve otra. Y luego me di por satisfecha.

Sevet rió.

—Eres una tonta, Madre. Sí tengo discernimiento moral. Y no sólo moral. Me casé con Vasya, no con un actor de segunda.

—Deja de hacer insinuaciones sobre el compañero de tu hermana. El Obring de Kokor es un encanto, aunque no posea el menor talento ni la menor oportunidad de que Koya le dé un hijo, y mucho menos de que le renueve el contrato.

—Un *encanto*. Tendré que recordar qué significa esa palabra, ahora que la has dicho.

Sevet se levantó para marcharse. Luet le abrió la puerta, pero Tía Rasa detuvo a su hija.

—Querida Sevyá —llamó—. Quizá llegue un momento en que debas escoger entre tu padre y yo.

—Ambos me habéis obligado a ello al menos una vez al mes desde que era pequeña. Hasta ahora me las he arreglado para escabullirme de los dos, y me propongo continuar igual.

Rasa batió las palmas, un ruido brusco como el choque de dos piedras.

—Escúchame, hija. Sé por lo que has pasado y te he admirado por el modo en que actúaste al tiempo que te compadecía por el hecho de que fuera necesario. Lo que estoy diciendo es que pronto, muy pronto, quizá no sea posible escabullirse. Es hora de que examines a tus progenitores y decidas quién merece tu lealtad. No digo amor, porque sé que nos quieres a los dos. Digo lealtad.

—No deberías hablarme así, Madre. No soy tu alumna. Y aunque logres desterrar a Padre, eso no significa que deba escoger entre ambos.

—¿Y si tu padre enviara soldados a silenciarme? O tolchocks... lo cual es más probable. ¿Y si tu madre fuera degollada por un cuchillo que él contrató?

Sevet observó a su madre en silencio.

—Entonces tendría inspiración para una magnífica canción pichalny, ¿no crees?

—Creo que tu padre es enemigo del Alma Suprema, y también enemigo de Basílica. Reflexiona, mi Sevet de triste voz, reflexiona y medita, pues cuando llegue el día de escoger no habrá tiempo para pensar.

—Siempre te he respetado, Madre, porque nunca has intentado volverme contra mi padre, a pesar de las cosas péfidas que él dijo de ti. Lamento que hayas cambiado.

Con gran dignidad, Sevet se marchó de la habitación. Luet, aún desconcertada por esta conversación tan violenta por debajo de su apariencia elegante, vaciló en seguirla.

—Luet —susurró Tía Rasa.

Luet se volvió hacia esa gran mujer y tembló por dentro al verle las mejillas húmedas.

—Luet, debes decirme una cosa. ¿Qué nos está haciendo el Alma Suprema? ¿Qué planea el Alma Suprema?

—No lo sé. Ojalá lo supiera.

—Si lo supieras, ¿me lo dirías?

—Claro.

—¿Incluso si el Alma Suprema te lo prohibiera? Luet no había pensando en esta posibilidad. Tía Rasa tomó su titubeo por una respuesta.

—Bien —dijo—. Era lo que esperaba. El Alma Suprema no escoge servidores débiles ni desleales. Pero dime una cosa, si puedes: ¿es remotamente posible que no hubiera tal confabulación para matar a Wetchik? ¿Que el Alma Suprema hubiera enviado esa advertencia para obligarle a marcharse de Basílica? Piénsalo, Lutyá. ¿No es posible que el Alma Suprema sólo deseara librarse de Issib y Nafai? Tiene sentido, ¿verdad? Ellos estorbaban al Alma Suprema, manteniéndola tan atareada que sólo podía hablar con ellos. ¿No pudo enviarte esa visión para que abandonaran la ciudad, porque ellos la amenazaban?

Luet sintió el impulso de negarlo a gritos, de reprenderla por atreverse a decir cosas sacrílegas del Alma Suprema, como si ésta pudiera actuar en beneficio propio.

Pero recobrando la calma, recordó que Hushidh le había contado que Issib y Nafai podían

ser la causa del silencio del Alma Suprema. Y si el Alma Suprema pensaba que esos dos chicos atentaban contra su capacidad para guiar y proteger a sus hijas, ¿podía actuar para eliminarlos?

—No —respondió—. No lo creo.

—¿Estás segura?

—Nunca estoy segura de nada, excepto de la visión misma. Pero el Alma Suprema jamás me ha engañado. Todas mis visiones han sido verdaderas.

—Pero ésta aún sería un verdadero instrumento de la voluntad del Alma Suprema.

—No —repitió Luet—. No, imposible. Porque Nafai e Issib ya se habían detenido. Nafai fue a orar...

—Me lo han dicho. Pero también fue Mebbekew, el hijo que Wetchik tuvo con Kilvishevex, esa pelandusca...

—Y el Alma Suprema le habló a Nafai y lo despertó, y lo guió hasta el cuarto de los viajeros para que hablara conmigo. Si el Alma Suprema quería que Nafai la dejara en paz, se lo habría dicho, y él habría obedecido. No, Tía Rasa. Estoy segura de que el mensaje fue real.

Tía Rasa asintió.

—Lo sé. Lo sabía. Sólo que sería...

—Más simple.

—Sí. —Rasa sonrió con amargura—. Sería más simple que Gaballufix fuera tan inocente como pretende. Pero sería incongruente. ¿Sabes por qué renuncié a él?

—No —dijo Luet. Ni quería saberlo. Por tradición, una mujer nunca explicaba sus razones para anular un contrato, y era de pésima educación preguntar o siquiera especular acerca del tema.

—No debería contarlo, pero lo haré... porque tú debes saber la verdad para comprender todas las cosas.

Pero también soy una niña, pensó Luet. Nunca le contarías esto a otras niñas de trece años. Ni siquiera se lo contarías a tu hija. Pero yo soy vidente, y todo se me revela y se me prohíbe ser inocente de nada excepto la alegría.

—Renuncié a él porque supe que...

Luet se preparó para una sórdida revelación, pero no llegó.

—No, niña, no. El hecho de que el Alma Suprema te hable no significa que yo deba agobiarte con mis secretos. Ve a dormir. Olvida mis preguntas, si puedes. Conozco a mi Wetchik. Y también conozco a Gaballufix. A ambos, en lo más hondo de sus almas. Fue por mis hijas que quise encontrar algo tan imposible como la inocencia de Gabya. —Se echó a reír—. Soy como una niña, siempre deseo lo imposible. Como tu visión en el bosque, antes de que yo te subiera al pórtico. Viste a todas mis sobrinas brillantes, como una lista de honor.

¿Brillantes? Shedemei y Hushidh, sí. ¿Pero Dol y Eiadh, esas mujeres de maquillaje y lentejuelas?

—Me alegró saber que el Alma Suprema las conocía y las vinculaba conmigo y contigo en la visión que envié. ¿Pero dónde estaban mis hijas, Lutyá? Ojalá hubiera visto a mi Sevy y mi Koya. Ojalá. ¿Soy una tonta al pretenderlo?

Sí, pensó Luet.

—No.

—Mentirías mejor si practicas con más frecuencia —dijo Tía Rasa—. Ve a la cama, mi dulce vidente. Luet obedeció, pero durmió poco.

En los días siguientes la turbulencia en la ciudad aumentó tanto que resultó casi imposible continuar las clases en casa de Tía Rasa. No era sólo la preocupación constante, sino la desaparición de tantos rostros, sobre todo en las clases de los más pequeños. Muy pocos niños dejaron de asistir porque sus padres se opusieron a la posición política de Rasa. Los niños faltaban en todas las escuelas, nobles o plebeyas, y regresaban a sus familias; muchas familias habían cerrado sus hogares para recluírse en lugares desconocidos, tal vez esperando que pasara el peligro.

Luet envidiaba a Nafai e Issib, que se hallaban a salvo en una comarca distante y no debían convivir con el miedo constante en esta ciudad que los poetas habían llamado durante tanto tiempo Montaña de la Paz.

A medida que la petición de destierro para Gaballufix ganaba respaldo en el consejo, Gaballufix se volvió más osado en el uso de sus tropas. Había más soldados y ya no fingían proteger a la ciudadanía de los tolchocks. Acosaban a quien se les antojaba, enviando a mujeres y niños lagrimeando a casa, y aporreando a los hombres que se enfrentaban a ellos.

—¿Acaso es tonto? —le preguntó Hushidh a Luet un día—. ¿No sabe que cada acto de su soldadesca brinda a sus enemigos nuevos motivos para desterrarlo?

—Debe de saberlo, así que querrá que lo destierren.

—Pues que ese día llegue pronto, nos alegraremos de librarnos de él.

Luet aguardaba una visión del Alma Suprema, un mensaje de advertencia para presentar al consejo. Pero la única visión que obtuvo fueron palabras de consuelo para una anciana del distrito del Olivar, asegurándole que su hijo perdido aún vivía y regresaba en una nave que pronto tocaría puerto. Luet no sabía si alegrarse de que el Alma Suprema aún se tomara tiempo para responder a las fervientes plegarias de mujeres afligidas, o enfurecerse porque el Alma Suprema dedicara tiempo a esos asuntos en vez de impedir que la ciudad se desmoronara.

Al fin llegó el momento más temido. Sonó la campanilla y tronaron puñetazos contra la puerta. Cuando abrieron se enfrentaron a un grupo de soldados. La criada que atendió lanzó un grito y no sólo porque fueran hombres armados en tiempos turbulentos. Luet se encontró entre las primeras que acudió en auxilio de la aterrada criada y vio por qué se había asustado. Todos los soldados usaban uniformes idénticos, con idénticas armaduras y cascos y espadas energéticas, como cabía esperar, pero dentro de esos cascos todos también tenía un rostro idéntico.

Fue la sobrina mayor de Rasa, Shedemei la genetista, quien habló a los soldados.

—No tenéis nada qué hacer aquí. Nadie os quiere. Largo.

—No me iré sin ver a la señora de la casa —dijo el soldado que encabezaba la partida.

—Ya te he dicho que ella no quiere saber nada de ti. Pero Tía Rasa se aproximó y dijo con voz vibrante:

—Cerrad la puerta en las narices de estos facinerosos a sueldo.

El jefe de la partida se echó a reír y llevó la mano a la cintura. Al instante se transformó, y en vez de un soldado joven de rostro muerto apareció un hombre maduro de barba desgrefñada y ojos centelleantes, robusto pero no panzón. En vez de armadura vestía ropas elegantes. Un hombre de prestigio y poder que se divertía con la situación.

—Gabya —dijo Tía Rasa.

—¿Te gustan mis nuevos juguetes? —preguntó Gaballufix, quien entró en la casa. Mujeres y niños se apartaron para cederle el paso—. Un viejo dispositivo teatral que no se usa hace siglos, pero estaba en una burbuja de éxtasis en el museo y las máquinas fabricantes aún recordaban cómo copiarlos. Holotrajés, los llaman. Todos mis soldados los tienen ahora. Se hace un poco difícil diferenciarlos, pero tengo el interruptor maestro que me permite apagarlos cuando desee.

—Márchate —dijo Rasa.

—No quiero —replicó Gaballufix—. Deseo hablar contigo.

—Sin ellos, puedes hablar conmigo cuando gustes. Tú lo sabes, Gabya.

—Lo sabía antes. A decir verdad, oh la más noble de mis compañeras, mi inolvidable amante, sabía que mis soldados no te impresionarían... sólo quería mostrarte la última moda. Pronto los usará la flor y nata de la sociedad.

—Sólo en sus ataúdes.

—¿Quieres entablar esta conversación delante de los niños, o nos retiramos a tu sagrado pórtico?

—Que tus soldados aguarden detrás de la puerta. Cerraremos con llave.

—Lo que digas, oh madre de mi dueto de dulces aves canoras. Aunque la puerta, con todos sus cerrojos, no sería obstáculo si yo quisiera que entrasen.

—La gente que está segura de su poder no necesita jactarse —espetó Tía Rasa. Echó a andar por el corredor mientras Shedemei cerraba y atrancaba la puerta en las narices de los soldados.

Luet todavía oía la conversación entre Tía Rasa y Gaballufix, incluso cuando doblaron un recodo y se perdieron de vista.

—Yo no necesito jactarme —decía Gaballufix—. Lo hago por puro placer.

Pero Tía Rasa, en vez de responder, llamó:

—¡Luet! ¡Hushidh! Venid conmigo. Quiero testigos.

Luet obedeció de inmediato, seguida por Hushidh. Como buenas sobrinas de Tía Rasa, no echaron a correr, pero caminaron a tal velocidad que doblaron el recodo a tiempo para oír la susurrada réplica de Gaballufix:

—... que no me atemorizan tus brujitas.

Luet no dio a entender que lo había oído. Sabía que el rostro de Hushidh sería aun más

inexpresivo.

Una vez en el pórtico, Gaballufix no se molestó en fingir que respetaba el límite marcado por los biombos. Enfiló hacia la balaustrada para contemplar el paisaje que estaba prohibido a los ojos de los hombres. Tía Rasa no lo siguió, así que Luet y Hushidh también se quedaron detrás de los biombos. Al fin Gaballufix regresó donde ellas aguardaban.

—Siempre una bella vista —comentó.

—Tan sólo por ese acto podrías ser desterrado —dijo Tía Rasa.

Gaballufix se echó a reír.

—Vuestro lago sagrado. ¿Cuánto tiempo crees que permanecerá a salvo de las enlodadas botas de los hombres, si vienen los cabeza mojada? ¿Has pensado en ello? ¿Han pensado en ello Roptat y tu amado Volemak? Los cabeza mojada no respetan la religión de las mujeres.

—¿Aún menos que tú?

Gaballufix levantó la mirada al cielo para demostrar su desdén por esa acusación.

—Si Roptat y Volemak se salen con la suya, los cabeza mojada se adueñarán de esta ciudad, y para ellos el paisaje que se ve desde el pórtico no sería suelo sagrado. Sería propiedad de la ciudad, tierra desaprovechada, potenciales obras de construcción y cotos de caza, y un lago magnífico con agua fría y caliente para bañarse en cualquier estación.

Luet se asombró de que supiera tanto acerca del lago. ¿Qué mujer había olvidado su posición al extremo de describir el lugar sagrado?

Pero Tía Rasa no hizo comentarios sobre esas palabras indecorosas.

—Traer a los cabeza mojada es el plan de Roptat. Wetchik y yo sólo hemos defendido la antigua neutralidad.

—¡Neutralidad! Los tontos y los niños creen en eso. No hay neutralidad cuando chocan grandes poderes.

—En el poder del Alma Suprema hay neutralidad y paz —replicó Tía Rasa, arrojando con calma la tormenta—. Ella tiene el poder para confundir a nuestros enemigos de tal modo que no nos vean.

—¿Poder? Quizás el Alma Suprema tenga poder, pero no he visto pruebas de que salve de la destrucción a ciudades inocentes. ¿Por qué soy yo el único paladín de Basílica, el único que entiende que nos conviene aliarnos con Potokgavan?

—Ahórrate los discursos patrióticos para el consejo, Gabya. Ante mí no necesitas ocultarte detrás de esa farsa. Los carros ofrecían una ganancia fácil. Y en cuanto a la guerra, sabes tan poco acerca de ella que crees desearla. Crees que marcharás junto a los fuertes soldados de Potokgavan para expulsar a los cabeza mojada, y que tu nombre será recordado para siempre. Pero yo te digo que cuando te enfrentes a tu enemigo, estarás solo. Ningún potoku te acompañará. Y cuando caigas, tu nombre quedará tan olvidado como las lluvias de la semana pasada.

—Esta tormenta, mi querida anuladora de contratos, tiene un nombre, y te aseguro que se recordará.

—Sólo por el daño que has causado, Gabya. Cuando Basílica arda, cada llamarada será bautizada Gaballufix, y la maldición de cada ciudadano moribundo llevará tu nombre.

—Vaya, de forma que ahora eres profetisa. Ahórrate tus devaneos poéticos para quienes tiemblan al pensar en el Alma Suprema. Y en cuanto al destierro, da lo mismo que triunfes o fracases.

—¿Quieres decir que no piensas obedecer?

—¿Yo? ¿Desobedecer al consejo? Impensable. Nadie me encontrará en la ciudad cuando me hayan desterrado, te lo aseguro.

Pero al decir esas palabras conectó el holotraje. De inmediato quedó ilusoriamente armado, con una anónima máscara de soldado en vez de rostro, como cualquiera de los cientos de hombres que había equipado de ese modo. Luet comprendió que Gaballufix no tenía la menor intención de obedecer una orden de destierro. Simplemente usaría su perfecto disfraz para que nadie pudiera identificarlo. Permanecería en la ciudad actuando a su antojo, eludiendo impunemente los edictos del consejo. Entonces la única esperanza de liberar a la ciudad de su dominio dejaría de ser política. Sería la guerra civil y las calles se anegarían de sangre.

Tía Rasa había entendido todo esto. Miró con firmeza los ojos vacíos que la escrutaban desde el holotraje de Gaballufix y guardó silencio cuando él dio media vuelta para marcharse; al fin Luet cogió la mano de Hushidh y ambas caminaron hacia el borde del pórtico para contemplar el Valle de las Mujeres.

—Ya no hay nada entre ellos —dijo Hushidh—. Vi caer el último vínculo de amor, siquiera de compasión. Si él muriera esta noche, ella se alegraría.

Para Luet esto constituía una terrible tragedia. Una vez el amor, o algo parecido al amor, había unido a esas dos personas; habían engendrado dos hijas, y sólo quince años después se rompía hasta el último lazo. Todo muerto, perdido. Nada duraba, nada. Incluso aquel mundo de cuarenta millones de años, que el Alma Suprema había preservado como en hielo, incluso aquel mundo se derretiría en el fuego. La permanencia era una ilusión, y el amor era sólo el disfraz con que los amantes ocultaban la inminente muerte de su unión.

TIENDAS

Wetchik había levantado sus tiendas lejos de todos los caminos, en un estrecho valle cerca de la costa del mar del Rumen. Habían llegado allí al atardecer, cuando una manada de mandriles abandonaba el sitio donde comía, cerca de la desembocadura del río, para ir a dormir a sus reductos en el peñasco más empinado y escabroso de la pared del valle. Los gritos y chacharees de los mandriles los habían guiado durante el último tramo de la travesía; Elemak los condujo a buena distancia río arriba.

—¿Para no molestar a los mandriles? —preguntó Issib.

—Para que no nos ensucien el agua ni nos roben la comida —replicó Elemak.

Antes de permitirles descargar y abrevar los camellos, antes de que ellos mismos comieran ni bebieran nada, Padre se irguió en el camello y señaló el río.

—Mirad... estamos a finales de la estación seca, pero aún tiene agua. A partir de ahora este lugar se llamará Elemak. Le pongo tu nombre, mi hijo mayor. Sé como el río, para que el propósito de tu vida sea fluir eternamente hacia el gran océano del Alma Suprema.

Nafai miró de soslayo a Elemak y vio que tomaba la perorata con dignidad.

El bautismo de un lugar era un momento difícil, y aunque Padre no se perdiera la oportunidad de soltar un sermón, Elemak comprendió que era un honor, un indicio de que Padre lo reconocía.

—Y en cuanto a este verde valle —dijo Padre—, lo llamo Mebbekew, nombre de mi segundo hijo. Sé como este valle, Mebbekew, un cauce firme por donde puedan correr las aguas de la vida, y donde la vida pueda echar raíces para medrar.

Mebbekew asintió grácilmente.

Nada se bautizó con los nombres de Issib y Nafai. Al cabo de un silencio, Padre gruñó mientras el camello se hincaba de rodillas para permitirle desmontar. Ya había oscurecido cuando terminaron de preparar las tiendas, ahuyentar los escorpiones e instalar los repelentes. Tres tiendas: la mayor para Padre, aunque dormiría solo; la mediana para Elya y Meb, y la más pequeña para Issib y Nafai, aunque la silla de Issib ocupaba muchísimo espacio.

Nafai no pudo pasar por alto las desigualdades. Cuando Issib, en la oscuridad de la tienda, le preguntó en qué pensaba, Nafai no calló su resentimiento.

—Bautiza con sus nombres el río y el valle, cuando Elemak era quien trabajaba con Gaballufix, y Mebbekew quien le dijo esas cosas terribles y se marchó de la casa.

—¿Y? —preguntó Issib, siempre alerta.

—Y aquí estamos, en la tienda más pequeña. Tenemos otras dos, aún embaladas, y ambas son mayores que ésta.

Después de desnudarse, Nafai ayudó a Issib a quitarse la ropa. Ahora, sin los flotadores, le resultaría difícil.

—Padre está comunicando un mensaje —dijo Issib.

—Sí, lo oigo muy bien, y no me gusta. Está diciendo: Issib y Nafai, no sois nada.

—¿Qué quieres que haga? ¿Bautizar una nube con nuestro nombre? —Issib calló un instante mientras Nafai le quitaba la camisa—. ¿O querías que le pusiera tu nombre a un arbusto?

—No me importan los nombres. Me importa la justicia.

—Trata de entender, Nafai. Padre no escoge a sus hijos según quién sea más obediente, colaborador o cortés hora tras hora. Hay una clara jerarquía en la asignación de las tiendas.

—Nafai recostó a su hermano en la estera, lejos de la entrada—. No ha dado a Elya una tienda para él solo, sino que debe compartirla con Meb. Así lo pone en su lugar, recordándole que no es el Wetchik, sólo el hijo del Wetchik. Pero al ponernos en una tienda pequeña indica a Elya y Meb que los valora y honra como hijos mayores. Los reprende al tiempo que los alienta. Creo que ha sido muy hábil.

Nafai se recostó en su estera, cerca de la puerta, en el tradicional lugar del sirviente.

—¿Y qué hay de nosotros?
—¿Qué hay de nosotros? ¿Piensas rebelarte contra el Alma Suprema porque tu padre te ha dado una tienda pequeña?
—No.
—Padre confía en que seamos leales mientras procura recobrar a Elya y Meb. La confianza de Padre es el mayor honor. Me enorgullece estar en esta tienda.
—Dicho de ese modo, también yo me enorgullezco.
—Duérmete.
—Despiértame si necesitas algo.
—¿Qué puedo necesitar cuando tengo mi silla al lado?
—dijo Issib.

La silla estaba a los pies de Issib, y era casi inútil cuando él no estaba sentado encima. Nafai quedó desconcertado un instante, pero comprendió que Issib lo reconvenía: ¿de qué te quejas, Nafai, cuando estar lejos del campo magnético de la ciudad significa que no puedo usar los flotadores y me tienen que cuidar como a un crío? Para Issib debe de ser humillante que yo lo desnude, pensó Nafai. Sin embargo lo soporta sin quejas, y todo por Padre.

En medio de la noche Nafai despertó, desvelándose al instante. Se quedó escuchando. ¿Issib lo había llamado? No, su hermano aún mantenía la rítmica respiración del sueño. ¿Se había despertado porque estaba incómodo? No, porque la arena que había bajo la estera volvía ese suelo más cómodo que el de su habitación. Tampoco era el frío, ni el aullido distante de un perro salvaje, y no podían ser los mandriles, pues de noche dormían en absoluto silencio.

La última vez que se había despertado así, Nafai había encontrado a Luet en el cuarto de los viajeros y el Alma Suprema le había hablado a Padre durante la noche.

¿Entonces soñaba? ¿El Alma Suprema me ha enseñado algo en sueños? Pero Nafai no recordaba ningún sueño. Sólo que se había despertado de golpe.

Se levantó con sigilo, para no despertar a Issib, y se deslizó bajo el mosquitero que cubría la puerta. Fuera hacía más frío que dentro, claro, pero habían viajado tan al sur que el otoño aún no había llegado a ese lugar, y las aguas del mar del Rumen eran más cálidas y plácidas que el océano que lamía la costa oriental de Basílica.

Los camellos dormían en su pequeño corral. Los dispositivos de vigilancia, valiéndose de frecuencias sónicas y emisión de feromonas, mantenían a raya a los animales de la región. El arroyo chapoteaba sobre las piedras con una melodía sincopada. Las hojas de los árboles susurran en la brisa nocturna. Si hay un sitio en toda Armonía donde un hombre podría vivir en paz, helo aquí, pensó Nafai. Y sin embargo yo no puedo dormir.

Nafai caminó río arriba y se sentó en una piedra a orillas del agua. Tiritó en la brisa fresca y por un instante lamentó no haberse vestido. Pero su intención no era quedarse levantado. Pronto regresaría a la tienda.

Miró alrededor, escrutando las colinas bajas. A menos que una persona observara desde esas colinas, no vería este irrigado valle. Aun así, era extraño que no hubiera más habitantes que esa tribu de mandriles y que no hubiera el menor indicio de presencia humana. Tal vez no había colonos porque estaban muy lejos de las rutas comerciales. La tierra apenas bastaba para mantener a escasas personas, aunque la cultivaran toda. Era un lugar solitario y poco lucrativo. Los salteadores podían usarlo como refugio, pero resultaba demasiado apartado para que lo usaran las caravanas. Era precisamente lo que necesitaban en esos tiempos de exilio. Como si estuviera preparado para ellos.

Por un instante Nafai se preguntó si aquel valle habría cobrado existencia cuando ellos lo necesitaban. ¿El Alma Suprema tenía tanto poder como para transformar el paisaje a voluntad?

Imposible. El Alma Suprema podía gozar de esos poderes en el mito y la leyenda, pero en el mundo real sus poderes parecían totalmente limitados a la comunicación: la difusión de obras de arte, la influencia mental sobre quienes recibían visiones o, más comúnmente, la anulación del pensamiento para evitar que los curiosos indagaran ideas prohibidas.

Por eso este lugar ha estado desierto hasta que nosotros llegamos, pensó Nafai. Para el Alma Suprema sería sencillo lograr que los viajeros del desierto cambiaran de idea en cuanto pensarán dirigirse hacia el mar del Rumen. El Alma Suprema lo preparó para nosotros, no creándolo a partir de la roca, no haciendo que un pozo de agua brotara como un manantial, un arroyo para nosotros, sino impidiendo que otros vinieran aquí, de modo que estuviera desierto cuando llegáramos.

El Alma Suprema persigue un grandioso propósito aquí, planes dentro de planes. Escuchamos su voz, analizamos sus visiones, pero aún somos títeres. Ignoramos si tiran de

nuestros hilos y desconocemos el rumbo de nuestra danza. No está bien, pensó Nafai. Ni siquiera es bueno, pues si los seguidores del Alma Suprema son ciegos, si no pueden juzgar los propósitos del Alma Suprema, no escogen libremente entre el bien y el mal, ni entre la sabiduría y la necedad, sino que sólo eligen someterse a los propósitos del Alma Suprema. ¿Cómo se pueden llevar a cabo los planes del Alma Suprema si todos sus seguidores son gentes débiles que la obedecen sin comprender?

Yo te serviré, Alma Suprema, con todo el corazón, si comprendo lo que intentas hacer, qué significa. Y si tu propósito es bueno.

¿Quién soy yo para juzgar qué es bueno?

Cuando este pensamiento le acudió a la mente, Nafai se rió en silencio de su arrogancia. ¿Quién soy yo para erigirme en juez del Alma Suprema?

Luego se estremeció. ¿Quién me puso ese pensamiento en la mente? ¿No habrá sido la misma Alma Suprema, tratando de domarme? No me dejaré domar, sólo persuadir. No admitiré coerción, obnubilación, trucos ni prepotencia. Sólo estoy dispuesto a dejarme convencer. Si no confías en tu bondad lo suficiente como para contarme qué intentas hacer, Alma Suprema, estás confesando tu debilidad moral y jamás te serviré.

El claro de luna que chispeaba en la superficie del arroyo de pronto se transformó en la luz del sol reflejada por los satélites de metal que orbitaban perpetuamente en torno del planeta Armonía. Nafai vio con la mente que los satélites se tambaleaban en sus órbitas y caían, ardiendo y pulverizándose al entrar en la atmósfera. Los primeros colonos humanos de este mundo habían construido dispositivos destinados a durar diez o veinte millones de años. Para ellos había parecido una eternidad: un período mucho más largo que la existencia de la especie humana multiplicada varias veces. Pero habían transcurrido cuarenta millones de años, y el Alma Suprema ahora cumplía su misión con una cuarta parte de los satélites que poseía al principio, apenas la mitad de los que había tenido en los primeros treinta millones de años. Con razón el Alma Suprema se había debilitado.

Pero sus planes aún eran importantes. Aún era preciso que se llevaran a cabo. Issib y Nafai tenían razón: el Alma Suprema era obra de los primeros colonos humanos y cumplía un solo propósito: convertir Armonía en un mundo donde la humanidad nunca tuviera poder para destruirse. |

¿No hubiera sido mejor, pensó Nafai, cambiar a la humanidad para que ya no deseara destruirse?

La respuesta acudió a su mente con tal claridad que supo que era una contestación del Alma Suprema. No, no hubiera sido mejor.

¿Pero por qué?, preguntó Nafai.

Muchas respuestas acudieron a su mente al unísono, en un borbotón que le impidió comprenderlas. Pero poco a poco, con creciente nitidez, algunas ideas hallaron expresión en el lenguaje. Frases tan claras como si otra voz las hubiera pronunciado. Pero no era otra voz: era la voz de Nafai, en un débil intento de capturar en palabras un vestigio de lo que le había comunicado el Alma Suprema.

En la mente de Nafai, la voz del Alma Suprema dijo lo siguiente: si yo le hubiera arrebatado el deseo de violencia, la humanidad ya no sería humana. No porque los seres humanos necesiten ser violentos para ser humanos, pero si alguna vez perdéis la voluntad de dominar, la voluntad de destruir, debe ser porque vosotros habéis escogido perderla. Mi papel no era el de obligaros a ser bondadosos, sino el de manteneros vivos mientras decidáis por vuestra cuenta quiénes queráis ser.

Nafai temió formular otra pregunta, por miedo a ahogarse en el torrente mental. Pero no podía dejar de hacerla. Dime despacio. Dime suavemente. Pero dime: ¿qué hemos decidido?

Para su alivio, la respuesta no fue un caudal de ideas puras e inefables. Esta vez fue como si una ventana se le abriera en la mente y pudiera ver a través. Las escenas y rostros que contemplaba eran recuerdos, cosas que había visto u oído en Basílica, cosas que ya estaban en su mente, preparadas para que el Alma Suprema las aprovechara, para que las hiciera aflorar a la superficie. Pero ahora las veía con tan clara comprensión que cobraban un poder y un significado que transcendía toda experiencia anterior. Vio recuerdos de transacciones comerciales que había observado. Vio obras dramáticas y sátiras que había presenciado. Conversaciones callejeras. Una mujer sagrada violada por una pandilla de adoradores borrachos. Las maquinaciones de hombres que procuraban obtener un contrato matrimonial con una mujer relevante. La crueldad desdeñosa de mujeres que sembraban la rivalidad entre sus pretendientes. Incluso el modo en que Elemak y Mebbekew habían tratado a Nafai, y el modo en que él los había tratado a ellos. Todo hablaba del afán de las personas de herirse

mutuamente, la ardiente pasión de controlar lo que pensaban y hacían los demás. Muchos se valían de subterfugios para destruir a otros, y no sólo a sus enemigos, sino también a sus amigos. Destruirlos por el placer de saber que tenían poder para infligir dolor. Y muy pocos consagraban la vida a reforzar el vigor y la confianza de los demás. Muy pocos eran verdaderos maestros, genuinos esposos.

Eso son Padre y Madre, pensó Nafai. No permanecen juntos para obtener un provecho, sino para dar. Padre no se queda con Madre porque ella sea buena para él, sino porque juntos pueden ser buenos para nosotros y muchos otros. Padre participa en la política de Basílica desde hace pocas semanas, no porque ansié sacar provecho, como Gaballufix, sino porque francamente le interesa más el bien de Basílica que su propia fortuna, su propia vida. Podría desprenderse de su fortuna sin titubear. Y para Madre la vida es aquello que forja en la mente de sus estudiantes. A través de sus jóvenes procura crear la Basílica del mañana. Cada palabra que pronuncia en la escuela está destinada a resguardar la ciudad de la decadencia.

Sin embargo, están perdiendo. Se les escapa de las manos. El Alma Suprema los ayudaría si pudiera, pero no tiene el poder ni la influencia de antaño; además, no tiene la libertad para insuflar benevolencia, sólo para poner coto a la maldad. El despecho y la malicia son hoy la sangre de Basílica, Gaballufix es sólo el hombre que mejor expresa el ponzoñoso corazón de la ciudad. Incluso quienes le odian y luchan contra él no lo hacen porque ellos sean buenos y él sea malo, sino porque se oponen a su predominio, ya que ellos codician ese lugar.

Yo ayudaría, dijo la silenciosa voz del Alma Suprema en la mente de Nafai. Ayudaría a las gentes buenas de Basílica. Pero no hay suficientes. La ciudad anhela destrucción. ¿Cómo puedo pues impedir que sea destruida? Si Gaballufix fracasa con sus planes, otro hombre surgirá para ayudar a la ciudad a suicidarse. El fuego llegará porque la ciudad lo ansia. Son pocos los que aman la ciudad viviente en vez de tratar de alimentarse de su cadáver.

Asomaron lágrimas a los ojos de Nafai. Yo no comprendía. Nunca había visto la ciudad de esta manera.

Porque eres hijo de tu madre y heredero de tu padre. Como todos los seres humanos, supones que detrás de la máscara de su rostro los demás son esencialmente como tú. Pero no siempre es así. Algunos no pueden ver la dicha de otros sin el deseo de destruirla, no pueden ver los vínculos del amor entre amigos o esposos sin el deseo de quebrantarlos. Y muchos otros, que no son malos en sí mismos, se transforman en sus herramientas con la esperanza de obtener ganancias. La gente ha perdido la visión. Y yo no tengo el poder de restaurarla. Lo único que resta, Nafai, es mi memoria de la Tierra.

—Háblame de la Tierra —susurró Nafai.

Una nueva ventana se abrió en su mente, aunque esta vez no eran recuerdos personales. Veía cosas que le resultaban nuevas. Era abrumador, casi incomprensible. Brillantes cascos de vidrio y metal deslizándose por grises autopistas. Macizas casas de metal que se elevaban al cielo sobre esbeltas y frágiles cuñas de acero pintado. Altos edificios poliédricos con paredes de espejo, reflejándose mutuamente, reflejando la amarilla luz del sol. Y entre ellos, chabolas de papel y metal de desecho, donde los bebés perecían con el vientre hinchado. Gente arrojándose bolas de fuego, o grandes llamaradas que brotaban de mangueras. Y cosas totalmente inexplicables: una casa volante pasando sobre una ciudad y arrojando algo que parecía insignificante como excremento de pájaro, aunque de pronto estallaba en una llamarada brillante como el sol, y la ciudad entera se aplanaba, y las ruinas ardían. Una familia sentada ante una gran mesa rebosante de manjares, comiendo con voracidad, y luego inclinándose para vomitar sobre mendigos harapientos que aferraban desesperadamente las patas de las sillas. ¡Sin duda esa visión no era literal, sino figurada! ¡Sin duda nadie llegaría a la degeneración moral de comer más de lo necesario mientras otros morían de hambre ante sus ojos! Alguien que podía inventar un modo de lograr que el cielo ardiera en llamas tan potentes como para arrasar una ciudad de golpe sin duda se mataría antes de permitir que otros conocieran el terrible secreto de esa arma.

—¿Esto es la Tierra? —le susurró al Alma Suprema—. ¿Tan bella y monstruosa? ¿Esto éramos?

Sí, fue la respuesta. Es lo que erais, y es lo que seréis si no encuentro el modo de que el mundo vuelva a escucharme. En

Basílica hay muchos que comen más de la cuenta, aun sabiendo que muchos padecen necesidad. Hay una hambruna sólo trescientos kilómetros al norte.

—Podríamos usar los carros para llevar comida allí —apuntó Nafai.

Los gorayni tienen esos carros. También llevan comida, pero es comida para los soldados que han ido a conquistar esa tierra devastada por el hambre. Sólo llevaron la comida después

de subyugar al pueblo y destruir su gobierno. Eran las sobras que un porquerizo arroja a sus cerdos. Los alimentas ahora para asarlos después.

Las visiones continuaron durante lo que parecieron horas, aunque luego Nafai comprendió que sólo podían haber sido unos minutos. Más y más recuerdos de la Tierra, con conductas cada vez más perturbadoras, máquinas cada vez más extrañas. Luego la gran conflagración, y las naves elevándose desde el humo, el hielo y las cenizas.

—Huyeron porque habían destruido su mundo.

No, dijo el Alma Suprema. Huyeron porque ansiaban comenzar de nuevo. Quienes viajaron a Armonía no pensaban que la Tierra ya no fuera apta para ellos, sino que ellos ya no eran aptos para la Tierra. Miles de millones habían perecido, pero en la Tierra aún quedaba combustible y vida para que sobrevivieran unos cientos de miles de humanos. Sin embargo, no soportaban vivir en el mundo que habían destruido. Nos iremos, se dijeron, mientras este mundo sana. Durante nuestro exilio, también aprenderemos a sanar, y cuando regresemos seremos aptos para heredar el suelo donde nacimos y para cuidarlo.

Así crearon el Alma Suprema, y la llevaron consigo a Armonía, y le dieron cientos de satélites para que fueran sus ojos y su voz; alteraron sus genes para poder recibir la voz del Alma Suprema en la mente; llenaron el Alma Suprema con recuerdos de la Tierra y dejaron que velara por sus hijos durante veinte millones de años.

En ese tiempo, se dijeron, nuestros hijos habrán aprendido a convivir en armonía. Lograrán que el nombre del planeta concuerde con sus vidas. Y al final de ese tiempo, el Alma

Suprema sabrá cómo llevarlos a casa, donde los aguarda el Guardián de la Tierra.

—Pero no estamos preparados —objetó Nafai—. Después del doble de ese tiempo, somos tan malos como antes, sólo que tú nos has impedido desarrollar el poder para transformar toda la vida de este planeta en hielo y cenizas.

El Alma Suprema puso este pensamiento en la mente de Nafai: a estas alturas el Guardián ya ha cumplido su parte. La Tierra está lista para nuestro regreso. Pero la gente de Armonía aún no está preparada para volver. He conservado todo el conocimiento de la Tierra durante todos estos años, aguardando para enseñaros a construir las casas que vuelan, las naves estelares que os devolverán a vuestro hogar; pero no me atrevo a enseñaros, porque usaríais el conocimiento para oprimir y en último extremo para exterminaros.

—Entonces, ¿qué haces? —preguntó Nafai—. ¿Cuál es tu plan? ¿Por qué nos has traído aquí?

Aún no puedo decírtelo, respondió el Alma Suprema. Aún no estoy segura de ti. Pero te he dicho lo que necesitabas. Te he revelado mi propósito. Te he contado lo que hice y lo que aún ha de hacerse. Yo no he cambiado. Hoy soy la misma que cuando tus antepasados me pusieron aquí para cuidar de vosotros. Mis planes están destinados a preparar a la humanidad para que retorne adonde aguarda el Guardián de la Tierra. Sólo vivo para eso, para preparar a la humanidad para el regreso al hogar. Soy la memoria de la Tierra, y si me ayudas, Nafai, participarás en el cumplimiento de ese plan, siempre que pueda cumplirse.

Siempre que pueda cumplirse.

La abrumadora presencia del Alma Suprema desapareció de golpe, como si una gran hoguera se hubiera extinguido súbitamente, como si un caudaloso río de vida se hubiera secado en el interior de Nafai. Se quedó sentado a orillas del arroyo, agotado, exhausto, vacío, con ese angustioso pensamiento en el corazón: *siempre que pueda cumplirse*.

Tenía la boca seca. Se arrodilló junto al agua, hundió las manos y se las llevó a los labios para beber. No le bastó. Arqueó el cuerpo, no con la actitud reverente de la plegaria, sino con una sed desesperada; hundió la cabeza bajo la superficie y bebió ávidamente, apoyando la mejilla en la fría piedra del cauce, mientras el agua le acariciaba la espalda, las pantorrillas. Bebió sin cesar, irguió la cabeza y los hombros para respirar el aire nocturno, se derrumbó de nuevo en el agua para beber con igual ansiedad.

A pesar de todo, era una especie de plegaria, comprendió al erguirse, tiritando de frío mientras la oscura brisa evaporaba el agua que le perlaba la piel.

—Estoy contigo —le dijo al Alma Suprema—. Haré lo que pides, porque ansío que cumplas tu propósito. Haré todo lo que pueda para preparar nuestro regreso a la Tierra.

Estaba aterido cuando regresó a la tienda. Ya no goteaba agua, pero tampoco estaba seco. Se tendió temblando en la estera, dejando que el aire de la tienda y el calor del cuerpo de Issib lo calentaran, hasta que al fin logró conciliar el sueño.

Por la mañana había mucho que hacer; a pesar de su cansancio, Nafai no pudo dormir hasta tarde, así que realizó sus tareas con lentitud y torpeza mientras Elemak y Padre le

ladraban. ¡Presta atención! ¡Usa la cabeza! Sólo con el calor de la tarde, cuando durmieron la siesta que en el desierto era tan esencial para la supervivencia como el agua, Nafai tuvo la oportunidad de recobrar de su paseo nocturno, de su visión. Pero entonces no deseaba morir. Tendido en su estera, contó a Issib lo que había visto y lo que le había revelado el Alma Suprema. Cuando Nafai concluyó, Issib lagrimeaba. Con gran esfuerzo estiró la mano para coger la de Nafai.

—Sabía que tenía que haber un propósito en todo esto —susurró—. Así cobra mucho sentido. Todo concuerda. Fuiste muy afortunado al oír la voz del Alma Suprema. Aún con mayor claridad que Padre, creo. Con tanta claridad como Luet. Eres como Luet.

Nafai se sintió incómodo un instante. Había desdeñado a Luet en sus pensamientos y a veces en sus palabras. La había tildado de bruja. ¿Era esto lo que ella sentía cuando el Alma Suprema le enviaba una visión? ¿Cómo podía haberla ridiculizado por eso?

Durmió de nuevo, y despertó, y finalizaron su labor: un corral permanente para los camellos, construido con piedras apiladas unidas por un campo gravitatorio alimentado por colectores solares; cobertizos refrigerados para almacenar los alimentos deshidratados que los mantendrían durante un año, si tardaban tanto en regresar a Basílica; dispositivos de vigilancia situados en el perímetro del valle, para que nadie los espiera sin que ellos lo supieran. No encendieron fogatas, por supuesto: en el desierto, la madera era demasiado preciosa para quemarla. Pero fueron aún más lejos; no cocinarían nada, pues una fuente de calor inexplicable podría llamar la atención. El calor de sus cuerpos sería toda la radiación infrarroja que despedirían, y el ruido electromagnético emitido por sus dispositivos de vigilancia, el campo gravítico, el refrigerador, los colectores solares y la silla de Issib no eran tan potentes como para ser detectados más allá del perímetro, excepto con instrumentos mucho más sensibles de los que poseían los merodeadores y las caravanas. Estaban bastante seguros.

Durante la cena Nafai comentó que era innecesario.

—Cumplimos una misión del Alma Suprema —dijo—. El Alma Suprema ha mantenido a la gente alejada de este paraje durante años, preparándolo para nosotros... De todos modos alejaría a los extraños.

Elemak rió y Mebbekew lanzó una carcajada histérica.

—Bien, Nafai el teólogo —se burló Meb—, si el Alma Suprema es tan capaz de protegernos, ¿por qué nos envió a este sitio infernal en vez de permitir que nos quedáramos en casa?

—¿Y desde cuándo eres tan experto en el Alma Suprema, Nafai? —preguntó Elemak—. Es evidente que tu madre ha pasado demasiado tiempo con brujas.

Por una vez, Nafai acalló sus airadas réplicas. Era inútil discutir. Pero en otras ocasiones eso no le había impedido hablar más de la cuenta. Nafai comprendió que la diferencia radicaba en que ya no era sólo Nafai, el hijo menor de Wetchik. Ahora era el amigo y aliado del Alma Suprema. Tenía preocupaciones más importantes que discutir con Elya y Meb.

—Nafai —intervino Padre—, tu razonamiento es endeble. ¿Por qué permitir que el Alma Suprema pierda tiempo protegiéndonos cuando somos capaces de cuidarnos solos?

—Tienes razón, Padre —admitió Nafai. Había hecho un comentario tonto. Era erróneo sobrecargar al Alma Suprema cuando el Alma Suprema necesitaba que ellos la ayudaran a sobrellevar su carga—. Lo siento.

Elemak sonrió y Mebbekew soltó otra carcajada.

—Escuchadlos —dijo—. Hombres supuestamente racionales preguntándose si el Alma Suprema debería cuidar de nuestros camellos.

—Fue el Alma Suprema quien nos trajo aquí —contestó Padre glacialmente.

—Fuiste tú quien nos hizo partir —replicó Mebbekew— y Elemak quien nos guió.

—Fue el Alma Suprema quien me advirtió que partiera, y fue el Alma Suprema quien nos trajo a este valle bien irrigado.

—Sí, claro, lo olvidaba —se mofó Meb—. Pensé que era un buitre volando en círculos, pero no. Era el Alma Suprema, indicándonos el camino.

—Sólo un necio bromea con lo que no entiende.

—Sólo un viejo tonto llama necios a los hombres racionales. Eres tú quien ve complots y conspiraciones en las sombras, Padre.

—Cállate —exigió Elemak.

—No me ordenes que me calle.

—Cállate —repitió Elemak, enfrentando los airados ojos de Mebbekew.

Nafai notó que Elya despedía fuego por los ojos, a pesar de tenerlos entornados como si estuviera durmiéndose.

—Bien —suspiró Mebbekew, untando pasta de habichuelas fría en otra galleta—. Parece

que soy el único que no considera que ir de excursión es lo más apasionante del mundo.

—No estamos de excursión —observó Padre—. Estamos en el exilio.

—Me pregunto qué he hecho yo para merecer el exilio.

—Eres mi hijo. Ninguno de nosotros estaba seguro allá.

—Vamos —replicó Meb—. Todos estábamos seguros.

Nafai comenzaba a entender. Elemak no quería que Mebbekew hablara de la conspiración contra Padre ni de las razones para que toda la familia huyera al desierto. Era un tema delicado y Nafai supuso que ambos sabían más de lo que estaban dispuestos a confesar. Si ocultaban un oscuro secreto, era lógico que Elemak procurase esconderlo eludiendo toda conversación al respecto, y que Mebbekew procurase esconderlo tras una pantalla de negaciones despectivas y mentiras socarronas.

—Ambos sabéis que la vida de Padre peligraba en Basílica

—declaró Nafai.

Ambos lo miraron de un modo que confirmaba la verdad de sus sospechas. Si hubieran sido inocentes, habrían tomado ese comentario como si sólo significara que debían creer en la visión de Padre. Pero reaccionaron con mayor vehemencia.

—¿Desde cuándo sabes lo que saben los demás? —preguntó Elemak.

—Si estás tan seguro de que la vida de Padre peligraba —añadió insidiosamente Meb—, significa que tú formabas parte de la conspiración.

De nuevo las reacciones típicas: Elemak se defendía de la acusación de Nafai alegando que no podría probar nada, Mebbekew se defendía volviendo la acusación contra Nafai.

Ahora deben comprender que están confesando, pensó Nafai.

—¿Qué conspiración? —preguntó—. ¿De qué hablas? Mebbekew se dio cuenta de que había hablado en exceso.

—Sólo supuse... que insinuabas que nosotros conocíamos algo de antemano.

—Si sabías que había un complot contra la vida de Padre —replicó Nafai—, tendrías que haberle prevenido, si tienes algo de decencia. Y sin duda no estarías gimiendo que no era necesario marcharse de la ciudad.

—No soy yo quien gime, chiquillo —estalló Mebbekew. Su furia había perdido toda sutileza. No sabía cómo interpretar las palabras de Nafai, quien había hablado así precisamente con esa intención. Quería que Meb se preguntara cuánto sabía su hermano menor.

—Cállate, Meb —masculló Elemak—. Y tú también, Nafai. Que ya tenemos bastantes problemas sin vuestras peticiones.

Elya el pacificador. Era cosa de risa. Pero quizá fuera cierto. Quizás Elemak no supiera. Quizá Gaballufix nunca le había confiado sus propósitos en ese sentido. Claro que no, comprendió Nafai. Elya podía ser hermanastro de Gaballufix, pero aún era hijo y heredero de Wetchik. Gaballufix nunca sabría con certeza de qué lado estaba Elemak. Podía utilizar a Elya como intermediario, como mensajero ante Padre, pero nunca le confiaría datos concretos.

Eso también explicaría por qué Elemak se afanaba en acallar a Meb; quería ocultar su relación con Gaballufix, sí, pero no porque fuera cómplice de una conspiración. ¿Cómo podía Nafai haber imaginado tal cosa? Además, si estaban en el desierto como parte del plan del Alma Suprema, ¿no significaba eso que Elemak y Mebbekew también formaban parte del plan? Aquí estoy, lleno de sospechas, abrigando la misma malevolencia que amenaza con destruir Basílica. ¿Cómo puedo afirmar que estoy del lado del Alma Suprema si ni siquiera me fío de mi propio hermano?

—Lo siento —dijo Nafai—. No debí decir eso.

Lo miraron realmente asombrados. Nafai tardó un instante en comprender que era la primera vez en su vida que se disculpaba por haber agraviado a sus hermanos sin que primero lo sometieran por la fuerza y el dolor.

—Está bien —dijo Mebbekew, con voz de sorpresa. Aun así, sus ojos despedían un brillo de triunfal desprecio.

Crees que me disculpo porque soy débil, le dijo Nafai en silencio. Te equivocas. Me disculpo porque trato de aprender a ser fuerte.

Fue entonces cuando Nafai contó a Padre, Elemak y Mebbekew algunas visiones que el Alma Suprema le había mostrado la noche anterior. Pero no pudo llegar muy lejos en su relato.

—Estoy cansado —dijo Elemak—. No tengo tiempo para esto.

Nafai lo miró atónito. ¿No tenía tiempo para oír el plan del Alma Suprema? ¿No tenía tiempo para aprender acerca de la esperanza de que la humanidad regresara a la Tierra? Mebbekew bostezó sin disimulos.

—¿Acaso no os importa? —preguntó Issib. Elemak sonrió a su hermano inválido.

—Eres demasiado crédulo, Issya. ¿No entiendes lo que ocurre? Nafai no soporta no ser centro de atención. Como es incapaz de ser útil o medianamente competente, empieza a tener visiones. En cuanto te descuides, Nyef nos impartirá las órdenes del Alma Suprema y querrá ser el jefe.

—Claro que no —dijo Nafai—. Tuve las visiones.

—Sí, claro —replicó Mebbekew—. Yo también tuve visiones anoche. Muchachas que ni siquiera tienes gónadas para soñar, Nafai. Crearé en tus sueños del Alma Suprema cuando estés dispuesto a casarte con una chica de mis sueños. Hasta te daré una de las más bonitas.

Elemak rió, e incluso Padre sonrió un poco. Pero las burlas de Mebbekew enfurecieron a Nafai.

—Os digo la verdad —insistió—. ¡Os cuento lo que el Alma Suprema intenta lograr!

—Prefiero pensar en lo que intentan lograr las chicas de mis sueños —dijo Meb.

—Basta de vulgaridades —intervino Padre, aunque seguía riendo entre dientes. Era un golpe cruel que Padre creyera, con Elemak, que Nafai inventaba sus visiones.

Cuando Elemak y Mebbekew fueron a atender los animales, Nafai se quedó con Padre e Issib.

—¿Por qué no vas? —preguntó Padre—. Issib no puede ayudar en esas tareas, pues aquí no funcionan sus flotadores. Pero tú puedes colaborar.

—Padre, pensé que tú me creerías.

—Te creo. Creo que sinceramente anhelas formar parte de la obra del Alma Suprema. Te respeto por ello, y es posible que algunos de esos sueños fueran enviados por el Alma Suprema. Pero no intentes convencer a tus hermanos mayores. No te lo consentirán. —Rió amargamente—. Apenas me lo consenten a mí.

—Yo creo a Nafai —dijo Issib—. Y no eran sueños. Estaba despierto, a orillas del río. Le vi regresar a la tienda, mojado y aterido.

Nafai nunca había sentido tanta gratitud por nadie. No esperaba que Issib lo respaldara; más aún, temía que su hermano dejara de creerle al ver que Padre no lo tomaba en serio.

—Yo también le creo —dijo Padre—. Pero las cosas que dijiste eran mucho más concretas de lo que el Alma Suprema nos revela en sus visiones. Acepto que exista un fondo de verdad en lo que dices, pero la mayor parte debe de venir de tu imaginación, y no seré yo quien trate de discernir una cosa de otra, y menos esta noche.

—Yo te creí—objetó Nafai.

—Al principio no. Y no se cambian creencias como si fueran favores. La confianza debe ganarse. No pretendas que yo te crea más pronto de lo que tú me creíste a mí.

Humillado, Nafai se levantó de la alfombra. La tienda de Padre era tan amplia que no tuvo que agachar la cabeza cuando se incorporó.

—Fui ciego al principio, cuando me contaste lo que viste. Pero ahora veo que tú eres sordo, pues no oyes lo que he oído.

—Ayuda a tu hermano a volver a la silla. Y sé más respetuoso con tu padre.

Esa noche, en su tienda, Issib trató de consolar a Nafai.

—Padre es un padre, Nafai. No le puede gustar que su hijo menor obtenga mucha más información del Alma Suprema de la que él ha recibido.

—Quizá yo esté mejor sintonizado o algo por el estilo —sugirió Nafai—. No puedo evitarlo. ¿Pero qué importa a quién le habla el Alma Suprema? ¿Acaso Gaballufix no tendría que creer a Padre, aunque Padre ocupe un rango inferior en el clan Palwashantu?

—Su puesto será inferior, no su rango. Si Padre hubiera querido ser jefe del clan, lo hubieran escogido. Por algo es el Wetchik de nacimiento. Por eso Gaballufix lo odia, porque sabe que si Padre no hubiera despreciado la política habría borrado de un plumazo el poder y la influencia de Gaballufix desde el principio.

Pero Nafai no deseaba hablar de política basilicana. Guardó silencio, y en el silencio habló nuevamente con el Alma Suprema. Tienes que lograr que Padre me crea, dijo. Tienes que mostrarle lo que sucede. No puedes presentarme una visión y luego no ayudarme a persuadir a Padre.

—Yo te creo, Nyef —susurró Issib—. Y creo en lo que el Alma Suprema intenta lograr. Tal vez sea todo lo que el Alma Suprema necesite, ¿no lo has pensado? Tal vez el Alma Suprema no necesita que Padre te crea ahora. Acéptalo. Confía en el Alma Suprema.

Nafai miró a Issib, pero en la oscuridad de la tienda no distinguió si su hermano tenía los ojos abiertos. ¿Era Issib quien hablaba, o Issib estaba dormido y Nafai oía palabras del Alma Suprema en la voz de Issib?

—Algún día, Nyef, tal vez suceda lo que dijo Elemak. Quizá debas impartir órdenes a tus hermanos. O incluso a Padre. ¿Crees que entonces el Alma Suprema te libraré a tu suerte?

No, no podía ser Issib. El Alma Suprema le decía, con la voz de Issib, cosas que Issib jamás diría. Y ahora, al comprender que tenía su respuesta, Nafai podía dormir de nuevo. Pero antes se formaron nuevas preguntas en su mente:

¿Y si el Alma Suprema me revela más que a Padre, no porque forme parte de un plan sino sólo porque soy el único que puede oír y entender?

¿Y si el Alma Suprema cuenta con que yo pueda hallar el modo de persuadir a los demás, porque ya no tiene poder para convencerlos?

¿Y si estoy realmente solo, excepto por este hermano que me cree, un hermano tullido que nada puede hacer?

La creencia es importante, susurró la voz en la mente de Nafai. Gracias a que Issib cree en ti, no has comenzado a dudar tú mismo.

Díselo a Padre, suplicó Nafai mientras se dormía. Habla con Padre para que él me crea.

El Alma Suprema habló con Padre esa noche, pero no con la visión que Nafai había esperado.

—Vi que los cuatro regresabais a Basílica —dijo Padre.

—Ya era hora —suspiró Mebbekew.

—Regresabais, pero con un solo propósito. Conseguir el índice y traérmelo.

—¿El índice? —preguntó Elemak.

—Pertenece al clan Palwashantu desde el comienzo. Es la razón por la cual el clan ha conservado su identidad durante tantos años. Una vez nos llamaban los Guardianes del índice, y mi padre me contó que era derecho de los Wetchik utilizarlo.

—¿Utilizarlo para qué? —preguntó Mebbekew.

—No estoy seguro. Sólo lo he visto unas pocas veces. Mi abuelo se lo dejó al consejo del clan cuando comenzó a viajar, y mi padre no intentó recobrarlo después de la muerte del abuelo. Ahora está en casa de Gaballufix. Pero, a juzgar por su nombre, sospecho que es una guía para una biblioteca.

—Qué útil —se burló Elemak—. ¿Y para eso nos envías a Basílica? ¿A buscar un objeto cuyo propósito no entiendes?

—A buscarlo y traérmelo. A cualquier precio.

—¿Hablas en serio? —se asombró Elemak—. ¿A cualquier precio?

—Es lo que desea el Alma Suprema. No se trata de sentimientos personales. Quiero que regreséis sanos y salvos.

—De acuerdo —asintió Mebbekew—. Puedes darlo por hecho. Ningún problema.

—¿Traemos más provisiones? —preguntó Nafai.

—No habrá más provisiones. Ordené a Rashgallivak que vendiera todos los suministros para caravanas.

Nafai notó que Elemak se ruborizaba bajo la piel tostada.

—Y cuando nuestro exilio haya terminado, Padre, ¿cómo piensas reiniciar los negocios?

Nafai comprendió que era un momento crucial: Elemak se daba cuenta de que los actos de Padre estaban destinados a ser irrevocables. Si Elya iba a rebelarse, se valdría de este pretexto, lo que él consideraba un derroche de su herencia. Así que Padre respondió sin remilgos.

—No me propongo reiniciar nada. Obedece, Elemak, o tú no deberás preocuparte por la fortuna Wetchik.

Más claro imposible. Si Elemak deseaba ser Wetchik alguna vez, más le valía acatar las órdenes del Wetchik actual.

—De todas formas, nunca me gustaron esos animales pestilentes —cloqueó Mebbekew—. ¿Quién los necesita?

Su mensaje era igualmente claro: no me importaría en absoluto ser Wetchik en tu lugar, Elemak, así que hazme el favor de irritar a Padre.

—Te traeré el índice, Padre —aseguró Elemak—. ¿Pero por qué enviar a estos otros? Déjame ir solo. O déjame llevar a Mebbekew, y quédate con los pequeños. Ninguno de los dos me servirá de nada.

—El Alma Suprema me mostró que los cuatro viajabais. Así que los cuatro iréis a Basílica, y los cuatro regresaréis. ¿Entendido?

—Perfectamente —dijo Elemak.

—Anoche te burlaste de Nafai porque él declaró que tenía visiones —continuó Padre—. Pero te aseguro que podrías aprender muchísimo de Nafai e Issib. Al menos ellos procuran

ayudar. Mis hijos mayores sólo aportan quejas.

Mebbekew miró a Nafai de hito en hito, pero Nafai tenía más miedo de Elemak, quien observaba a Padre con ojos entornados. Anoche no me creías, Padre, pensó Nafai. Y hoy haces que mis hermanos me odien aún más que antes.

—Sabéis mucho, Elemak y Mebbekew —prosiguió Padre—, pero en vuestro aprendizaje no llegasteis a asimilar el concepto de lealtad y obediencia. Aprendedlo de vuestros hermanos menores y entonces seréis dignos de la riqueza y los honores a que aspiráis.

Es el fin, pensó Nafai. Ahora estoy muerto. Bien podría ser un gusano en el pan, por el modo en que me tratarán durante este viaje. Preferiría quedarme antes que ir en estas condiciones, Padre, muchísimas gracias.

—Padre, haré lo que me pides —respondió Elemak, pero con una voz glacial que causaba escalofríos.

Elemak inició hurañamente los preparativos. Como Nafai esperaba, Elya lo ignoró por completo cuando le preguntó qué debía hacer para ayudar. Y Mebbekew le clavó una mirada que le provocó escozor. Quiere matarme, pensó. Meb quiere matarme.

Como no le permitían ayudar, y como lo más prudente era pasar inadvertido, Nafai regresó a la tienda que compartía con Issib y ayudó a su hermano a hacer el equipaje, una tarea que se reducía a envolver los flotadores y guardarlos en un saco. Issib miraba tan ávidamente los flotadores que Nafai comprendió que no le importaba lo que Elemak y Mebbekew pensarán de él: quería estar de vuelta donde pudiera usar nuevamente el cuerpo, donde fuera libre y nadie tuviera que vestirlo ni llevarlo a hacer sus necesidades, como un crío o una mascota. Es un prisionero encerrado en su propio cuerpo, pensó Nafai. Terminaron la tarea e Issib se quedó en su silla, balanceándose sobre el suelo como un monarca malhumorado en su trono. Ansiaba marcharse, regresar a Basílica.

Todos ansían regresar, pensó Nafai. Pero no por razones correctas. Nadie ansia llegar por afán de ayudar al Alma Suprema.

Nafai fue a orillas del río y cogió una rama de diez centímetros de grosor, que curvó como si fuera una herradura. Oponía resistencia, pero cedía ante la fuerza de sus manos.

—No la rompas —advirtió Padre.

Nafai se volvió sobresaltado. Soltó la rama, que se elevó bruscamente haciendo caer algunas hojas.

—Le llevó tiempo crecer —dijo Padre.

—No iba a romperla.

—Faltaba poco. Yo conozco las plantas, tú no. Faltaba poco para que se partiera.

—No soy tan fuerte.

—Más fuerte de lo que crees. —Padre lo midió con la mirada—. Catorce años. —Rió entre dientes—. Los genes de tu madre, no los míos, me temo. Te miro y veo...

—¿A Madre?

—Lo que Issib pudo haber sido, en cuerpo y mente. Pobre muchacho.

Pobre muchacho. ¿Por qué no me miras alguna vez, Padre, y me ves a mí? En vez de un hijo imaginario. En vez de un chiquillo que inventa visiones, ¿por qué no ves lo que soy? Un hombre que ha oído la voz del Alma Suprema con más claridad que tú.

—Tengo miedo —dijo Padre.

Nafai miró al padre a los ojos. ¿Se burla de mí?

—Te envió a una misión más peligrosa de lo que suponen tus hermanos. Pero tú lo entiendes, ¿verdad, Nafai?

—Eso creo.

—Después de lo que has visto —dijo Padre. Pero era tanto una pregunta como una respuesta. ¿Qué preguntaba: si Nafai sabía la verdad sobre Elya y Meb? No podía ser, pues ni siquiera Padre lo sabía. No, Padre preguntaba si de veras veía visiones.

La primera reacción de Nafai fue enfurecerse, ofenderse. Pero comprendió que era un error. Pues Padre tenía derecho a preguntar, derecho a tomarse tiempo para creer en sus visiones, tal como decía Issib. Trataba de aceptar la idea de que Nafai era su camarada, otro servidor del Alma Suprema.

—Sí —respondió Nafai—. He visto. Pero nada sobre el índice.

—Gaballufix no lo entregará fácilmente. En la visión lo entregaba, pero el Alma Suprema no puede verlo todo. El índice no es simplemente algo que pides prestado. Es muy poderoso.

—¿Por qué? ¿Qué puede hacer?

—No sé qué puede hacer por sí mismo. Pero sé que significa poder. Sé que, entre los Palwashantu, el que guarda el índice cuenta con la confianza del clan. El máximo honor. Gabya

no lo entregará. Antes matará. Y allá mando a mis hijos.

Padre estaba furioso. Nafai comprendió: está furioso con el Alma Suprema, que le ha ordenado hacer esto.

Pero poco a poco Padre dominó su furia y recobró la calma.

—Espero que el Alma Suprema haya pensado bien todo esto.

—Padre, yo iré y haré lo que el Alma Suprema nos ha pedido, porque sé que el Alma Suprema no nos pediría que lo hiciéramos sin preparar un modo de lograrlo.

Padre le estudió el rostro largo rato, luego sonrió. Nafai jamás había visto semejante sonrisa en el rostro de su padre, llena de alivio, de confianza.

—No estás fingiendo, ¿verdad? —dijo—. No te limitas a decir lo que crees que deseo oír.

—¿Desde cuándo un hijo tuyo dice lo que tú quieres oír? —preguntó Nafai.

Padre lanzó una estentórea carcajada.

—¡Jamás! —tronó. Y dejó de reír súbitamente. Cogió la cabeza de Nafai entre las manos, unas manazas callosas, nervudas, curtidas por años de manejar cortezas, arneses de cuero y piedras toscas. Apoyó esas grandes palmas en ambos lados de la cara de Nafai y se inclinó para besarle la boca—. Hijo mío —susurró—. Hijo mío.

Permanecieron juntos un instante junto al árbol, junto al agua, hasta que oyeron pasos y se volvieron. Era Elemak, con semblante avinagrado.

—Hora de partir —anunció—. Si hoy queremos avanzar algo.

—Marchaos, por favor —dijo Padre—. No quiero retrasaros un solo instante.

Poco después montaron en sus camellos para emprender el regreso a la ciudad.

HERMANOS

Basilica aún no estaba a la vista, pero Elemak conocía el camino. Lo conocía tan bien como el reflejo de su rostro en el espejo, cada lunar, cada protuberancia o hendidura donde se atascaba la navaja haciéndole sangrar. Conocía las sombras de cada hora del día, cada lugar donde había agua después de una lluvia, cada escondrijo de los salteadores.

Ahora Elemak conducía a sus hermanos hacia uno de esos lugares. Hacía rato que no avanzaban por el camino, pero hasta ahora lo habían tenido siempre a la vista. Se alejaron de él y pronto el suelo se volvió tan escarpado que tuvieron que detenerse y desmontar.

—¿Por qué nos detenemos aquí? —preguntó Mebbekew.

—Los flotadores funcionan —dijo Issib—. Estamos cerca. Puedo moverme sin la maldita silla.

Elemak miró a su hermano inválido sacudiendo la cabeza.

—Aún no son seguros. Bajaremos la silla... tendrás que usarla.

Issib solía ser obediente, pero no ahora.

—Úsala tú, si crees que es tan cómoda.

—Mírate. Los flotadores funcionan de forma intermitente. Perderás el control, te caerás y puedes hacerte daño. Usa la silla.

—Mejorará a medida que nos aproximemos.

—No nos aproximaremos.

—¿Entonces qué haremos? —preguntó Mebbekew.

—Bajaremos a ese barranco, donde el campo magnético de Basilica no surte efecto, y allí aguardaremos hasta el anochecer.

—¿Y luego? —preguntó Mebbekew—. ¿Desde cuándo das las órdenes?

Elemak se había enfrentado a esta situación con muchos viajeros, y a veces con peones contratados. Sabía manejarla: represión drástica, instantánea y pública, para que no quedaran dudas sobre quién estaba al mando. En vez de responder, cogió a Mebbekew por los brazos —brazos delgados, femeninos... ¡brazos de actor, por el Alma Suprema!— y lo aplastó contra una pared de roca. El brusco movimiento asustó a un camello. El animal pateó, escupió, resopló. Por un instante Elemak temió tener que ir a tranquilizarlo, pero Nafai se le había acercado y lo calmaba. El chico a veces servía para algo más que para lamerle el culo a Padre. No como Mebbekew, de quien nunca podías fiarte. No entendía por qué Gaballufix había confiado en él. Sin duda Gabya sabía que Mebbekew se delataría. Aunque no hubiera hablado con Padre de la conspiración, sin duda se lo había contado a alguien. ¿De qué otro modo se había enterado Padre?

Meb dilató los ojos de pánico y dolor. Se había dado un golpe brutal contra la piedra. Bien, pensó Elemak. Piensa un poco en el dolor. Piénsalo bien antes de cuestionar mi autoridad en el desierto.

—Yo estoy al mando aquí —jadeó Elemak. Meb asintió.

—Y digo que esperemos el anochecer.

—Sólo bromeaba —gimió Meb—. No tienes que tomártelo todo tan a pecho, ¿verdad?

Elemak sintió ganas de pegarle. ¿A pecho? ¿No comprendes que en Basilica el hombre más poderoso de la ciudad debe de estar convencido de que lo traicionamos y avisamos a Padre de que huyera? Para Mebbekew, Basilica era una ciudad de placer y movimiento. Bien, tal vez hubiera mucho movimiento dentro de esas murallas, pero muy poco placer.

Pero Elemak no le pegó, porque sería excesivo y provocaría resentimiento en vez de respeto entre los demás. Elemak sabía conducir hombres y sabía dominar sus sentimientos sin permitir que le obnubilaran el juicio. Soltó a Mebbekew y le dio la espalda, tanto para mostrar su plena confianza en su liderazgo como su desprecio por Mebbekew. Meb no se atrevería a atacarlo, ni siquiera por la espalda.

—Al anochecer haremos algo muy sencillo. Yo entraré en la ciudad, hablaré con Gaballufix

y traeré el índice.

—No —objetó Issib—. Padre dijo que debíamos ir todos. Otra insubordinación, pero menor. Y tratándose de Issib, el inválido, no era aconsejable recurrir a la fuerza.

—Y todos hemos venido. Pero yo conozco a Gaballufix. Es mi hermanastro, tan hermano mío como cualquiera de vosotros. Soy el más indicado para convencerlo de que nos dé el índice.

—¿Quieres decir que hemos viajado tanto para que ahora me dejes aquí—protestó Issib—, en este ataúd de metal?

—Mejor tu silla que un ataúd verdadero —replicó Elemak—. Si crees que entrar en la ciudad será divertido, eres un tonto. Gaballufix es peligroso.

—En efecto —intervino Nafai—. Elya tiene razón. Si entramos todos juntos, un fracaso podría significar la muerte o la cárcel para todos. Si va uno solo, el resto de nosotros puede lograr algo aunque él fracase.

—Si fracaso, regresad adonde Padre —dijo Elemak.

—Claro —rezongó Meb—. Si todos hemos memorizado el camino.

—No puedes ir tú —objetó Issib—. De todos nosotros, eres el único imprescindible para guiarnos de vuelta.

—Iré yo —se ofreció Nafai.

—Seguro —rió Elemak—. Tú eres el más parecido a Rasa. Creo que no entiendes, Nyef. Con sólo echarte un vistazo, Gaballufix recordará la única humillación que jamás pudo vengar, Rasa anulando el contrato después de tener dos hijas, para pactar a la semana un nuevo contrato con Padre... el cual aún no ha roto. Si entras solo en casa de Gaballufix, sin que nadie lo sepa, puedes darte por muerto.

—Yo, entonces —dijo Mebbekew.

—Sólo te emborracharías o buscarías una mujerzuela —rechazó Elemak—, y luego regresarías y mentirías, diciendo que hablaste con Gaballufix y él dijo que no.

Mebbekew pareció pensar en enfadarse, pero pronto se arrepintió.

—Tal vez —convino—. Pero nadie ha propuesto un plan mejor.

—¿Y qué hay de mí? —sugirió Issib—. Yo iré a preguntar. ¿Qué le haría Gaballufix a un inválido? Elemak sacudió la cabeza.

—Partirte en dos con sus manazas, si le viene en gana.

—¿Y tú eres su amigo? —preguntó Mebbekew.

—Hermano. Somos hermanos. Nadie escoge a sus hermanos, ¿sabes? Nos conformamos con lo que nos toca.

—No haría daño a un inválido —insistió Issib—. Lo avergonzaría ante sus hombres.

Elemak sabía que Issib tenía razón. El inválido era el más indicado para salir vivo de una entrevista con Gaballufix. El problema era que no podía permitir que Issib o Nafai hablaran con ese hombre, Gaballufix podía decir algo comprometedor. No, tenía que ir en persona, hablar a solas con Gabya, arreglar las cosas, persuadir a su hermano de que él no había advertido a Padre en lo referente al plan para matar a Roptat en circunstancias que implicarían y desacreditarían a Wetchik. Si se enteraban de esto, Meb, Issya y Nyef no comprenderían que a fin de cuentas era lo mejor para la seguridad de Padre. Si no lo neutralizaban de este modo, sería Padre quien terminaría muriendo en circunstancias misteriosas.

—Os diré qué vamos a hacer —dijo—. Ya que no nos ponemos de acuerdo, dejemos que el Alma Suprema decida. Una vieja tradición: lo echaremos a suertes.

Cogió un puñado de guijarros del suelo.

—Tres claros y uno oscuro. —Pero al hablar, Elemak ocultó entre dos dedos una cuarta piedra de color claro—. El que saque la piedra oscura irá a la ciudad.

—De acuerdo —aceptó Meb, y los otros asintieron.

—Yo tendré las piedras —dijo Nafai.

—Nadie tiene las piedras, querido chiquillo —dijo Elemak—. Podría hacer trampa, ¿no? —Elemak alzó la mano hacia una plataforma de roca que no se veía desde donde estaban—. Pero cuando yo haya terminado de mezclarlas, tú puedes mezclarlas también, Nafai. Así sabremos que nadie sabe de qué color es cada piedra.

Nafai dio un paso, alzó la mano y mezcló las piedras. Cuatro, naturalmente. Elemak sabía que palparía las cuatro piedras y se daría por satisfecho. Pero no podía saber que la piedra oscura estaba ahora entre los dedos de Elemak, y que las cuatro piedras de la plataforma de roca eran claras.

—Mientras tienes la mano ahí arriba, Nyef, aprovecha para escoger una piedra.

Nafai, pobre tonto, sacó una piedra clara y frunció el ceño. ¿Qué esperaba? Era un juego de

hombres. Esos chiquillos no comprendían que un hombre con las responsabilidades de Elemak no habría durado mucho en el camino si no supiera apañárselas para poner el azar de su parte cuando echaba suertes.

—Ahora yo —dijo Issib.

—No —dijo Elemak—. Mi turno.

Era otra regla de oro. Elemak tenía que jugar entre los primeros, pues de lo contrario alguien sospecharía, revisaría las piedras y descubriría que ninguna era oscura. Alzó la mano, fingió que escogía y al fin sacó la piedra oscura, pero ocultando entre los dedos la piedra clara que sobraba. Cuando revisaron, sólo quedaban dos piedras en la roca.

—La reconociste al palparla —acusó Mebbekew.

—No seas mal perdedor. Si todo anda bien, quizá todos podamos ir a la ciudad. Todo depende de la reacción de Gaballufix. Y es mi hermano. Si alguien puede persuadirlo, ése soy yo.

—Pienso ir de un modo u otro —insistió Issib—. Esperaré hasta que regreses, pero no me iré de aquí sin entrar.

—Issya, no puedo prometer que vaya a permitirte entrar en la ciudad. Pero puedo prometerte que antes de irnos de aquí nos aproximaremos lo suficiente para que puedas usar los flotadores. ¿De acuerdo?

Issib asintió hurafamente.

—Pero dadme vuestra palabra de que nadie se moverá de aquí hasta que yo regrese.

—¿Qué haremos si Gaballufix te mata? —preguntó Meb.

—No lo hará.

—¿Qué haremos si Gaballufix te mata? —insistió Meb.

—Si no regreso al amanecer —dijo Elemak—, estoy muerto o capturado. En tal caso, queridos hermanitos, ya no estaré al mando y me importa un comino lo que hagáis. Regresad a casa, con Padre, o id a la ciudad a follar, a perderos o haceros matar. Es cosa vuestra. Pero no os preocupéis. Regresaré.

Eso les dio mucho que pensar mientras los conducía al barranco, a un claro donde nadie podría encontrarlos.

—Pero mirad —dijo Elemak—. Desde aquí veis las murallas de la ciudad. Podéis ver la Puerta Alta.

—¿Usarás esa puerta? —preguntó Nafai.

—Para entrar —dijo Elemak—. Para salir, usaré cualquier puerta adonde pueda llegar.

Y con esas palabras se alejó a grandes pasos, deseando tener tanto valor como aparentaba ante ellos.

Ingresar en la ciudad por la Puerta Alta era menos comprometido que por la Puerta del Mercado, pues allí no había Mercado del Oro que proteger. Aun así, Elemak tuvo que hacerse examinar el pulgar para demostrar que era ciudadano, y así el ordenador de la ciudad supo que había entrado. Elemak estaba seguro de que aunque el ordenador de Gabya no estuviera conectado con los ordenadores de la ciudad —lo cual sería ilegal— sin duda tendría informadores en el gobierno, y si Gabya tenía interés en la novedad, al cabo de unos instantes sabría que Elemak había entrado en Basílica.

Le alivió que el guardia de la puerta no lo detuviera; al menos Gaballufix no había puesto su nombre para arresto inmediato. O quizá Gabya aún no tuviera tanto poder en la ciudad como proclamaba ante sus amigos y seguidores. Quizás aún no podía impartir órdenes para que los guardias detuvieran a sus enemigos personales.

¿Soy su enemigo?, pensó Elemak. Su hermano, sí. Su amigo, no. Un aliado de conveniencia durante un tiempo, sí. Ambos vimos modos de obtener beneficios de una relación más estrecha. ¿Me verá ahora como una vieja transacción frustrada, como un amigo potencialmente útil o como un traidor a quien castigar?

Elemak pensaba ir directamente a casa de Gaballufix, pero una vez dentro de la ciudad cambió de parecer. Ambuló desde Embudo hasta la Calle de la Biblioteca, y luego cogió Templo hasta Ala. Templo o Ala lo habrían llevado cerca de la casa de Gabya, pero las tropas inquietaban a Elemak. Había más soldados que antes de su partida al desierto, y aunque evitaba mirarlos directamente, lo alarmaban cada vez más. Al fin, cuando vio que un grupo de doce cogía la Calle del Ala, se aplastó contra una puerta y les echó una ojeada cuando pasaron.

De inmediato comprendió qué le perturbaba. Todos eran idénticos: el rostro, la ropa, las armas, todo.

—Imposible —jadeó.

No podía haber tantas personas idénticas en el mundo al mismo tiempo. Recordó las antiguas leyendas sobre clonación: brujas y hechiceros que intentaban dominar el mundo creando copias genéticamente idénticas de sí mismos, los cuales inevitablemente (al menos en las leyendas) se volvían contra sus creadores y los mataban. Pero esto era el mundo real, y éstos eran soldados de Gabya; él no sabía nada de clonación y si hubiera podido hacer clones, habría escogido un modelo mejor que aquella figura obtusa que recorría las calles.

—Es una farsa —dijo una mujer.

No había nadie en el umbral con Elemak. Sólo al salir descubrió a quien le hablaba, una agreste anciana y mugrienta, desnuda excepto por las capas de lodo y polvo que la cubrían. Elemak no era de los que consideraban a las agrestes objeto de deseo, aunque algunos de sus amigos las usaban tan desaprensivamente como si fueran orinales para su lujuria. La habría ignorado, pero ella parecía haber respondido a su comentario. Además, nada más seguro que hablarle a una anónima mujer sagrada del desierto.

—¿Cómo lo hacen? —preguntó—. Todos son iguales.

—Dicen que es una vieja técnica teatral, muy en boga hace mil años.

No hablaba como una mujer del desierto.

—¿Cómo funciona?

—Es una redecilla que se usa como una capa. Un control de la cintura la enciende y la apaga. Se adapta automáticamente a la luz circundante. Es muy brillante bajo la luz del sol, más opaca en el claro de luna o la sombra. Un dispositivo muy ingenioso.

La voz de la mujer sonaba cada vez más refinada.

—¿Quién eres? —preguntó Elemak. Ella le escrutó el rostro.

—Soy el Alma Suprema. ¿Y quién eres tú, Elemak? ¿Mi amigo o mi enemigo?

Elemak sintió un escalofrío de terror. Se había preocupado tanto por Gaballufix, había temido tanto que un soldado lo identificara, gritara su nombre y lo arrestara o lo matara en el acto que quedó estupefacto cuando una loca de la calle lo reconoció. ¿Cómo es posible ocultarse cuando los enemigos callejeros conocen tu nombre? Sólo cuando ella se movió, insertándose el índice en el ombligo y moviéndolo como si resolviera una aborrecible mixtura, la repulsión superó el miedo y Elemak echó a correr a ciegas calle abajo.

Su plan de caminar sin llamar la atención quedó arruinado, pero tuvo la presencia de ánimo de no ir directamente a casa de Gabya. Antes quería recobrar. Pero ¿adonde ir? El hábito lo llevaría a casa de su madre. La vieja Hosni tenía una bonita casa en Los Pozos, cerca de Puerta Trasera, donde se inmiscuía en política y creaba y destruía la reputación de jóvenes que ascendían en el gobierno. Pero el deseo triunfó sobre la costumbre, y en vez de buscar refugio en casa de su madre se encontró en el porche de la casa de Rasa.

Había estudiado allí en su infancia, incluso antes de que Padre fuera esposo de ella; en realidad, su padre y su maestra se habían conocido porque la madre de Elemak lo había llevado a casa de Rasa. Había sido embarazoso que los demás estudiantes chismorrearan acerca de la relación entre la maestra y el padre de Elya, y nunca se había sentido a sus anchas hasta que al fin terminó su educación a los trece años. Pero ahora no acudía como estudiante, sino como pretendiente, un pretendiente a quien habían recibido de buen grado.

Titubeando ante la puerta, Elemak comprendió que estaba haciendo exactamente lo que había prohibido a sus hermanos: dedicarse a un asunto personal en vez de cumplir con el encargo de Padre. Pero pronto abandonó sus titubeos. No sólo cortejaba a Eiadh en busca de una unión ventajosa. En los últimos meses se había enamorado de ella; la deseaba más de lo que jamás había deseado a una mujer. Su voz era música, su cuerpo una escultura infinitamente variable que lo sorprendía con cada movimiento. Pero al crecer su devoción por ella, temía cada vez más que ella no le correspondiera de igual forma. Por lo que sabía, ella sólo lo deseaba como heredero del gran Wetchik, quien podría brindarle enorme fortuna y prestigio. Y si eso era todo lo que veía en él, todo lo que sentía por él, los hechos recientes la volverían en contra de Elemak. Ahora no le convendría casarse con el heredero del Wetchik, con tantas actividades interrumpidas y tantos bienes vendidos. ¿Cómo le respondería ahora?

Tiró del cordel de la campanilla. Era una campanilla anticuada, un gong resonante en vez del tintineo musical por entonces en boga. Para su sorpresa, quien atendió fue nada menos que Rasa.

—Un hombre viene a mi puerta —dijo ella—. Un joven vigoroso, con la suciedad y el sudor del desierto en el rostro. ¿Cómo debo recibirte? ¿Me traes noticias de mi compañero? ¿Me traes más amenazas de Gaballufix? ¿Estás aquí para llevarte a mi sobrina Eiadh? ¿O has regresado, con temor en el corazón, a la casa donde estudiaste cuando niño, ansiando un baño

y una comida y cuatro sólidas paredes para resguardarte?

Había tanto humor en esas palabras que los temores de Elemak se dispararon. Era agradable que Rasa le hablara como a un igual, y con genuino afecto.

—Padre está bien —respondió—. No he visto a Gabya desde que regresé a la ciudad. Desearía ver a Eiadh, pero aún no planeo secuestrarla, y en cuanto al baño y la comida, aceptaría con gratitud tanta hospitalidad, aunque jamás la habría solicitado.

—Estoy segura de ello. Habrías irrumpido como un energúmeno esperando que Eiadh te abrazara de buen grado cuando hueles como un camello y dejas mugre por donde pisas. Entra, Elemak.

Mientras disfrutaba del baño volvió a sentirse culpable, pensando que sus hermanos lo aguardaban en las rocas soportando la cánicula. Aun así, bañarse y acicalarse antes de ver a Gaballufix era muy sensato. Ofrecería un aspecto menos desesperado y comunicaría el claro mensaje de que tenía amigos en la ciudad, una posición más fuerte para negociar. A menos que Gaballufix lo viera como nueva prueba de que Elemak era desleal. No importaba. Su ropa, lavada y oreada, estaba tendida en el secador, y se la puso con gratitud cuando se levantó de la bañera, dejando que el secador lo secara mientras se vestía. Desdeñaba los ungüentos para el cabello. La falta de aceite en el cabello era uno de los modos en que se identificaban los partidarios de Potokgavan, quienes rehusaban parecerse a los cabezas mojadas en ningún detalle.

Eiadh lo recibió en el salón de Rasa. Parecía tímida, pero eso era buena señal: al menos no se mostraba altanera ni furiosa. Aun así, ¿se atrevería a tomarse las libertades que ella le había permitido en su última cita? ¿O eso sería demasiado presuntuoso, considerando cuánto habían cambiado las circunstancias? Se le acercó, pero en vez de sentarse junto a ella en el diván, se hincó sobre una rodilla y le cogió la mano. Ella se la cedió, y luego tendió la otra mano para tocarle la mejilla.

—¿Ahora somos extraños? —preguntó—. ¿No deseas sentarte junto a mí?

Había comprendido su vacilación y le brindaba el aliento necesario. Elemak se sentó junto a ella, la besó, le rodeó la cintura con la mano y sintió su apasionada respiración, su ávida entrega. Al principio dijeron poco, al menos en palabras; en actos ella le reveló que sus sentimientos por él no habían cambiado.

—Pensé que te habías alejado para siempre —susurró al cabo de un largo silencio.

—No de ti. Pero no sé qué me depara el futuro. Las turbulencias de la ciudad, el exilio de Padre...

—Algunos dicen que tu hermano tramaba matar a tu padre...

—Jamás.

—Y otros afirman que tu padre tramaba matar a tu hermano...

—Tonterías. Ridículo. Ambos son hombres empecinados, eso es todo.

—Eso no es todo. Tu padre nunca vino aquí con soldados, amenazando que podría entrar cuando quisiera, como hizo Gaballufix.

—¿El vino aquí? —exclamó Elemak, furioso—. ¿A qué?

—Recordarás que en un tiempo fue compañero de Rasa... tienen dos hijas...

—Sí, creo que las conozco.

—Claro —rió Eiadh—. Son tus sobrinas, lo sé. Y son las hermanas de Nyef e Issya, además... Las familias son complicadas. Pero quise decir que lo extraño no fue la visita de Gaballufix, sino el modo en que vino, con esos soldados vestidos con sus horribles trajes. Parecen inhumanos.

—He oído decir que era una holografía.

—Un antiquísimo dispositivo teatral. Ahora que lo he visto, me alegra que nuestros actores usaran pintura y máscaras. Los hologramas resultan perturbadores. Antinaturales. —Le metió la mano dentro de la camisa, le acarició la piel. Elemak sintió un cosquilleo, un hormigueo—. ¿Ves? ¿Cómo podría un holograma dar esa sensación? ¿Cómo alguien soporta ser tan irreal?

—Siguen siendo reales debajo del holograma y pueden hacerte muecas de burla sin que te des cuenta. Eiadh rió.

—Pero imagínate, ser actor con esa cosa... ¿Cómo conocerían los demás tus expresiones faciales?

—Tal vez sólo las usaban para los personajes mudos, de modo que los mismos actores pudieran desempeñar muchos papeles cambiando instantáneamente de traje.

Eiadh abrió mucho los ojos.

—Ignoraba que supieras tanto de teatro.

—Una vez corté a una actriz —comentó Elemak. Lo hizo adrede, sabiendo que a la

mayoría de las mujeres les molestaba oír hablar de viejos amores—. Entonces me parecía bella, pues nunca te había visto a ti. Ahora me pregunto si era algo más que un holograma.

Ella le dio un beso, como recompensa por el bonito cumplido.

Entonces se abrió la puerta y entró Rasa. Les había concedido los quince minutos que permitía la etiqueta, quizás un poco más.

—Es muy grato que nos visites, Elemak. Gracias, Eiadh, por agasajar a nuestro huésped mientras yo estaba ocupada.

Era la delicada farsa del cortejo, la costumbre de actuar como si el pretendiente visitara a la dama de la casa, mientras la joven cortejada sólo ayudaba a la dama a agasajar al huésped.

—Estoy inefablemente agradecido por tu hospitalidad —dijo Elemak—. Has rescatado a un viajero fatigado, Rasa. No sabía lo cerca de la muerte que estaba hasta que tu amabilidad me devolvió la vida.

Rasa se volvió hacia Eiadh.

—Es un experto en cumplidos, ¿verdad? Eiadh sonrió dulcemente.

—Rasa —dijo Elemak—, ignoro qué me depara el futuro. Hoy debo reunirme con Gaballufix y no sé que resultará de ello.

—Entonces no te reúnas con él —replicó Rasa con toda seriedad—. Se ha vuelto muy peligroso. Roptat está convencido de que había una conspiración para matarlo en esa reunión del cobertizo refrigerado, el día en que Wetchik se marchó. Si Wetchik hubiera estado allí, como habían convenido, Roptat habría caído en una trampa. Le creo... creo que Gaballufix lleva la muerte en el corazón.

Elemak sabía que era cierto, pero ignoraba qué sucedería si confirmaba las sospechas de Rasa. Por lo pronto, Rasa y Eiadh se preguntarían cómo conocía el complot, y en tal caso, por qué no había prevenido a Roptat. Las mujeres no comprendían que, a veces, para evitar las miles de víctimas de una guerra sanguinaria era más prudente impedir el conflicto con una sola muerte oportuna. Los inexpertos a menudo confundían la estrategia con el homicidio.

—Quizá —dijo Elemak—. Pero ¿se puede conocer el corazón de otro?

—Yo conozco el corazón de alguien —dijo Eiadh—. Y el mío no le guarda secretos.

—Si no te refieres a Elemak —señaló Rasa—, quizás el pobre comience a pensar también en un impulsivo delito pasional.

—Me refiero a Elya, por supuesto —asintió Eiadh. Le cogió la mano y se la apoyó en el regazo.

—Rasa, no me reuniré con Gaballufix sin ningún motivo. Padre me ha enviado. Necesita algo que sólo Gaballufix puede darle.

—Todos necesitamos algo que sólo Gaballufix puede darnos, y es la paz. Se lo puedes mencionar cuando lo veas.

—Lo intentaré —dijo Elemak, aunque desde luego ambos sabían que no lo haría.

—¿Qué quiere el Wetchik? ¿Ha enviado algún mensaje para mí?

—No esperaba que te viera. Me envié por una visión del Alma Suprema. Hemos venido los cuatro...

—¿También Issib? ¡Aquí!

—No, los dejé fuera de la ciudad, en un lugar seguro. Sólo vosotras dos sabéis que están aquí. Con suerte, conseguiré el índice y me marcharé de la ciudad antes del anochecer, e ignoro cuándo regresaré.

—El índice —jadeó Rasa—. Entonces él nunca regresará. Elemak se inquietó al oír esas palabras.

—¿Por qué? ¿Qué es?

—Nada. Mejor dicho, no lo sé. Sólo que... digamos que si los Palwashantu saben que ha desaparecido...

—¿Cómo puede ser tan importante? Nunca lo oí nombrar hasta que Padre nos mandó buscarlo.

—No, nadie suele mencionarlo. Supongo que no hubo mucha necesidad. Quizás el Alma Suprema no quería que se conociera.

—¿Por qué? Hay muchísimos índices en todas las bibliotecas del mundo, cientos tan sólo en Basílica. ¿Por qué es éste el índice?

—No lo sé, de verdad. Sólo sé que es el único objeto del culto de los hombres que también se menciona en las tradiciones de las mujeres.

—¿Culto? ¿Cómo se usa?

—No lo sé. Nunca se ha usado, que yo sepa. Nunca lo he visto. Ni siquiera sé qué aspecto tiene.

—Vaya, magnífica noticia. Supuse que sería como cualquier otro índice, y ahora me dices que Gaballufix podría darme cualquier cosa diciendo que es el índice y yo ni siquiera sabría que me engaña.

Rasa sonrió.

—Elemak, debes comprender. A menos que desee perder el liderazgo de los Palwashantu, jamás te dará el índice.

Elemak estaba preocupado, pero no desesperado. Sin duda Rasa hablaba en serio, pero eso no significaba que necesariamente tuviera *razón*. Nadie sabía qué haría Gaballufix y quizás aceptara cualquier trato si pensaba que podía sacar partido de ello. Entregaría a la madre de ambos, si Gabya pensaba que la vieja Hosni tenía algún valor. No, era posible adueñarse del índice, si el precio era atinado.

Y cuanto más comprendía la importancia de ese misterioso índice, más lo codiciaba, no sólo para complacer a Padre, no sólo como parte de esa partida donde apostaba su futuro, sino por la posesión en sí misma. Si el poseedor gozaba de tanto poder, ¿por qué no podía ser de Elemak?

—Elemak —dijo Rasa—, si de algún modo consigues el índice, debes comprender que Gaballufix no te permitirá conservarlo. Lo recobrará de algún modo. Correrás un inmenso peligro. Te estoy diciendo que si tú o tus hermanos debéis defenderos de Gabya, no confiéis en ningún hombre. ¿Entiendes? No confíes en ningún hombre.

Elemak no supo qué responder. Él era un hombre. ¿Cómo podía seguir semejante consejo?

—Hay pocas mujeres en esta ciudad —dijo Rasa— que no se regocijarían al ver a Gabya privado de su poder y prestigio.

Con sumo gusto ayudarían al que cogiera el índice a escapar de las garras de Gaballufix... aunque lo hubiera obtenido por medios que comúnmente se considerarían...

—Delictivos —completó Elemak.

—Odio la sola idea. Pero tu padre tiene razón al pensar que perder el índice sería un duro golpe para Gaballufix.

—No fue idea de Padre, a decir verdad. Dijo que se le ocurrió en un sueño. Del Alma Suprema.

—Entonces podría suceder. Podría, quién sabe... Tal vez el Alma Suprema aún ejerce influencia suficiente sobre Gaballufix para... idiotizarlo momentáneamente.

—¿Tanto como para que me lo entregue?

—Y tanto como para que no te encuentre ni te destruya una vez que lo hayas conseguido.

Elemak sintió el contacto de la mano de Eiadh, la tibieza de su cuerpo. He venido aquí en busca de refugio, y por deseo de ti, Eiadh, pero en realidad necesitaba la ayuda de Rasa. ¡Pensar que pude haber ido a casa de Gabya sin comprender la importancia de ese índice!

—Rasa, ¿cómo puedo agradecer todo lo que has hecho por mí?

—Me temo que te he alentado a arriesgar la vida en una empresa imposible. Me duele pensar que Gaballufix podría causarte daño, pero las apuestas son muy altas en esta partida. Está en juego el futuro de Basílica... aunque me temo que ganar la apuesta cause tanto daño a la ciudad que la partida no valga la pena.

—De un modo u otro, ten la certeza de que regresaré por Eiadh si puedo, y si ella me acepta.

—¿Aunque seas un paria o un criminal? ¿Esperas que aun así ella te siga?

—¡Sobre todo en ese caso! —exclamó Eiadh—. No amo a Elya por su dinero ni su prestigio, sino por sí mismo.

—Querida mía —dijo Rasa—, nunca lo has conocido sin su dinero ni su prestigio. ¿Cómo sabes quién será cuando ya no los tenga?

Era una frase cruel. Elemak no podía creer que se hubiera atrevido a pensarla y mucho menos a decirla.

—Si Eiadh fuera la clase de mujer cuyo corazón se guía por la codicia, Rasa, entonces no sería la mujer que amo, ni siquiera confiaría en ella. Pero sí la quiero y ninguna mujer es más digna de mi confianza.

Rasa sonrió.

—Oh, Eiadh, tu pretendiente tiene una espléndida visión de ti. Procura ser digna de ella.

—Por el modo en que habla mi Tía Rasa, cualquiera diría que trata de evitar que me quieras —dijo Eiadh—. Tal vez esté un poquitín celosa de que un hombre tan cabal me corteje.

—Olvidas que ya tengo al padre —observó Rasa—. ¿Para qué quiero al hijo?

Fue un momento de tensión. Esas cosas no debían decirse en compañía de gente discreta. A menos que fuera una broma.

Al fin Rasa se echó a reír. Al fin. Ambos rieron aliviados.

—Que el Alma Suprema te acompañe —deseó Rasa.

—Regresa pronto —dijo Eiadh.

Lo abrazó con tal fuerza que Elemak sintió el contacto de cada parte de su cuerpo, como si ella le estuviera dejando su impronta en la carne. O quizá marcando en su propia carne la impronta del cuerpo de Elemak. Él también la abrazó, para no dejar dudas sobre su deseo ni su devoción.

Por la tarde Elemak llegó a casa de Gaballufix. Por hábito casi cogió el callejón que conducía a la entrada lateral, pero recordó que su relación con Gaballufix había cambiado de modo imprevisible. Si Gaballufix lo consideraba un traidor, una llegada furtiva daría a Gabya una perfecta oportunidad para librarse de él sin que nadie se enterase. Además, entrar por el flanco implicaba que Elemak era de rango inferior a Gaballufix. Ya estaba harto de eso. Entraría abiertamente, a la vista de todos, por la entrada principal, como un hombre encumbrado de la ciudad, un huésped de honor, con muchos testigos.

Afortunadamente, los criados de Gaballufix fueron respetuosos y lo condujeron al interior de inmediato, y pronto Elemak fue introducido en la biblioteca, donde siempre se había reunido con Gaballufix. Nada parecía haber cambiado. Gabya se levantó para abrazarlo. Hablaron como hermanos, chismorreando unos minutos acerca de personas que ambos conocían en el círculo de amigos y seguidores de Gaballufix. El único indicio de tensión fue el modo en que Gabya se refirió al «intempestivo viaje nocturno» de Elemak.

—No fue idea mía —aseguró Elemak—. No sé cuál de tus hombres habló, pero Padre nos despertó horas antes del alba y nos internamos en el desierto antes de la reunión.

—No me gustó que me tomaran por sorpresa —dijo Gaballufix—. Pero sé que a veces estas cosas no pueden remediarse.

Gabya parecía dispuesto a comprender. Aliviado, Elemak se reclinó en la silla.

—Ya imaginarás mi preocupación. No podía escabullirme para avisarte de lo que sucedía... Padre nos estaba encima continuamente, por no mencionar a mis hermanitos.

—¿Mebbekew?

—Apenas pude evitar que se le aflojaran los esfínteres. Jamás debiste incluirlo en nuestro plan.

—¿No?

—¿Cómo sabes que no fue él quien previno a Padre?

—Pues no lo sé. Sólo sé que mi querido primo Wetchik se marchó, y mi hermano Elemak con él.

—Al menos está fuera de la ciudad. No te estorbará más.

—¿No?

—Claro que no. ¿Qué puede hacer desde un apartado valle del desierto?

—Pues te ha enviado de regreso —señaló Gaballufix.

—Con un objetivo limitado que no guarda ninguna relación con el debate sobre los carros de guerra, Potokgavan ni los cabeza mojada.

—El debate ya ha trascendido esos problemas, de todos modos. O, mejor dicho, se ha vuelto mucho más inmediato. Dime... ¿cuál es el objetivo limitado de tu padre, y cómo puedo burlarlo?

Elemak rió, esperando que Gabya bromeara.

—Creo que el mejor modo de burlarlo es darle lo que quiere... una cosa sencilla, nada importante. Luego nos iremos y tú te las verás con Roptat, tal como querías.

—Nunca quise vérmelas con nadie. Soy un hombre pacífico. No quiero conflictos. Creí tener un plan para evitar los conflictos, pero a último momento la gente en quien confiaba me defraudó.

Aún sonreía, pero Elemak comprendió que la situación no era tan halagüeña como había esperado.

—Dime, Elya, ¿qué es esa nimiedad que debo hacer por tu padre, tan sólo porque él lo pide?

—Hay un índice —dijo Elemak—. Una antigualla que pertenece a la familia desde hace generaciones. i >

—¿Un índice? ¿Por qué iba yo a tener un índice de la familia Wetchik?

—No lo sé. Supuse que tú sabrías a qué se refería. Padre lo llamó simplemente «el índice», así que pensé que estarías al corriente.

—Tengo montones de índices. Montones. —Gaballufix enarcó las cejas como si hubiera

comprendido algo. Pero Elemak le había visto representar esa farsa, así que supo que era una treta—. A menos que te refieras... pero no, es absurdo, eso nunca perteneció a la casa de Wetchik. ,

Elemak le siguió el juego. /

—¿De qué hablas?

—Del índice *Palwasbantu*, naturalmente. La única razón por la cual se fundó el clan, en los albores del tiempo. El más precioso objeto de toda Basílica.

Era natural que exagerase el valor del objeto, como cualquier mercader ávido de vender. Fingirá que ofrece el objeto más valioso del planeta para ponerle un precio ridículamente alto e iniciar el regateo.

—Entonces no puede ser eso —resolvió Elemak—. Padre no le atribuía gran valor. Se trata de una cuestión sentimental. Su abuelo lo tenía y se lo prestó al consejo del clan para que lo pusiera a buen recaudo durante sus viajes. Ahora Padre lo quiere llevar consigo.

—Ah, pues es ése. Su abuelo lo tuvo, pero sólo como guardián temporal. El clan Palwashantu delegó el cuidado en manos del Wetchik; él se hartó de la carga y lo devolvió. Ahora se ha designado otro guardián... yo. Y no me he hartado. Di a tu padre que agradezco su afán de asistirme en mis obligaciones, pero me las apañaré sin su ayuda varios años más.

Era momento de mencionar el precio. Elemak aguardó, pero Gaballufix no dijo nada. El silencio se prolongó durante varios minutos y Gaballufix se levantó de la mesa.

—De todos modos, querido hermano, me alegro de verte en la ciudad. Espero que te quedes mucho tiempo... tu respaldo me vendrá bien. Más aún, ahora que tu padre se ha ido, me valdré de toda mi influencia para tratar de designarte Wetchik en su lugar.

Esto no era lo que Elemak esperaba. Reafirmaba una intolerable relación entre Elemak y su herencia.

—Padre es Wetchik —dijo—. Él no ha muerto, y cuando él muera seré Wetchik sin ayuda de nadie.

—¿No ha muerto? —preguntó Gaballufix—. Entonces, ¿dónde está? No veo a mi viejo amigo Wetchik... pero veo al hijo que sacará mayor partido de su muerte.

—Mis hermanos también serán testigos de que Padre está vivo.

—¿Y dónde están?

Elemak estuvo a punto de revelar que se ocultaban a poca distancia de la ciudad. Luego comprendió que esto era precisamente lo que Gaballufix deseaba saber: quiénes eran los aliados de Elemak y dónde se escondían.

—¿No ibas a pensar que entraría solo en la ciudad cuando mis hermanos ansiaban regresar a Basílica tanto como yo?

Gaballufix sabía que Elemak mentía, o cuando menos sabía que la huella del pulgar de Elemak era la única que se había registrado en las puertas de la ciudad. Pero no podía saber si Elemak sólo fingía y sus hermanos estaban en las honduras del desierto o si habían burlado a los guardias de las puertas y se encontraban en la ciudad, planeando alguna trapisonda que fuera motivo de preocupación para Gaballufix. Aun así, no mencionó que sabía que Elemak era el único que había entrado legalmente. Sería como admitir que tenía pleno acceso a los ordenadores de la ciudad.

—Me alegro de que hayan podido regresar a los placeres de la capital —dijo Gabya—. Pero deben andarse con cuidado. Me temo que Roptat y su pandilla han introducido elementos indeseables, y aunque yo ayudo a la ciudad permitiendo que algunos empleados míos trabajen fuera de hora patrullando las calles, también es posible que unos jóvenes que vagan a solas se enreden en incidentes infortunados, a veces peligrosos.

—Les avisaré de que se cuiden.

—Y también tú, Elemak. Me preocupo por ti, hermano mío. Algunos creen que tu padre estaba involucrado en una conspiración contra Roptat. Imagina qué sucedería si desquitaran su rencor contigo.

Elemak comprendió que su misión había fracasado. Gabya creía que Elemak lo había traicionado, o bien había llegado a la conclusión de que ya no le era útil y podía ser tan peligroso que valía la pena matarlo. Ya no había esperanzas de conseguir nada fingiendo cortesía fraternal. Pero quizá conviniera adoptar otra táctica.

—Vamos, Gabya, sabes que eres tú quien ha propagado esa patraña acerca de la conspiración de Padre contra Roptat. ¿O no recuerdas que ése era el plan? Que Padre fuera sorprendido en el cobertizo con el cadáver de Roptat. No sería condenado, pero quedaría implicado, desacreditado. Sólo que Padre no fue, y Roptat no se expuso a tus matones, y ahora intentas rescatar ese plan. Nos sentamos aquí a hablar de él... ¿por qué fingir ahora que no

sabemos lo que ocurre?

—Pero no sabemos lo que ocurre —replicó Gaballufix—. No sé de qué estás hablando. ¿fe Elemak lo miró con desprecio.

—Y pensar que una vez creí que eras capaz de conducir a Basílica hacia la grandeza. Ni siquiera supiste neutralizar a la oposición cuando tuviste la oportunidad.

—Me traicionaron hombres necios y cobardes.

—Esa es la excusa que los necios y cobardes dan por sus fracasos... y siempre es sincera, mientras comprendas que te refieres a tu propia traición.

—¿Tú me llamas necio y cobarde? —Gaballufix se enfurecía, perdía los estribos. Elemak nunca lo había visto así, excepto en arrebatos ocasionales. No sabía si podía enfrentarlo, pero le satisfacía haber desbaratado la cortés indiferencia que Gabya había exhibido hasta aquel momento—. Al menos no me escabullí en plena noche. Al menos no creí todas las historias que me contaban, por imbéciles que fueran.

—¿Y yo sí? Olvidas, Gabya, que eras tú quien me contaba historias. ¿Cuál fue la más imbécil? ¿Que sólo actuabas pensando en el interés de Basílica? Pues nunca la creí... sabía que andabas persiguiendo lucro y poder. O quizá pienses que creí la historia de que realmente amabas a mi padre e intentabas protegerlo de una enmarañada situación política. ¿Supones que me lo creí? Le has odiado desde que Rasa te abandonó y se casó con él, y le has odiado más con cada año que ellos han pasado juntos.

—¡Eso nunca me importó! ¡Rasa no significa nada para mí!

—Incluso ahora es el único público a quien procuras complacer... Vas a su casa y te pavoneas como un gallo, alardeando de tu poder. Deberías oír cómo se ríe de ti. —Elemak sabía que al decir semejante cosa ponía a Rasa en grave peligro, pero era un juego arriesgado y era imposible ganar sin exponerse. Además, Rasa sabía manejar a Gaballufix.

—¿Se ríe? Ella no se ríe. Ni siquiera has hablado con Rasa.

—Mírame... ¿Ves el polvo del desierto en mis ropas? Me bañé en su casa. Seré compañero de su sobrina favorita. Me dijo que preferiría haberse apareado con un conejo que pasar otra noche contigo.

Por un instante temió que Gaballufix desenfundara un arma para matarlo en el acto. Pero Gabya se distendió, sonrió.

—Ahora sé que estás mintiendo. Rasa jamás diría semejante grosería.

—Claro que me lo he inventado —dijo Elemak—. Sólo quería ver quién era el necio que se creía todas las historias que oía.

—Una cosa es creer por un momento. Muy distinto es creer en las ideas más estúpidas y aferrarse a ellas.

Elemak comprendió de pronto a qué mentira se refería Gaballufix. Y Gabya tenía razón: Elemak era un necio por haberla creído, y más necio aún por seguir creyéndola hasta ahora.

—Nunca pensaste en acusar a Padre de matar a Roptat, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Pero no en llevarle a juicio.

—Oh, no... eso sería una estupidez. Una pérdida de tiempo. Te lo dije.

—Dijiste que sería una pérdida de tiempo porque el prestigio de Padre en la ciudad impediría que lo condenaran. Pero lo cierto es que jamás hubiese comparecido en un juicio porque tendrías testigos que descubrirían no sólo el cadáver de Roptat, sino también el de Padre.

—Qué terrible acusación. Lo niego todo. Tienes una imaginación perversa, muchacho.

—Me usabas para traicionar a mi propio padre y para poder matarlo.

—Durante mucho tiempo supuse que lo sabías. Supuse que comprendías que no hablaríamos directamente de ello porque era un tema desagradable. Pensé que comprendías que el único modo de lograr que heredaras pronto era tramando la muerte de tu padre.

Elemak se enfureció tanto por haber sido cómplice de una conspiración parricida que perdió todo su control. Se lanzó contra Gaballufix, pero éste le apuntó con un pulsador.

—Sí, sí, veo que sabes lo que un pulsador puede hacer a quemarropa. Mataste a un hombre con un arma parecida, ¿verdad? —dijo Gaballufix—. Más aún, pudo ser esta misma arma, ¿eh?

Elemak miró el pulsador y reconoció las marcas del uso: los arañazos, las muescas, el color desteñido por el sol mientras él lo llevaba en la cadera durante interminables horas de viaje por el desierto.

—Presté ese pulsador a Mebbekew cuando regresé de mi última travesía —dijo estúpidamente.

—Y Mebbekew me lo prestó a mí. Hablando de estúpidos... Le dije que lo quería para sorprenderte en una fiesta, para honrarte por derramar sangre. Le dije que usaría tu anécdota para inspirar a mis soldados —rió Gaballufix.

—Por eso incluiste a Mebbekew. Para conseguir mi pulsador.

¿Pero por qué? Elemak imaginó a su padre muerto, y a alguien descubriendo el pulsador de Elemak a poca distancia, como si lo hubiera abandonado al darse a la fuga. Imaginó a Gaballufix tratando de explicar todo lo sucedido al consejo de la ciudad, con lágrimas en los ojos: «A esto conduce la codicia de los jóvenes... mi propio hermanastro, dispuesto a asesinar a su padre con tal de recibir la herencia.»

—Tienes razón —murmuró Elemak—. Fui un necio.

—Lo fuiste y lo eres —dijo Gaballufix—. Hoy te han visto en la ciudad... en toda la ciudad. Mis hombres te siguieron en varios vecindarios. Hay muchos testigos... y pronto será delicioso ver a Rasa obligada a atestiguar contra el primogénito de su amado Volemak. Porque alguien morirá esta noche, asesinado por este pulsador, que se hallará cerca del cadáver, y entonces todos sabrán que el asesino fue el hijo del Wetchik, quizá siguiendo órdenes de su padre. Y lo mejor de todo es que puedo contarte esto, puedo revelártelo, puedo dejarte salir con vida de la ciudad, y aun así tú no podrás hacer nada. Si decides mencionar mi plan para matar a alguien, sea quien fuere, supondrán que sólo tratas de encubrir tu crimen por anticipado. Eres un estúpido, Elemak, igual que tu padre. Aun sabiendo que yo no temí matar para cumplir mis propósitos, pensaste que tú y tu familia seríais inmunes, que yo me mostraría más tierno contigo porque el mismo fatigado vientre nos albergó nueve meses, mientras sorbíamos la vida de una placenta.

Elemak nunca había visto tanto furor, tanto odio, tanta malevolencia en un rostro humano; nunca había imaginado que fuera posible. Pero ahora enfrentaba el deleite de Gabya al describir un crimen que se proponía cometer. Le dio miedo, pero también le inspiró una descabellada confianza. Como si Gaballufix, al revelar su mezquindad, le permitiera comprender que él era mucho más noble, a pesar de todo.

—¿Quién es el estúpido, Gabya? ¿Quién?

—Creo que ya no hay ninguna duda —dijo Gaballufix.

—Es verdad. Lograrás que sea imposible que Padre y yo regresemos a la ciudad, al menos por un tiempo, pero la muerte de Roptat no te allanará el camino. ¿De veras eres tan ingenuo? Nadie creerá ni por un instante que Padre mataría a Roptat, o que yo lo haría.

—¡Tendré el arma! —exclamó Gaballufix.

—El arma, sí, pero ningún testigo de la muerte, sólo tu versión divulgada por tu gente. Los basilicanos no son tan imbéciles. ¿Quién gana con la muerte de Roptat y el exilio de Padre? Sólo tú, Gabya. La ciudad se alzarán en una rebelión sangrienta. Tus soldados perecerán en las calles.

—Sobreestimas la voluntad de mis timoratos enemigos —dijo Gaballufix. Pero ya no hablaba con el mismo aplomo ni con el mismo deleite.

—Tus enemigos no son timoratos sólo porque rehúsen matar para lograr sus propósitos. Pero están dispuestos a matar para detener a un hombre de tu calaña. Una garrapata sin cerebro, envidiosa, despechada y maligna.

—¿Tanto deseas morir?

—Sí, mátame aquí, Gabya. Cientos de personas saben que estoy aquí. Cientos aguardan para oír lo que diré. Tu plan está al desnudo y no funcionará. Porque eres tan estúpido que tenías que jactarte.

Las palabras de Elemak eran puro alarde, pero Gaballufix lo creyó, al menos lo suficiente como para titubear. Para dudar. Sonrió.

—Elya, hermano mío, me enorgullezco de ti. Elemak sabía reconocer una rendición. No respondió.

—A fin de cuentas eres mi hermano... la sangre de Volemak no te ha debilitado, a pesar de todo. Quizás hasta te haya fortalecido.

—¿Acaso crees que ahora me tragaré tus adulaciones?

—Claro que no. Claro que no las tendrás en cuenta... pero eso no impide que te admire, ¿verdad? ¡Sólo impide que tú creas en mi admiración! Eres tú quien pierde, querido Elya.

—He venido a buscar el índice, Gaballufix —dijo Elemak—. Una cosa sencilla. Dámelo y me largaré. Wetchik y su familia no volverán a molestarte, y tú podrás seguir con tus tejemanejes hasta que alguien te apuñale por la espalda con tal de acallar esos chillidos de cerdo que sueltas cada vez que crees haber dicho algo ingenioso.

Gaballufix ladeó la cabeza.

Me lo dará, pensó Elemak triunfalmente.

—No —respondió Gaballufix—, me gustaría, pero no puedo. Sería difícil explicar la desaparición del índice ante el consejo del clan. Causaría muchos problemas, ¿y para qué ponerme en apuros sólo para deshacerme de Wetchik? A fin de cuentas, ya me he librado de él.

Ahora, al fin, Elemak había conseguido lo que buscaba: regatear como un mercader.

—¿Qué más se requeriría para que valiera la pena entregármelo? —preguntó.

—Hazme una oferta. Suficiente dinero como para compensar las molestias a que me veré sometido.

—Dame el índice y Padre liberará sus fondos para ti. Lo que quieras.

—¿Debo esperar por los fondos? ¿Esperar a que Wetchik me pague después por un índice que te doy ahora? Ah, ya entiendo. —Gaballufix rió despectivamente—. No puedes darme dinero ahora porque no tienes nada. Wetchik aún no te ha dado ni una pizca de su fortuna. ¡Te ha enviado con este encargo y ni siquiera te ha dado acceso a su dinero!

Era humillante, en efecto. Padre tendría que haber comprendido que al negociar con Gaballufix el dinero sería decisivo; tendría que haberle revelado un código que le diera acceso a los fondos familiares de los Wetchik. Rashgallivak, el mayordomo, tenía más control sobre la fortuna Wetchik que Elemak. Sintió furia y resentimiento contra su padre por haberlo puesto en esta posición de debilidad. Ese viejo estúpido y miope, siempre a trompicones en los negocios.

—Dime, Elya —dijo Gaballufix, ya serio—. Si tu padre no te confía su dinero, ¿por qué he de confiarte yo el índice?

Gaballufix metió la mano bajo la mesa. Debíó de activar un interruptor, pues tres puertas se abrieron al instante y tres soldados idénticos irrumpieron en la biblioteca. Aprehendieron a Elemak, se lo llevaron al vestíbulo y lo sacaron a empellones.

Y no se conformaron con eso. Lo llevaron a rastras hasta la puerta más próxima, la Puerta Trasera, pasando frente a la casa de su madre, y lo arrojaron al polvo frente a los guardias.

—¡He aquí a uno que abandona la ciudad! —gritó un soldado.

—¡Y no regresará nunca! —exclamó otro.

Los guardias, sin embargo, reaccionaron con calma.

—¿Eres ciudadano? —preguntó uno.

—Sí —respondió Elemak, sacudiéndose el polvo.

—El pulgar, por favor. —Acercaron la pantalla y Elemak apoyó el pulgar—. Ciudadano Elemak, hijo de la dama Hosni por el Wetchik. Es un honor servirte. —Todos los guardias se cuadraron para hacer un saludo militar.

Elemak quedó apabullado. En todas sus visitas a Basílica, nadie había hecho más que enarcar las cejas cuando el ordenador comunicaba su ilustre linaje. ¡Y ahora un saludo militar!

Los soldados de Gaballufix se burlaron de nuevo, describiéndole lo que harían si alguna vez se atrevía a regresar, y Elemak comprendió. Los guardias oficiales de la ciudad le daban a entender a él y a todos los que estuvieran cerca que ellos no formaban parte del ejército de Gaballufix. Más aún, el mero hecho de que el hijo de Wetchik fuera enemigo de Gaballufix inspiraba el respeto de los guardias. Si Elemak hallaba un modo de aprovechar esa situación, quizá pudiera volverla en su favor. ¿Qué ocurriría si regreso a la ciudad como el libertador, al mando de la guardia y la milicia, para aplastar a Gabya y su odiado ejército de disfrazados? La ciudad me dará con gusto todo lo que Gabya procura ganar mediante el timo, la intimidación y el homicidio. Tendría todo el poder que Gaballufix ha imaginado... y la ciudad me adoraría.

FORTUNA

Era un día espantoso en el desierto, a pesar de que el barranco, excepto en pleno mediodía, estaba sumido en las sombras y una brisa suave lo recorría. Ningún lugar es cómodo, pensó Nafai, cuando esperas que otro cumpla una tarea que consideras tuya. Peor que el calor, que el sudor que le goteaba en los ojos, que la arena que se le metía en la ropa y entre los dientes, era el temor que sentía Nafai al pensar que Elemak tenía a su cargo la misión del Alma Suprema.

Nafai sabía que Elemak había hecho trampa al echar la elección a suertes. No era tan tonto como para pensar que Elemak dejaría semejante cosa librada al azar. Aunque admiraba la destreza con que Elya lo había manejado, estaba enfadado con él. ¿Intentaría realmente conseguir el índice? ¿O iría a la ciudad a reunirse con Gaballufix para planear una nueva traición contra Padre y la ciudad y, en última instancia, contra la tutela que el Alma Suprema ejercía sobre la humanidad?

¿Regresaría?

Por la tarde oyeron crujir piedras, y Elemak descendió ruidosamente al escondrijo. Tenía las manos vacías, pero los ojos brillantes. Hemos sido traicionados, pensó Nafai.

—Se ha negado, por supuesto —dijo Elemak—. Ese índice es más importante de lo que dijo Padre. Gaballufix no quiere entregarlo... al menos no lo hará a cambio de nada.

—¿Qué quiere, pues? —preguntó Issib.

—No lo precisó. Pero tiene un precio. Dejó bien claro que está dispuesto a oír una oferta. El problema es que debemos regresar donde Padre y tener acceso a sus finanzas.

Nafai no estaba muy conforme. ¿Cómo podía saber lo que Elemak y Gaballufix habían pactado?

—Regresar con las manos vacías —dijo Mebbekew—. Te diré qué haremos, Elya. Tú regresarás, y los demás aguardaremos aquí a que vengas con el código de las cuentas de Padre.

—De acuerdo —asintió Issib—. No pienso pasar la noche en el desierto cuando puedo entrar en la ciudad y usar los flotadores.

—¿Tan estúpido eres? —exclamó Elemak—. ¿No comprendes que las cosas han cambiado? No puedes andar paseando anónimamente por la ciudad. Hay tropas de Gabya por todas partes. Y Gaballufix no es amigo de Padre, por tanto tampoco lo es nuestro.

—Es tu hermano —observó Mebbekew.

—No es hermano de nadie —rezongó Elemak—. Tiene tantos escrúpulos morales como el barro, y es igualmente viscoso. Lo conozco mejor que vosotros y os aseguro que no tendría el menor reparo en matarnos.

Nafai se asombró de que Elemak hablara de este modo.

—Creí que querías que gobernara Basílica.

—Pensaba que su plan ofrecía la mejor esperanza para Basílica en las inminentes guerras. Pero nunca creí que Gaballufix se preocupara por nada salvo su propio provecho. Sus soldados merodean por toda la ciudad usando un traje holográfico que les cubre el cuerpo, así que todos parecen absolutamente idénticos.

—¡Máscaras para todo el cuerpo! —exclamó Mebbekew—. ¡Qué gran idea!

—Eso significa —explicó Elemak— que cuando alguien vea a un soldado de Gaballufix cometer un delito, como secuestrar o matar a un hijo del viejo Wetchik, nadie podrá identificar al culpable.

—Oh —dijo Mebbekew.

—Pues bien —intervino Nafai—, aunque Padre nos dé acceso a su dinero, ¿de qué serviría? ¿Por qué crees que Gaballufix lo vendería?

—Piensa, Nafai. Incluso un chiquillo de catorce años puede comprender las cosas de hombres hasta cierto punto. Gaballufix paga a centenares de soldados. Tiene una fortuna

inmensa, pero no tanto como para mantener esta situación para siempre, a menos que logre echar mano de los impuestos de Basílica. El dinero de Padre cambiaría la situación. En este momento, Gaballufix necesita el dinero más que el prestigio de poseer el índice, del cual ya nadie se preocupa.

Tragándose la condescendencia de Elemak, Nafai comprendió que el análisis era correcto.

—Entonces el índice está en venta.

—Tal vez. Así que regresemos a ver a Padre para ver si vale la pena gastar dinero en el índice... y cuánto dinero. Él nos dará acceso a las finanzas y podremos regresar para regatear...

—Yo digo que tú regreses a ver a Padre mientras yo pruebo suerte en la ciudad —dijo Mebbekew.

—Quiero dejar mi silla esta noche —insistió Issib.

—Cuando regresemos —respondió Elemak— podrás entrar en la ciudad.

—¿Como esta vez? Nos harás esperar de nuevo, y nunca entraremos.

—De acuerdo —concedió Elemak—. Regresaré solo y diré a Padre que abandonaste su causa tan sólo para entrar en la ciudad, pasear con tus flotadores e ir a follar.

—¡No pienso ir a follar! —protestó Issib.

—¡Y yo no pienso ir a flotar! —bromeó Mebbekew.

—Un momento —los interrumpió Nafai—. ¿Qué pasará si regresamos para obtener la autorización de Padre? Eso nos llevará casi una semana. Quién sabe cuánto habrán cambiado las cosas. Podría estallar la guerra civil en Basílica. O Gaballufix podría conseguir otros medios de financiación, de modo que nuestro dinero no significaría nada para él. Hay que hacer la oferta ahora.

Elemak lo miró sorprendido.

—Sí, claro, es cierto. Pero no tenemos acceso al dinero de Padre.

Por toda respuesta, Nafai miró a Issib. Issib revolvió los ojos.

—¿Tú tienes acceso al código de Padre? —preguntó Mebbekew.

—Me dijo que alguien más debía saberlo, en caso de necesidad —asintió Issib—. ¿Pero cómo te diste cuenta, Nafai?

—Vamos, no soy tan idiota. En tus investigaciones tenías acceso a archivos de la ciudad que jamás dejarían ver a un niño sin autorización específica de un adulto. Pero no sabía que Padre te lo había dado.

—Bien, sólo me dio el código de entrada. Yo me las apañé para averiguar el resto.

Mebbekew estaba pálido.

—¿Y en todo este tiempo, mientras yo vivía como un mendigo en la ciudad, tenías acceso a toda la fortuna de Padre?

—Piénsalo, Meb —dijo Elemak—. ¿A quién más confiaría Padre su código? Nafai es un niño, tú eres un derrochón y yo tenía constantes desavenencias con él acerca del modo de invertir el dinero. En cambio Issib... ¿qué iba a hacer él con el dinero?

—Qué bien. Como no necesita dinero, recibe todo el que quiere.

—Si yo hubiera usado el código para sacar dinero, él lo habría alterado, así que nunca lo usé —dijo Issib—. Quizá tenga otro código más para tener acceso al dinero... Nunca lo intenté. Y tampoco lo intentaré ahora, así que ya podéis olvidarlo. Padre no nos autorizó a dilapidar la fortuna familiar.

—Nos dijo que el Alma Suprema quería que le lleváramos el índice —señaló Nafai—. ¿No lo entiendes? El índice es tan importante que Padre tuvo que enviarnos a enfrentarnos con su enemigo, un hombre que planeaba matarlo.

—Vamos, Nyef, eso fue un sueño de Padre, no algo real —protestó Mebbekew—. Gaballufix no pensaba matar a Padre.

—Claro que sí —intervino Elemak—. Pensaba matar a Roptat y a Padre, y luego inculparme. Mebbekew quedó boquiabierto.

—Dispondría las cosas para que hallaran mi pulsador, el que te presté a ti, Mebbekew, cerca del cadáver de Padre. Fuiste muy torpe al perder mi pulsador, Meb.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Issib.

—Gaballufix me lo contó mientras trataba de convencerme de que yo estaba indefenso.

—Entonces acudamos al consejo —sugirió Issib—. Si Gaballufix confesó...

—Confesó, o más bien alardeó, ante mí, a solas. Mi palabra contra la suya. Es inútil contárselo a nadie. No serviría de nada.

—Ésta es la oportunidad —dijo Nafai—. Hoy, ahora mismo. Vayamos a la casa, entremos en los archivos de Padre a través de su propia biblioteca, convirtamos todos los fondos en

activos líquidos. Iremos al Mercado del Oro y obtendremos lingotes, bonos negociables, joyas y demás, y luego iremos a ver a Gaballufix...

—Y él nos roba todo, nos mata y deja nuestros cuerpos hechos picadillo para que los chacales los encuentren en una zanja de las afueras —concluyó Elemak.

—Claro que no —dijo Nafai—. Llevaremos un testigo... alguien que él no se atreverá a tocar.

—¿Quién? —preguntó Issib.

—Rashgallivak —declaró Nafai—. El no sólo es mayordomo de la casa de Wetchik. Es Palwashantu y goza de gran confianza y prestigio. Lo llevamos con nosotros, observa todo, presencia el cambio de la fortuna de Padre por el índice y nos vamos sanos y salvos. Gaballufix podría matarnos a nosotros, pues nosotros estamos ocultos y Padre se encuentra en el exilio, pero no puede tocar a Rash.

—¿Es decir que los cuatro visitaremos a Gaballufix? —preguntó Issib.

—¿E iremos a la ciudad? —inquirió Mebbekew.

—No es mal plan —concedió Elemak—. Arriesgado, pero es cierto que es el momento para actuar.

—Así que vayamos a la casa —resolvió Nafai—. Podemos dejar los animales aquí esta noche, ¿verdad? Issib y yo podemos ir a la biblioteca de Padre para efectuar la transferencia de fondos, mientras Meb y tú encontráis a Rash y lo traéis aquí para que vayamos juntos a ver a Gaballufix.

—¿Rash aceptará? —preguntó Issib—. ¿Qué ocurriría si Gaballufix decide matarnos de todos modos?

—Aceptará —dijo Elemak—. Es un hombre totalmente leal. Jamás traicionará a la casa de Wetchik.

Sólo tardaron una hora. Atardecía cuando entraron en el Mercado del Oro e iniciaron las transacciones finales. Todos los fondos que no estaban comprometidos en bienes inmuebles se encontraban disponibles en el archivo bancario de Issib, el cual, al igual que los archivos bancarios de todos los hermanos, era un mero subarchivo de la cuenta general de Padre. Si alguien dudaba de que Issib tuviera autorización para gastar tanto, allí estaba Rashgallivak, observando en silencio. Todos sabían que si Rash estaba allí, la transacción era legítima.

La cantidad representaba la mayor compra de bienes portátiles en la historia reciente del Mercado del Oro. Ningún agente contaba con lingotes, joyas ni bonos suficientes para afrontar toda la compra. Durante más de una hora, hasta que el sol se puso detrás de la muralla roja y el Mercado del Oro quedó en las sombras, los agentes trajinaron hasta que al fin reunieron toda la cantidad en una sola mesa. Se transfirieron los fondos; una suma desorbitante se desplazó de una columna a otra en todas las pantallas (pues todos los agentes seguían la operación, anonadados). Envolvieron los lingotes en tres paquetes de paño, guardaron las joyas en sacos, plegaron los bonos en carpetas de cuero. Luego los paquetes se distribuyeron entre los cuatro hijos de Wetchik.

Uno de los agentes ya había llamado a media docena de guardias de la ciudad para que los acompañaran, pero Elemak se negó.

—Si nos acompañan los guardias, todos los ladrones de Basilica los verán y espían adonde vamos. Nuestras vidas no valdrán nada. Nos moveremos deprisa y sin guardias, con sigilo.

De nuevo los agentes miraron a Rashgallivak, quien asintió aprobatoriamente.

Al cabo de media hora de marcha por las calles de la ciudad, atentos a cada mirada, llegaron a las puertas de la casa de Gaballufix. Nafai advirtió de inmediato que reconocían a Elemak y Mebbekew. También a Rashgallivak, pero Rash era muy conocido en el clan Palwashantu, y hubiera sido extraño que no lo reconocieran. Sólo hubo que presentar a Nafai e Issib cuando Gaballufix los recibió en el gran salón de su casa, mejor dicho, la casa de su esposa.

—Así que tú eres el que vuela —le dijo Gaballufix a Issib.

—Floto —corrigió Issib.

—Eso veo —asintió Gaballufix—. Hijos de Rasa, ambos. —Miró a Nafai directamente a los ojos—. Muy corpulento para ser tan joven.

Nafai guardó silencio. Concentraba la atención en estudiar el rostro de Gaballufix. Muy vulgar, a decir verdad. Un poco fofo. Ya no era joven, aunque era menor que Padre, quien había dormido con la madre de Gaballufix al menos el tiempo suficiente para engendrar a Elemak. Existía una leve semejanza entre Elya y Gaballufix, pero no demasiada, sólo en el

cabello oscuro y los ojos demasiado juntos.

Si los ojos los asemejaban, también los diferenciaban, pues los de Gaballufix, turbios e inflamados, contrastaban con los de Elemak, atentos y penetrantes. Elemak era un vigoroso hombre de acción, un hombre del desierto que podía enfrentarse a forasteros y lugares desconocidos con coraje, confianza y aplomo; Gaballufix, en cambio, era un hombre que no iba a ningún lado y no hacía nada, sino que se refugiaba en su guarida mientras otros trabajaban para él. Elemak salía a penetrar el mundo, cambiándolo cuando podía; Gaballufix se plantaba en un sitio y sorbía el mundo hasta secarlo, vaciándolo para llenarse él.

—Conque el chiquillo es mudo —comentó Gaballufix.

—Por primera vez en su vida —dijo Meb. Hubo risillas nerviosas.

—¿Por qué los hijos y el mayordomo de Wetchik me honran con esta visita?

—Padre quiso que intercambiáramos regalos contigo —explicó Elemak—. Vivimos en un lugar donde necesitamos poco dinero, pero Padre se ha encaprichado con el índice. Mejor dicho, el Alma Suprema se lo ha ordenado. Mientras que tú, Gaballufix, poco puedes hacer con el índice, pues ni siquiera lo habrás mirado desde que diriges el consejo del clan. En cambio podrías aprovechar una parte de la fortuna Wetchik mucho mejor que Padre, quien está lejos de la ciudad.

Era un discurso elocuente, atinado y totalmente engañoso, y Nafai lo admiró. No quedaron dudas de que se intentaba efectuar una compra, pero estaba delicadamente disimulada como un intercambio de obsequios, para que nadie pudiera acusar abiertamente a Gaballufix de haber vendido el índice, ni a Padre de haberlo comprado.

—Mi pariente Wetchik es demasiado generoso conmigo —respondió Gaballufix—. No creo que pueda ayudarle mucho con administrar una ínfima parte de su cuantiosa fortuna. Por toda respuesta, Elemak se adelantó y desenvolvió un pesado paquete de lingotes de platino. Gaballufix cogió un lingote y lo observó.

—Una belleza —reconoció—. Sin embargo, es una parte tan ínfima de la fortuna Wetchik que me sentiría mal haciendo tan flaco favor a mi pariente, cuando él está dispuesto a cargar con el pesado lastre de custodiar el índice Palwashantu.

—Esto es sólo una muestra —advirtió Elemak.

—Si se me ha de confiar esa tarea, ¿no debería ver la totalidad de los bienes?

Elemak extrajo el resto del tesoro que llevaba encima y lo apoyó en la mesa.

—Padre no se atrevería a agobiarte con una carga más pesada.

—Es una carga ligera —protestó Gaballufix—. Me avergonzaría permitir que mi ayuda se limitara a esto. —Pero Nafai advirtió que los ojos de Gaballufix centelleaban al ver tantas riquezas juntas—. Supongo que es sólo una cuarta parte de lo que traéis. —Gaballufix miró a Nafai, Issib y Mebbekew.

—Creo que es suficiente —intervino Nafai.

—Entonces no podría depositar la carga del índice en las espaldas de mi pariente —dijo Gaballufix.

—Muy bien —asintió Elemak. Empezó a envolver los lingotes.

¿Eso es todo?, pensó Nafai. ¿Nos rendimos tan fácilmente? ¿Soy el único que nota que Gaballufix se desvive por el dinero? ¿Que bastará ofrecerle un poco más para que venda?

—Aguarda —dijo Nafai—. Podemos sumar lo que yo llevo.

Nafai notó que Elemak lo traspasaba con la mirada, pero era impensable aproximarse tanto e irse con las manos vacías. ¿Elemak no comprendía que el índice era importante? Más importante que el mero dinero, por cierto.

—Y si eso no basta, Issib tiene más —prosiguió Nafai—. Muéstraselo, Issib. Permíteme que te lo muestre. En cuestión de segundos había triplicado la oferta.

—Me temo que mi hermanó menor ha sido muy desconsiderado al agobiarte con una carga muy superior a lo que yo pensaba ofrecerte —declaró secamente Elemak.

—No, no, al contrario —dijo Gaballufix—. Tu hermano menor ha sabido estimar mucho mejor la carga que estoy dispuesto a sobrellevar. Más aún, creo que si el cuarto restante de lo que habéis traído a mi casa estuviera sobre esta mesa, no me molestaría agobiar a mi querido pariente con la tremenda responsabilidad del índice Palwashantu.

—Yo digo que es demasiado —manifestó Elemak.

—Pues hieres mi sentimientos —replicó Gaballufix—, y no veo razones para seguir discutiendo.

—Hemos venido en busca del índice —insistió Nafai—. Hemos venido porque el Alma Suprema lo pide.

—Tu padre es famoso por su santidad y visiones —dijo Gaballufix.

—Si estás dispuesto a aceptar todo lo que tenemos —prosiguió Nafai—, te lo entregaremos de buen grado con tal de cumplir la voluntad del Alma Suprema.

—Tanta obediencia será largamente recordada en el Templo —respondió Gaballufix. Miró a Mebbekew—. ¿O la devoción de Mebbekew no está a la altura de la de su hermano Nafai?

Presa de la indecisión, Mebbekew miró a Elemak y Gaballufix.

Pero fue Elemak quien actuó. De nuevo se puso a envolver lingotes con el paño.

—¡No! —exclamó Nafai—. ¡No retrocederemos ahora! —Tendió la mano hacia Mebbekew—. Sabes bien lo que Padre querría que hicieras.

—Veo que sólo el menor comprende realmente la situación —comentó Gaballufix.

Mebbekew dio un paso adelante y comenzó a poner paquetes sobre la mesa. Entretanto, Elemak cogió el hombro de Nafai, clavándole las uñas, y le susurró al oído:

—Te dije que me dejaras esto a mí. Le has dado el cuádruplo de lo que era necesario pagar, tonto. Nos quedamos sin nada.

Nada salvo el índice, pensó Nafai. Pero aún así comprendía que quizás Elemak hubiera sabido manejar el regateo, y quizás él debía haber cerrado la boca y confiar en Elya. Pero Nafai había tenido la *certeza*, de que si no hablaba perderían el índice.

Toda la fortuna Wetchik, excepto la tierra y los edificios, estaba en la mesa de Gaballufix.

—¿Eso es suficiente? —preguntó secamente Elemak.

—Suficiente —dijo Gaballufix—. Suficiente para demostrarme que Volemak el Wetchik ha traicionado a los Palwashantu. Esta gran fortuna ha sido encomendada a unos chiquillos que, con pueril estupidez, han resuelto dilapidarla en la compra de lo que todo verdadero Palwashantu sabe que no se puede vender. El índice, el temido y sagrado tesoro de los Palwashantu... ¿Volemak creía que podía comprarlo? ¡No, imposible! Sólo cabe deducir que ha perdido el juicio o que lo habéis matado y ocultado el cadáver en alguna parte.

—¡No! —exclamó Nafai.

—Tus mentiras son obscenas —barbotó Elemak— y no las toleraremos.

Se adelantó y por tercera vez intentó recoger el tesoro.

—¡Ladrón! —exclamó Gaballufix.

De pronto se abrieron las puertas y una docena de soldados irrumpió en la sala.

—¿ Crees que puedes hacer esto en presencia de Rashgallivak? —preguntó Elemak.

—Insisto en hacerlo en su presencia —dijo Gaballufix—. ¿Quién crees que me trajo la noticia de que Volemak traicionaba la confianza de los Wetchik? ¿De que los hijos de Volemak querían derrochar la fortuna Wetchik en un descabellado capricho?

—Sirvo a la casa de Wetchik —declaró Rashgallivak. Miró a cada uno de los hermanos con rostro afligido—. No podría servir a los intereses de esa gran casa y permitir que la fortuna sea destruida por un loco que cree ver visiones. Gaballufix vaciló en creerme, pero convino conmigo en que la fortuna de Wetchik tenía que ser encomendada a otra rama de la familia.

—Como jefe del clan Palwashantu —salmodió Gaballufix—, declaro que Volemak y sus hijos, tras haber demostrado su incapacidad e ineptitud como custodios de la mayor casa del clan, quedan para siempre descartados como herederos y poseedores de la casa de Wetchik. Y en reconocimiento por años de leales servicios, prestados por él y por sus antepasados durante muchos siglos, concedo la tutela temporal de la fortuna Wetchik y el uso del nombre de Wetchik a Rashgallivak, para que cuide de todos los aspectos de la casa Wetchik hasta el momento en que el consejo del clan disponga otras medidas. En cuanto a Volemak y sus hijos, si intentan objetar o cuestionar este acto, se los considerará enemigos de sangre de los Palwashantu y serán juzgados según leyes más antiguas que las de la ciudad de Basílica. — Gaballufix sonrió a Elemak—. ¿Lo has entendido todo, Elya?

Elemak miró a Rashgallivak.

—Entiendo que el hombre más leal de Basílica es ahora el peor traidor.

—Vosotros fuisteis los traidores —replicó Rash—. Esta súbita epidemia de visiones, ese infructuoso viaje al desierto, la venta de todos los animales, el despido de todos los peones, y ahora esto... Como mayordomo de la casa Wetchik, no tuve más opción que acudir al consejo del clan.

—Gaballufix no es el consejo del clan —reprochó Elemak—. Es un vulgar ladrón y has puesto nuestra fortuna en sus manos.

—Vosotros pusisteis vuestra fortuna en sus manos —dijo Rashgallivak—. ¿No veis que lo he hecho por vosotros? ¿Por los cuatro? El consejo me nombrará guardián durante unos años, hasta que todo esto haya pasado, y si en ese período uno de vosotros demuestra ser un hombre prudente, digno de confianza y de la responsabilidad del puesto, el nombre y la fortuna de Wetchik os serán devueltos.

—No quedará tal fortuna —dijo Elemak—. Gabya la gastará en sus ejércitos antes del fin de este año.

—En absoluto —intervino Gaballufix—. Se la entregaré a Rash, para que continúe como mayordomo. Elemak rió con amargura.

—Como mayordomo, para que la use según las directivas del consejo. ¿Y cuáles serán esas directivas? Ya verás, Rash.' Muy pronto... porque el consejo ha incurrido en tremendos gastos para pagar a toda esa soldadesca.

Rashgallivak parecía incómodo.

—Gaballufix mencionó que una pequeña parte se podría deducir para afrontar los actuales gastos, pero tu padre también hubiera aportado para ello, si aún estuviera en su sano juicio.

—Te ha tomado por tonto —dijo Elemak—, y también a mí. A todos nosotros.

Rash miró Gaballufix, obviamente preocupado.

—Tal vez debiéramos convocar al consejo para deliberar sobre esto —apuntó.

—El consejo ya se ha reunido —contestó Gaballufix.

—¿A cuánto ascienden los gastos del clan? —preguntó Rashgallivak.

—Una bagatela. No pierdas el tiempo preocupándote por eso. ¿O eres tan indigno de confianza como Volemak y sus hijos?

—¿Ves? —dijo Elemak—. Ya empieza... haz lo que Gabya quiere o dejarás de ser el mayordomo de la fortuna Wetchik.

—La ley es la ley —sentenció Gaballufix—. Y ya es hora de que estos jovencitos derrochones se marchen de mi casa antes de que los acuse del asesinato de su padre.

—Antes de que digamos otra cosa que ayude a Rash a ver la verdad, querrás decir —replicó Elemak.

—Nos iremos —dijo Mebbekew—. Pero esta cháchara acerca del consejo del clan Palwashantu y nombrar Wetchik a Rashgallivak es orina de rata. Eres un ladrón, Gabya, un ladrón asesino y embustero que hubiera matado a Roptat y a Padre si no hubiéramos abandonado la ciudad tal como lo hicimos, y no dejaremos nuestra fortuna familiar en tus sangrientas manos.

Mebbekew se abalanzó sobre las joyas y cogió una bolsa.

Al punto los soldados acometieron contra los cuatro. En un santiamén le arrebataron las joyas y sin mayor ceremonia los expulsaron del salón, los empujaron por las puertas y los arrojaron a la calle.

—¡Largo de aquí! —gritaron los soldados—. ¡Ladrones! ¡Asesinos!

Nafai aún no entendía lo que había ocurrido cuando Elemak Mebbekew le cogió la garganta.

—¡Tenías que poner todo el tesoro en la mesa!

—Pensaba quedárselo de todos modos —protestó Nafai.

—Callaos, tontos —ordenó Elemak—. Esto no se ha terminado. Nuestras vidas no valen nada... Tal vez tenga hombres aguardando para matarnos en las cercanías. Y recordad lo que Rasa me dijo hoy: *No confiéis en ningún hombre*. —Repitió la frase, cambiando un poco el énfasis—: No confiéis en ningún *hombre*. Nos reuniremos esta noche donde dejamos los camellos. Daremos por muerto al que no haya llegado allí al alba. Ahora corred... y no vayáis a ningún sitio donde os puedan estar esperando.

Elemak echó a andar hacia el norte. Al cabo de unos pasos giró sobre los talones.

—¡Vamos, tontos! Mirad... ¡Ya hacen señas a sus matones! Nafai vio que uno de los soldados del porche de Gaballufix alzaba un brazo y señalaba con el otro.

—¿A qué velocidad puedes ir con esos flotadores? —le preguntó Nafai a Issib.

—A mayor velocidad que tú —respondió Issib—. Pero a menos velocidad que el haz de un pulsador.

—El Alma Suprema nos protegerá —dijo Nafai.

—Bien —dijo Issib—. Ahora muévete, tonto.

Nafai agachó la cabeza y se internó en la muchedumbre. Había corrido un centenar de metros hacia el sur por la Calle de la Fuente cuando se volvió para ver por qué la gente gritaba a sus espaldas; Issib se había elevado una veintena de metros y desaparecía detrás del tejado de una casa que estaba frente a la de Gaballufix. No sabía que podía hacer eso, pensó Nafai.

Y mientras echaba a correr, pensó que quizás Issib tampoco lo supiera.

—Allá va uno —rugió una voz áspera.

De pronto un hombre le cerró el paso, espada energética en mano. Una mujer jadeó; la gente se apartó. Pero casi sin saber que lo sabía, Nafai sintió la presencia de un hombre a sus espaldas. Si retrocedía ante el hombre de la espada, caería en manos del verdadero asesino, que aguardaba detrás.

Así que Nafai se lanzó hacia delante. Su enemigo no esperaba que ese jovencito desarmado embistiera, y su estocada falló. Nafai le asestó un rodillazo en la entrepierna, alzándolo en vilo. El hombre gritó. Nafai lo apartó de un empujón y corrió con todas sus fuerzas, sin mirar atrás, y mirando adelante sólo para esquivar a la gente y cuidarse del vibrante fulgor rojo de otra espada, o del caliente rayo blanco de un pulsador.

FUGA

Issya nunca había tratado de elevarse tanto con los flotadores. Sabía que respondían a la tensión muscular, que cuando él apretaba un flotador éste se «clavaba» en el aire. Pero siempre había creído que la posición era relativa al suelo. No estaba del todo equivocado: cuanto más se elevaba, más tendían los flotadores a «resbalar» hacia abajo, pero aun así pudo escalar el aire hasta llegar a la altura de los tejados.

Todos lo miraron, naturalmente, pero eso era lo que quería. Miradme, y hablad del joven inválido que «voló» hacia el tejado. Los matones de Gaballufix no se atreverían a dispararle ante tantos testigos, y menos frente a la casa de su jefe.

Pronto comprobó que no había nadie en los tejados, así que los usó como una especie de carretera, deslizándose entre pozos de ventilación y chimeneas, cúpulas y huecos de ascensores, lomas y árboles de los jardines altos. Una vez sorprendió a un anciano que reparaba la mampostería del parapeto de una viuda; el tamborileo de una teja rota preocupó a Issib un instante, pero al volverse vio que el hombre no se había caído, sino que miraba a Issib boquiabierto. ¿Esta noche circularán rumores, se preguntó Issib, sobre un joven semidiós que sobrevoló Basílica, tal vez enamorado de una mortal de incomparable belleza?

Era una manzana excepcionalmente larga, pues se había construido sobre varias calles de la zona. Había recorrido un buen trecho sin descender a la calle, sin duda a más velocidad que sus perseguidores. Siempre era posible que Gaballufix tuviera sicarios apostados en las puertas de la ciudad; si había una emboscada, sería en la Puerta Trasera, la más cercana a su casa. Así que Issib no pudo permitirse el lujo de descuidarse cuando descendió a la calle.

Pero antes de alejarse de los tejados, echó una mirada nostálgica a la roja muralla de la ciudad. El sol aún estaba alto, partido en la mitad por la muralla. Ojalá pudiera sobrevolarla. Pero sabía que la muralla estaba erizada de dispositivos electrónicos, incluidos los nodos que generaban el campo magnético que alimentaba los flotadores. Era imposible cruzar por allí. El diminuto ordenador que llevaba en el cinturón nunca equalizaría el violento choque de fuerzas encima de la muralla.

Llegó al linde de un tejado y descendió hacia la muchedumbre. Era el extremo de la Calle Sagrada, por donde se permitía la circulación de hombres. Muchos notaron su descenso, pero en cuanto llegó a la calle flotó a poca altura y se confundió con el tráfico. Que un matón intenté dispararme ahora, pensó. En cuestión de minutos llegó a la puerta. Los guardias reconocieron el nombre en cuanto el lector de pulgares lo proyectó en la pantalla y le palmearon la espalda para deseárselo suerte.

En Puerta Trasera no había desierto, sino los lindes del Bosque Sin Sendas. A la derecha estaba la tupida selva que volvía inaccesible el lado norte de Basílica; a la izquierda sinuosos arroyos, sofocados por árboles y matorrales, descendían de las irrigadas colinas a las áridas rocas del desierto. Para un hombre normal habría sido un viaje de pesadilla, a menos que supiera el camino, como Elemak. Para Issib se trataba de eludir los obstáculos más altos y flotar cuesta abajo hasta perder la ciudad de vista. Se guió por el sol hasta llegar a la meseta del desierto. Luego enfiló hacia el sur, cruzando el Camino Seco y el Camino del Desierto, hasta que en el ocaso llegó al lugar donde habían escondido su silla.

Los flotadores estaban en el límite del campo magnético de la ciudad y le resultó difícil maniobrar para acomodarse en la silla. La silla sólo representaba dificultades y limitaciones. Aun así, tenía sus ventajas. Diseñada como silla multiuso para inválidos, poseía un terminal conectado a la principal biblioteca pública de la ciudad cuando estaba al alcance, con diferentes interfaces para personas con diversas incapacidades. Incluso comprendía ciertas palabras clave y podía pronunciar las palabras más comunes de varias lenguas. Si no existieran los flotadores, la silla hubiera sido el objeto más preciado de su vida. Pero había flotadores. Cuando los usaba, era un ser humano normal que además gozaba de ciertas ventajas. Cuando no podía usarlos, era un inválido sin ventaja alguna.

Los camellos aguardaban fuera de la influencia del campo magnético, sin embargo, así que tendría que usar la silla. Se sentó, desactivó los flotadores y guió la silla en su lento y torpe vuelo entre angostos despeñaderos hasta que al fin olió y oyó los camellos.

No había nadie allí; él era el primero. Descendió, posando la silla sobre las patas, y se quedó sentado y alerta mientras estudiaba los informes de la biblioteca buscando matanzas inexplicables u otros episodios violentos. Nada todavía. Pero los redactores de noticias y los chismosos no tardarían en enterarse. Quizá sus hermanos estuvieran muriendo en ese instante o ya estuvieran muertos, o tal vez los hubieran capturado y encarcelado a la espera de algún rescate. ¿Qué haría entonces? ¿Cómo podría regresar? La silla podía llevarlo, pero no estaba diseñada para viajes de larga distancia. Sabía por experiencia que la silla sólo podía desplazarse una hora seguida y luego necesitaba varias horas de recarga solar.

Madre me ayudará, pensó Issib. Si no regresan esta noche, Madre me ayudará. Si puedo llegar a ella.

Mebbekew corrió en medio de la multitud. Advirtió que varios hombres intentaban acercarse a él, pero su experiencia de actor —un actor que debía circular en medio del público para recaudar el dinero— le había enseñado a moverse en una muchedumbre y buscaba el modo de burlar a sus perseguidores internándose en los lugares más atestados, cruzando claros que pronto quedaban cerrados por la marea de gente. Enseguida dejó atrás a los matones. Entonces apuró el paso, un trote desmañado que no daba la impresión de gran prisa pero cubría mucho terreno a gran velocidad. Parecía estar corriendo por puro placer, y así era, pero nunca dejaba de vigilar. Cuando veía soldados enfilaba directamente hacia ellos, pensando que Gaballufix no se atrevería a usar hombres claramente identificados como suyos para asesinar a alguien a plena luz del día.

A la media hora había llegado a Villa de las Muñecas, el barrio que mejor conocía. Había menos soldados, y aunque allí abundaban los criminales a sueldo, eran de la clase que no permanecía comprada mucho tiempo. Además Meb tenía amistades que conocían ese barrio mejor que el ordenador de la ciudad.

No confiéis en ningún hombre, había dicho Elemak. Bien, eso era fácil. Meb conocía a muchos hombres, pero sus mejores amigos eran mujeres. La elección resultó fácil desde que tuvo edad suficiente para conocer las aplicaciones prácticas de la diferencia entre hombres y mujeres. Casi se había reído cuando Padre le consiguió una instructora a los dieciséis años. Se divirtió fingiendo que era virgen cuando fue a visitarla, pero al cabo de unos días ella lo despidió riendo, diciendo que si seguía visitándola pronto le enseñaría a ella cosas que no deseaba aprender. Meb tenía buena mano con las mujeres. Ellas lo amaban, y seguían amándolo, no porque supiera complacerlas —aunque en efecto sabía hacerlo— sino porque sabía escucharlas; sabía hablarles de tal modo que se sentían necesitadas y protegidas al mismo tiempo. No todas las mujeres le profesaban simpatía, pero las que gustaban de él no lo olvidaban.

Así que al cabo de pocos minutos en Villa de las Muñecas Mebbekew se hallaba en la habitación de una citarista de la Calle de la Música, y al cabo de pocos minutos estaba en sus brazos, y al cabo de pocos minutos más estaba dentro de ella; luego hablaron durante una hora y ella salió a buscar la ayuda de algunas actrices que ambos conocían, que también simpatizaban con Mebbekew. Poco después del anochecer, Mebbekew, con peluca, túnica y maquillaje, hablando y caminando como una mujer, atravesó la Puerta de la Música con un grupo de mujeres risueñas y cantarinas. Sólo se reveló el disfraz cuando Mebbekew apoyó el pulgar en la pantalla, y el guardia, al leer el nombre, le guiñó el ojo y le deseó buenas noches.

Mebbekew conservó el disfraz hasta que llegó al lugar de la cita, y sólo lamentó que fuera Issib y no Elemak quien lo miró boquiabierto sin reconocerlo. Le habría gustado festejar la travesura con su hermano mayor. De todos modos, puesto que acababan de arrebatarles toda su fortuna y el título de su padre, era improbable que Elemak estuviera de ánimos para bromas.

Elemak fue quien cruzó la ciudad con menos dificultades. No se topó con ningún matón y tardó poco en llegar a la casa de Hosni, cerca de la Puerta Trasera. Temiendo que los asesinos aguardaran en la puerta misma, entró para visitar a su madre. Ella le ofreció una espléndida comida —siempre contratada a las mejores cocineras de Basilica—, escuchó atentamente su relato, convino en que si hubiera abortado cuando estaba embarazada de Gaballufix el mundo sería un lugar más agradable, y al fin lo despidió después del anochecer con una pieza de oro en el bolsillo, un fuerte cuchillo de metal en el cinturón y un beso. Elemak sabía que si Gaballufix aparecía más tarde, alardeando de haber arrebatado su fortuna y el título de Wetchik

a los hijos de Volemak, Madre reiría y lo alabaría. Amaba todo lo que fuera divertido, y casi todo la divertía. Una mujer jovial, aunque totalmente vacía. Elemak sospechaba que Gaballufix había heredado de ella sus principios morales, aunque desde luego no su inteligencia. Aunque, a decir verdad, su maestra Rasa le había dicho una vez que su madre era muy inteligente, demasiado inteligente para permitir que los demás lo supieran. «Es como estar entre extranjeros peligrosos —explicó Rasa—. Es mejor hacerles creer que no sabes el idioma, para que hablen sin tapujos. Así actúa la querida Hosni cuando se codea con quienes se consideran cultos y educados. Se burla despiadadamente de ellos cuando se van.»

¿Se burla de mí ante Gaballufix, o se burla de Gaballufix ante mí? ¿O nos ridiculiza a ambos ante sus amigas cuando nos vamos?

En la puerta, los guardias lo reconocieron de inmediato, se cuadraron nuevamente y le ofrecieron su ayuda. Elemak les dio las gracias y se internó en la noche. La luz de las estrellas le bastaba para reconocer las tortuosas veredas que conducían desde Bosque Sin Sendas hasta el desierto. Durante ese oscuro viaje sólo pudo pensar en su furia contra Gaballufix, quien lo había burlado logrando el apoyo de Rash. Las carcajadas de su madre le resonaban en la mente como si se divertiera sólo a costa de él. Se sentía desamparado, humillado.

Y luego recordó el peor momento, cuando Nafai se inmiscuyó torpemente en sus regateos y regaló la fortuna de Padre. Si no hubiera hecho eso, tal vez Rashgallivak no hubiera pensado que eran indignos de la fortuna Wetchik. Entonces no habría actuado contra ellos y podrían haberse marchado con el tesoro y el título de Padre intactos. Nafai les había hecho perder aquella batalla. Si hubiera dependido sólo de Elemak, él lo habría logrado. Tal vez Gaballufix le hubiera cedido el índice por un cuarto de la fortuna de Padre, lo cual representaba más dinero del que Gaballufix podía obtener de otra manera. Nafai, ese chiquillo imbécil que no podía mantener la boca cerrada, que fingía tener visiones propias para granjearse el afecto de Padre, que por el mero acto de nacer había transformado a Gaballufix en enemigo jurado de Padre.

Si lo tuviera ahora mismo en mis manos lo mataría, pensó Elemak. Me ha arrebatado la fortuna y el honor, y por tanto mi futuro. Para él es fácil entregar la fortuna Wetchik, que de todos modos jamás le habría pertenecido. Habría sido mía. Yo nací para ella. Me preparé para ella. La habría duplicado una y otra vez, porque soy mucho mejor hombre de negocios que Padre. Pero ahora soy un exiliado y un renegado, acusado de robo y privado de fortuna, sin siquiera el respeto del hombre que debió haber sido mi mano derecha, Rashgallivak.

Todo por culpa de Nafai.

Nafai corrió a ciegas, sin rumbo fijo. Sólo cuando se apartó de la muchedumbre y se encontró en un espacio abierto procuró calmarse para pensar dónde estaba y qué debía hacer. Se encontraba en la Vieja Pista de Baile, otrora un espacio tan vasto como la Orquesta de Villa de las Muñecas, que la había reemplazado siglos atrás. Pero ahora los edificios la invadían por doquier. Había perdido su redondez y hasta la forma de cuenco del anfiteatro se perdía entre las casas y tiendas. Pero aún era un espacio abierto, y allí se quedó Nafai, mirando el cielo, rosado hacia el oeste, gris hacia el este. Anochecía y Nafai no sabía si aún lo estaban siguiendo. Algo era seguro: en la oscuridad, en esa zona de la ciudad, las multitudes desaparecerían y sería mucho más fácil matarle a escondidas. Su loca carrera lo había alejado de la seguridad y no sabía qué hacer.

—Nafai —llamó una voz infantil. Dio media vuelta. Era Luet.

—Hola —saludó. Pero no tenía tiempo para charlas. Tenía que pensar.

—Pronto —dijo ella.

—¿Pronto qué?

—Ven conmigo.

—No puedo. Tengo que hacer algo.

—Sí. Tienes que venir conmigo.

—Tengo que largarme de la ciudad.

Ella lo cogió por la camisa y se irguió de puntillas con el propósito de mirarlo a los ojos, pero sólo quedó colgada de la camisa como una marioneta. Nafai rió, pero ella no le vio la gracia.

—Escucha, hombre ocupado, ¿has olvidado que soy una vidente del Alma Suprema?

Sí, lo había olvidado. Incluso había olvidado que al acudir en medio de la noche ella había salvado a Padre de la conspiración de Gaballufix. Comprendió que había cosas que ella aún ignoraba sobre aquel punto. Se creyó obligado a ponerla al corriente.

—Elemak y Mebbekew eran cómplices de la conspiración —dijo—. Pero creo que Gaballufix les mintió acerca de sus propósitos.

Luet no tenía paciencia para esos farfalleos.

—¿Crees que ahora me importa? Te están buscando, Nafai. Lo he visto en un sueño... un

soldado con manos ensangrentadas merodeando en las calles. Supe que tenía que encontrarte. Para salvarte.

—¿Cómo puedes tú salvarme a mí?

—Ven conmigo. Conozco el camino.

Nafai no tenía una idea mejor. Más aún, cuando trató de pensar en una alternativa, la mente se le quedó en blanco. No podía retener el pensamiento. Comprendió que era un mensaje del Alma Suprema, que lo instaba a acompañarla. El Alma Suprema la había enviado, así que debía acompañarla adondequiera que lo llevara.

Ella le tomó la mano y lo sacó de la Vieja Pista de Baile, tomando por la calle del mismo nombre, hasta que llegaron a un punto donde se hacía más estrecha y a una encrucijada donde doblaron a la izquierda.

—Hemos perdido nuestra fortuna —dijo Nafai—. Y por mi culpa. Sólo que Rashgallivak nos traicionó.

—Cállate —le ordenó Luet—. Este vecindario no es respetable.

Tenía razón. Estaba oscuro y la calle continuaba entre casas viejas, derruidas y mugrientas. Había pocas personas y todas tenían un aire furtivo.

Doblaron en un par de recodos bruscos y desembocaron en la Calle del Manantial, cerca del sitio donde descendía al bosque sagrado. En ese momento Nafai vio un grupo de soldados que montaban guardia como si supieran que él aparecería allí. Quiso girar sobre los talones para huir, pero por la calle que acababan de coger se aproximaban un par de hombres cuyas espadas energéticas refulgían en la oscuridad.

—Buen trabajo, Nyef —rezongó Luet—. Tal vez no se hubieran fijado en nosotros, pero ahora sí parecemos sospechosos.

—Ya saben quiénes somos —dijo él, señalando a los hombres que avanzaban por la calle oscura.

—Bien. Esperaba entrar por el camino fácil, pero habrá que conformarse con éste.

Le cogió la mano y lo arrastró por la Calle del Manantial, alejándose de la ciudad y acercándose al Bosque Sagrado. Nafai sabía que era lo más estúpido que podían hacer. En los lindes del bosque no habría testigos. Los asesinos podrían salirse con la suya. Si Luet imaginaba que Nafai era un hábil luchador, capaz de desarmar o matar a los atacantes, pronto descubriría la triste verdad de que jamás le había interesado pelear y no tenía la menor preparación. No recordaba haberle pegado a nadie en un arrebato de furia, ni siquiera a sus hermanos mayores, pues resistirse contra Meb o Elemak sólo empeoraba las cosas. Nafai era corpulento para su edad, el más alto de los hijos de Wetchik, pero eso no significaba nada en una refriega.

Al internarse en la oscuridad del extremo de la Calle del Manantial, los matones se envalentonaron.

—Muy bien —murmuró uno, aunque en voz audible para Nafai y Luet—. A las sombras. Ahí entablaremos nuestra conversación.

—No tenemos nada que podáis robarnos —respondió Luet con voz asustada y trémula. Pero Nafai, por la firmeza de su mano, supo que ella no estaba temblando.

Aunque él sí estaba temblando.

—A las sombras —repitió el hombre.

Así que le obedecieron. Se internaron en la oscuridad, bajo los árboles. Pero, para sorpresa de Nafai, no se detuvieron, ni giraron al sur para bordear el bosque y regresar a la ciudad por la próxima calle. Ella lo conducía directo hacia el este. Cada vez se internaban más en la zona prohibida.

—No puedo ir allá —objetó Nafai.

—Cállate. Tampoco pueden ellos, a menos que nos oigan hablar y sigan el sonido.

Nafai contuvo la lengua y la siguió. Al cabo de un trecho el terreno comenzó a descender, pareciéndose más a un barranco que a un declive, y el avance se volvió dificultoso. El cielo estaba totalmente oscuro, y aunque ya habían caído muchas hojas, la sombra de los árboles era muy profunda.

—No veo nada —susurró Nafai.

—Yo tampoco —respondió Luet.

—Detente. Escucha. Quizás hayan dejado de seguirnos.

—Sí, han dejado de seguirnos. Pero no podemos detenernos.

—¿Porqué no?

—Tengo que sacarte de la ciudad.

—Si me sorprenden aquí, el castigo será terrible.

—Lo sé. Y también para mí, por traerte.

—Entonces llévame de vuelta.

—No. El Alma Suprema quiere que vayamos allá.

Resultaba difícil andar cogidos de la mano. Ambos necesitaban las dos manos para abrirse paso por la escabrosa ladera del peñasco. No hubiera sido un descenso tan peligroso a plena luz del día, pero en la oscuridad quizá no vieran un precipicio mortal, así que debían andar a tientas a cada paso. Al menos en esa cuesta los árboles eran más escasos, así que la luz de las estrellas comenzó a ayudarles. Al menos, así fue hasta que llegaron a la niebla.

—Ahora tenemos que detenernos —dijo Nafai.

—Sigue bajando.

—¿En la niebla? Nos perderemos en la cuesta, caeremos y moriremos.

—Es buena señal. Significa que hemos hecho la mitad de trayecto hasta el lago.

—¡No pensarás llevarme al lago!

—Silencio.

—¿Por qué no me tiro de cabeza, pues, y les ahorro el esfuerzo de matarme?

—Cállate, hombre estúpido. El Alma Suprema nos protegerá.

—El Alma Suprema es un enlace por ordenador con satélites que están en órbita de Armonía. No tiene máquinas mágicas para cogernos en el aire si nos caemos.

—Nos está alertando —dijo Luet—. Al menos me está ayudando a mí a encontrar el camino. Podrías dejar de hablar y dejarme escucharla.

Pasaron horas bajando por la niebla, o eso creyó Nafai, pero al fin llegaron al fondo. Hierba en una llanura, y después barro.

Un barro tibio. No, caliente.

—Hemos llegado —dijo Luet—. No podemos bajar al agua, que viene de una profunda grieta de la corteza del mundo, donde es tan caliente que hierve y despidе vapor. El agua nos escaldaría hasta pelarnos los huesos si nos quedáramos sumergidos mucho tiempo, aun cerca de la costa.

—¿Y cómo hacen las mujeres...?

—Adoramos cerca del otro extremo, donde el lago recibe helados arroyos de montaña. Algunas se sumergen en las aguas más frías. Pero en general recibimos visiones cuando flotamos en el lugar donde confluyen las aguas frías y calientes. Un sitio turbulento donde el agua gira sin cesar, congelando y quemando alternativamente. El lugar donde se encuentran el corazón del mundo y su superficie más gélida. Un lugar donde los dos corazones de cada mujer se convierten en uno.

—No es para mí —objetó Nafai.

—Lo sé. Pero aquí nos ha traído el Alma Suprema, así que aquí nos quedaremos.

Y entonces, lo que Nafai más temía. Una mujer, a poca distancia.

—Ya os aseguré que había oído una voz de hombre. Venía de allá.

Se acercaron faroles y muchas mujeres. Sus pies chapoteaban al pisar el barro caliente, y hacían ruidos de succión al desprenderse. ¿Cuánto me he hundido en el barro?, se preguntó Nafai. ¿Les costará sacarme? ¿O simplemente me sepultarán vivo, dejando que el barro decida si debe cocerme o asfixiarme?

—Yo lo he traído —declaró Luet.

—Es Luet —dijo una anciana. Un murmullo recogió el nombre y lo transmitió a la muchedumbre.

—El Alma Suprema me condujo hasta aquí. Este hombre no es como los demás. El Alma Suprema lo ha escogido.

—La ley es la ley —declaró la anciana—. Has asumido la responsabilidad, pero eso sólo desplaza el castigo. Tú en vez de él.

Nafai notó lo tensa que estaba Luet. Comprendió: Entiende al Alma Suprema tanto como yo. Tal vez al Alma Suprema no le importe si ella vive o muere, y quizá se contente con dejarle pagar con la vida por haberme salvado.

—Muy bien —declaró Luet—. Pero debéis llevarle a la Puerta Privada, y ayudarle a atravesar el bosque.

—¡No puedes darnos órdenes, infractora! —exclamó una mujer. Pero otras la silenciaron. Nafai comprendió que Luet era muy respetada, aun cuando hubiera cometido una falta.

La multitud se entreabrió para ceder el paso a una mujer que apareció como un fantasma en la niebla. Iba desnuda, y como estaba limpia Nafai tardó en comprender que era una agreste. Sólo cuando se aproximó y cogió la manga de Luet, Nafai pudo verle el cutis curtido y seco, el rostro arrugado y enjuto.

—Tú —susurró Luet.

—Tú —repitió la agreste.

Entonces la sagrada mujer del desierto encaró a la anciana que parecía estar al mando de aquel grupo de justicieras.

—Ya la he castigado —declaró.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la anciana.

—Soy el Alma Suprema, y afirmo que ella ya recibió mi castigo.

La anciana miró a Luet con incertidumbre.

—¿Es verdad, Luet?

Nafai quedó estupefacto. ¿Tanto confiaban en Luet que le pedían que confirmara o negara un testimonio que podía costarle o salvarle la vida, según su propia respuesta?

Esa confianza se justificaba, pues la respuesta de Luet no incluyó ninguna súplica a favor de sí misma.

—Esta mujer sagrada sólo me abofeteó. ¿Cómo puede ser castigo suficiente para esto ?

—Yo la he traído aquí —dijo la agreste—. Le he hecho traer a este muchacho. He mostrado a este varón grandiosas visiones, y le mostraré más aún. Honraré su simiente, y engendraré una gran nación. Que nadie lo detenga en su marcha por el agua y el bosque, y en cuanto a ella, lleva la marca de mi mano en el rostro. ¿Quién puede tocarla cuando yo he saldado cuentas con ella?

—Es en verdad la voz de la Madre —dijo la anciana.

—La Madre —murmuraron algunas.

—El Alma Suprema —susurraron otras.

La mujer sagrada se encaró nuevamente a Luet y le tocó los labios con el dedo. Luet le besó suavemente el dedo y por un instante Nafai anheló saborear aquella dulzura. Luego la expresión de la agreste se alteró. Era como si un alma más brillante le hubiera iluminado el rostro y ahora se hubiera ido; parecía distraída, confundida. Miró alrededor sin reconocer y se perdió en la niebla.

—¿Era tu madre? —susurró Nafai.

—No. La madre de mi cuerpo ya no es sagrada. Pero, en mi corazón, todas las mujeres sagradas son mi madre.

—Bien dicho —declaró la anciana—. Es una niña elocuente.

Luet inclinó la cabeza. Cuando la irguió, tenía lágrimas en las mejillas. Nafai no entendía qué sucedía allí, ni qué significaba para Luet; sólo sabía que su vida había corrido peligro, y luego la de Luet, y ahora el peligro había pasado. Eso era suficiente para él.

La agreste había dicho que nadie debía detenerlo en su paso por el agua y el bosque. Al cabo de una breve deliberación, las mujeres decidieron que esto significaba que debía atravesar el lago desde ese punto hasta la otra orilla, desde lo caliente hasta lo frío; Nafai ignoraba cómo deducían esto a partir de las pocas palabras de la mujer sagrada, pero a menudo se había sorprendido de los muchos sentidos que los sacerdotes hallaban en las sagradas escrituras de la religión de los hombres. Aguardaron unos minutos, hasta que varias mujeres llamaron desde el agua. Sólo entonces Luet lo llevó a un lugar desde donde podía ver el lago. Ahora entendía de dónde surgía la niebla: vaharadas de vapor brotaban del agua. Dos mujeres conducían un bote largo y bajo hacia la costa, una remando, la otra al timón. La proa del bote era cuadrangular y baja, pero como no había olas en el lago y remaban suavemente, no había peligro de que entrara agua por la proa. Se aproximaron a la costa hasta encallar. Aún quedaban varios metros de agua entre el bote y los bajíos de lodo donde se hallaban Nafai y Luet. El barro estaba decorosamente caliente, de modo que Nafai tenía que mantener los pies en movimiento para no escaldarse. ¿Qué sentiría al caminar en las aguas?

—Camina con firmeza —le susurró Luet—. Cuanto menos salpiques, mejor, así que no debes correr. Si caminas sin pausa, llegarás pronto al bote, y el dolor pasará rápidamente.

De forma que ella lo había hecho antes. Bien, si Luet podía soportarlo, también él. Avanzó hacia el lago. Las mujeres jadearon.

—No —dijo Luet—. En este lugar, donde eres un niño y un forastero, alguien debe guiarte.

¿Yo, un niño? ¿Comparado contigo? Pero Nafai comprendió que Luet estaba en lo cierto. Al margen de la edad, aquel lugar era de ella, no de él; ella era la adulta y él era el chiquillo.

Ella marcó el ritmo, ágil pero sereno. Nafai sentía que el agua le quemaba los pies, pero no era honda y no salpicó demasiado, aunque sus movimientos no eran tan gráciles ni certeros como los de Luet. El trayecto hasta el bote duró una eternidad, mil pasos punzantes, sobre todo mientras aguardó a que ella abordara la embarcación. Luet le ayudó a subir al bote y Nafai sintió agujonazos tan profundos que temió mirarse los pies pensando que el calor le había

arrancado la carne. Pero cuando miró, la piel parecía normal. Luet usó el vuelo de la falda para enjugarle los pies. La mujer que impulsaba el bote clavó el remo en el barro y dio un empujón, haciendo ondular los músculos de sus macizos brazos con el esfuerzo. Nafai se puso frente a Luet y le cogió las manos mientras se deslizaban por el agua.

Ese breve viaje fue el más extraño de su vida. La niebla creaba una atmósfera mágica e irreal. Pasaban en silencio junto a grandes rocas que surgían del agua y pronto se perdían de vista como si hubieran cesado de existir. La temperatura aumentaba, y el agua burbujeaba en ciertos sitios; eludieron esos puntos. El bote no se calentaba, pero el aire era tan tórrido y húmedo que pronto quedaron empapados, con la ropa pegada al cuerpo. Nafai advirtió por primera vez que Luet tenía silueta de mujer; las curvas no eran muy marcadas, pero sí lo suficiente para que nunca más la viera como una niña. De pronto sintió vergüenza de cogerle las manos, pero tenía miedo de soltarla. Necesitaba tocarla, como un niño que aferra la mano de la madre en la oscuridad.

El aire se enfrió poco a poco. Atravesaron un estrecho flanqueado por abruptos peñascos que parecían unirse en las alturas, perdiéndose en la niebla. Nafai se preguntó si estaban en una caverna, o si simplemente el sol jamás llegaba al fondo de aquella profunda grieta. Entonces las paredes de los peñascos se alejaron, y la niebla se despejó un poco. El agua se encrespó. Ahora había olas y las corrientes balanceaban el bote.

La mujer que impulsaba el bote alzó los remos; la timonel apartó la mano del timón. Luet se inclinó hacia Nafai y susurró:

—Este es el lugar adonde acuden las visiones. Como te dije, donde confluyen las aguas frías y calientes. Aquí es donde atravesamos las aguas con el cuerpo.

«Con el cuerpo» era literal. Nafai sintió más vergüenza por la desnudez de Luet que por la propia, así que se miró las manos mientras se desnudaba y plegaba la ropa, al igual que Luet, para dejarla en el bote. En su timidez, Nafai no atinó a ver cómo Luet se deslizaba hacia el agua sin ruido para permanecer inmóvil y de espaldas. Notó que ella no intentaba nadar, así que se zambulló —ruidosamente— y se quedó quieto. El agua lo mantenía a flote. No había peligro de hundirse. El silencio era hondo y poderoso; Nafai sólo habló cuando vio que Luet se alejaba a la deriva.

—No importa —murmuró ella—. Calla.

Nafai guardó silencio. Ahora estaba solo en la niebla. Las corrientes lo hicieron girar, o tal vez no, pues en la niebla no distinguía el este del oeste ni lograba tener ninguna orientación, excepto arriba y abajo, y ni siquiera eso parecía importar. Era un lugar apacible donde sus ojos veían y no veían, donde sus oídos oían y no oían. La corriente, sin embargo, no le permitía adormilarse. Sentía el contacto de las aguas calientes y frías, a veces quemantes, a veces gélidas, y por momentos pensaba que no resistiría más, que tendría que nadar para no morir allí. De pronto la corriente cambió de nuevo.

No recibió ninguna visión. El Alma Suprema no le dijo nada. Nafai escuchó. Incluso le habló al Alma Suprema, rogándole saber cómo podría conseguir el índice que Padre le había mandado buscar. Si el Alma Suprema lo oyó, no se lo dio a entender.

Anduvo a la deriva una eternidad, o quizás escasos minutos, hasta que oyó el roce de los remos contra el agua. Una mano le tocó el cabello, el hombro, le cogió el brazo. Recordó cómo volver la cabeza, y al volverse vio el bote. Luet, totalmente vestida, le tendía las manos. Ahora no sentía vergüenza; se alegraba de verla, pero le entristecía tener que salir del agua. Subió al bote con torpeza, balanceándolo bruscamente, haciendo entrar agua.

—Rueda hacia dentro —le susurró Luet.

Se tendió de lado en el agua, levantó un brazo y una pierna, los apoyó en el bote y rodó hacia dentro. Un movimiento deslizante, casi silencioso. Luet le alcanzó sus ropas, aún mojadas, pero ahora muy frías. Nafai se vistió y tiritó mientras las mujeres impulsaban el bote hacia la gélida niebla. Luet también tiritaba, pero parecía impávida.

Al fin llegaron a la costa, donde aguardaba otro grupo de mujeres. Tal vez otro bote había cruzado el lago sin detenerse para observar el ritual de *cruzar* el agua con el cuerpo, o tal vez había un camino para llevar mensajes a pie; fuera como fuese, las mujeres que aguardaban ya sabían quiénes eran. No hubo necesidad de explicaciones. Luet lo guió de nuevo, esta vez por aguas heladas que le hicieron doler los huesos. Llegaron a la tierra seca —una ribera herbosa en vez de bajíos fangosos— y manos de mujer lo cubrieron con una manta seca. También arrojaron a Luet.

—El primer varón que atraviesa las aguas —comentó una mujer.

—El varón que atraviesa las aguas de las mujeres —dijo otra. Luet le explicó, con cierta confusión.

—Profecías famosas. Hay tantas que es difícil no cumplir alguna de vez en cuando.
Nafai sonrió. Sabía que Luet tomaba las profecías más en serio de lo que fingía. También él.

Nadie preguntó a Luet qué había ocurrido en el agua; nadie le preguntó si había visto una visión. Pero aguardaron, demorándose hasta que ella dijo:

—El Alma Suprema me dio confortación, y fue suficiente. Entonces se desperdigaron, aunque algunas miraron a Nafai hasta que él negó con la cabeza.

—Ya hemos terminado con la parte fácil —suspiró Luet.

Nafai pensó que era una broma, pero entonces ella lo condujo a través de la Puerta Privada, una legendaria brecha en la muralla roja, en cuya existencia no había creído del todo. Era un pasaje combado entre dos macizas torres, y en vez de guardias de la ciudad sólo había mujeres. Al otro lado se extendía Bosque Sin Sendas. Pronto supo que el nombre era merecido. Cuando llegaron al Camino del Bosque tenía el rostro cubierto de arañazos, al igual que Luet, y los brazos y piernas llenos de rasguños.

—Por allá está Puerta Trasera —dijo Luet—. Y por cualquiera de estos barrancos llegarás al desierto. No sé adonde irás desde allí.

—Con eso basta —dijo Nafai—. Sabré orientarme.

—Entonces he cumplido con lo que ordenó el Alma Suprema.

Nafai no supo qué decir. Ni siquiera conocía el nombre para sus sentimientos.

—Creo que no te conozco —dijo Nafai. Ella lo miró perpleja.

—No, no quise decir eso —dijo Nafai—. Creo que antes no te conocía, aunque creía conocerte, y ahora que al fin te conozco, no te conozco en absoluto.

Ella sonrió.

—Las corrientes cruzadas causan este efecto. No cuentes a nadie, hombre o mujer, lo que has hecho esta noche.

—Creo que al recordarlo no creeré que haya ocurrido.

—¿Te veremos de nuevo en casa de Tía Rasa?

—No lo sé. Sólo sé esto: que ignoro cómo obtener el índice sin hacerme matar, pero debo conseguirlo.

—Aguarda a que el Alma Suprema te indique qué hacer. Y luego hazlo.

Nafai asintió.

—Eso está bien, siempre que el Alma Suprema me diga algo.

—Lo hará. Cuando haya algo que hacer, ella te lo dirá.

Impulsivamente Luet tendió la mano y cogió la de Nafai, apenas un instante. Nafai recordó de nuevo, como un eco en la carne, lo que había sentido al aferrarse a ella en el lago, pero ahora sentía vergüenza y apartó la mano. Ella lo había visto en su debilidad. Lo había visto desnudo.

—¿Ves? —dijo Luet—. Ya estás olvidando cómo fue.

—No.

Ella dio media vuelta y enfiló calle abajo hacia Puerta Trasera. Nafai quiso llamarla para decir: Tenías razón, estaba olvidando cómo fue. Lo estaba recordando con ojos comunes, como el niño que fui antes, pero ahora recuerdo que yo no era débil ni desnudo, ni nada de lo que deba avergonzarme. Era yo irrumpiendo de la profecía como un gran héroe para atravesar el lago mágico, contigo como guía y maestra, y cuando nos quitamos la ropa no hubo un hombre y una mujer desnudos, sino dos dioses surgiendo de antiguos relatos de tierras lejanas, despojándose de su apariencia mortal para revelarse en su gloriosa inmortalidad, dispuestos a flotar en el mar de la muerte y surgir indemnes en la otra orilla.

Pero cuando Nafai hubo pensado todo lo que deseaba decir, Luet había desaparecido detrás de un recodo.

LA SILLA DE ISSIB

Nafai no sabía qué esperar cuando llegó al escondrijo. Mientras cruzaba el desierto a la luz de las estrellas, imaginaba cosas tremendas. ¿Y si ninguno de sus hermanos lograba escapar? Ellos no contaban con la ayuda de Luet ni de las mujeres de Basílica. ¿Y si escapaban pero los soldados seguían a alguno hasta su reducto y los mataban? ¿Al llegar allí encontraría sus cuerpos mutilados? ¿O habría soldados al acecho, para capturarlo cuando él bajara por el barranco?

Se detuvo al borde de la sima, en el lugar donde habían elegido quién iría a la ciudad esa madrugada. Alma Suprema, dijo en silencio, ¿debo bajar allá?

La respuesta que obtuvo fue una imagen mental: uno de los inhumanos soldados de Gaballufix recorriendo la vacías calles nocturnas de Basílica. No supo cómo interpretarlo. ¿El Alma Suprema le indicaba que todos los soldados estaban en la ciudad? ¿O los soldados aguardaban en el barranco y su cerebro sólo había añadido irrelevantes detalles de la ciudad a la visión?

Algo era inequívoco: la sensación de urgencia que recibía del Alma Suprema. Como si hubiera una oportunidad que no podía perder. O un peligro que debía eludir.

Cuando el mensaje es tan ambiguo, pensó Nafai, ¿qué hacer salvo guiarme por mi propio juicio? Si mis hermanos están en apuros, debo saberlo. No puedo abandonarlos, aunque un peligro me aceche. Si me equivoco, aparta de mí este pensamiento.

Inició el descenso. No hubo estupor ni distracción. Aunque el mensaje fuera incierto, el Alma Suprema no se oponía a que acudiera a la cita con sus hermanos.

O bien había desistido de guiarlo. Pero no... Se había tomado demasiadas molestias para sacarlo de la ciudad, haciéndole cruzar el Lago de las Mujeres. El Alma Suprema no podía abandonarlo ahora.

El barranco estaba tan oscuro que Nafai tropezó, resbaló y rodó hasta la plataforma de grava donde sus hermanos debían esperarlo.

—Nafai.

Era la voz de Issib. Pero en cuanto la oyó, Nafai recibió un duro golpe. Una sandalia en el rostro, aplastándolo contra las piedras.

—¡Tonto! —gritó Elemak—. ¡Ojalá te hubieran cogido y matado, pequeño bastardo!

Otro pie, al otro lado, le pateó la nariz. Y la voz de Mebbekew.

—¡Toda nuestra fortuna perdida por tu culpa!

—¡El no la cogió, tontos! —exclamó Issib—. ¡Gaballufix la robó!

—¡Cállate! —gritó Mebbekew, abalanzándose sobre Issib. Nafai al fin vio lo que sucedía. Aunque le ardía el rostro por la grava incrustada en la suela de las sandalias, no lo habían lastimado mucho. Pero ahora notaba que estaban encolerizados. ¿Pero por qué con él?

—Fue Rash quien nos traicionó —dijo. Se volvieron hacia él de inmediato.

—Conque sí, ¿eh? —dijo Elemak—. ¿No te dije que yo me encargaría de las negociaciones? Pude haber conseguido ese índice por un cuarto de lo que teníamos; pero no, tú tenías que...

—¡Estabas renunciando! —exclamó Nafai—. ¡Ibas a desistir!

Elemak rugió de furia, cogió a Nafai por la camisa, *alzándolo* en vilo.

—¡La mitad de un regateo consiste en desistir, idiota! ¿Crees que no sabía lo que me hacía? Yo, que he regateado en tierras extranjeras y he obtenido pingües beneficios con poca mercancía... ¿Por qué no pudiste confiar en mí? Tú sólo has regateado por unos estúpidos myachiks en el mercado, chiquillo.

—No lo sabía —susurró Nafai.

Elemak lo arrojó a suelo. Nafai se arañó los codos y se golpeó la cabeza contra las piedras. No pudo contener un grito.

—Déjalo en paz, cobarde —dijo Issib.

—¿Me llamas cobarde? —gritó Elemak.

—Gaballufix iba a quedarse con nuestro dinero de un modo u otro. Ya tenía a Rash de su parte.

—Vaya, ahora eres experto en lo que hubiera ocurrido —resopló Elemak.

—¡Nos juzgas desde tu trono! —chilló Mebbekew—. Y si crees que Nafai es tan inocente, ¿qué hay de ti? ¡Fuiste tú quien extrajo el dinero de las cuentas de Padre!

Nafai se incorporó. No le gustaban esas amenazas. Una cosa era que desquitaran su furia con él, pero muy otra que se dispusieran a lastimar a Issya.

—Lo siento —dijo Nafai. No le quedaba más remedio que asumir la culpa y soportar la furia—. No lo entendí; y tenía que haber cerrado el pico. Lo lamento.

—¿Lo sientes? —rugió Elemak—. ¿Cuántas veces lo has *lamentado* cuando era demasiado tarde para alterar las consecuencias? Nunca aprendes, Nafai. Padre nunca te enseñó. Su benjamín, el precioso niño de Rasa, que no podía cometer errores. Bien, es hora de que aprendas las lecciones que Padre debió enseñarte hace años.

Elemak sacó una varilla de un fardo apoyado contra la pared de roca. Estaba diseñada para soportar cargas pesadas a lomos de camello; tenía cierta flexibilidad y no era demasiado gruesa, pero era fuerte y larga. Nafai comprendió de inmediato cuál era el propósito de Elemak.

—No tienes derecho a tocarme.

—No, nadie tiene derecho a tocarte —dijo Mebbekew—. El sagrado Nafai, la joya de Padre, nadie puede tocarle. Pero él puede tocarnos a nosotros. Él puede perder nuestra herencia, pero nadie puede hacerle daño.

—Nunca habría sido tu herencia de todos modos —le dijo Nafai a Mebbekew—. Siempre fue para Elemak.

Otro pensamiento acudió a la mente de Nafai, pensando en quién habría recibido la herencia. Supo que no era prudente decirlo, cuando Elemak y Mebbekew ya estaban encolerizados, pero no pudo callar:

—Y si hablamos de lo que habéis perdido, ambos merecéis ser desheredados, pues habéis conspirado contra Padre.

—Mentira —exclamó Mebbekew.

—¿Tan estúpido me creéis? Tal vez no supierais que Gaballufix planeaba matar a Padre esa mañana, pero sabíais que pensaba matar a alguien. ¿Qué te prometió Gaballufix, Elemak? ¿Lo mismo que prometió a Rash, el nombre y la fortuna de Wetchik, una vez que Padre quedara desprestigiado y se viera obligado a huir de su finca?

Elemak se lanzó sobre él con un rugido, agitando la varilla. Estaba tan furioso que acertó pocos golpes, pero aun así fueron brutales. Nafai nunca había sentido tanto dolor, ni siquiera cuando oraba, ni siquiera cuando hundió los pies en las quemantes aguas del lago. Terminó de bruces en la grava, con Elemak encima de él, dispuesto a golpearle... ¿dónde? ¿En la espalda, en la cabeza?

—¡Por favor!—gimió Nafai. "f

—¡Mentiroso! —rugió Elemak.

—¡Traidor! —respondió Nafai. Trató de arrodillarse. La varilla cayó, derribándolo. Me ha roto la espalda, pensó Nafai. Quedaré parálítico. Seré como Issib, inválido en una silla el resto de mi vida. Fue como si al pensar en Issib lo hubiera puesto en acción. Pues cuando Elemak alzó la varilla de nuevo, la silla de Issib se interpuso. La silla giraba fuera de control y la varilla le pegó a Issib en el brazo. Gritó de dolor y la silla se descontroló por completo, girando como un trompo. Su sistema de elusión de colisiones le impidió chocar contra las paredes de piedra del barranco, pero arrolló a Mebbekew, que procuraba apartarse, y lo derribó.

—¡Apártate, Issib! —gritó Elemak.

—¡Cobarde! —exclamó Nafai—. ¡No eras nada frente a Gaballufix, pero ahora te ensañas con un inválido y con un niño de catorce años! ¡Muy valiente!

Elemak se volvió hacia Nafai.

—Esta vez has hablado demasiado, niño —dijo. Ya no gritaba. Su furia era más fría, más profunda—. Nunca más oiré esa voz, ¿entiendes?

—Bravo, Elya. No lograste que Gaballufix te hiciera el favor de matar a Padre, pero al menos puedes matarme a mí. Adelante, demuestra tu hombría matando a tu hermano menor.

Nafai esperaba disuadir a Elemak al avergonzarlo, pero calculó mal. Elemak perdió los estribos. Mientras Issib giraba frente a él, Elemak le cogió el brazo y lo arrancó de la silla, arrojándolo al suelo como un juguete roto.

—¡No! —gritó Nafai.

Se lanzó hacia Issib para ayudarlo, pero Mebbekew se interponía, y cuando Nafai logró acercarse Mebbekew lo arrojó al suelo. Nafai cayó a los pies de Elemak.

Elemak había soltado la varilla. Se agachó para recogerla mientras Mebbekew corría al fardo para coger otra.

—Despachémoslo de un vez. Y si Issib no puede mantener la boca cerrada, acabemos con ambos.

Nafai no supo si Elemak había oído a Mebbekew, pero la varilla bajó silbando y le golpeó el hombro. La puntería de Elemak aún no era buena, pero algo era indudable: apuntaba hacia lo alto del cuerpo de Nafai, apuntaba a la cabeza. Quería matarlo.

De pronto una luz cegadora estalló en el barranco. Nafai irguió la cabeza. Elemak giró buscando la luz. Era la silla de Issib.

Pero era imposible. La silla de Issib tenía un sistema pasivo de encendido. Cuando no le daban órdenes, se asentaba sobre las patas y aguardaba instrucciones. Eso había hecho cuando Elemak arrojó a Issib al suelo.

—¿Qué sucede? —preguntó Mebbekew.

—¿Qué sucede? —repitió una voz mecánica desde la silla.

—Creo que la has roto —dijo Mebbekew.

—Yo no estoy rota —declaró la silla—. Habéis roto con la fe y la confianza. Habéis roto con la fraternidad. Habéis roto con el honor, la ley y la decencia. Habéis roto con la compasión. Pero yo no estoy rota.

—Hazla callar, Issya —ordenó Mebbekew.

Nafai notó que Elemak no decía nada. Miraba la silla de Issib, empuñando la varilla. De pronto Elemak embistió con un gruñido y atacó la silla tratando de atizarle un golpe.

Estalló un relámpago. Elemak gritó y cayó hacia atrás mientras la varilla volaba por el aire, ardiendo.

Mebbekew dejó su varilla en el fardo.

—¿Por qué pegabas a tu hermano menor con una varilla, Elemak? —dijo la silla—. ¿Por qué planeabas su muerte, Mebbekew?

—¿Quién habla? —preguntó Mebbekew.

—¿No lo adivinas, tonto? —musitó Issib desde el suelo—. ¿Quién nos ha enviado en esta misión?

—Padre —dijo Mebbekew.

—El Alma Suprema —rectificó Elemak.

—¿Aún no entendéis que, puesto que vuestro hermano menor estaba dispuesto a oír mi voz, lo he escogido como vuestro guía?

Eso los silenció a ambos. Pero Nafai supo que, en sus corazones, el odio que sentían había dejado de ser un furor frenético para transformarse en un frío resentimiento que no moriría jamás. El Alma Suprema había escogido a Nafai para guiarlos. Nafai, que ni siquiera podía asistir a una negociación con Gaballufix sin echarlo todo a perder. Alma Suprema, ¿por qué me haces esto?

—Si no hubierais traicionado a vuestro padre, si hubierais creído en él y le hubierais obedecido, no habría tenido que escoger a Nafai por encima de vosotros —explicó la silla, el Alma Suprema—. Ahora regresad a Basílica y os entregaré a Gaballufix.

La silla apagó las luces y se posó lentamente en el suelo.

Aguardaron aturridos unos instantes. Elemak se volvió hacia Issib, lo alzó suavemente y lo depositó en la silla.

—Lo lamento, Issya —murmuró—. No estaba en mi sano juicio. No te haría daño por nada del mundo. Issib guardó silencio.

—Fue Nafai quien nos enfureció —se justificó Mebbekew. Issib se volvió hacia él y repitió en un susurro las palabras de Mebbekew:

—Despachémoslo de una vez. Y si Issib no puede mantener la boca cerrada, acabemos con ambos. Mebbekew se irritó.

—Veo que piensas reprochármelo para siempre.

—Cállate, Meb —dijo Elemak—. Pensemos.

—Buena idea —retrucó Mebbekew—. Pensar nos ha servido de mucho últimamente.

—Una cosa es que el Alma Suprema mueva una silla —declaró Elemak—. Pero Gaballufix tiene centenares de soldados. Puede matarnos varias veces... ¿Dónde están los soldados del Alma Suprema? ¿Qué ejército nos protegerá ahora? Nafai estaba de pie, escuchando. No podía dar crédito a sus oídos.

—El Alma Suprema acaba de mostrarte parte de su poder y tú aún temes a los soldados de Gaballufix. El Alma Suprema es más fuerte que esos soldados. Si no quiere que nos maten, los soldados no nos matarán.

Elemak y Mebbekew lo miraron en silencio.

—Estabais dispuestos a matarme porque no os gustaban mis palabras —dijo Nafai—. ¿Ahora estáis dispuestos a seguirme, obedeciendo las palabras del Alma Suprema?

—¿Cómo sabemos que tú no preparaste esa silla? —dijo Mebbekew.

—Muy listo —replicó Nafai—. Antes de que fuéramos a la ciudad supe que me culparíais por todo y que intentaríais matarme, así que Issya y yo preparamos la silla para que soltara ese discurso.

—No seas imbécil, Meb —dijo Elemak—. Nos matarán, pero ya que hemos perdido todo lo demás, no me importa demasiado.

—Que tú seas un fatalista no significa que yo desee morir

—espetó Mebbekew.

Issib puso la silla en marcha.

—Vamos —le dijo a Nafai—. Seguiré al Alma Suprema, y a ti como su servidor. Andando.

Nafai asintió y echó a andar cuesta arriba. Por un rato sólo oyó el chasquido de sus propias pisadas y el zumbido de la silla de Issib. Al cabo de un rato, las zancadas de Elemak y Mebbekew los siguieron por el barranco.

ASESINATO

Si queremos alentar alguna esperanza, pensó Nafai, debemos desistir de forjar nuestros propios planes. Gaballufix nos burla en cada ocasión.

Y ahora quedaban aún menos esperanzas, pues Elemak y Mebbekew se negaban a colaborar. ¿Por qué el Alma Suprema les había dicho que Nafai los guiaría? ¿Cómo podía impartir órdenes a sus hermanos mayores, que preferirían ver su fracaso antes que contribuir a su triunfo? Issib no presentaría problemas, desde luego, pero quizá no pudiera aportar gran cosa, ni siquiera con sus flotadores. Era demasiado conspicuo, demasiado frágil y demasiado lento.

Poco a poco, mientras atravesaban el desierto —con Nafai a la cabeza, no porque él quisiera, sino porque Elemak se negaba a ayudarlo a escoger un camino—, Nafai llegó a una ineludible conclusión: le iría mejor a solas que con sus hermanos.

No pensaba, por supuesto, que a solas pudiera irle muy bien. Pero el Alma Suprema le ayudaría. El Alma Suprema ya le había ayudado a escapar de Basílica.

Pero cuando el Alma Suprema lo sacó de Basílica fue porque Luet le cogía la mano. ¿Quién sería su Luet esta vez? Ella era la vidente, tan familiarizada con el Alma Suprema como Nafai con su propia madre. Luet sentía la presencia del Alma Suprema a cada paso; Nafai sólo sentía la guía del Alma Suprema en escasas ocasiones y de forma confusa. ¿Qué era esa visión de un soldado de manos ensangrentadas recorriendo las calles de Basílica? ¿Un enemigo a quien tendría que enfrentarse? ¿Era su muerte? ¿O su guía? ¿Cómo podía trazar un plan si estaba tan confundido?

Se detuvo.

Los demás también se detuvieron.

—¿Y ahora qué? —preguntó Mebbekew—. Esclarécenos, oh gran líder ungido por el Alma Suprema.

Nafai no respondió. En cambio, trató de vaciar la mente. Desanudar el miedo que le oprimía el estómago. El Alma Suprema no le hablaba como a Luet porque Luet no pensaba en trazar un plan. Luet escuchaba. Escuchaba primero, entendía primero.

Si Nafai deseaba ayudar al Alma Suprema, tratando de ser sus pies y manos en la faz de este mundo, tendría que desistir de sus absurdos planes y permitir que el Alma Suprema le hablara.

Estaban cerca de Villa del Perro, que se extendía a lo largo de los caminos que salían de la Puerta del Embudo. Hasta ahora Nafai había creído que le convenía sortear Villa del Perro y escoger un barranco que regresara hacia el Camino del Bosque para entrar en Basílica por Puerta Trasera. Pero ahora aguardó, sopesó las ideas. Pensó en continuar, sortear Villa del Perro, y sus pensamientos vagaron a la deriva. Luego se volvió hacia el Embudo y sintió un torrente de confianza. Sí, pensó, el Alma Suprema procura guiarme, siempre que me calle y escuche, tal como debí callarme y escuchar mientras Elemak regateaba con Gaballufix esta tarde.

—Qué bien —exclamó Mebbekew—. Vayamos hacia una de las puertas mejor vigiladas. Atravesemos el barrio más pobre, donde Gaballufix compra a todos los que están en venta, es decir a todos los que están vivos.

—Cállate —ordenó Issib.

—Déjale hablar —rezongó Nafai—. Así atraerá a todos los hombres de Gaballufix y nos hará matar de inmediato, que es precisamente lo que Mebbekew quiere, porque mientras morimos podrá decir: «¡Mira, Nyef, nos has hecho matar!» Con lo cual morirá feliz.

Mebbekew quiso acercarse a Nafai, pero Elemak lo detuvo.

—Nos callaremos —dijo Elemak.

Nafai los condujo hasta la Calle Mayor, que iba desde Villa de la Puerta hasta Villa del

Perro. Aunque abundaban las casas, no era segura a esas horas de la noche y había poca gente. Nafai los condujo hasta el centro del camino, miró a izquierda y derecha y cruzó a la carrera. Aguardó en una zanja seca del otro lado del camino.

Los demás no lo seguían.

No lo seguían.

Han decidido abandonarme ahora, pensó Nafai. Bien, así sea.

Pero aparecieron. No a la carrera, como Nafai, sino caminando. Los tres. Desde luego, pensó Nafai. Habían esperado para sacar a Issib de la silla. Debí haber pensado en eso.

Mientras se aproximaban, Nafai comprendió que Issib no flotaba, sino que los otros dos le ayudaban, cogiéndole los brazos y llevándolo a rastra. Para cualquier observador, Issib parecía un borracho a quien sus amigos llevaban a casa.

Y no caminaban en línea recta, sino que zigzagueaban como si siguieran los ángulos de la calle pero se extraviaran en la oscuridad, o como si el borracho los obligara a desviarse. Al fin cruzaron y se internaron entre los arbustos.

Nafai se les acercó mientras bajaban a Issib y le ayudaban a ajustar los flotadores.

—Eso ha estado muy bien —susurró—. Mil personas pudieron haberos visto y nadie os habría dado importancia.

—Fue idea de Elemak —dijo Issib.

—Tú deberías ser el líder —dijo Nafai.

—No según el Alma Suprema —respondió Elemak.

—La silla de Issib, querrás decir —masculló Mebbekew.

—También fue prudente que tú cruzaras primero, Nyef —señaló Elemak—. Los guardias buscarán a cuatro hombres, uno de ellos flotando. En cambio vieron a tres, uno de ellos borracho.

—¿Adonde vamos ahora? —preguntó Issib. Nafai se encogió de hombros.

—Por aquí, supongo.

Encabezó la marcha, atravesando el terreno desierto que mediaba entre la Calle Mayor y el Embudo.

Se distrajo. No sabía qué hacer a continuación. No se le ocurría nada.

—Alto —dijo. Pensó en seguir adelante con ellos, pero no le convencía. En cambio, le atraía la idea de continuar solo—. Esperad aquí. Entraré solo en la ciudad.

—Pero qué listo —se burló Mebbekew—. Pudimos haber esperado allá con los camellos.

—No. Por favor. Os necesito aquí. Necesito tener la certeza de que al salir por la puerta os encontraré aquí.

—¿Cuánto tardarás? —preguntó Issib.

—No lo sé.

—Bien, ¿qué piensas hacer?

No podía decirles que no tenía la menor idea.

—Elemak no nos dijo cuál era su plan,

—Espléndido —protestó Mebbekew—. Juega a ser el gran hombre.

—Aguardaremos —convino Elemak—. Pero si seguimos aquí cuando salga el sol, estaremos a la vista de todos y nos atraparán. ¿Comprendes?

—Con las primeras luces del alba, si no he regresado, coged la silla de Issib y volved adonde están los camellos.

—De acuerdo —asintió Elemak.

—Si nos viene en gana —añadió Mebbekew.

—Nos vendrá en gana —intervino Elemak—. Y Meb estará aquí con nosotros.

Nafai sabía que Elemak aún lo odiaba, aún lo despreciaba, pero también sabía que Elemak cumpliría con su palabra. Aunque Elemak deseaba su fracaso, le daba una razonable oportunidad de triunfar.

—Gracias —dijo Nafai.

—Consigue el índice —replicó Elemak—. Tú eres el chico del Alma Suprema. Consigue el índice.

Nafai los abandonó y enfiló hacia el Embudo. Al aproximarse, oyó el murmullo de los guardias. Había demasiados. Seis o siete, en vez de los dos habituales. ¿Por qué? Se aplastó contra la pared y se acercó con sigilo para oír lo que decían.

—Yo digo que es Gaballufix —dijo un guardia—. Tal vez mató primero al hijo del Wetchik, para que no pudiera abandonar la ciudad, y luego mató a Roptat y culpó a quien no podía defenderse.

—Parece cosa de Gaballufix —respondió el otro—. Pura bazofia, él y sus hombres.

Roptat había muerto. Nafai sintió un escalofrío de miedo. Después de tantas conspiraciones frustradas, había sucedido. Gaballufix había asesinado. Y había culpado a un hijo de Wetchik.

A mí, comprendió Nafai. Me ha culpado a mí. Soy el único que no salió de la ciudad por una puerta vigilada. Para el ordenador de la ciudad, aún estoy dentro. Gaballufix se percató y aprovechó la oportunidad, hizo matar a Roptat y propagó el rumor de que el hijo menor de Wetchik era el culpable.

Pero las mujeres saben. Las mujeres saben que miente. Él no se da cuenta, pero mañana todas las mujeres de Basílica conocerán la verdad: que cuando daban muerte a Roptat yo estaba en el lago con Luet. Ni siquiera tengo que entrar esta noche. Gaballufix será destruido por su propia estupidez y podremos aguardar riendo frente a las murallas.

Sólo que no le convenía la idea de aguardar fuera. No era el deseo del Alma Suprema. Al Alma Suprema no le interesaba que Gaballufix fuera víctima de sus mentiras. Al Alma Suprema le interesaba el índice, y la caída de Gaballufix no pondría el índice en manos de Padre.

¿Cómo burlo a los guardias?, se preguntó Nafai.

Por toda respuesta, sólo sintió su propio miedo. Sabía que eso no venía del Alma Suprema. Así que esperó. Al cabo de un rato, los guardias dejaron de conversar.

—Demos un paseo por Villa del Perro —sugirió uno.

Cinco de ellos salieron para internarse en la oscuridad de las calles. Si hubieran dado la vuelta para mirar hacia la puerta, habrán visto a Nafai, apoyado contra la muralla a dos metros de la entrada. Pero no miraron hacia atrás.

Era el momento; aún sentía temor, pero ahora también ansiaba actuar, ponerse en movimiento. ¿El Alma Suprema? resultaba difícil de saber, pero tenía que hacer algo. Conteniendo el aliento, Nafai avanzó hacia la luz.

Un guardia sentado en un taburete se apoyaba en la puerta. Dormido, o casi. El otro orinaba contra la pared de enfrente, de espaldas a la entrada. Nafai pasó sigilosamente. Ninguno de los dos cambió de posición hasta que Nafai se alejó de la luz. Luego oyó las voces a sus espaldas. Pero no hablaban de él ni daban la alarma. Así debía de haber sido cuando Luet fue a prevenirnos. El Alma Suprema interfiriendo para permitirle pasar como si fuera invisible. Tal como he pasado yo.

Despuntaba la luna. Había transcurrido buena parte de la noche. La ciudad dormía, excepto Villa de las Muñecas y el Mercado Interior, e incluso allí reinaría cierta calma en esos días de tensión y turbulencia en que los soldados patrullaban las calles. Pero en aquel barrio, bastante protegido, sin vida nocturna, no había nadie merodeando. Nafai no sabía si las calles desiertas eran favorables. Le convenían porque había menos gente para verlo; pero también eran desfavorables porque si alguien lo veía no pasaría inadvertido.

Pero esa noche el Alma Suprema le ayudaba a pasar desapercibido. Se ocultó en las sombras para no tentar al destino y cuando vio un grupo de soldados, se aplastó contra un portal mientras pasaban de largo.

Este debe de ser el límite del poder del Alma Suprema, pensó Nafai. Con Luet, con Padre y conmigo, el Alma Suprema puede comunicar ideas. Y a través de una máquina, la silla de Issib, pero quién sabe cuánto le costó al Alma Suprema. Al llegar directamente a la mente de estas otras personas no puede hacer más que distraerlas, tal como cuando impide que alguien conciba ideas prohibidas. No puede desviar a los soldados, pero puede impedir que vean al sujeto que se oculta en un portal, puede quitarles el afán de investigar, de averiguar qué hace. No puede impedir que los guardias de la puerta cumplan con su deber, pero puede ayudar al guardia adormilado a soñar, para que el ruido de mis pasos forme parte de la trama del sueño y él no mire.

E incluso para eso el Alma Suprema debe de tener toda su atención concentrada en esta calle esta noche, pensó Nafai. En este mismo lugar. En mí.

¿Adonde voy?

No importa. Debo desconectar la mente y dejarme guiar. Dejar que el Alma Suprema me lleve de la mano, como hizo Luet.

Pero resultaba difícil vaciar la mente, abstenerse de reconocer las calles, renunciar a pensar en las personas y las tiendas que conocía en esa calle, y en cómo podían relacionarse con el índice. Su mente era un hervidero.

¿Y cómo evitarlo? ¿Qué he de hacer, dejar de ser una criatura consciente? ¿Idiotizarme al extremo de que el Alma Suprema pueda controlarme? ¿Mi mayor ambición en la vida es ser un títere?

No, acudió la respuesta. Era tan clara como aquella noche en el desierto. No eres un títere. Estás aquí porque has escogido estar aquí. Pero ahora, para oír mi voz, debes vaciar la mente.

No porque quiera idiotizarte, sino porque tienes que estar alerta a mis palabras. Pronto necesitarás contar nuevamente con toda tu inteligencia. Los tontos no me sirven.

Nafai se apoyó en una pared, respirando entrecortadamente, cuando cesó la voz. Esa intrusión del Alma Suprema en sus pensamientos era abrumadora. ¿Qué hicieron nuestros antepasados a sus hijos cuando nos alteraron de tal modo que un ordenador podía insertarnos pensamientos de este modo? ¿En esos días todos los niños oían la voz del Alma Suprema tal como la oigo ahora? ¿O siempre fue una rareza el hecho de que alguien oyera esa voz?

Muévete. Era como un hambre. Y se movió. Se movió tal como había hecho dos veces en las últimas semanas: de una calle a la otra casi en trance, sin saber dónde estaba. Igual que esa misma tarde, al escapar de los matones.

Ni siquiera tengo un arma.

Este pensamiento lo detuvo en seco, lo arrancó del trance. No sabía dónde estaba. Pero en medio de las sombras había un hombre tendido en la calle. Nafai se le acercó con curiosidad. Un borracho, tal vez. O una víctima de los tolchocks, los soldados o los matones. Una víctima de Gaballufix.

No. No era una víctima. Era uno de los muchos soldados idénticos de Gaballufix, y a juzgar por el hedor a orina y alcohol, no lo había tumbado ninguna herida.

Nafai estaba a punto de marcharse cuando comprendió que allí tenía el mejor disfraz que podía pretender. Sería mucho más simple acercarse a Gaballufix si usaba un traje holográfico: y allí estaba el traje, como un obsequio.

Se arrodilló y giró al hombre. Era imposible ver la caja que controlaba el holograma, pero al palpar la imagen con las manos la descubrió, cerca de la cintura. La desabrochó, pero no lograba quitársela.

Claro, pensó Nafai. Elemak dijo que era una especie de manto, y que la caja formaba parte de él.

Logró empujar la caja hacia arriba. Moviéndolo al hombre de aquí para allá, consiguió deslizarle el traje holográfico por las extremidades y la cabeza.

Sólo entonces Nafai comprendió que el Alma Suprema le había dado algo más que un disfraz. El que usaba el disfraz no era un matón. Era Gaballufix en persona.

Borracho como una cuba, tendido en sus orines y sus vómitos, pero sin duda Gaballufix.

¿Pero qué podía hacer Nafai con aquel borracho? Desde luego, no llevaba el índice encima. Y Nafai no abrigaba la ilusión de que por llevarlo a casa fuera a conquistar la gratitud de Gaballufix.

El muy canalla debía de haber celebrado la muerte de Roptat. Un asesino tendido en la calle, sólo que jamás lo castigarán por ello. Al contrario, intenta culparme a mí. Nafai estaba lleno de furia. Quiso apoyar el pie en la cabeza de Gaballufix y aplastarle el rostro en la calle cubierta de vómito. Sería magnífico, sería...

Mátalo.

El pensamiento fue tan nítido como si alguien hubiera hablado a sus espaldas.

No, pensó Nafai. No puedo. No puedo matar a un hombre.

¿Por qué crees que te he traído aquí? Es un asesino. La ley decreta su muerte.

La ley decretaba también mi muerte por haber visto el Lago de las Mujeres, respondió Nafai en silencio. Pero se me ofreció misericordia.

Yo te llevé al lago, Nafai. Así como te traje aquí. Para que hagas lo que debe hacerse. Nunca conseguirás el índice mientras él viva.

No puedo matar a un hombre. Un hombre indefenso. Sería un asesinato.

Sería simple justicia.

No si viniera de mi mano. Le odio demasiado. Deseo que muera. Por la humillación de mi familia. Por haber robado el título de mi padre. Por habernos quitado nuestra fortuna. Porque mis hermanos me pegaron. Por los soldados y los tolchocks, porque ha extinguido la luz de la esperanza en mi ciudad. Porque transformó a Rashgallivak, un buen hombre, en una herramienta débil y ciega. Por todo eso quiero que muera, quiero pisotearlo. Si lo mato ahora será un cobarde y un asesino, no un justiciero.

Intentó matarte. Sus asesinos te buscaban para liquidarte.

Lo sé. Y por eso sería venganza personal matarte ahora.

Piensa en lo que haces, Nafai. Piensa.

No seré un criminal.

De acuerdo. Quieres salvar vidas. Sólo hay una esperanza de salvar este mundo del exterminio que asoló la Tierra hace cuarenta millones de años, y dejar con vida a este hombre anulará toda esperanza. ¿Los mil millones de almas del planeta Armonía deben morir para que

conserves las manos limpias? Te aseguro que esto no es un crimen ni un asesinato, sino justicia. Yo lo he juzgado y lo he encontrado culpable. Él ordenó la muerte de Roptat, tu muerte, la muerte de tus hermanos y la muerte de tu padre. Planea una guerra que matará a millares y dejará a esta ciudad subyugada. No lo perdonas por misericordia, Nafai, porque sólo su muerte será misericordiosa para la ciudad y la gente que amas, sólo su muerte mostrará misericordia al mundo. Lo perdonas por pura vanidad. Para mirarte las manos y verlas limpias de sangre. Te digo que si no matas a este hombre, la sangre de millones pesará sobre tu cabeza.

¡No!

El grito de Nafai era aún más desgarrador por ser silencioso, por estar encerrado en su mente.

La voz continuó, implacable: El índice abre la biblioteca más profunda del mundo, Nafai. Con él, todo será posible para mis servidores. Sin él, no tendré una voz más clara que ésta, constantemente alterada y distorsionada por tus temores, esperanzas y expectativas. Sin el índice yo no puedo ayudarte ni tú puedes ayudarme a mí. Mis poderes seguirán extinguiéndose y mi ley perderá vigencia entre la gente, hasta que al fin regresará el fuego y otro mundo será devastado. El índice, Nafai. Quita a este hombre lo que exige la ley y luego ve a buscar el índice.

Nafai cogió la espada energética que colgaba del cinturón de Gaballufix.

No sé matar a un hombre con esto. No apuñala. No puedo apuñalar el corazón con esto.

La cabeza. Córtales la cabeza.

No puedo, no puedo, no puedo.

Pero Nafai se equivocaba. Podía.

Cogió a Gaballufix por el cabello, le estiró el cuello. Gaballufix se movió. ¿Se estaba despertando? Nafai casi le soltó el cabello, pero Gaballufix pronto cayó de nuevo en su sopor. Nafai encendió la espada y la apoyó en el gaznate. La hoja zumbó. Apareció un hilillo de sangre. Nafai apretó con más fuerza, el hilillo se convirtió en una herida abierta y la sangre mojó la hoja con un siseo. Demasiado tarde para detenerse, demasiado tarde. Apretó con más fuerza. La espada penetró. Halló resistencia en el hueso, pero Nafai alzó la cabeza hasta abrir una brecha entre las vértebras. La hoja pasó fácilmente y la cabeza quedó libre.

Nafai tenía los pantalones y la camisa manchados de sangre, al igual que las manos y el rostro: salpicados, embadurnados. He matado a un hombre y sostengo su cabeza en las manos. ¿Qué soy ahora? ¿Quién soy ahora? ¿En qué me diferencio de este hombre mutilado por mis manos?

El índice.

No podía soportar las ropas empapadas de sangre. En su desesperado afán de quitárselas, se las arrancó y se enjugó la cara con la espalda de la camisa. Éstas son las ropas que Luet me entregó cuando subí al bote en ese lugar bello y apacible, y ahora veo lo que hice con ellas.

Arrodillándose junto al cuerpo, dejando su ropa en el charco de sangre, comprendió que debido al declive de la calle y como la sangre brotaba del cuello, alejándose del cuerpo, las ropas de Gaballufix no estaban manchadas de sangre. Vómito y orina, sí, pero no sangre. Nafai tenía que usar algo. El traje holográfico no sería suficiente, pues por debajo estaría desnudo y descalzo.

Le repugnaba ponerse las ropas de Gaballufix, pero sabía que era necesario. Arrastró el cuerpo alejándolo de la sangre, lo desnudó con cuidado, tratando de no manchar la ropa. Tuvo náuseas al ponerse los pantalones fríos y húmedos, pero pensó con desdén que un hombre que acababa de matar como él lo había hecho no podía andarse con remilgos. La orina de otro hombre en las piernas no era nada, ni el hedor del ácido estomacal en la camisa y la coraza que Gaballufix usaba debajo. Ya nada es demasiado horroroso para mí, pensó Nafai. Ya estoy perdido.

Lo único que no pudo hacer fue colgarse la espada en la cintura, como había hecho Gaballufix. En cambio limpió sus huellas del puño y la arrojó cerca de la cabeza. Se echó a reír. Allá van mis ropas, con las que hoy me vieron muchísimos testigos. ¿Por qué tratar de ocultarme, si las dejo allí?

Y las dejaré allí, pensó Nafai. Las dejo como si ése fuera mi propio cadáver. El disfraz de un niño. Ahora uso ropa de hombre. Y no de cualquier hombre. El hombre más ruin y monstruoso que conozco. Sus ropas me quedan bien.

Se deslizó el manto del disfraz de soldado encima de la cabeza. No se sentía distinto, pero supuso que su apariencia había cambiado. Se alejó del cadáver. No sabía adonde ir. No sabía nada.

Regresó hacia el cuerpo. Había dejado algo, estaba seguro. Pero sólo había dejado la ropa

y la espada. Así que cogió la espada a pesar de todo, enjugó la sangre en su vieja ropa y se la calzó en el cinturón.

Podía seguir el viaje. Hacia la casa de Gaballufix, desde luego. Ahora lo sabía con certeza. Ahora pensaba con claridad. Los pantalones le enfriaban e irritaban las piernas. La coraza era pesada. Le costaba andar con la espada energética. Ésta era la sensación de ser Gaballufix, pensó Nafai. Esta noche soy Gaballufix.

Tengo que darme prisa. Antes de que hallen el cuerpo.

No. El Alma Suprema les impedirá descubrir el cuerpo, al menos durante un rato. Hasta que por la mañana haya tantas personas que el Alma Suprema no pueda influir sobre todas al mismo tiempo. Así que tengo tiempo.

Subió por la Calle de la Fuente, cambió de parecer. Enfiló hacia Calle Larga y se aproximó a la casa de Gaballufix por detrás. En el callejón encontró la puerta donde Elemak había entrado tantos —o tan pocos— días antes. ¿Estaría trabada?

Lo estaba. ¿Qué hacer? Dentro habría alguien esperando. Vigilando. ¿Cómo podía él, vestido como un vulgar soldado, exigir la entrada a esas horas? ¿Y si en el interior le hacían desactivar el traje? Lo reconocerían de inmediato. Peor aún, reconocerían la ropa de Gaballufix y sabrían que sólo había un modo de entrar usando las ropas de su amo.

No, dos modos.

Gaballufix debía de haber regresado borracho en otras ocasiones.

Nafai trató de recordar la voz de Gaballufix. Áspera y ronca. Con un susurro gutural. Nafai podía imitarla, y además no tenía que ser perfecta, pues Gaballufix estaba borracho —era evidente, puesapestaba—, así que la voz podía resbalar, y él se tambalearía y caería y...

—¡Abrid la puerta! —rugió. Eso era pésimo, no se parecía en nada a Gaballufix.

—¡Abrid las puertas, idiotas, soy yo!

Eso estaba mejor. Además, el Alma Suprema los distraería un poco, los alentaría a pensar en otras cosas para que Gaballufix no les pareciera tan cambiado esa noche.

La puerta se abrió unos centímetros. Nafai la empujó bruscamente y se abrió paso a empujones.

—Me impedías entrar en mi propia casa. Debería enviarte de regreso en un ataúd, debería devolvarte a tu padre en pedazos.

Nafai no sabía cómo hablaba habitualmente Gaballufix, pero imaginó que sería desagradable y violento, sobre todo cuando estaba borracho. Nafai no había visto a muchos borrachos. Algunas veces en las calles, y con mayor frecuencia en los teatros, aunque éstos eran actores que fingían estar borrachos.

Pensó: Soy un actor, a fin de cuentas. Pensaba que terminaría por serlo, y aquí estoy.

—Déjame ayudarte, señor —dijo el hombre.

Nafai no lo miró. Tropezó y cayó de rodillas, se arqueó.

—Creo que voy a vomitar —jadeó. Se tocó la caja del cinturón y desactivó el traje. Sólo un instante. Sólo para que quien estuviera en la habitación viera la ropa de Gaballufix, mientras Nafai ocultaba el rostro y el cabello al encorvarse. Luego activó de nuevo el traje. Trató de imitar arcadas, y lo hizo tan bien que tuvo náuseas y sintió la bilis y el ácido en la garganta.

—¿Qué necesitas, señor? —preguntó el hombre.

—¿Quién guarda el índice? —ladró Nafai—. Hoy todos quieren el índice... Pues bien, yo lo quiero ahora.

—Zdorab —dijo el hombre.

—Lámalo.

—Está dormido...

Nafai se levantó penosamente.

—¡Nadie duerme en esta casa cuando yo ordeno lo contrario!

—Lo traeré, señor, perdona. Sólo pensé...

Nafai se volvió torpemente hacia él. El hombre se alejó con una mueca de horror. ¿Exagero demasiado? No había modo de saberlo. El hombre se alejó pegado a la pared y se escabulló por una puerta. Nafai ignoraba si regresaría con soldados para arrestarlo.

Regresó con Zdorab. O, al menos, Nafai supuso que era Zdorab. Pero tenía que asegurarse. Se le acercó y le respiró en el rostro.

—¿Eres Zdorab?

Para que el hombre imaginara que Gaballufix estaba tan borracho que no veía bien.

—Sí, señor —dijo el hombre. Parecía asustado. Bien.

—Mi índice. ¿Dónde está?

—¿Cuál?

—El que querían esos hijos de puta... los chicos del Wetchik... ¡El índice, por el Alma Suprema!

—¿El índice Palwashantu?

—¿Dónde lo has puesto, canalla?

—En la bóveda. No sabía que querías tenerlo a mano. Nunca lo usaste antes, así que pensé...

—¡Puedo mirarlo si quiero!

Deja de hablar tanto, se dijo. Cuanto más digas, más le costará al Alma Suprema evitar que este hombre dude de tu voz.

Zdorab lo condujo por un pasadizo. Nafai, como parte de su actuación, tropezaba con las paredes. Cuando chocó del lado donde Elemak le había pegado con mayor fuerza, sintió un agujonazo en el flanco, desde el hombro hasta la cadera. Gruñó de dolor, pero supuso que eso volvería su actuación más convincente.

Mientras avanzaban por el piso inferior de la casa, comenzó a sentir nuevos temores. ¿Y si tenía que identificarse para abrir la bóveda? ¿Un registro retinal? ¿Una huella dactilar?

Pero la puerta de la bóveda estaba abierta. ¿El Alma Suprema había influido para que alguien se olvidara de cerrarla? ¿O era cuestión de suerte? ¿Soy un títere de la fortuna, se preguntó Nafai, o una marioneta del Alma Suprema? ¿O al menos estoy escogiendo libremente una parte de mi intervención en la labor de esta noche?

Ni siquiera sabía qué era preferible. Si escogía libremente, había escogido libremente matar a un hombre indefenso en la calle. Mejor creer que el Alma Suprema lo había obligado o lo había persuadido mediante un subterfugio. O que había algo en sus genes o en su educación que lo había obligado a cometer ese acto. Mucho mejor era creer que no había otra elección posible, en vez de atormentarse preguntándose si no hubiera bastado con robar la ropa de Gaballufix, sin necesidad de matarlo. Ser responsable de lo que hacía era una carga mayor de la que Nafai deseaba soportar.

Zdorab entró en la bóveda. Nafai lo siguió y se detuvo al ver una gran mesa donde la fortuna que Gaballufix les había robado esa tarde estaba cuidadosamente apilada.

—Como ves, señor, íbamos a terminar la evaluación —dijo Zdorab mientrasambulaba entre los anaqueles—. He mantenido todo muy limpio y organizado. Eres amable al visitarme.

¿Me está retrasando en la bóveda, pensó Nafai, aguardando a que llegue ayuda?

Zdorab salió de los anaqueles del fondo de la habitación. Era un hombre menudo, mucho más bajo que Nafai, y ya le raleaba el cabello, aunque no tenía más de treinta años. Un hombre cómico, en verdad... pero si sospechaba lo que estaba ocurriendo, podía causarle la muerte.

—¿Es esto?—preguntó Zdorab.

Nafai no tenía la menor idea. Había visto muchos índices, pero la mayoría eran pequeños ordenadores autónomos con acceso inalámbrico a una biblioteca importante. Éste no se parecía en nada a los que conocía Nafai. Zdorab sostenía una esfera metálica color bronce, de veinticinco centímetros de diámetro, un poco achatada en los polos.

—Déjame ver —gruñó Nafai.

Zdorab parecía reacio a desprenderse del objeto. Nafai sintió una oleada de pánico. No quiere dármele porque sabe quién soy.

Zdorab explicó su preocupación.

—Señor, dijiste que siempre debemos mantenerlo muy limpio.

Temía que Gaballufix estuviera sucio debajo de su traje de soldado. A fin de cuentas, parecía borracho perdido y apestaba. Podía tener las manos sucias de cualquier cosa.

—Tienes razón —convino Nafai—. Llévalo tú.

—Como digas, señor.

—Es éste, ¿verdad? —preguntó Nafai.

Tenía que cerciorarse. Sólo esperaba que su actuación de borracho fuera tan convincente como para que las preguntas estúpidas no despertaran sospechas.

—Es el índice Palwashantu, si a eso te refieres. Sólo me preguntaba si es el que buscas. Nunca me lo habías pedido.

Conque Gaballufix ni siquiera lo había sacado de la bóveda. Nunca, ni por un momento, había pensado en darles el índice, por muy hábil que fuera Elemak en sus regateos. Nafai se sintió un poco más tranquilo. No se había perdido ninguna oportunidad. Cualquier negociación hubiera llevado al mismo resultado.

—¿Adonde lo llevamos? —preguntó Zdorab.

Excelente pregunta, pensó Nafai. No puedo decirle que se lo daremos a los hijos de Wetchik, que aguardan en la oscuridad frente al Embudo.

—Tengo que mostrárselo al consejo del clan.

—¿A estas horas de la noche?

—¡Sí, a estas horas de la noche! Los muy mamones me interrumpieron. Estaba de celebración y los imbéciles quisieron ver el índice porque temían que esos asesinos, embusteros y ladrones hijos de Wetchik lo hubieran robado.

Zdorab carraspeó, agachó la cabeza y continuó la marcha, precediendo a Nafai en el pasadizo.

Conque a Zdorab no le gustaba que Gaballufix hablara así de los hijos de Wetchik. Muy interesante. Pero no tan interesante como para que Nafai pensara en confiar sus problemas a Zdorab.

—¡Más despacio, maldito enano! —gruñó Nafai.

—Sí, señor —dijo Zdorab. Aminoró la marcha y Nafai lo siguió dando tumbos.

Llegaron a la puerta, donde el mismo hombre estaba de guardia. El hombre miró inquisitivamente a Zdorab. He aquí el momento, pensó Nafai. Una señal entre ambos.

—Por favor, ábrele la puerta al amo Gaballufix —dijo Zdorab—. Saldremos de nuevo.

La única señal, comprendió Nafai, era que el guardián preguntaba si el hombre con traje holográfico era Gaballufix, y Zdorab respondía asegurándole que aquel patán borracho que había dentro del traje era el mismo que había entrado antes.

—¿Vas de juerga, señor? —preguntó el guardia. ;

—Parece que el consejo decidió imponer su autoridad esta noche —respondió Zdorab.

—¿Quieres escolta? —preguntó el guardia—. Sólo tenemos una veintena de hombres a mano, pero podemos llamar a algunos de Villa del Perro, si los necesitas.

—No —barbotó Nafai.

—Sólo pensé... El consejo tal vez necesite un recordatorio, como la última vez.

—¡Recordarán! —gruñó Nafai, preguntándose a qué se refería.

Zdorab precedió la marcha. Nafai salió a trompicones. La puerta se cerró detrás.

Mientras recorrían las desiertas calles de Basilica, Nafai comenzó a comprender lo que acababa de conseguir. Después de todos los fracasos de ese día, acababa de salir de casa de Gaballufix con el índice. O al menos con un hombre que llevaba el índice.

—El aire es muy estimulante, ¿verdad? —comentó Zdorab.

—Mm —gruñó Nafai.

—Es decir... parece más despejado.

Nafai comprendió que se había olvidado de seguir en su papel de borracho. Pero era demasiado tarde para reiniciarlo. Sería estúpido tropezar cuando Zdorab acababa de comentar que parecía menos ebrio. Así que Nafai se detuvo, encaró a Zdorab y lo miró severamente. Claro que Zdorab no podía verle la expresión. No, el hombre tendría que imaginarla.

Al parecer Zdorab tenía una excelente imaginación. De inmediato se intimidó.

—Claro que tu cabeza estaba despejada antes. Es decir, tu cabeza está siempre despejada, señor. Y esta noche tienes una reunión con el consejo del clan, así que eso es bueno, ¿verdad?

Maravilloso, pensó Nafai

—¿Dónde se reunirá esta noche? —preguntó Zdorab. Nafai no tenía la menor idea. Sólo sabía que tenía que reunirse con sus hermanos frente al Embudo.

—¿Dónde crees? —gruñó—.

—Bien, es decir, es sólo... me pareció que te dirigías hacia el Embudo, y... claro, podrían celebrar una reunión en Villa del Perro, sólo que no es habitual... aunque por supuesto yo nunca voy. Bien podrían reunirse en un sitio diferente cada noche, sólo que una vez oí mencionar una reunión del consejo en casa de tu madre, cerca de Puerta Trasera, pero eso fue sólo... pudo haber sido sólo por esa vez.

Nafai siguió caminando, dejando que Zdorab se enredara cada vez más en su temor.

—¡Oh, no! —exclamo Zdorab.

Nafai se detuvo. Si cojo el índice y echo a correr hacia la puerta, ¿podré llegar antes de que él dé la voz de alarma?

—Dejé la bóveda abierta —dijo Zdorab—. Estaba tan preocupado por el índice... Perdóname, señor. Sé que la puerta sólo debe estar abierta cuando yo estoy allí, y yo... cielos, acabo de recordar que también la dejé abierta antes, cuando salí a recibirte. ¿Qué me sucede? Comprenderé que me despidas después de esto, señor. Nunca he descuidado la puerta de la bóveda. ¿Quieres que regrese a cerrarla? Con todos esos tesoros... nunca se sabe si algún sirviente... Señor, puedo regresar a la casa y volver aquí en pocos minutos, tengo los pies muy ágiles, te lo aseguro.

Era la oportunidad perfecta para librarse de Zdorab: coger el índice, dejar que el hombre se fuera y salir del Embudo antes de que pudiera regresar. ¿Pero y si era una treta? ¿Y si Zdorab intentaba deshacerse de él para advertir a los soldados de Gaballufix que un impostor con traje holográfico huía con el índice? No podía permitir que Zdorab se fuera hasta que hubiera cruzado la puerta.

—Quédate conmigo —ordenó Nafai. Notó con un escalofrío que su voz ya no se parecía a la de Gaballufix. ¿Zdorab había enarcado las cejas al oírle? ¿Le llamaría la atención la voz? Muévete, pensó Nafai. Sigue andando y no digas nada. Apuró el paso. Zdorab, de piernas más cortas, tuvo que andar al trote.

—Nunca he asistido a una reunión como ésta, señor —dijo Zdorab. Ahora jadeaba por el esfuerzo—. No tendré que decir nada, ¿verdad? Es decir, no soy miembro del consejo. ¡Oh, qué estoy diciendo! Quizá no me dejen presenciar la reunión, de cualquier modo. Simplemente aguardaré fuera. Por favor, perdóname por estar tan nervioso, yo nunca... Paso el tiempo en la bóveda y la biblioteca, haciendo cuentas y otros menesteres, y tienes que comprender que no salgo mucho, y como vivo solo converso poco, así que lo único que sé sobre política es lo que oigo por ahí. Toda la gente de la casa se enorgullece de trabajar para un hombre tan famoso. Pero es peligroso, ¿verdad...? Considerando que esta noche han asesinado a Roptat. ¿No temes por tu seguridad?

¿De veras es tan tonto?, se preguntó Nafai. ¿O sospecha que Gaballufix es el asesino de Roptat, y éste es su torpe modo de tratar de sonsacar información?

De cualquier modo, Nafai pensaba que Gaballufix no respondería a estas preguntas, así que mantuvo la boca cerrada. Al fin se aproximaban a la puerta.

Los guardias estaban muy alerta. Claro... Zdorab sospecharía si esta vez estuvieran distraídos. Nafai se maldijo por haber llevado a Zdorab. Tendría que haberse librado de aquel hombre cuando tuvo la oportunidad.

Los guardias ocuparon su puesto, sacando las pantallas de identificación. Y tenían aspecto huraño. El traje de soldado transformaba a Nafai en enemigo, o al menos en rival. La pantalla de identificación revelaría su verdadera identidad, pero como ahora Nafai era sospechoso de haber asesinado a Roptat no sería una gran ayuda.

Mientras él era presa de la indecisión, Zdorab intervino.

—¿No insistiréis en que mi amo apoye el pulgar en esa pantallita, verdad? —gruñó. Y puso su pulgar en la pantalla—. Ahí tenéis. ¿Sabéis quién soy? ¡El tesorero de Gaballufix!

—La ley establece que todos deben apoyar el pulgar —declaró el guardia. Pero ahora parecía menos seguro. Una cosa era intercambiar miradas arrogantes con los soldados de Gaballufix y otra muy distinta enfrentarse al hombre en persona—. Lo siento, señor, pero perderé el trabajo si no lo exijo.

Nafai aún no se movía.

—Esto es un agravio —exclamó Zdorab—. Eso es. Miraba de soslayo a Nafai, pero no podía ver ninguna expresión en la impasible máscara holográfica.

—Hay asesinos sueltos esta noche —murmuró el guardia—. Tú mismo denunciaste que el hijo menor de Wetchik asesinó a Roptat, así que debemos registrar a todos los que pasan.

Nafai avanzó un paso y tendió la mano hacia la pantalla. Sin embargo, al mismo tiempo acercó la cabeza al guardia y murmuró:

—¿Y si el hombre que hizo esa denuncia tan absurdamente falsa era el mismo asesino?

El guardia se sobresaltó ante la voz, sin entender las palabras. Miró la pantalla y vio el nombre que le mostraba el ordenador de la ciudad. Vaciló.

Alma Suprema, dale entendimiento. Hazle comprender la verdad.

—Gracias por someterte a la ley, señor Gaballufix —dijo el guardia. Pulsó el botón de borrado y el nombre de Nafai desapareció de la pantalla. Nadie más lo había visto.

Sin mirar atrás, Nafai atravesó la puerta. Zdorab parloteara a sus espaldas.

—¿Lo he hecho bien, señor? Es decir, me pareció que no querías mostrar el pulgar, así que yo... ¿Adonde vamos? ¿No está un poco oscuro para atravesar estos matorrales? ¿No podríamos seguir por el camino, señor Gaballufix? Claro que hay luna, así que no está tan oscuro, pero...

Con el parloteo de Zdorab, era imposible ser sigiloso mientras enfilaban hacia el lugar donde Nafai había dejado a sus hermanos. Y Zdorab lo había llamado Gaballufix en voz alta. Nafai no se sorprendió de ver movimientos furtivos y oír pasos que se alejaban. Creían que habían apresado a Nafai, que él los había traicionado, que Gaballufix acudía a matarlos. ¿Qué podían ver excepto el traje?

Nafai tocó los controles. ¿Cómo saber si estaba desactivado o no? Al fin se quitó el manto y

llamó en voz alta, con su propia voz:

—¡Elemak! ¡Issya! ¡Meb! ¡Soy yo! ¡No corráis! Dejaron de correr.

—¡Nafai! —exclamó Meb.

—¡Con la ropa de Gaballufix! —dijo Elemak.

—¡Lo lograste! —rió Issib.

Un jadeo recordó a Nafai que esta enternecedora reunión familiar resultaría poco conmovedora para Zdorab, quien acababa de descubrir que había seguido al hombre acusado de asesinar a Roptat pocas horas antes, y que seguramente había hecho lo mismo con Gaballufix.

Nafai se volvió y vio que Zdorab daba media vuelta y echaba a correr. «Tengo pies muy ágiles», había dicho antes Zdorab, pero Nafai comprobó que no era verdad. No tardó en alcanzarlo. Lo derribó y forcejeó con él en el suelo pedregoso hasta que logró dominarlo y le tapó la boca. Los guardias estaban a cincuenta metros. Sin duda el Alma Suprema les había impedido prestar atención a los gritos, pero la capacidad del Alma Suprema tenía sus límites.

—Escucha —jadeó Nafai—. Si obedeces mis órdenes, Zdorab, no te mataré. ¿Comprendes? Zdorab asintió con la cabeza.

—Te juro por el Alma Suprema que no asesiné a Roptat. Tu amo Gaballufix causó la muerte de Roptat y dio órdenes de matarme a mí y a mis hermanos. Él era el asesino, pero ahora he matado a Gaballufix y se ha hecho justicia. ¿Comprendes? No soy alguien que mate por placer. No quiero hacerte daño. ¿Guardarás silencio si te destapo la boca?

Otro cabeceó. Nafai le destapó la boca.

—Me alegra que no quieras matarme —susurró Zdorab—. No quiero morir.

—¿Te fías de mis palabras? —preguntó Nafai.

—¿Creerías en mi respuesta? —replicó Zdorab—. Es uno de esos trances donde alguien diría lo que el otro quiere oír. ¿No te parece?

Tenía razón.

—Zdorab, no puedo permitir que regreses a la ciudad, ¿entiendes? De esto se trata... Si eres hombre de Gaballufix, uno de los matones que contrata para hacer el trabajo sucio en Basílica no puedo confiar en lo que digas y más me valdría matarte y dar por terminado el asunto. Pero no creo que sea así. Creo que eres un bibliotecario, un archivista, un escribiente que no tenía ni idea de lo que significaba trabajar para Gaballufix.

—Veía cosas pero nadie parecía considerarlas extrañas y nadie respondía a mis preguntas, así que opté por callarme. En general.

—Iremos al desierto. Si nos acompañas y te quedas con nosotros, si me das tu palabra en nombre del Alma Suprema, serás un hombre libre, parte de nuestra casa, igual a cualquier otro. No te queremos como sirviente, sino como amigo.

—Por supuesto que prestaré el juramento. ¿Pero cómo sabrás si haces bien en creerme?

—Júralo por el Alma Suprema, amigo Zdorab, y lo sabré.

—Por el Alma Suprema, pues, juro quedarme contigo y ser tu leal amigo para siempre. A condición de que no me mates. Aunque si me mataras el resto sería ridículo, ¿verdad?

Nafai notó que sus hermanos se reunían alrededor. Habían oído el juramento y tenían su propia opinión.

—Métalo —dijo Meb—. Es hombre de Gaballufix, no puedes fiarte.

—Lo haré yo, si es preciso —intervino Elemak.

—¿Cómo podemos saber? —terció Issib. Pero Nafai no los oyó. Estaba escuchando al Alma Suprema, y la respuesta era clara. Confía en este hombre.

—Acepto tu juramento. Y juro por el Alma Suprema que ni yo ni nadie de mi familia te dañará mientras cumplas con tu palabra. Todos vosotros... juradlo.

—¡Es absurdo! —protestó Mebbekew—. Nos pones en peligro.

—Por esta noche el Alma Suprema me ha puesto al mando, y prometisteis obedecer. He salido de la ciudad con el índice, ¿verdad? Y Gaballufix ha muerto. ¡Juradlo!

Todos prestaron el juramento.

—Ahora —le dijo Nafai a Zdorab—, dame el índice.

—No puedo —dijo Zdorab.

—¿Ves? —exclamó Meb.

—Cuando me derribaste, se me cayó.

—Perfecto —bufó Elemak—. Tantas molestias para conseguir el famoso índice, y ahora recogeremos los pedazos por todo el desierto.

Pero Issib lo encontró a un metro, y cuando Elemak lo recogió parecía intacto. A la luz de la luna, al menos, no mostraba el menor rasguño.

Mebbekew le echó un vistazo, lo sopesó, lo alzó.
—Sólo una pelota. Una pelota de metal.
—Ni siquiera parece un índice —se lamentó Issib. Nafai le arrebató el objeto a Mebbekew. Inmediatamente empezó a fulgar. Aparecieron luces debajo.
—Creo que lo has cogido al revés —dijo Zdorab.
Nafai le dio la vuelta. En el aire, encima de la esfera, una flecha holográfica señalaba al sudoeste. Encima de la flecha había varias palabras, pero en un idioma que Nafai no entendía.
—Es puckyi antiguo —explicó Issib—. Ya nadie lo habla. Las letras cambiaron. Era una sola palabra. *Silla*.
—La flecha señala hacia donde dejé la silla —dijo Issib.
—Déjame ver —le pidió Elemak.
Nafai le entregó el índice. En cuanto se lo dio, la proyección se esfumó.
Nafai extendió las manos para recobrar el índice. Elemak lo miró con ojos gélidos, pero al fin le devolvió la esfera de metal. Nafai la tocó y la proyección reapareció. Nafai se volvió hacia Zdorab.
—¿Qué significa esto?
—No lo sé —respondió Zdorab—. Nunca había funcionado. Pensé que estaba roto.
—Déjeme intentar —dijo Issib.
—No, por favor. Lo envolveremos y se lo llevaremos a Padre sin mirarlo de nuevo. Elemak conoce el camino. Él podrá guiarnos.
—Perfecto —asintió Mebbekew.
—Como digas —convino Issib.
—¿Quién es Elemak? —preguntó Zdorab
Elemak echó a andar hacia la Calle Mayor, hacia el lugar donde aguardaba la silla de Issib. Cuando regresaron al barranco, el cielo comenzaba a clarear en el este. Nafai envolvió el índice y se lo dio a Elemak para que lo guardara en un fardo.
—Tú deberías dárselo a Padre —dijo Nafai.
Elemak cogió la camisa de Nafai —no, de Gaballufix— entre el pulgar y el índice.
—No te des ínfulas, Nafai —masculló—. Veo cómo son las cosas y te lo diré sin rodeos. No recibiré poder ni honor como un regalo tuyo. Tendré lo que me corresponde porque es mi derecho. ¿Comprendes?
Nafai asintió. Elemak le soltó la camisa y echó a andar. Sólo entonces Nafai comprendió que sería imposible sanar la herida que lo separaba de su hermano mayor. El índice había cobrado vida en manos de Nafai. Había permanecido inerte en manos de Elemak. El Alma Suprema había hablado y Elemak jamás perdonaría ese mensaje.

EL ÍNDICE DEL ALMA SUPREMA

Nafai y Padre estaban sentados e Issib yacía recostado en una alfombra, en la tienda de Padre. El índice reposaba en la alfombra. Nafai tocó el índice con los dedos. Padre lo acarició con una mano. Luego, con la otra, cogió el brazo de Issib y le hizo tocar el índice. Con los tres en contacto al mismo tiempo, el índice habló.

—Despierto, después de tanto tiempo —susurró.

Nafai no sabía si le oía con los oídos, o si su mente transformaba los ruidos del entorno —la brisa del desierto, la respiración de ellos tres— en una voz.

—Te hemos traído a un alto precio —dijo Padre

—Aguardé largo tiempo para recobrar esta voz —respondió el índice.

No era el índice el que hablaba, comprendió Nafai.

—Es la voz del Alma Suprema.

—Sí —dijo el susurro.

—Si esto contiene tu voz —preguntó Padre—, ¿por qué lo llaman índice?

La respuesta llegó al cabo de un titubeo.

—Este es mi índice —dijo al fin.

El índice del Alma Suprema. Un índice era una herramienta creada para orientar a la gente en la laberíntica memoria de un ordenador complejo. El Alma Suprema era el mayor de los ordenadores y esta herramienta permitiría que Nafai, Issib y Padre al fin comenzaran a comprenderlo.

—Ahora que tenemos el índice —dijo Nafai—, ¿puedes explicarnos quién eres ?

De nuevo una pausa y luego el susurro.

—Soy la Memoria de la Tierra. No me construyeron para durar tanto. Me estoy debilitando y debo regresar a quien es más sabio que yo, y quien me dirá qué hacer para salvar este inarmónico mundo llamado Armonía. He escogido a tu familia para que me lleve de vuelta al Guardián de la Tierra.

—¿Allá nos llevarás?

—El mundo que estaba sepultado en el hielo y oculto en el humo ya ha de estar vivo y despierto. El Guardián que guió a los humanos desde el planeta que destruyeron no os apartará el rostro. Seguidme, hijos de la Tierra, y os llevaré de regreso a vuestro antiguo hogar.

Nafai miró a Padre e Issib.

—¿Comprendes lo que significa eso? —preguntó.

—Un largo viaje —dijo Padre, fatigosamente.

—¡Largo! —exclamó Nafai—. ¡Tan largo que la luz tarda cien años en llegar a nosotros!

—¿De qué habláis? —preguntó Issib—. ¿Pensáis que el Alma Suprema prometía llevarnos a otro planeta?

Las palabras de Issib pendieron en el aire como música desafinada. Nafai lo miró extrañado. Por supuesto que el Alma Suprema había prometido llevarlos a otro planeta. Eran sus palabras. Excepto que Issib no había oído eso. Ni Padre. Obviamente, el índice no emitía sonidos en sentido literal, sino que se oían con la mente.

—¿Qué crees que dijo el Alma Suprema? —preguntó Nafai.

—Que nos llevaría a una bella tierra —dijo Padre—. Un buen lugar, donde el suelo es fecundo. Un lugar donde nuestros hijos serán libres y benévolos, sin el mal de Basílica.

—¿Pero dónde? —preguntó Nafai—. ¿Dónde dijo que estaba esa bella tierra?

—Nafai, debes aprender a ser más paciente y confiado —dijo Padre—. El Alma Suprema nos guiará paso a paso y un día uno de esos pasos será el último, y habremos llegado.

—No será una ciudad —declaró Issib—, pero será un sitio donde podré usar de nuevo los flotadores.

Nafai estaba profundamente defraudado. Sabía lo que había oído, pero también sabía que Padre e Issib no habían oído lo mismo. ¿Por qué no? Eso significaba que ellos no comprendían

la voz del Alma Suprema o bien que el Alma Suprema les había dado otro mensaje. De cualquier modo, no podía imponerles su propia interpretación.

—¿Qué oíste tú? —preguntó Padre—. ¿Había algo más?

—Nada importante por ahora —dijo Nafai—. Lo principal es saber que no aguardaremos a que Basílica nos reciba. Ya no somos exiliados, sino expatriados. Emigrantes. Basílica ya no es nuestra ciudad.

Padre suspiró.

—Y pensar que iba a retirarme y legar los negocios a Elya. ¡Ya no quería viajar más! Ahora, me temo, voy a emprender el viaje más largo de mi vida.

Nafai cogió el índice y se lo acercó. Le temblaba en las manos.

—En cuanto a ti, mi extraño índice, ojalá seas digno de todos los problemas que afrontamos para obtenerte. Del precio que se pagó.

—Una enorme fortuna —suspiró Issib—. No supe que éramos tan ricos hasta el día en que dejamos de serlo.

—Ahora somos más ricos que nunca —dijo Padre—. Se nos ha prometido una tierra entera, sin ciudades ni clanes ni enemigos que puedan arrebatarla. Y el índice del Alma Suprema está aquí para guiarnos.

Nafai no los oía. Pensaba en la sangre que había derramado, que le había manchado la ropa y la piel. No quería hacerlo, pensó, aunque era simple justicia, tomar la vida de un asesino. Cuando Elemak creyó haber matado a un hombre, desde lejos, con un pulsador, alardeó de ello. Pero yo lo maté de cerca, con estas manos, mientras él yacía borracho e indefenso en la calle. No lo hice por salvar mi vida, ni por proteger una caravana, sino a sangre fría, sin cólera. Porque el Alma Suprema me dijo que estaba bien. Y porque en mi corazón creí que era necesario.

Pero además le odiaba. ¿Cómo sabré que no lo hice por odio, por afán de venganza? Temo que siempre sospecharé que tengo el corazón de un asesino.

Pero puedo convivir con ello. Esta noche podré dormir. Con el tiempo el dolor se aplacará. Es el precio de lo que he aceptado ser: un servidor del Alma Suprema. Ya no me pertenezco. Pertenezco al Alma Suprema, y soy lo que ella decida. Espero que al menos me guste una parte de lo que haya llegado a ser, cuando al fin el Alma Suprema termine conmigo.

Esa noche durmió y soñó. No con el asesinato. No con la cabeza de Gaballufix, ni con la sangre que le teñía la ropa. Soñó que flotaba en un mar de corrientes frías y calientes y la niebla le acariciaba el rostro. Y de ese lugar perdido, misterioso y apacible, surgían manos que le buscaban el rostro, los hombros, y le cogían el brazo para alzarlo.

No soy el primero, comprendió al despertar. No estoy solo en este lugar, el reino del Alma Suprema. Otros me han precedido, y me acompañan ahora, y me acompañarán a través de todo lo que vendrá.

GUÍA PARA LA PRONUNCIACIÓN DE NOMBRES

Para quien lea esta historia en silencio, poco importa pronunciar correctamente el nombre de los personajes. Pero para quienes estén interesados, he aquí cierta información sobre la pronunciación de los nombres.

Las reglas de formación de vocales en el idioma de Basílica exigen que en la mayoría de los sustantivos, nombres propios incluidos, por lo menos una vocal se pronuncie con un sonido inicial *i*. En el caso de los nombres propios, puede ser cualquier vocal y se puede cambiar según las preferencias del hablante. Así, el nombre Gaballufix se puede pronunciar Guia-bá-lu-fix o Ga-bá-liu-fix; Gaballufix prefería pronunciarlo Ga-biá-lu-fix, así que la mayoría respetaba ese uso. Las haches no son mudas, sino aspiradas, y ll no representa una letra única sino una *e*le doble.

Dhelembuvex [de-lém-biu-vex]

Dol [diol]

Drotik [dró-tiik]

Eiadh [éi-iað]

Elemak [é-lie-mak]

Hosni [hiós-ni]

Hushidh [hiú-shid]

Issib [í-sib]

Kokor [kió-kor]

Luet [liú-et]

Mebbekew [méb-bek-kiu]

Nafai [niá-fai]

Obring [ób-riing]

Rasa [rá-sia]

Rashgallivak [rash-guiá-li-vak]

Roptat [róp-tiat]

Sevet [sé-viet]

Shedemei [shié-de-mei]

Truzhnisha [truz-níi-sha]

Vas [viahs]

Volemak [vó-li-mak]

Wetchik [wét-chiik]

Zdorab [zdó-riab]